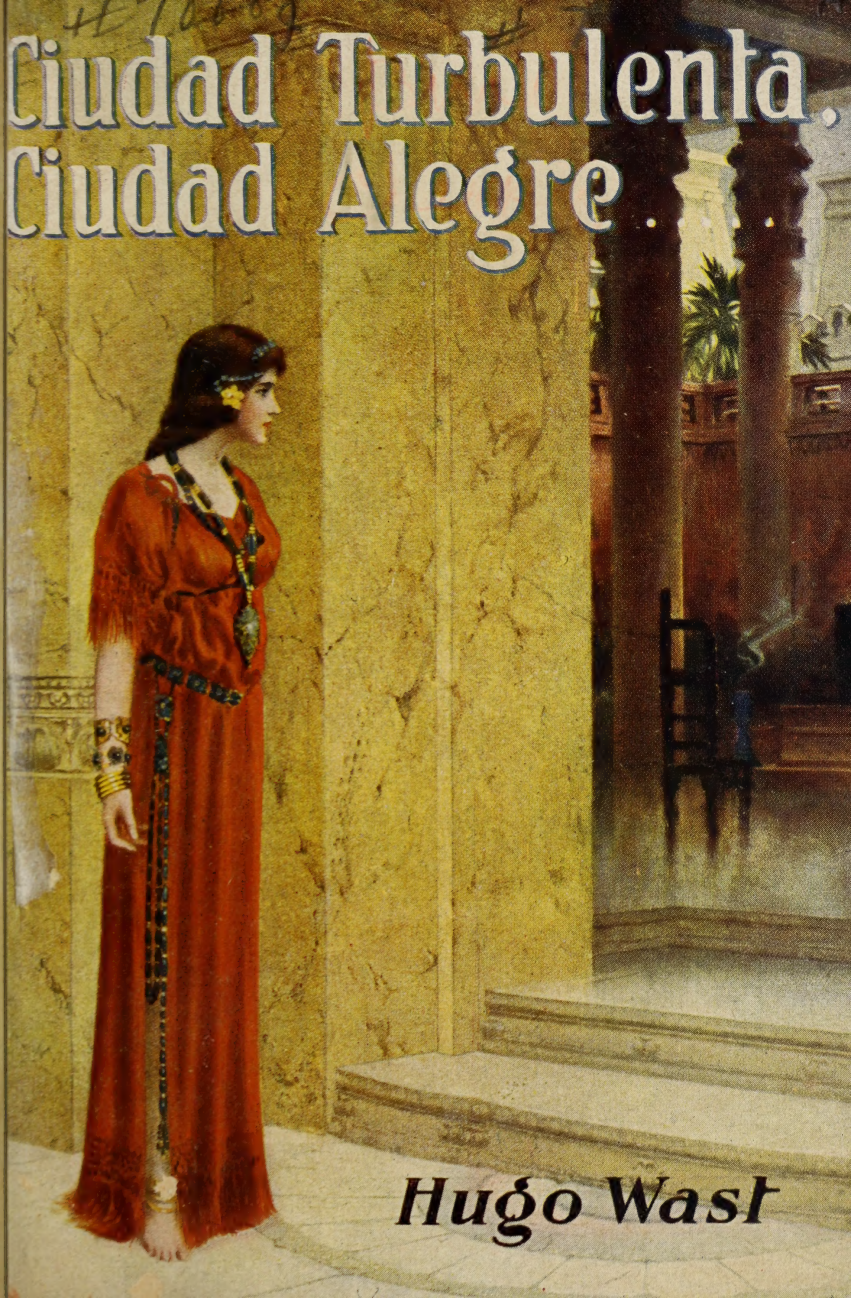
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST OCT 15 1926

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/ciudadturbulenta00wast

Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre



Hugo Wast

Ciudad Turbulenta,
Ciudad Alegre...

OBRAS DE HUGO WAST

La que no perdonó			$ 2.50
El Vengador	70º	millar	„ 2.50
Los Ojos Vendados	90º	„	„ 2.50
La Corbata Celeste	30º	„	„ 2.50
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.	70º	„	„ 2.50
Valle Negro	45º	„	„ 2.50
La Casa de los Cuervos	90º	„	„ 2.50
Fuente Sellada	67º	„	„ 2.50
Flor de Durazno	103º	„	„ 2.50
Novia de Vacaciones	27º	„	„ 2.50
Alegre	25º	„	„ 2.50

TEATRO:

Flor de Durazno ..... 1 vol. $ 1.50

.S
W3237ci

HUGO WAST

3

Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre...

690 MILLAR

203309
25. 5. 26

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES
1573, RIVADAVIA, 1573

4

"Tú, llena de alborotos, ciudad turbulenta, ciudad alegre; tus muertos no son muertos a cuchillo, ni muertos en guerra".

ISAÍAS, C. 22 V. 2.

I

La casa que siempre está cerrada

Aquel costado de la plaza quedaba en tinieblas, porque un bosquecito de casoarinas ocultaba la luna.

El automóvil del doctor Vieytes, que descendía por la calle Juramento, llegó así en la sombra hasta el paso a nivel, y se detuvo en seco, enfrenado vigorosamente por la mano de María Helena, que lo guiaba, junto al chofer envuelto y adormilado en su pelliza.

—¡Cuidado! — gritó Vieytes desde adentro, al divisar los palos blancos de la barrera que cerraba la calle.

—Un metro más — exclamó con su fina y alegre voz María Helena — y ¡cataplún! nos estrellamos. Está apagado el farolito.

El chofer despabilado bruscamente, se bajó a espiar si venía algún tren.

—Todavía no viene, — dijo, y se puso a revisar los neumáticos, por si alguno estaba desinflado.

Comenzaba ya la primavera y no hacía frío. La señora de Vieytes había pensado que era oportuno sacar de su garage el «Packard» abierto del verano, guardando el «Renault» fatigado por las andanzas de la hermosa dama, la cual en ese momento, desde el fondo del coche, pegada al hombro de su marido, miraba con ansiedad una gran casa que emergía en la sombra.

—¡Mira! — dijo por lo bajo al doctor Vieytes, señalándole el confuso edificio, cuyo perfil se recortaba contra el cielo diáfano. — ¡Hay una luz allá arriba!

A pocos metros se divisaba un paredón, con el friso

pintado de alquitrán, ciñendo la huerta que se fundía en una sola mancha.

En mitad de ella alzábase una torrecita con apariencias de minarete.

—Mira allí, — decía la señora mostrando los cristales de un postigo, enrojecidos por una luz mortecina, lámpara de enfermo o quizás blandón de muerto.

—¡Ah!

La vía del tren cortaba los fondos de la casa, construída en el ángulo de dos calles y clausurada a todos los ruidos del mundo, con sus celosías misteriosamente cerradas, y el balcón de la esquina, ancho como un vestíbulo, siempre desierto y tan abandonado que ya el salitre roía el pedestal de las columnas.

Era de un solo piso, con un entresuelo cuyas ventanas, a nivel de la calle, guarnecían rejas oxidadas, por las cuales se colaban los gatos de la vecindad en las noches de amor.

El doctor Vieytes se quedó mirando aquella luz, con tan honda curiosidad que no oyó la pregunta de su mujer.

—¿Qué hora es?

María Helena consultó el reloj del auto y contestó:

—Las dos y media.

Se volvió al decir ésto, y se llenó de asombro ante la expresión de su padre.

—¿Qué hay, papá?

—¡Nada! — respondió él, echándose para atrás; — ¿qué hora dijiste?

Pero María Helena se puso a mirar lo que él miraba.

—¿No es la casa de Valentina?

El chofer se paseaba por la calzada, aguardando el tren. Se oyó un estridente silbido y luego tembló la tierra al paso del convoy, que cruzó empenachado de humo y de chispas. Las barreras se alzaron.

—¡Vamos! — ordenó Vieytes.

—¿No es la casa de Valentina Ocampo? — interrogó de nuevo María Helena.

—Sí — dijo la señora, oculta en el fondo del coche.

—¿Ves la ventana de esa torre, mamá?

—¡Vamos, vamos! — repitió imperiosamente el doctor Vieytes, arrinconado en su asiento.

La niña quiso aproximarlo a ella, y lo tomó de la mano, y sintió que aquella mano, tan firme siempre, estaba fría y trémula.

Volvió a mirar la ventana, de donde él no apartaba los ojos, y vió detrás de los cristales, crudamente alumbrados, una cara lívida de hombre o de mujer, rasurada como una momia, que se pegó al vidrio y con las manos huesudas y blancas se hizo sombra para observar la calle.

Aquella angustiosa mirada que los espiaba desde el mirador, la llenó de miedo.

Desapareció la visión, y siguió brillando la luz misteriosa.

Nadie habló; cada uno aguardaba que alguien rompiera el silencio, dando una explicación, o desviando el pensamiento hacia distinto asunto.

¿Pero sabía alguno de ellos lo que significaba esa aparición a tales horas de la noche?

María Helena pensó que sí, que lo sabían todos, y que su madre podía decirle quién velaba detrás de aquellos cristales, en la torre de la casa de Valentina; y evocó entonces la maravillosa figura de aquella joven, poco mayor que ella, a la que conoció mucho de niña, pero que de grande sólo vió dos o tres veces, quedándole de sus ojos profundos y de su frente pura como una hostia la impresión de un sueño. ¡Cómo debían de adorarla los hombres que la vieran de cerca!

Pero su madre callaba. Ella no quiso interrogarla, ansiosa de alejarse de esos lugares tenebrosos. Cogió el volante, hizo jugar el freno, y el auto arrancó.

—¡Qué simpleza! — oyó decir a su padre con voz más alegre, — ¿saben lo que es?

Pareció que iba a explicarles algo, pero guardó silencio.

—Es un loco, — observó el chofer, para tranqui-

lizar a los señores. — Un loco que está encerrado hace años en la torre.

—Sí, sí, un loco... — repitió Vieytes.

Y no hablaron más. Cruzaron los rieles, y sin volver los ojos, dejaron atrás el mirador, donde la luz siguió brillando hasta el alba.

Mucho antes de esa hora se habían apagado los faroles de gas de la calle, sin que nadie los echara de menos, porque en aquellos barrios las gentes no trasnochaban. Y varias veces apareció la misma cara pegada al cristal.

Cuando salió el sol, ya el postigo de la torre estaba cerrado.

Aun en pleno día, la casa conservaba su aspecto de misterio, aunque resultase más vulgar y anticuada. Se echaba de ver que quien la hiciera construír fué persona de fortuna, talvez de aquellas fortunas efímeras que surgieron hacia 1890, y se exhibieron en construcciones, superabundantes de ornato, tan viejas hoy como las del tiempo de la colonia.

El moho ponía un lamparón verduzco en todos los huecos de la fachada, y su única nota alegre era un rosal que trepaba por una de las columnas del vestíbulo, invadía la cornisa, y en el buen tiempo la festoneaba de rosas, que allí morían sin que nadie las admirase.

La calle transversal era tan sola que la hierba crecía en la juntura de las piedras y llegaba hasta el umbral de mármol.

Desde afuera se veía, rebasando la muralla, la cima de un parral que empezaba a vestirse de hojas nuevas, apiñadas y frágiles como mariposas glaucas, y muchos duraznos en flor.

Y nada más de lo que adentro podía haber. En alguna rara ocasión abrióse una persiana y una hermosa mano plumereó sus maderas cubiertas de telarañas. Luego volvió a quedar la casa inaccesible y triste, aislada del vecindario por un gran pantano de aguas verdes, en cuyos bordes crecía el trébol más fresco y cantaban los sapos.

Sobre la pared que daba hacia el pantano había una puertecita. A eso de las ocho, aquella mañana salió por allí un niño de doce años, con su casquete de colegial tapando a medias los cabellos negros, recién peinados. Espió un rato y luego se echó resueltamente afuera, siguiendo una veredita que orillaba la ciénaga. Parecía poco deseoso de hallar gente del barrio en su camino. Vestía de azul, con esmero, y era elegante como un chico de buena casta.

En la calle miró de nuevo con cautela pero luego, sintiendo encendérsele en el pecho la alegría que el sol ponía en todas las cosas, se lanzó a correr hacia la plaza, donde hallaría muchos niños, que para jugar con él no le preguntarían ni por su nombre ni por su casa.

Sobre el césped, lustroso como un tapiz nuevo, la brisa revolvía el oro de las últimas hojas del invierno.

Una chicuela descalza, que llevaba un ramo de violetas, se cruzó con el colegial.

—¡Carlitos! ¿no hay escuela?

—No; es el día de homenaje a Chile... ¿y tú adónde vas?

—Voy a casa.

—¿Y esas violetas?

La chicuela se puso colorada y vaciló en contestar; pero viendo la cara indulgente de aquel niño, que se rebajaba hasta hablar con ella, quizás porque también él se sentía cercado de hostilidad, respondió con sencillez:

—Las he robado.

—¿Cómo?

—Las robé en un jardín... Me mandó la señora a buscar flores para las niñas, que esta tarde irán a Palermo.

—¿Y por qué robaste? — interrogó él con un gran descontento en la cara inocente, — ¿por qué robaste, Antonieta?

Ella tardó en explicarse. Estaba pobremente vestida, como una sirvienta de casa humilde; pero sus rasgos, su mirada inteligente y hosca, y su frente blanca

encuadrada por el flequillo de una cabellera muy negra y profusa, cortada en melenita, se pegaban en la memoria.

—Las debiste pedir, — díjole él seriamente; — te las habrían dado.

—¡No, no! Ya he pedido otras veces; al principio hacía así, cuando la señora me mandaba a buscar flores. Alguna vez me daban; pero ahora nadie quiere verme en los jardines.

—Pero ¿por qué robarlas?

—¿Y qué voy a hacer? La señora me manda muy temprano, cuando no hay todavía gente en la calle. Yo salto las rejas, corto las flores, y cuando me sienten me escapo... ¿Ve? hoy me he lastimado el brazo en los vidrios de una pared...

Mostró una larga herida que sangraba, y siguió contando con desgano la historia de sus violetas.

—No hallé más; no había dónde pudiera meterme. Y como son pocas, la señora me va a castigar.

Díjolo sencillamente, sin encono, como quien anuncia una cosa inevitable y vulgar: la lluvia o el frío.

—¿Y por qué te va a castigar? ¿qué culpa tienes si no te las dan?

—Dice que soy torpe; que no las debo pedir...

—¿No hay jardín en tu casa?

—No...

Carlitos se había quedado pensativo; estaban los dos parados en la vereda de la plaza, vibrante con los gritos de los niños que en ella jugaban. En los altos árboles negros se oían trinos de pájaros invisibles: un molinete en un cantero pulverizaba el agua de un caño, formando un arco iris en el sol, y a su pie, entre la hierba, un gorrión se lavaba las plumas.

—En mi casa hay flores y yo te daré las que quieras— dijo Carlitos. — Si me esperas, te traeré un ramo.

—¡Rosas, rosas! — exclamó Antonieta llena de alegría — y si hay flores de durazno, también, porque dicen las niñas que están de moda...

Se quedó allí esperándolo, puesta el alma en los ojos.

feliz como una princesa que espera al rey, sin pensar en su traje de mendiga, en su vida miserable, al margen de la vida aparatosa y frívola de los señores a quienes servía.

Y cuando él volvió con las manos llenas de flores, la niña ahuecó su falda y toda la primavera cayó en ella.

—Voy a salir luego, con el nene, — le advirtió al irse.

—¡Ah! ¿y el cordero?

—También con el cordero. ¿Sabe, Carlitos, que tenemos un collar de cascabeles?

Corrió Antonieta a su casa, que estaba a la vuelta de la de Valentina, en la calle Juramento, y entró contenta con sus flores; pero su alegría se disipó en el zaguán no más, donde le salió al encuentro su señora, misia Palmira Figueroa de Jairo.

—¿En qué te demoraste?

—He ido muy lejos.

—¿No habrá flores aquí cerca?

—Sí, señora; pero no me las dan.

—¿Y dónde te dieron esas?

La muchacha vaciló. Nadie en el barrio tenía relación con las gentes de la casa de Valentina. Pero como misia Palmira insistiera, tuvo que confesar:

—Me las dió un niño.

—¿Qué niño?

—El niño Carlitos.

—¿Quién es ése?

—El de la casa de los Ocampo.

Misia Palmira, que de ser ricos «los Ocampo», hubiese cultivado su amistad, se encrespó oyendo eso, pues su sirvienta había violado una consigna que le parecía de buen tono, porque la gente *chic* no tenía relación con ellos.

—¡Ah, gallega trompeta! ¿así que andás en tratos con esa gentuza y te metés en su casa?

Y la zamarreó del flequillo.

—No, señora, — clamó la chica. — El salió y me dió el ramo en la calle.

—¡Embustera, embustera!

El rumor de una discusión en el dormitorio de sus hijas, y tras el ruido de un florero o de una taza que se estrellaba, el llanto de un niño, atrajeron la atención de misia Palmira, que corrió a apaciguar a su prole, enarbolando su ramo como una bandera de paz.

—¡Andá a tomar tu café! Y cuidado con demorarte; vas a salir con el nene en seguida.

Corrió Antonieta en busca de su café, lo que la señora llamaba *su café*, aquel brebaje que sólo un hambre infantil podía tolerar. Cuando los señores y las niñas habían tomado el desayuno, misia Palmira mandaba la cafetera a la cocina.

—¡Echenle más agua! — ordenaba a la cocinera, — y tomen pronto para que no pierdan tiempo.

Después de la cocinera le llegaba el turno a Antonieta. Servíanle la borra de las sucesivas infusiones en una taza enlozada, que generalmente se quedaba horas enfriándose y atrayendo moscas en un rincón del antecomedor, hasta que la muchacha podía libertarse por un minuto de sus quehaceres profusos y contradictorios.

Mientras se desayunaba de pie, junto a una ventana, oyó tres veces el grito airado de la señora.

—¡Acabá ligero, que el nene está llorando!

Su pan duro se remojaba lentamente.

—¡Galleguita! lustráme los zapatos.

Era Salomé, una de las hijas de Jairo, la más bonita, llena de ilusiones, porque la dulzura de su juventud triunfaba de las acritudes con que la vida llenaba la copa de todos en aquella casa.

Antonieta vaciló un momento. Había vuelto a oír el reclamo de misia Palmira. Gritó «¡ya voy, señora!» y se dispuso a obedecer primero a la joven, a quien amaba, pues era bondadosa y alegre.

—¿Va a salir tan temprano, niña?... ¿va sola?

—Sí... voy sola.

—¿Va muy lejos?

—¿Qué te importa?

Antonieta, que le tenía el pie sobre un banquito, alzó

la cara apesadumbrada por la respuesta, y se disculpó de su curiosidad:

—Si pasara cerca de mi casa... si viera a mi hermano...

—¿Qué? ¿Vas a hacerme un encargo? — interrogó Salomé, acariciando con su mano coqueta aquella cabeza despeinada por los zamarreos de misia Palmira.

—No, niña. Pero si viera a mi hermano, pregúntele por mi hermanito, que estaba enfermo.

—Pero, ¿dónde viven?

—¡Ah! no sé...

—¿No has ido nunca a tu casa?

—Una sola vez, el año pasado, me dió permiso su mamá. Este año no.

—¿Por qué?

—Dice su mamá que el nene llora si otra lo cuida; sólo conmigo está contento.

Un pensamiento grave nubló la frente despreocupada de Salomé. ¿Cómo era posible que no hubiera en un año un sólo día de asueto para aquella infeliz?

—¿Quién te ha dicho que está enfermo tu hermanito?

—El señor Jairo; lo dijo en la mesa la otra noche.

—Es verdad.

—Dijo que estaba mal, ¿no fué así?

Los ojos de Antonieta interrogaban a la joven.

—¡Pobre galleguita!—murmuró ésta.

—Si pasara cerca de la casa de Blas, mi hermano, ¿no iría a preguntar por mi hermanito?

—Pero si no sé dónde vive, no sé ni cómo se llama tu hermano.

—Blas...

—¡Bueno! ¡Blas! ¡bastará preguntar por Blas! ¡cualquiera me dará las señas!

—¡Blas Gatín!

—¡Ahora sí! Blas Gatín. Bonito nombre el de tu hermano.

—Mi hermanito se llama Juan... ¿irá a preguntar

por él, que está enfermo? tiene seis años; hace más de un año que no lo veo; debe de estar grande.

Salomé pensaba cómo podía complacer aquel humilde pedido.

—¿Blas Gatín?... ¡Ya sé cómo daré con él! trabaja en el diario de papá; allí sabrán las señas.

La cara de Antonieta se iluminó con una ilusión. Oyóse de nuevo la voz de misia Palmira:

—¡El nene está llorando!

—¡Voy, señora!

Y Antonieta, animada por la sonrisa de Salomé, corrió en busca del nene, abandonando su taza casi llena, para otra ocasión, cuando tuviera tiempo.

Carlitos había vuelto a su casa, y en el jardín halló a su abuela, doña Andrea Echarri, que juntaba flores.

—¿Las flores de mamá? — preguntó el chico, besando a la anciana, que lo acogió con una inefable luz en los ojos pardos.

Era alta y pálida, y su cabeza cana, como un copo de algodón, tenía el sello de una vieja hermosura, arrasada por el dolor más que por el tiempo. Al fin, no eran tantos sus años; pero desde la muerte de su hija, la madre de Carlitos y Valentina, su vida en aquella casa murada se hundía como un crepúsculo.

—¿Las flores de mamá? — había preguntado el niño, y así era.

Cada mañana doña Andrea escogía un ramo de rosas, de violetas, o de jazmines. El niño, antes de irse a la escuela, poníalas frente al retrato de su madre y luego rezaba en secreto su corta oración que le enseñó la abuela: «perdónala, Señor, porque no supo lo que hizo».

¿Sabía Valentina lo que rezaba su hermano delante del retrato de su madre muerta? ¿Rezaba ella, por su parte, alguna otra oración, enseñada por la abuela o sacada del propio corazón, para pedir misericordia por un pecado que ambos ignoraban cuál fuese?

Nunca ninguna de las dos mujeres hablaba de aquéllo; y en la memoria del niño, cada vez, al renovar las flores, se encendía el recuerdo de una escena lejana.

Y eso le causaba tanto miedo, que en cuanto decía su plegaria huía del retrato sin atreverse a mirar los ojos anegados en tristeza, que desde la tumba parecían agradecer al hijo el sufragio de su oración inocente.

Cuando el nieto se iba, llegaba la abuela con paso blando, y disponía mejor las flores, y entornaba los postigos del balcón, graduando la luz para que en la penumbra de su antigua salita de recibo se destacara la imagen de su pobre hija.

Esa mañana, Carlitos volvió a salir, con permiso de su hermana Valentina, para holgar una hora antes del almuerzo alrededor de las canchas de tennis. En la vereda halló a Antonieta, conduciendo al niño de los Jairo en un cochecito.

Era un niño enfermo, que salía, arrebujadas las piernas tullidas en una manta de vicuña. Tendría cuatro años, y sólo sonreía cuando su padre lo besaba, o cuando la sirvienta lo sacaba a pasear con el cordero.

—¿Les parecieron lindas mis flores, Antonieta?

—La niña Salomé escogió las rosas para ella, y fué la única que las alabó.

Antonieta llevaba el cochecito por la vereda, y Carlitos marchaba por el medio de la calle, sin tráfico en ese suburbio, junto al cordero que se atardaba en todos los sitios en que crecía la gramilla, sacudiendo su collar de cascabeles.

De tiempo atrás intrigaba a la niña el misterio en que vivía la familia de su camarada. Tenía deseos de hacerle una confidencia, mas no se atrevía, por lo cual a menudo caminaban en silencio.

El nene se volvió a ella, y con su voz enfermiza le dijo:

—Galleguita, contáme un cuento.

La muchacha, por complacerlo, se puso a hilvanar una larga historia de episodios aprendidos en distintas partes.

En la calle desierta, bordeada de quintas con cercos vivos salpicados de flores, la voz de la niña que contaba su cuento se dilataba como una canción.

Carlitos prestó oídos y se puso pálido.

—¿Quién te ha contado eso, Antonieta?

Hablaba la historia de una casa inhabitada, según parecía, pues sus moradores vivían recluídos cuidando un secreto. Y era que el dueño había dado muerte a su esposa, y para que nadie lo supiera anunció que se iba de viaje. Desde ese día no salió del cuarto donde enterró el cadáver.

—Esto lo he oído en casa, no sé a quién.

—¿Cuándo lo oíste?

—Tampoco me acuerdo.

—¿Cómo se llama ese cuento?

—No es cuento, es sucedido; se llama «la casa que siempre está cerrada».

El nene de los Jairo, aterrorizado, cogió de la manga a la chica.

—No me contés más.

—¿Te da miedo?

—Esa casa,—dijo Carlitos con tristeza,—se parece a la mía.

—Es cierto.

—Y ese señor...—se interrumpió y se puso horriblemente pálido.

Antonieta se atrevió entonces a hacerle su confidencia.

—Yo no tengo padre ni madre.—La voz se le enronqueció repentinamente.—A mi madre la mataron.

—¿Quién la mató?

—Mi padre, en España...

—¿Y él?

—El está en presidio. Yo lo ví todo; y cuando vino la justicia, yo declaré en su contra, y lo perdí sin saber.

Carlitos, hacía tiempo, desde que era amigo de aquella chicuela taciturna y humilde, tenía ganas de confiar a alguien su pesado secreto; y por eso dijo:

—Yo también, yo también ví lo que pasó en mi casa; y fué eso mismo...

—Nosotros, mi hermano Blas y su mujer y Juanito, nos vinimos a América...—Carlitos temblaba.

—¿Qué tiene?

—¡Nada!

—¿Por qué tiembla así?

—No tengo nada; tu historia es como la mía. Por eso la puerta de mi casa está cerrada siempre y nadie entra allí; para que no oigan lo que dice a gritos mi padre, encerrado en la torre. El la mató; yo pongo flores delante de su retrato; yo la ví muriéndose. Tenía sangre en la frente y temblaba como yo ahora, pero acostada en el suelo. Me conoció, me llamó, me besó; después yo la gritaba y no me respondía; tenía los ojos abiertos, pero no veía, y seguía temblando como uno que se muere de frío, así... así...

Antonieta dió un grito; el niño había caído en tierra y temblaba, tal como lo decía, en una horrible convulsión, desencajados los ojos y llena la boca de espuma.

En la calle, que parecía un camino a través de los campos, nadie podía auxiliarlos. A lo lejos, unos muchachos remontaban barriletes.

El nene se había puesto a llorar, y Antonieta, de rodillas, acariciaba la frente y las manos de su amigo.

El ruido de cascabeles de un carro de lechero que se acercaba, pareció calmarlo más que las palabras angustiadas de la sirvientita. Se incorporó, y ayudado por el brazo de ella se puso de pie, enjugándose la frente sudorosa.

—Ya que lo sabes ¿nunca me hablarás de esto, Antonieta?

—¡No, no!

—Tres veces me ha dado este mal; y me sucederá siempre que hable de estas cosas. Yo tenía cuatro años entonces, pero lo veo todo como si hubiera sido ayer.

—¿Por qué sigue hablando de eso?—le reprochó Antonieta, que lo veía palidecer de nuevo.

—Tenías que saber mi secreto; así podrás comprender lo que digan de nosotros, y me lo contarás.

—Bueno, todo se lo contaré, si no se impresiona.

Se pusieron en marcha, de vuelta, sin ánimo de seguir vagando. Iban juntos por la vereda; el nene se había dormido, y el cordero los siguió en medio de la calle.

—Tu historia es como la mía, Antonieta.

En los ojos de la muchacha brilló una luz de alegría. Era cierto: ¿no se fortalecía con éso su amistad?

—Pero en mi casa está el retrato de mamá, y yo le pongo flores; ¿y en la tuya?

—Yo no tengo casa mía; en donde vivo es mejor que no sepan cómo murió mi madre; pero si tuviera su retrato, también yo lo adornaría. Cuando ella vivía...

Se echó a llorar, sin explicar las humildes alegrías de aquella existencia ya tan lejana y perdida para siempre. Llegaban al pantano que lamía el muro del jardín de la casa cerrada, y se detuvieron frente al senderito abierto en la hierba por los pasos de los que entraban a ella por la puerta falsa.

—Adiós, Antonieta; mañana te daré muchas rosas para Salomé.

La chicuela lo miró entrarse en aquella casa misteriosa de que todo el mundo hablaba con recelos, y siguió su camino empujando el cochecito hacia la plaza, pues aún no era hora de volver.

II

Salomé

Muchas veces Salomé había ido sola de Belgrano al centro. Cuando no tenía prisa, en lugar del tren tomaba el tranvía que la llevaba por los jardines de Palermo o por las arboladas vecindades del rosedal.

Esa mañana prefirió ese camino. Generalmente su portamonedas no estaba bien provisto, y como, al contrario de sus hermanas, sabía cuidar sus centavos, era muy raro que se animara a alquilar un automóvil.

Sentía llegar los tiempos difíciles para su casa.

Habíanse desvanecido los sueños de grandeza con que seis años antes se estableció en Buenos Aires la familia del doctor Narciso Jairo, a raíz de su primera elección de diputado por Santa Fe.

Hasta esa época, el doctor Jairo había vegetado dulcemente en las provincias, sirviendo a todos los gobiernos en los distintos puestos para que lo habilitaba su título de profesor normal, graduado en Jujuy. Porque era jujeño, nacido en la vieja y melancólica ciudad de Humahuaca, que abandonó hacía veinticinco años, buscando horizontes, y a la cual no pensaba volver, aunque en ella vivía y moriría su madre.

Un día halló harto chica la capital de su provincia natal, y se fué a Salta y después a Santa Fe, donde parece que apreciaron mejor sus grandes talentos y donde se casó.

Decía de sí mismo que tenía temperamento de maestro, y que nada había más eminente para un hombre

de corazón que el ejercicio de ese sublime apostolado. Cuando hablaba del niño—«el niño» en singular—se le llenaban de lágrimas los ojos, embargado por la emoción de las parrafadas que él mismo tejía alrededor del tema, citando a Pestalozzi y a Víctor Hugo.

Andando el tiempo, discurrió que su título era poco decorativo, quiso ser *doctor;* y lo consiguió graduándose tras algunos años de estudios precipitados, en la facultad de derecho.

Siguió hablando del *niño,* pero logró que un ministro lo sacara del magisterio, dándole un puesto mejor remunerado, si bien menos apostólico. Y allí lo tomó el engranaje de la política, y como tenía disposiciones para agradar a los hombres influyentes, y una elocuencia blanda y fluída, con oquedades sentimentales, en el río revuelto pescó una diputación nacional.

Ocurrió eso en 1910, y fué el comienzo de su ruina, aunque pareciera lo contrario.

Su familia, que había vivido modestamente hasta entonces, manifestó un insospechado afán de figuración y le exigió que se instalara en Buenos Aires, a lo que el doctor Jairo accedió, creyendo por su parte que las capitales de provincia no ofrecían campo suficiente para sus diversas habilidades.

Las niñas de Jairo, también por serios motivos, preferían la vida en la gran ciudad.

La mayor, Palmirita, en Santa Fe no había logrado sacar partido de su hermosa cabellera castaña, que suelta le llegaba hasta las corvas.

Era quizás su única belleza, y su dueña se pasó diez años, desde que cumplió los quince, luciéndola, explotándola en toda forma, pero sin gran resultado. Por lo demás, sabía bastante historia, entre ella todas las historias del barrio, y gustaba de ciencias y de bellas artes, y tocaba denodadamente el piano.

La segunda, Gertrudis, menos bachillera que su hermana, escuchaba en silencio todo lo que decían los hombres; y si debía responder miraba al suelo, de lado, co-

mo las gallinas, y se lamentaba de no poder agregar nada nuevo a lo dicho por los otros.

No tenía el cabello de su hermana, pero se consolaba con ser menor tres años, aparte de que sus manos eran más bonitas y habrían sido admirables *si tocara el piano,* según se lo decían los profesores de ese arte, y según ella vivía repitiendo para dar ocasión a las gentes de fijarse en tal detalle.

También Gertrudis culpaba a Santa Fe de su prolongado celibato, y se encantó con la idea del traslado.

La tercera, Salomé, sólo tenía once años cuando aquello sucedió, y no podía opinar; pero aplaudió un proyecto que hizo germinar las más descabelladas fantasías en su alma virgen.

Después de las tres niñas, escalonadas a tan larga distancia, misia Palmira dió a su esposo tres vástagos más, varones, nacidos dos de ellos en Buenos Aires, hijos por tanto de la buena fortuna, lo que no impidió que el último resultara con las piernas baldadas.

También la señora sostuvo con ardor la teoría de que Santa Fe no era ambiente propicio ni para su esposo ni para sus hijos, y se prometió vincularse a la alta sociedad porteña, no bien se instalara en la Capital Federal.

En los primeros tiempos, la familia creyó que todo se le pondría al alcance de las manos, y que la dieta de 1.500 pesos del diputado sería un fondo inagotable.

Pero lo único inagotable fué en ellos la facultad de sustituir con nuevas ilusiones las que perecían ajadas por las realidades de la vida.

Fallaron desde luego los propósitos de misia Palmira de intimar en breve plazo con la aristocracia porteña. En vano aprovechaba la familia cuanta invitación a fiestas oficiales recibía el diputado. Si era alguna recepción, las niñas se quedaban arrinconadas, contando las varillas del abanico o persiguiendo en la falda imaginarias pelusillas.

Palmira pensaba en su trenza, que nadie miraba, y en todas las historias que sabía; Gertrudis en su dul-

zura y en sus manos, que a nadie seducían; mientras su madre, con una imperturbable sonrisa en los labios y el ojo avizor, estaba alerta a contestar todos los saludos extraviados que llegaban hasta ella, y a responder efusivamente las más insignificantes atenciones.

Nada podía acobardarlas. Nuevos espejismos surgían donde se desvanecían los antiguos. Ya a misia Palmira no le interesaba la aristocracia de la sangre; se habría relacionado gustosa con la aristocracia del dinero, y hasta con la simple burguesía acaudalada; y sus niñas empezaban a desviar sus miradas de los jóvenes para posarlas tiernamente en los solterones maduros y hasta en los viejos verdes.

—Hay extravagancias inexplicables en el amor—dijo una vez alguien delante de Palmirita.—En un libro he visto un viejo apasionado por los zapatos de una muchacha; y conozco el caso de un hombre cuerdo enamorado de la trenza de una muerta...

¡Ay! ¡Trenza dijeron y Palmirita lo oyó! ¿No la había engañado, pues, su intuición? ¿Existían hombres que se enamoraban de la trenza de una muerta? ¿No había de haberlos, pues, capaces de inflamarse ante la visión de la trenza de una criatura viva como ella, dispuesta a todas las inmolaciones?

Salomé, pues, creció en ese ambiente, ganando la experiencia de las desilusiones, y aprendió a no poner su confianza en las quimeras que enflaquecían a su madre y a sus hermanas.

Pocas semanas antes había comenzado a hilvanar una aventura que la llenaba de alegres pensamientos.

Ocurrió eso a principio de julio. Aproximábanse unas fiestas suntuosas, a que la familia podría concurrir. Los vestidos de invierno, los abonos teatrales y las tardes de Palermo habían abierto un espantoso agujero en las dietas futuras de su padre, y parecía absolutamente imposible hallar ni crédito ni recursos para los cuatro trajes de sarao que exigían las circunstancias.

Misia Palmira tuvo una idea:

—¿Si empeñásemos algo en el Banco Municipal de Préstamos?

—¡Jesús, mamá! ¡no es para tanto!—replicó horrorizada Palmirita.

—¡Cómo que no es para tanto! ¿Saben ustedes los meses de alquiler que debemos? ¿saben que el almacén «La Giralda» nos ha cerrado el crédito? ¿saben que la Compañía Alemana ha estado a punto de cortarnos la luz y sólo ha desistido porque Jairo invocó su cargo de diputado?

—Podríamos pedir al administrador de «El Porvenir» que nos adelantara...

—¡«El Porvenir»! ¡«El Porvenir»! Ese ha sido nuestra ruina. El diario de tu padre le ha devorado anticipadamente hasta las dietas de la reelección.

—¿Y si no lo reeligieran?—preguntó Salomé.

—¿Que no lo han de reelegir? Esta niña es tonta—bufó misia Palmira.

—Lo digo porque le he oído a él que su partido está casi disuelto y no ganará más elecciones...

—¿Pero acaso tu padre está obligado a ser diputado siempre por un mismo partido? ¡qué ingenuidad! No hablemos más de esto; son palabras ociosas. Debemos empeñar algo para hacernos de recursos. Puede ser mi collar de perlas.

La frase cayó neta y definitiva. Las tres niñas quedaron encantadas de la idea de su madre, que se sacrificaba como el pelícano. Se decidió que Salomé, la más resuelta y la menos conocida, hiciera la gestión; y para eso fué una mañana al Banco de Préstamos con el collar de perlas que el doctor Jairo regaló a su esposa el día que prestó juramento en la cámara. La joven llevó algunos papeles para justificar, si era necesario, la propiedad de la joya, y fué cierta de hacer un buen trato.

Fina, grácil, desenfadada para algunas cosas, tímida para las más, desbordando ilusión e inexperiencia, a pesar de sus gestos seguros, Salomé producía en la calle una impresión confusa de inocencia y de malicia. Al aproximarse al banco no parecía conmovida y se la

habría creído habituada a realizar esa desesperante gestión. Llegó unos minutos antes de las diez, hora en que se abre el establecimiento, y para hacer tiempo y ser de las primeras en entrar, cruzó la calle Suipacha y se puso a aguardar ante las vidrieras de Maple, que en forma de vestíbulo ofrecían un lugar disimulado y cómodo.

Un hombre se paseaba sosegadamente por allí, observando con disimulo las personas que se agrupaban a la entrada del banco. ¿Esperaba a alguien?

Cuando se aproximó Salomé, la miró profundamente y la muchacha notó que lo había impresionado y comprendió quien era, porque a menudo veía su retrato en los periódicos, unas veces con motivos sociales, otras con ocasión de sucesos literarios o políticos.

Era Jorge Paz Morera, silueta habitual en Florida, donde conocía a todo el mundo y saludaba a las niñas con desgano, pero con superior elegancia. Tenía fama de «poseur», y pocos adivinaban que detrás de su actitudes escondíase una timidez de misántropo, dolorosa o agresiva, según los días, y de la que jamás se curó. Escribía en los diarios, con estilo rebuscado y sobre asuntos trascendentales; y hablaba poco de los demás y bastante de sí, entornando los hermosos ojos pardos, llenos de lejanos ensueños.

Se decía que estaba preparando una obra maestra, cuyo título—«La Epopeya del Cóndor»—rodaba hacía varios años por la prensa; y cuando paseaba por Florida, con un gabán kaki, su pipa exótica, su gran flor en el ojal y las manos a la espalda, mirando a las niñas, no faltaba quien pronunciara su nombre en voz baja.

—Ese es Paz Morera. Está escribiendo un libro hace diez años. Será colosal...

Nadie en Buenos Aires sabía qué motivos llevaban al recóndito soñador a rondar el banco de los pobres.

Indudablemente él estaba lejos de sospechar quién era ella, y esa situación daba a Salomé una pequeña ventaja. No fué esquiva a su primera mirada, pero frunció el ceño cuando él se le aproximó; y como abrieran las

puertas del banco, abandonó las vidrieras de Maple, y para que él no la viese penetrar en un establecimiento concurrido por gente de finanzas averiadas, dió una vuelta al jardincito de la esquina de Viamonte, y entró por ese lado.

Al salir, realizada con fortuna la operación, gracias a su sonrisa, que movía las voluntades, se encontró de nuevo con Paz Morera, clavado en la esquina.

Parecióle conveniente volver a fruncir el ceño y tomar un automóvil para desvanecer la mala impresión que debía de haberle causado su entrada al banco de préstamos. Así terminó su primera *entrevista,* como ella la denominaba en sus monólogos mentales.

Algunos días después, para nuevos apuros, fué necesario empeñar otra alhaja, una pulsera de Salomé, que ella se encargó de llevar, con la secreta esperanza de repetir el encuentro con Paz Morera.

Y en efecto lo halló, como la vez anterior, frente a las vidrieras de Maple, con su indumentaria rebuscada y elegante, y su aspecto de poeta fatigado del ideal.

¿La esperaba acaso? No era posible, aunque le sonrió como a una amiga.

Y fué el caso que Salomé, que deseaba hallarle, en vez de alegría sintió una aguda contrariedad. Indudablemente él no sabía su nombre, pero al verla frecuentar ese banco se imaginaría los ahogos de su familia. Estuvo a punto de pasar de largo; pero al fin se resolvió y entró atropelladamente, realizó la operación, y salió estremecida por la idea de que iba a encontrarle en la puerta misma.

En efecto. El la esperaba allí y repitió su sonrisa amistosa e impertinente.

¿Por qué lo miró entonces?

Hacía poco «El Porvenir» había publicado contra él unos sueltos descomedidos, que ella juzgó de pésimo gusto. ¿Quiso instintivamente indemnizarlo de aquellos ataques? ¿o fué más bien una excusa por haberle hallado por segunda vez en aquel lugar, descubriendo secretas apreturas?

No podía saber la muchacha que Jorge Paz Morera, en quien hacía una semana vivía pensando, había hecho de su paseo hasta el vestíbulo de Maple un programa que llenaba con todo sigilo, y para el cual le estorbaba la popularidad de su figura. En tales sitios anudó muchas intrigas de amor; como que en aquellos alrededores solía hallarse con mujeres bonitas, puestas en trances difíciles, que acudían al Banco Municipal y que eran más propicias para las tentaciones de lo que ellas mismas pudieran sospechar.

Cuando se hastiaba de una aventura que lo había distraído durante algunos meses o algunas semanas, o menos aún, volvía como un cazador a apostarse en el sendero de sus presas, donde un día encontró a Salomé, ignorante de la fina astucia de ese hombre, a quien las niñas de buena sociedad no habían arrancado nunca una declaración, pues se ponía colorado de sólo pensar en ello.

Al salir del banco esa vez la hija de Jairo tomó un tranvía, y él subió detrás de ella, y no pudiendo sentársele al lado, ocupó un sitio desde donde admiró exquisitos detalles de su hermosura. Le pagó el boleto y cuando descendió la persona que ocupaba la mitad del asiento de ella, Paz Morera tomó el sitio.

Salomé, turbada por una emoción desconocida y deliciosa, se corrió hacia la ventanilla y se puso a mirar la calle, con miedo de que se hiciera de pronto un gran silencio y pudiera él contar los latidos de su corazón.

Así comenzó el ensueño que la fué llevando hacia el amor. Por ella misma supo él su nombre y aun su dirección, pero nunca le vieron rondar el barrio.

Para encontrarle debía ella ir a Florida, al mediodía, hora en que Paz Morera se detenía en la vereda, frente a la puerta del Jockey Club.

Palmirita y Gertrudis, que la acompañaban generalmente, se enteraron de su relación un día que él la saludó.

—¿Te saludó? ¿viste? ¡qué muchacho! ¿dónde lo co-

nociste? ¿me lo vas a presentar? ¿te ha hecho versos? ¿se te ha declarado?

Salomé respondía vaguedades: que lo conoció en el baile tal, que no le había hecho versos ni se los haría nunca porque no la festejaba, como no festejaba a nadie.

—¡Así es!—suspiró Gertrudis,—se deja querer desde lejos.

En cuanto fué posible cambiaron de tema, y en adelante procuró Salomé no volver a Florida con sus hermanas.

Después comenzó a asustarse de aquella amistad que llevaba camino de comprometerla. Un día él le pidió una cita, para confiarle cosas importantes, y se encontraron en un cine, y ella volvió a su casa acongojada por temores diversos.

Pero tenía Paz Morera un nombre que le parecía aristocrático: las muchachas se enloquecían o fingían enloquecerse por él, y sintióse conmovida por aquel fiero César a quien sólo ella había rendido.

No sospechaba que no la persiguiría con tanta audacia si la amase de veras, pues sólo dejaba de ser tímido en las conquistas livianas.

La mañana en que Salomé fué al centro con el encargo de la sirvientita, al acercarse al rosedal sintió la tentación de anegarse un rato en la dulzura de las primeras rosas.

Tenía tiempo y estaba alegre. Una amiga, el día antes, le había hablado de Paz Morera; ya en sociedad empezaba a susurrarse que se rendía al amor, y aunque no se pronunciaba ningún nombre, en el enigma encontró Salomé una misteriosa esperanza.

Bajóse del tranvía, y por una calleja que convergía sobre la Avenida Alvear, llegó a los jardines.

Su falda blanca, sobre un viso rosado; su sombrero de paja de Italia, cercado de rosas; su frágil sombrilla enfundada; su andar vivaz, agregaban una nota expresiva a la radiante primavera que ya reinaba allí.

Era temprano y nadie turbaba la paz del rosedal, vibrante de luz. Sólo junto al lago, a cuyo borde florecía

un almendro, halló una muchacha, la hija de algún jardinero quizás, desatando un bote para remar.

Cuando Salomé llegó, la muchacha saltó en su barca y se apartó de la orilla. En el ambiente puro sonaba el golpe armonioso de su remo. Bajo la gloria del sol, con la cara encendida por el esfuerzo, los brazos desnudos, el cabello revuelto, la blusa marinera escotada, Salomé la vió alejarse con una inexplicable tristeza, como un ensueño que se esfuma.

Sintió rumor de pasos sobre el embaldosado de un puentecillo, mas no volvió la cabeza y continuó mirando con melancolía el lago verdoso y trémulo, en cuyo cristal se reflejaba el vuelo caprichoso de una gaviota, que luego se perdía en el horizonte, buscando el río, tal vez el mar.

Si alguna vez—pensó la niña—podía pasearse del brazo de *él,* sin miedo a las miradas de las gentes, porque sería su mujer o su novia, su primer paseo quería darlo en el rosedal, donde empezaba a gustar la melancolía del amor.

Detrás del enrejado, que las hierbas cubrían con su cortina de hojas recientes, oyó voces, y quiso ver quiénes podían haber llegado antes que ella.

Divisó una pareja sentada en un banco de piedra, bajo las ramas de un aguaribay que tendía un arco sombrío sobre el sendero rojo. Por allí debía ir Salomé, si quería conocer quién era *ella,* pues acababa de ver quién era *él,* aunque volvía la espalda hacia su lado.

¡Era Jorge Paz Morera! El que hacía un instante llenaba su pensamiento. Lo encontraba respirando el ambiente de las primeras rosas, acompañado de una mujer a quien sin duda hablaba de amor.

Decidida, pero temblando, pasó por delante de él y lo miró sin saludarlo.

—¡Cómo lo mira la pebeta!—oyó que decía su compañera.

Y pudo conocerla sin esfuerzo; cien veces había visto su retrato y su nombre en las crónicas sociales.

Era Julia Noel, a quien llamaban con malicia Julie-

ta Abismo, porque en su alma insondable cabía todo, y porque a los veinticinco años, huérfana, inmensamente rica, soltera y libre, tenía la experiencia de un hombre.

Salomé huyó como una paloma asustada. Al salir del rosedal vió el automóvil de Julia Noel aguardando a su dueña, con aquel chofer de hermosa planta, que alguien había llamado «el león dormido».

A tal hora no podía tratarse de un encuentro casual, sino de una cita como las que Jorge Paz Morera le daba a ella, la inocente Salomé.

Experimentó la náusea del parangón, y pensó que tal vez fuera aquélla la novia desconocida de que se hablaba.

No sería Paz Morera el primero que entregara su nombre y su libertad por una herencia; y Julia Noel, además de rica era hermosa, con una picante hermosura ultramoderna, que ante muchos la justificaba de sus mayores audacias.

«¡Cómo lo mira!» había dicho la Noel; y debieron de quedarse hablando de ella. Salomé habría dado cualquier cosa por oir la respuesta de él, que sin duda renegó de su pequeña amiga, más pura y por lo tanto menos seductora.

Pasaba un automóvil vacío y lo tomó, y a gran velocidad siguió por la Avenida Alvear hacia el centro.

Tenía ganas de llorar en la soledad del coche, pero contuvo sus impulsos y se resolvió a romper una amistad que la deshonraba, y a orientar su vida por otros rumbos.

La ruina de su familia presentábasele como cosa inevitable. Sólo ella en su casa lo veía, porque era la única en quien no prendían aquellas esperanzas fantásticas que cegaban a los otros: a su madre, que se desvivía por relaciones ilustres; a sus hermanas, que se torturaban por atrapar un novio; a su padre, el más ciego de todos, que se engañaba a sí mismo, como engañaba a los demás, con frases y gestos ampulosos.

Solamente ella comprendía que se hundirían sin remedio en la miseria y en el deshonor, si una vez ter-

minada la segunda diputación de Jairo, bien roída ya, no recogían velas y agachaban la cabeza al trabajo.

Pero, ¿a qué trabajo? Su hermana Palmira podía conseguir algún puesto de maestra, cuyo título tenía; pero Gertrudis y ella nada sabían hacer; ella sobre todo no tenía más que su frágil belleza y su buen sentido.

Eso le bastaría.

En los escritorios de las grandes casas de comercio las niñas inteligentes y laboriosas encontraban con facilidad un empleo. Mas en tanto que su padre fuese diputado y su madre pretendiera aparecer vinculada a la «crème» porteña, no debía pensar en tal cosa. Pero cuando llegaran tiempos más duros, lo que inexorablemente ocurriría, estaría lista para dar el ejemplo.

Faltábale la preparación necesaria, pero la adquiriría aprendiendo taquigrafía y contabilidad. Con eso y su linda sonrisa estaba segura de abrirse camino.

Bajo la impresión de su disgusto se resolvió esa mañana a iniciar sus lecciones, y se dirigió a una academia cuyos prospectos había recibido. Pero ante la enseña de bronce, fijada a la puerta, se esfumó su buen propósito.

Para ganar dentro de uno o dos años una mezquina soldada, no más de lo que ahora gastaba en cintas y alfileres, debía comenzar inmediatamente un estudio riguroso y árido; y después peregrinar por las más diversas oficinas, ofreciendo su trabajo. Sabía que su figura bonita la habilitaba tanto como el título de maestra a su hermana Palmira, ¿pero sería siempre bien recibida?

Y si en su belleza ponía su esperanza para después, ¿por qué no la utilizaba desde ya...?

Cuando pasaba por la calle, sola, nunca faltaban flores para ella; y por algunos indicios podía juzgar que estaba en su mano el hacer perder el seso a quien su capricho le indicara.

¡Paz Morera! A él lo habría amado, pero a nadie más. A los otros, si alguna vez cedía a la tentación que en ese minuto la asaltó, los subyugaría para que sirvieran su ambición.

Tenía diez y siete años, y la vida por delante. ¿Para qué franquear los umbrales de aquella sombría casa de estudios, que no le enseñaría a vivir más de lo que le enseñaba su instinto?

Con que renunciara a tiempo a ciertos perjuicios, quedaría admirablemente armada para la lucha.

No penetró en la academia, y empezó a andar por las calles, sin rumbo, revolviendo sus pensamientos. De pronto se detuvo, sintiendo vergüenza y asco. Su corazón, que era limpio como un vaso de oro, se ensuciaba al solo considerar semejantes problemas.

Roja de indignación consigo mismo, volvió atrás; y casi corriendo para que la demora de un minuto no desvaneciera su resolución, entró en la academia, se inscribió y tomó su primera lección.

Una hora más tarde salió rebosando entusiasmo, y hasta el aspecto de la ciudad le pareció distinto, porque su propia voluntad había empezado a renovar su vida.

Recordó entonces la promesa que hiciera a su sirvientita, y fué en busca del paradero de Blas Gatín.

III

Un periodista

¿Qué había oído decir Salomé de la mujer de Blas Gatín? ¿Qué predestinación unió ese tipo cómico y trágico juntamente, a aquella mujer de quien se hacían lenguas los que alguna vez la vieron?

La hija de Jairo tenía ciertas vagas noticias acerca del periodista famélico, que un día llegó a la casa de su padre resoplando de asma.

Con sus gafas de gruesos cristales, que le achicaban horriblemente los ojos; su melena profusa; su corbata roja, anudada en un gran moño de puntas flotantes; su tez afiebrada y su charla inagotable y penosa, no impresionaba muy favorablemente.

—Mire usted (le dijo en esa ocasión, quitándose el sombrero ante el director y propietario de «El Porvenir», que lo escuchaba con curiosidad)—yo soy escritor socialista. He llegado a América sin un cuarto... ¿Permite usted que me siente?

—Siéntese, mi amigo.

Blas Gatín se sentó con un gruñido de alivio. Era cabezón, pequeñín de estatura, tenía un hombro más bajo que el otro, defecto que él se esforzaba en disimular adoptando posturas majestuosas. Al sentarse, recogióse los pantalones, para no agrandar las rodilleras, con lo que dejó al aire las canillas lamentables, enfundadas en medias blancas de algodón.

—Pues según le iba diciendo, señor director, yo soy escritor socialista; y como a mí nadie me pone albarda,

me he visto obligado a venirme a esta parte del charco, buscando libertad para mis ideales, libertad de que carecemos en la miserable España papista. Y estoy sin trabajo y sin una peseta, y a las órdenes de usted. Soy, como le digo, escritor socialista.

—Amigo mío,—observóle con dulzura el doctor Jairo, —mi diario no es socialista.

—¿Que no es...? ¿cómo dice usted? ¿que no es socialista? ¡Zaratustra!

Sacó una mugrienta libretita, la hojeó y leyó un apunte: «La Nación», mitrista; «La Prensa», pacifista; «La Fronda», radical; «La Vanguardia», conservadora; «El Porvenir», socialista.

El doctor Jairo sonreía con benevolencia.

—Pues aquí está, esto lo canta así—dijo Blas Gatín, golpeando con el índice enérgicamente la libreta.

—¿Quién le dió esos datos?

—En Madrid, en una agencia de informaciones para los emigrantes...

—Le han informado mal. «El Porvenir» no es socialista, es republicano.

—¡Hola! ¿republicano dice usted? Pues es que precisamente yo soy más republicano que socialista; como que Rodrigo Soriano...

—Permítame, señor Gatín: los republicanos de la Argentina no son como los de España Aquí somos conservadores.

—¡Ajajá! — exclamó Blas Gatín alborozado, — ¿con que conservadores, eh? ¿me querrá creer usted? ¿conoce usted a Maura? ¿que no? bueno, pues aquí me traigo yo una esquelita suya para sus amigos de América; mírela usted... ésta es... no, no, ésta es don Antolín López Peláez, para el arzobispo; esta otra debe de ser...

Hojeó un fajo de papeles de colores y aspecto indescriptibles y al cabo dijo:

—¡Qué casualidad! ¡me la he dejado en mi gaveta! Pero yo la traeré... Con decirle a usted que durante dos años he pertenecido a la redacción de «El Siglo Futuro», de Madrid, y que artículos míos se le han atribuído a

Vázquez de Mella... ¿Conoce usted a Vázquez de Mella? Si su diario es conservador, mejor que mejor. Estoy hartuco de socialistas y republicanos. A mí nadie me pone albarda; pero en lo tocante al trabajo, soy una bestia de carga.

Mientras Blas Gatín discurría, Jairo recordaba haberlo visto dando conferencias callejeras en las plazas, ante el benévolo público de los desocupados, sobre temas inconmensurables, confraternidad hispano-americana, porvenir de la raza latina, o cosa análoga. Una vez se había parado a oirle, y al final de un párrafo observó que mientras el orador se enjugaba la frente, una chicuela que lo acompañaba presentaba un platillo a los oyentes, para que echaran algo «si lo tenían a bien».

Lo había visto asimismo vendiendo libros por mensualidades y novelones por entregas, perorando siempre, negando al rey o al papa, o a Garibaldi y a Marx, según las obras que en ese momento ofreciera o según la cara del cliente.

Con tales recuerdos, el director de «El Porvenir», que ya por aquel tiempo andaba a la pesca de escritores baratos y dóciles, porque con los nuevos tiempos un diario no podía anclarse en una sola opinión, adivinó que Blas Gatín, con su corbata roja y sus remembranzas de «El Siglo Futuro», era una alhaja.

Esa noche, en la mesa, el doctor Jairo anunció a su familia que había incorporado a la redacción de «El Porvenir» a un eminente polemista español, y contó su primera entrevista con él, por lo que Salomé dedujo que en realidad se trataba de un pobre diablo.

Dos semanas después, misia Palmira incorporó a su vez a la servidumbre de la casa a la hermanita del eminente polemista; pero no se hacía lenguas más que de la flacura de la chicuela. Tenía la dama la debilidad de creer que las sirvientas entraban flacas a su casa y salían gordas; tan sustancioso era su trato. Y si llegaba a tomar alguna en buena carnadura, demostraba una inmensa sorpresa: «¡Qué raro! ¡viene gorda de su casa! ¿qué comerá esta infeliz?

A pesar de ambos empleos, en el hogar de Blas Gatín reinaba una miseria pavorosa; y aunque a él «nadie le ponía albarda», se despenaba detrás de todos los medios de acrecer con algunos ochavos su sueldo de secretario de redacción de «El Porvenir».

Salomé, que fué al diario en busca de sus señas, lo encontró a él mismo, sentado ante una larga mesa, medio perdido tras una pila de periódicos del canje.

—Un minuto, señorita — le dijo sin reconocerla;— tenga la bondad, allí hay una silla.

Salomé se sentó, interesada por la figura extravagante del polemista, a quien harto elogiaba su padre.

Blas Gatín atendía con suma deferencia a un sacerdote huesudo y alto, de cabello ceniciento y erizado y de ojos verdes que ardían en unos cuévanos, debajo de la frente prominente y recia.

Hablaba con mansedumbre, pero a veces su voz adquiría tonos sorprendentes, que sobrecogían el alma. Gatín le decía «señor don Dimas». Por lo cual Salomé coligió que era don Dimas Carrizo, algo así como la conciencia del gran mundo porteño, donde se le daba entrada, aunque se le temía por la sutileza con que desenmascaraba a los falsos cristianos y por las inquietantes verdades que vivía desparramando.

Cuando el sacerdote se fué, después de echar una mirada suspicaz sobre la recién llegada, Salomé se aproximó a Gatín.

—Soy Salomé Jairo.

El entonces cambió la magnífica postura en que se disponía a oirla, y se plantó a su lado haciendo zalemas.

—¡La señorita Salomé Jairo! ¡La hija del señor director! ¡quién lo pensara! Pues para servirla estamos; ¿en qué puede ser? ¡usted dirá, señorita!

Ya Gatín no usaba la corbata roja y flotante; un moñito discreto, color perdiz, disimulaba sus opiniones tornadizas, conforme a los intereses de la empresa.

Explicóle Salomé que iba en busca de nuevas del niño enfermo, pues su hermanita, se inquietaba por él.

—¡La pobrecilla! Verá usted, señorita; el niño está

bueno ya, pero estuvo casi perdido; aun ahora podemos decir que se halla a un negro de uña de una recaída.

Ella maquinalmente, miró las uñas de Blas Gatín, y se tranquilizó. Si era tal como lo decía, el niño estaba ya fuera de peligro.

—Quisiera verlo... ¿está en su casa? ¿puede darme sus señas?

—¡Ah! ¡ah! ¿mis señas? ¡oh!

El pobre Gatín no deseaba mostrar el tugurio en que vivía; pero Salomé insistió en su pretensión, quería ir sola, y él no pudo esquivarse.

—No es un palacio, señorita,—dijo con la más insinuante de sus muecas, esperanzado que de aquella visita resultara el pago de sus sueldos atrasados.—Los periodistas somos bohemios por temperamento; yo más que ninguno; porque usted sabrá que yo en España he sido lo mucho y lo poco; como que a mí nadie me pone albarda.

Dió la dirección de su albergue, en las cercanías del Parque de los Patricios, y la joven salió apresuradamente.

Una vez allá, los vecinos le indicaron la pieza ocupada por la familia del periodista, en el tercer piso.

Sin que la habitación fuese mala del todo, impresionaba la pobreza de su ajuar: dos camas revueltas y sucias, algunos trastos por el suelo, una o dos sillas, una cantarita de agua en una palangana sobre un cajón, y las paredes llenas de lamparones. En un rincón una percha atestada de trapos, y al pie una maleta destripándose.

Salomé entró saludando, pero nadie contestó. Aquella gente no debía de temer a los ladrones, pues lo dejaba todo a puertas abiertas.

Vió al enfermito acurrucado en una de las camas. Sobre la almohada roja, sin funda. destacábase su cara demacrada, en que brillaban los ojos alucinados, mirando sin interés todas las cosas.

Le hizo una caricia y le habló.

—¿Quién te cuida?

—Nadie—respondió, dándose vuelta para no verla.
—¿Y tu hermano Blas?
—El sí, pero no está nunca de día.
—¿Qué has tomado hoy?
—Nada.
—¿Tienes hambre?
El niño volvió penosamente la cabeza y dijo:
—¡Tengo sed!
—¿No te dan agua?
—No hay nadie que me la dé.
—Yo te la daré, Juanito...
—¿Quién es usted?
—Luego te lo diré.
Buscó agua en la cántara, y no hallando una sola gota salió afuera a pedirla. Una vecina le observó al darle un vaso:
—La que debiera ser su madre, poco se cuida del enfermo. Se habría muerto ya, a no ser por nosotras.
Salomé fué a dar de beber al niño.
—¿Quién te quiere aquí?
—Sólo mi hermano Blas.
—¿Te quiere mucho Blas?
—¡Oh, mucho, mucho!
—¿Y Antonieta?
—No sé dónde está. ¿Sabe usted?
—Sí; está en mi casa; ¿quieres verla?
—Si la viera y ella me cuidase, me levantaría pronto.
Hablaba con tanta seriedad que traspasaba el corazón; el sufrimiento, la proximidad de cosa tan seria como es la muerte, dábanle una visión superior a sus años.
Salomé le arregló la cama en lo posible, mullendo sus trapos nauseabundos y cambiando de lado el fementido colchón. ¡El escándalo que armarían su madre y sus hermanas si lo supieran!
Abrió después la ventana de la calle, para que el sol despejara el horror de tanta miseria.
—¿Te ha visto algún médico, Juanito?
—No.
—¿Qué remedios te dan?

El chico no contestó; estaba fatigado y se durmió pronto. No parecía muy afiebrado y así, inmóvil y espantosamente pálido, se le habría creído muerto.

La muchacha aguardó un instante, sentada sobre el cajón de donde quitó la palangana y cuando se disponía a irse, entró una mujer en la cual reconoció la pintura que le habían hecho de la esposa de Gatín.

Lola Gatín, acostumbrada a que en su ausencia las vecinas auxiliaran al enfermo, no se sorprendió de hallar alguien en la pieza; pero al mirar mejor, se detuvo en medio del cuarto, y dijo con una dureza que más que otra cosa trasuntaba la confusión de que personas de afuera viesen cómo vivían:

—¿Qué hace usted aquí? ¿a quién busca? ¿quién es?

—Salomé Jairo. He venido a saber del enfermito, para llevar noticias a Antonieta. Las señas se las pedí a su hermano. No había nadie aquí, y entré... ¿habré hecho mal?

La niña hablaba con dulzura, algo cohibida, pero interesada en espiar el efecto que producía su presencia en la mujer de Gatín.

Era tal como se la describieran: muy gallarda, de cabello espeso y renegrido, con que resaltaba la blancura de su tez. Vestía con esmero, y tal era el contraste de su aspecto con la sordidez de la habitación, que parecía no vivir allí.

El arco irregular de sus cejas se quebraba hacia arriba, con el menor movimiento de su alma inquieta, lo cual le daba un aspecto ofensivo y malévolo. Pero un hoyuelo en el mentón dulcificaba su fisonomía, a la que los ojos pardos, imprimían una inolvidable hermosura.

¿En dónde había encontrado Blas Gatín semejante compañera?

Entrambas callaban. Salomé admirando a Lola, y ésta adivinando su impresión.

Bruscamente dijo la Gatín, señalando con desdén la miseria del cuarto:

—¿A usted le llamará esto la atención?

—No veo nada extraño.

—¡Quite usted! ¡Nada extraño! ¿No ve ese niño que se muere?

—¡Ah, sí!

—¿No ve que aquí nadie lo cuida?

—Sí, sí; también lo veo; ¿por qué es eso?

—¿No lo adivina? ¡Somos pobres!

—Pero en el hospital lo cuidarían...

—¿Quiere usted que lo echemos al hospital?

—¿Por qué no? Aquí se morirá...

—Mejor para él!

—¿Cómo dice?—exclamó Salomé asombrada.

Lola Gatín se rió amargamente

—¿Qué quiere que haga este infeliz en el mundo? ¿no es mejor que se muera? ¿no habría sido mejor eso también para nosotros? Responda usted, señorita Jairo, si es que tiene alguna noticia de la existencia de gentes como nosotros...

Salomé sentíase acorralada por la voz, por el ademán, por las miradas que vibraban sobre ella, como si tuviera culpa de lo que ocurría en el mundo.

Y por primera vez pensó que era culpable de que la muerte fuese para Juanito Gatín preferible a la vida; porque ella, en su esfera, contribuía con su despilfarro y su inconsciencia a envenenar los dolores de aquellas gentes.

No respondió nada. Lola Gatín seguía hablando, y la niña agachaba la cabeza, huyendo de sus ojos terribles y magníficos.

—Esa es la verdad, y por eso no lo cuidamos. Blas quiere que se muera; y ese niño es toda su pasión. Y yo, que no tengo hijos, y que como a un hijo lo habría amado, si me dejara llevar de mi sangre, también quiero que se muera... ¿Para qué puede servirle la vida?

El niño se despertó oyéndola, y la miró con miedo, y ella al notarlo se echó sobre él.

—¿Y tú también, Juanito,—le dijo besándolo con furia—verdad que te quieres morir?

El chico escondió la cara.

—¡No, no!—gimió aterrado;—¡yo no quiero morirme!

—y se puso a llorar silenciosamente.

Lola se levantó.

—¡Qué sabe el inocente de esto!

Permaneció un rato callada, de pie en medio del cuarto, soberbia e inflexible como una idea hecha carne, y Salomé la admiró con espanto.

¿No era toda una clase social la que hablaba por boca de aquella mujer?

Los sollozos del niño le partían el alma. Se levantó, lo besó, diciéndole: «Esta tarde volveré con Antonieta»; y a ella le tendió la mano con amistad.

IV

El velo en la cara

Resultaba penoso para un hombre tan importante como el doctor Vieytes percibir un perpetuo y disimulado sarcasmo en todas las palabras que le dirigía su mujer.

Acababa de preguntarle:

—¿Cómo está tu tronco de raza?—y tal era su modo de inquirir si saldría de paseo esa tarde.

Porque el doctor Vieytes, apegado a las costumbres de sus antepasados, no había transigido nunca para su uso particular con el automóvil; y era en Buenos Aires de los pocos que conservaban su milord con un soberbio tronco de raza, por cuya salud parecía interesarse Cristina.

—Está mejor, gracias; — respondióle afablemente — hoy lo atarán.

Cristina se sonrió con picardía, haciendo una seña a Rodríguez — el coronel Crispín Rodríguez — para que salieran a tomar el café en el hall.

El doctor Vieytes se quedó todavía un par de minutos a la cabecera de la mesa, explicando a su suegra, doña Remedios Campomanes de Elcano, la indisposición que padecían sus caballos.

Luego abandonaron ambos el comedor, apoyada la vieja dama en el brazo que él le ofrecía ceremoniosamente.

En un ángulo del hall, que era vasto y adornado con cuadros valiosos, estaban ya María Helena y Julia Noel, cuchicheando bajo la púdica mirada de una Friné de ta-

maño natural, que esplendía allí autorizada por una gran firma.

La severa moral de doña Remedios había logrado por fin aclimatarse en la alarmante galería de pinturas de su yerno; y en ese momento, más que la compañía de Friné, la desagradaba para su nieta la de Julia Noel.

—¿De qué hablarán las dos niñas para reirse así?—pensaba la señora.

—Mira los ojos que me hace tu abuela; — dijo la Noel — ¿por qué no me quiere?

—¿Quién te ha dicho que no te quiere?

—¡Gran secreto! Ella te desearía más formal, menos risueña, más mística y dócil, como su Indiana; y sospecha que mi compañía no te lleva por esos caminos.

María Helena se quedó pensativa al oir el nombre de Indiana, la joven que había criado su abuela como una hija.

—¿Te parece que ella cree que Indiana es todo eso?

—Sí.

—¿Y tú lo crees?

—¡No!—respondió secamente Julieta Abismo.

El doctor Vieytes explicaba en ese momento a doña Remedios las ventajas económicas de la neutralidad argentina en la guerra europea.

—Si yo fuera el kaiser...—dijo.

Cristina alcanzó a oirlo y se puso a reir, y él, ofendido, guardó prudente reserva sobre lo que habría hecho de ser el kaiser.

—Explícale a mamá — dijo su mujer para endulzarle el flechazo — lo que ha ocurrido con la conferencia de neutrales.

El doctor Vieytes frunció ligeramente el ceño, temiendo una emboscada de la incorregible Cristina; pero luego lo sedujo el tema y comenzó a tratarlo ante la dama, que escuchaba con gran interés.

En tanto Cristina preguntaba al coronel Rodríguez en voz baja:

—¿Es usted amigo de Guillermo Sánchez?

—Relación de club, simplemente; ¿por qué?

—Para que lo invitara a tomar el té... ¿no sabe que es el novio de María Helena?

El coronel Rodríguez se rascó la nariz caviloso.

—¿El novio de María Helena? ¿Desde cuándo?

Ligeramente desconcertada por aquella inocente pregunta, Cristina interrogó a su hija:

—¿Desde cuándo es tu novio Guillermo Sánchez?

María Helena se echó a reir convulsivamente, sea que hallara algo de cómico en las palabras de su madre, sea que le llegaran en un singular momento de su conversación con Julia.

—¿Pero mamá, se puede decir ya que es mi novio?

—¿Cuándo pidió visita?

—¡Qué memoria! Hace ocho días.

—Bueno, pues entre nosotros eso tiene la importancia de un noviazgo.

Doña Remedios desinteresóse de la conferencia de neutrales, a tiempo que el doctor Vieytes decía: «Si yo fuera el general Carranza, presidente de México...», y prestó atención a lo que se hablaba de su nieta

—Ese joven me gusta — afirmó la anciana sentenciosamente. — Honesto, laborioso, de porvenir.

Los tres calificativos cayeron en un solemne silencio. El coronel Rodríguez, preocupado, mascullaba un escarbadientes que había sacado del bolsillo, donde siempre llevaba una provisión.

Era un hombre recio, de tez sanguínea, de ojos vivaces y labios finos, entre los que silbaban sus palabras mordientes.

Solterón empedernido, vivía sobriamente de su retiro militar y se pasaba las cuatro quintas partes de su existencia en los clubs, o en casa de los amigos que tenían buena cocina, especialmente en la del doctor Vieytes, donte hacía veinte años conocían su estómago y sus aficiones.

Cultivaba algunas rudezas cuarteleras que lo hacían aparecer como hombre incivil; mas todo era cálculo en él, pues sostenía que los defectos son los reyes del mundo.

Una vez que logró acreditarse de irascible, de mordaz,

de turbafiestas, todas sus genialidades le fueron toleradas. La gente se encogía murmurando: «este hombre es así!»; «son cosas de él»; «hay que perdonarle, porque es su defecto; él mismo se conoce».

Y él, con la más cínica zorrería, se aprovechaba: «Si yo fuera perfecto, decía, ya me habrían matado de un tiro».

Sólo Cristina lo tenía a raya.

Esa vez al oirla hablar de Guillermo Sánchez, se quedó sombrío, como si una gran nube hubiera pasado por su alma. Rascábase la barba en punta, que empezaba a nevarse anunciando el invierno de su vida, cuando la mujer de Vieytes le dijo, en voz muy baja:

—Bueno, si no es amigo suyo no piense más en esto. Será para otra vez. — Y agregó más alto: — ¿Qué se dice de política?

El coronel Rodríguez tardó un momento en responder:

—Sólo se sabe que no sabemos nada.

—¿Qué candidatos suenan para ministros del futuro presidente?

—¡Uff! Suenan tantos que podría fundar entre ellos una archicofradía.

—¿No suena Augusto? — interrogó inocentemente Cristina, señalando con la punta de la nariz a su marido, que se revolvió en el asiento.

Rodríguez, que era uno de los íntimos de Vieytes y pasaba por ser un admirador de sus virtudes y de su talento, eludió la respuesta.

Entró un criado, anunciando que el coche del señor acababa de llegar, circunstancia que aprovecharon ambos amigos para salir de bracete.

Cristina deseaba quedarse sola: sabía que las dos muchachas saldrían también, pero la fastidiaba la idea de que la visita de su madre podía durar la tarde entera.

—¿Qué andan diciendo de un proyecto de don Dimas? — le preguntó.

—Nada he oído — contestó doña Remedios, que seguía observando a su nieta.

—Pues yo he oído que está preparando dos docenas de atorrantes para la primera comunión.

María Helena soltó de nuevo el trapo de su risa, liviana y alegre.

Tenía un modo exquisito de reir, mordiéndose los labios, siempre muy colorados y frescos.

Su abuela miróla con severidad, no gustando de que tales asuntos se trataran en tono ligero.

—No sé nada, — repitió.

—Eso quiere decir que no la ha consultado a usted.

—¿Por qué habría de consultarme? Don Dimas sabe dónde tiene la mano derecha.

—Sí, y también sabe dónde debe meterla para sacar plata.

—Siempre es para alguna obra de caridad.

—No digo otra cosa, mamá. Esté prevenida; nos prepara una sorpresa: la navidad de los atorrantes.

—No tendría nada de censurable. También ellos tienen alma.

Julieta Abismo, que escuchaba con fingida atención, introdujo una pregunta ingenua:

—Pero de veras, misia Remedios, ¿creerá don Dimas que a Dios le interesa que comulguen los atorrantes?

—A Dios, hijita, le interesa hasta que comulgue usted, — respondió la anciana, y las dos muchachas rieron estrepitosamente.

—Es que si don Dimas lleva sus atorrantes a nuestra iglesia, tendremos que desinfectarla, — observó juiciosamente María Helena.

La abuela se desentendió de la observación, pero se quedó pensando que realmente había un peligro en que el genial y tozudo sacerdote llevara esos catecúmenos a la iglesia frecuentada por la aristocracia porteña, a «su» iglesia, construída por una docena de ricos, entre los cuales estaba ella, que había contribuído con medio millón de pesos.

—Esa gente es sucia y grosera — pensó; — masca tabaco y escupe dondequiera. Pobre mármol leche del co-

mulgatorio; pobres confesionarios de fresno, forrados de felpa... Yo debo hablar con don Dimas.

—Indiana no vendrá esta tarde—dijo en voz alta.—Yo las dejo por hoy; esa niña está sola y es día de recibo.

Cuando la dama se fué, María Helena se acercó a su madre y la besó.

—¿Me das permiso, mamá, para salir con Julia?

Julieta Abismo había cruzado la pierna y se mordía las uñas, abstraída, a mil leguas de aquel salón, sintiendo todavía el perfume de las primeras rosas del rosedal.

—Te doy permiso por toda la tarde,—respondió Cristina, devolviendo el beso de su hija.

Las dos jóvenes no aguardaron más y escaparon.

—¿No esperan el auto?

—No, te lo dejamos; tomaremos un taxi.

La madre suspiró de alivio, y corrió al escritorio; pero en momento en que cogía la pluma, el criado anunció la visita de un sacerdote, que no era don Dimas.

Dejó todo con disgusto y lo recibió allí mismo.

Tratábase de un asunto simple y breve, afortunadamente. Se quería promover en Buenos Aires una gran demostración de catolicismo, para exhibir ante los incrédulos la poderosa vitalidad de la religión en el corazón del gran mundo porteño.

Y aquel sacerdote venía a ofrecerle la presidencia del comité de damas católicas que organizaría el movimiento.

—Necesitamos su nombre, señora, que por su abolengo, y su posición, y su prestigio social, importará ya un homenaje a Cristo Redentor, en cuyo honor haremos una procesión magna.

Cristina no vaciló; de un tajo cortó las explicaciones, manifestando que lo aceptaba todo, cargas y honores, y que su persona y su bolsillo estaban al servicio de tan noble cruzada.

Firmó una hoja de adhesión y despidió al sacerdote, dejándolo conmovido, quizás edificado.

Satisfecha de la reclame que haría a Cristo Redentor con su nombre prestigioso, pensó Cristina que por tal servicio prestado a Dios en momentos tan difíciles para

su causa, mucho le sería perdonado; y se arrimó al escritorio, y con la misma pluma, aún mojada, escribió una esquela a Guillermo Sánchez, invitándolo a tomar el te esa tarde, sin decirle que María Helena, su novia, no se encontraría

Llamó un criado y como tardara un siglo en venir, a pesar de tener en la casa cuarenta personas de servicio, fué ella misma al teléfono y pidió un mensajero y le prometió una buena propina si llevaba rápidamente su mensaje.

Después se fué a su tocador y se arrojó nerviosa encima de un sofá, despeinándose la cabellera que le pesaba sobre las sienes, aquella maravillosa cabellera rubia, que parecía sonora como el bronce, del cual tenía el color.

Sobre una mesita aguardábanla desde el día antes algunas cartas, entre ellas una que debía traerle ciertas noticias de su hijo Jaime, pedidas por ella misma a un amigo discreto que le seguía los pasos

En una hojita de papel decíanle simplemente: «En efecto, Cristina: su hijo parece enamorado de Valentina. ¿Con qué fin? Lo ignoro aún; y tampoco sé dónde la ha hablado».

Nadie firmaba.

La dama leyó de pie la esquela, y se quedó como petrificada largo rato, sin oír nada, sin ver nada, pensando sólo que su Jaime, su gran amor en el mundo, se enredaba en una relación que fatalmente lo alejaría de ella como de una mortal enemiga

Cuando su madre, doña Remedios, le contó que algo se susurraba de festejos de Jaime a Valentina Ocampo, no dió crédito a una noticia que se le antojó absurda.

Pero hacía unas horas, esa misma madrugada, cuando su automóvil se detuvo ante la barrera, frente a la casa de Valentina, y vió aquella luz tristísima que enrojecía los cristales del mirador y luego aquel espectro que se pegaba al vidrio y se sombreaba el rostro con las manos para espiar la calle, tuvo miedo, sin explicarse por qué, de que la noticia fuera cierta

¿Pero cómo pudo llegar a oídos de doña Remedios?

¿Por Indiana, quizás? También tenía miedo de Indiana, que se había criado con Jaime y sin duda lo amaba.

—¡Dios mío! — exclamó, sentándose abatida para leer de nuevo el papel de su anónimo espía, antes de romperlo.

«Los padres comieron agraces, y los hijos sufrieron la dentera.»

La sentencia bíblica se iluminó en su memoria; porque Cristina Elcano de Vieytes, en aquella época, creía que el mayor castigo que podía caer del cielo sobre la cabeza de su hijo sería enamorarse de Valentina Ocampo.

Entretanto, en su automóvil de alquiler, María Helena y Julia huían de las calles concurridas de la «city», hacia los barrios de Almagro, en donde no corrían peligro de ser conocidas.

Una cuadra antes de llegar a una confitería de clientela equívoca, a la cual se dirigían, despidieron el coche y siguieron a pie, y entraron saludadas por un mozo de servicio que conocía a Julia.

En el saloncito «reservado para familias», conforme rezaba un letrero, aguardaron un rato escandalizadas de la incorrección de quien las obligaba a esa espera.

En aquella temporada teatral había actuado en el Coliseo una compañía de opereta, dirigida por una familia de artistas italianos de fama

Uno de los hijos, muchacho de diez y nueve años, desempeñaba papeles de alguna importancia, que sus padres, deseosos de «lanzarlo», hacían escribir por sus autores.

Y como era de gallarda planta, distinguido y gracioso, se puso de moda entre las jovencitas porteñas.

Le llamaban el Cachorro, y era él a quien esperaban las dos muchachas. María Helena, convidada por el Cachorro a tomar el té, no se había atrevido a ir sola y se acompañaba de Julieta Abismo, que ardía en deseos de tratar íntimamente a aquella maravilla del arte y del «flirt».

Pasado un buen cuarto de hora, llegó. Hablaba un mal castellano, mechado con dulces expresiones italianas, y por su vivacidad y audacia constituía un real peligro para sus inocentes admiradoras.

Le desconcertó la presencia de Julia, pues esperaba hallar sola a la deliciosa porteñita admiradora de él; y el contratiempo lo puso tan nervioso que perdió su habitual zalamería y hasta la elegancia.

—¿Este es tu Cachorro? — murmuró Julia al oído de su amiga...—¡Le siento tufo a ajo!

María Helena se ruborizó y su alegría se hizo humo.

¿Qué diría su abuela si llegara a saber sus citas con un hombre, en una confitería mal afamada?

La cháchara del Cachorro no logró romper el desencanto y la tristeza que produjeron en la joven esos pensamientos; por lo que no bien apuraron sus tazas, despidiéronse de él, que las vió partir sin pena. No era hombre a quien le gustase perder el tiempo.

Julieta Abismo salió mordiéndose los labios de risa.

—¿Qué te pasa? — le pregunto su compañera disgustada y sorprendida.

—Tengo remordimientos.

—¿Remordimientos, Julieta Abismo? ¿Cómo puede ser ese fenómeno?

—Le he desecho el programa a tu Cachorro. Tu abuela, que no me quiere, debe ahora estar segura de que puedo más que tu ángel de la guarda.

—¿Qué programa podía tener?

—¡Inocente criatura!...

No dijo más, ni María Helena se animó a preguntar más.

Caminaron un rato. Estaban tan lejos del centro, que a veces la vereda las llevaba por terrenos baldíos, cercados de setos vivos. La tarde era pesada, y se sentía próxima la lluvia.

Un hortelano, con la azada al hombro, cruzaba su huerta hacia una casucha arrinconada en el fondo, a cuyo lado un niño soplaba el fuego, encendido al aire libre, para la cena de esa noche.

—¡Pobres gentes! — exclamó Julia — ¿cómo pueden vivir?

María Helena no respondió. Miraba la columnita de humo que ascendía muy recta, manchando la albura de

la tarde. En la calle solitaria la niebla se tendía hacia el fondo, como un telón prendido en los clavos dorados de los primeros faroles encendidos

Un automóvil las llevó luego hasta el centro, y allí se separaron, riéndose siempre Julia del idilio que había roto con su presencia.

María Helena marchó sola, a pie, en dirección de las grandes tiendas, para comprar alguna cosa que justificara su tardanza.

Su sombrerito de castor, de alas caídas, con una cinta azul picada por margaritas rojas, le escondía la frente. Un cuellito de chinchilla que llevaba por si hacía frío, tapábale el mentón; y las gentes miraban con curiosidad los únicos rasgos visibles de su cara; los labios acarminados por el lápiz, y los ojos azules, llenos de luz y de picardía.

Le bastó sumergirse en el turbulento remolino de la ciudad para que se disipara su malhumor y la divirtiera el observar la impresión que ella causaba.

Como se usaban los vestidos muy cortos, se aprovechaba de la moda para exhibir toda la gracia de su figura, afrontando sin recelos las miradas que llovían como dardos envenenados.

En algunos ojos parecíale, sin embargo, leer una admiración entusiasta y pura, como si en ellos flamearan los deliciosos versos de Grénier:

> Cette femme voilée et qui marche avec grace,
> Qui sait si ce n'est pas votre bonheur qui passe...?

Las calles eran un río de gentes apresuradas. A la luz de los escaparates cada rostro aparecía sellado por la pasión o el afán de ese día y pasaban codeándose, sin preocuparse por los ajenos pensamientos, los displicentes, los alegres, los tristes, nublados por recónditos dolores que a nadie importaban nada.

María Helena había oído decir que a tal hora solamente las mujeres livianas llevan tul a la cara, y quiso ver qué le ocurriría a ella echándoselo.

Escudriñó primeramente en el gentío, por si divisaba a algún conocido; pero en aquella pleamar de la gran ciudad, en la esquina de Esmeralda y Corrientes, nadie sabía su nombre, aunque muchos la mirasen con sorpresa y con interés.

Se corrió el velillo y tomó por la calle Corrientes hacia Callao. La primera insolencia que le dijeron no la turbó, porque buscaba ese género de emoción; pero luego comprendió su imprudencia, pues al pasar por un cinematógrafo del que salía el público, un vejete la acompañó media cuadra, diciéndole decepcionantes chocheces.

Huyendo de él se desvió hacia una calle menos transitada y más obscura, cerrados ya la mayor parte de los negocios; y entonces no fué uno, sino todos los hombres que encontraba al paso, los que se creían obligados a soltarle en la oreja tales villanías que la hartaron.

Buscó un automóvil, y aun tuvo que debatirse un rato contra un desvergonzado que pretendió subir con ella.

Cerró con violencia la portezuela y se puso a reír nerviosamente. ¡Qué travesura había cometido! ¡Si llegaba a saberlo su abuela!

Ahora tendría algo que contarles a sus amigas, aunque no podría decirles en verdad que aquéllo la había divertido.

En la puerta de su casa, adonde llegó azorada, se encontró con Guillermo Sánchez, que la había aguardado hasta esa hora porque Cristina no le advirtió que tardaría.

El la miró con pasión y le preguntó entristecido:

—¿Viene sola, María Helena? ¡Tan tarde!

La niña, que había cambiado con él muchas confesiones de amor, se condolió de causarle una pena. Estaban solos en el peristilo de la casa, que daba hacia un vasto jardín sombrío. Se le arrimó, y le dijo con ternura para desagraviarlo:

—¿Por qué vino, sabiendo que yo había salido?

—No sabía. Al contrario, estaba seguro de hallarla aquí. ¿Adónde fué?

—Fuí a las tiendas. ¿No le advirtió mamá que volvería tarde?

—No, no; me aseguró que volvería en seguida.

—¡Oh! — exclamó María Helena llena de asombro.

Se quedó cabizbaja; una ligera sospecha relampagueó en su espíritu.

Pero otros pensamientos la desviaron. Guillermo Sánchez la miraba con adoración. Tenía ella los ojos muy azules e inocentes, con pupilas muy negras, que se agrandaban extrañamente en la sombra.

Estaba tan linda que su novio tuvo que hacerse una gran violencia para que ella no adivinase su inmenso deseo de besarla; pero la pasión se le pintaba en el rostro, por lo que María Helena, viéndolo como transfigurado, le dijo con infinita dulzura:

—Venga el jueves, ¿quiere? Venga a tomar el te.

—¿Me va a esperar?

—¿Cómo no he de esperarlo si yo misma lo invito?

Bajó él la escalinata, tembloroso de dicha, y salió a la calle, que a esa hora estaba obscura, y echó a andar embriagado en el rumor de las palabras que acababa de oír, y que nunca olvidaría.

V

Aquella primavera

Doña Remedios, la dueña de casa, gustaba de escurrirse por la puerta de la calle transversal; no así Indiana, la cual entraba o salía por la gran portada del frente, mirando apenas al ceremonioso fámulo que la saludaba con una profunda reverencia

Había momentos, sin embargo, en que la joven comprendía que era allí como una criada; y aunque de familia emparentada con la gran señora que la guardaba a su lado desde niña, más de una vez le hicieron sufrir el peso de su inestimable protección.

Ni siquiera había conocido a sus padres, que se murieron dejándola miserable como una mendiga. Su apellido francés — Lenoir — nada decía a los lectores de las crónicas sociales en que ella figuraba, y sólo sabíase de quién se trataba cuando mencionaban su nombre junto con el de doña Remedios.

Pero Indiana aguardaba su hora, imperturbable y discreta, aprovechando su posición y marcando en todo momento la distancia con la gente inferior en fortuna o en rango.

No envidiaba a María Helena ni sus alhajas, ni sus trajes, ni sus diversiones, ni su novio.

Todo, todo lo tendría un día u otro, como supiera defender su imperial belleza del amor de los que no eran tales como ella quería que fuesen, ricos y de abolengo, para ocupar por derecho propio el lugar que ahora le daban casi por limosna.

En la mañana del domingo había ido muy temprano

a misa, según lo hacía, a veces. La puerta principal estaba cerrada todavía cuando ella volvió, y obstruída la otra por la sórdida figura de un atorrante que revolvía los tarros de desperdicios, allí expuestos hasta que el basurero se los llevara.

—¿Qué está haciendo? — le preguntó ella con repulsión.

Era un viejo barbudo, sombrío, desmelenado, vestido de andrajos, que se apoyaba en una gruesa y obscura cachava. Tenía sobre el cordón de la vereda una enorme bolsa, donde amontonaba retazos de papel, que vendía en las fábricas, y a su lado otra más pequeña en la que guardaba los tesoros escogidos que iba descubriendo en la basura. Restos de comida, mendrugos, objetos de metal, botellas, todo era estimable para él, y con grave esfuerzo lo cargaba al hombro y lo trasladaba a su cueva, en los sauzales del arroyo Maldonado, al borde del Río de la Plata.

No contestó a la pregunta de Indiana, ni pareció humillado de que le sorprendieran en esa labor. Como él se alejara del tarro para dar paso a la joven, un perro vagabundo metió el hocico y desenterró un pedazo de carne, sin duda lo que el atorrante había deseado encontrar con su gancho; por lo que airado de la buena fortuna del can, enarboló su cachava y le descargó un feroz garrotazo.

Indiana no había pasado del umbral; llamó a la puerta y esperó allí que saliera un criado para darle una orden.

—Este hombre busca las sobras de la mesa. Es intolerable, cuando damos bastantes limosnas. Ya que no se pueden quemar todos los desperdicios, en adelante cada mañana deberá rociarlos con creolina. Así no se les ocurrirá escarbar en el tarro.

Sacó unas monedas y se las dió al atorrante, que se las guardó mirándola con aversión.

—Con ésto — le dijo — no me paga lo que me quita. La basura de su casa es mía. Cada uno de nosotros explota su barrio. Mi derecho sólo se extiende sobre esta calle. Si sus vecinos la imitaran, ¿de qué viviría yo?

—¿No pide acaso limosna?

—¡No!

Pronunció su negativa con orgullo, sacudiendo la cabeza desmechada y gris, cubierta con una galera andrajosa. Hablaba con soltura y fiereza, como hombre acostumbrado a usar de la palabra, y un fuerte dejo extranjero marcaba su dicción. Indiana lo envolvió en una mirada soberbia y desdeñosa, y entró sin contestarle.

—¿Cómo te llamas? — preguntó el criado, con ese tono impertinente que adopta la servidumbre de los magnates para tratar a los pobres.

—¿Qué le importa a nadie mi nombre? ¿Cuándo le he preguntado yo el suyo? — respondió el interpelado.

Luego, pausadamente, recogió sus enseres; primero el bolsón, que echó a la espalda, manteniéndolo con el garrote a guisa de palanca; luego el saco más pequeño, que acomodó bajo el brazo.

—¿Tienes vergüenza de tu nombre?

El atorrante, que se alejaba, se detuvo y lo midió con una ojeada.

—Usted es un lacayo de rico, — díjole — menos que un perro, y no tiene vergüenza de su nombre. ¿Y yo que soy libre habría de tenerla?

El criado enmudeció, herido en su vanidad. Empuñaba una escoba y estuvo tentado de arrojar a palos a aquel hombre que depositó de nuevo su carga sobre la vereda, para mirarlo de hito en hito, con estupenda insolencia. Pero tratábase de un individuo vigoroso, malo para adversario, y prefirió desentenderse de él, poniéndose a barrer el umbral, silenciosamente.

De pronto el atorrante se quitó la galera, y con la mano recia se golpeó la frente muy blanca, bajo los cabellos descoloridos y revueltos, como un puñado de estopa.

—¿Le importa de veras saber mi nombre? ¡Mire!

Tenía en la frente una cruz negra, del color de la sangre oreada, como hecha con un hierro candente. Muchos años debían de haber pasado sobre esa herida, pues la piel estaba tersa y limpia en los bordes, y resaltaba con una impresionante nitidez.

—¿Qué es eso? ¿Una peste?

—Es peor. ¡Es una maldición...!

—¿Te maldijo tu madre?

—Me maldijo Dios...—contestó con honda amargura el atorrante.—¿Quiere saber mi nombre? ¡Me llamo Judas!

—¡Estás loco!—refunfuñó el criado, volviéndole la espalda.

Echó otra vez el viejo sus sacos al hombro, y encarándose con aquel sirviente que tenía entrañas duras como un rico, y lo barría a él de su vereda como barría la basura de su umbral, le dijo una frase profunda y extraña en tal boca:

—Dios ha elegido a los locos del mundo para confundir a los sabios.

Y se alejó encorvado, haciendo sonar en la vereda sus gruesos zapatos claveteados.

Indiana, entretanto, ascendía por la amplia escalera de mármol al primer piso, donde estaban sus habitaciones, abiertas sobre un viejo y vasto jardín.

El solo terreno plantado de rosales y de fresas, valía millones en aquel punto de la ciudad.

Ya en las ramas finas de un gran sauce desplegaban sus alitas transparentes los primeros brotes.

—¡La nueva primavera!—pensó Indiana—¿qué me traerá?

Sentía la sangre batir en sus venas, como un licor ligero y ardiente. Era de la misma edad que María Helena, veinte años, pero de más alta y dominante estatura.

Era blanca, con impresionante blancura de camelia y tenía un perfil nítido como el de la Fabiola del cuadro de Henner; una frente llena de pensamientos y unos ojos soberbios, en los cuales, como en la boca, la voluntad imperiosa había puesto su inconfundible rasgo.

¿Qué le traería aquella nueva primavera? Hacía justamente un año, en un día como aquél, en ese mismo jardín, a la hora en que la tarde envolvía en su crepúsculo rosado los sauces transparentes, los cipreses dormidos, los rosales claveteados de botones, había tenido la fuerza

necesaria para romper un sueño pueril, que la iba desviando de la ruta que desde muy niña se trazó.

Festejábala en ese tiempo, Guillermo Sánchez y ella empezaba a amarlo. Pero él era pobre, sin nombre, y obscuro su porvenir de médico que se iniciaba.

No creyó que su mano fuera bastante fuerte para llevarla hasta donde ella ambicionaba, y aún violentando su corazón, rompió con él.

¿Pero lo olvidó? Hacíase a veces la pregunta y no hallaba la respuesta terminante y definitiva, que habría tranquilizado su alma inquieta.

Ya no podía pensar más en aquel hombre, que tiempo después se dirigió a María Helena, en cuya casa entró con sorprendente facilidad y halló en la gracia de los Vieytes un sortilegio que había de curarlo de su primer desengaño, cautivándolo para siempre.

Para Indiana Lenoir el ideal estaba en Jaime Vieytes, que por entonces llegó de Europa, después de varios años de ausencia, y a quien conocía desde niña, pues fué su compañero de juegos en la tradicional casa de la abuela.

Segura de que la orgullosa Cristina se opondría a un noviazgo de su hijo con la muchacha criada por caridad en la casa de su madre, Indiana comprendió que debía disimular su plan y aguardar su hora cautelosa y paciente.

Había corrido un año ya sobre esa historia, sin que ocurriera nada que pudiese confirmar su esperanza. Por el contrario, en las últimas semanas, Luisa Núñez, una costurerita a quien doña Remedios daba trabajo en su casa, le habló de los misteriosos amores de Jaime con Valentina Ocampo.

En la Ayuda Social — institución que expone y vende labores femeninas por cuenta de personas que no desean exhibir su pobreza, — Luisa, que solía llevar algunas confecciones, había visto a Valentina ir con el mismo propósito, y luego, al salir, encontrarse con Jaime, cambiar con él un saludo o una palabra y seguir su camino, sola, defendida de toda asechanza por su inalterable dignidad.

La muchacha conocía a Jaime, y poco le costó averiguar el nombre de aquella linda joven de quien él parecía enamorado.

Si Valentina hubiese visto cómo recibió Indiana la noticia, hubiese temblado por su pobre dicha.

Ese amor silencioso y puro, que ella procuraba esconder de todos, hasta de su abuela doña Andrea Echarri, era la única luz que le llegaba del mundo a su casa de Belgrano, rodeada como un islote por la hostilidad de las gentes.

También ella había conocido a Jaime siendo muy niña, pero lo perdió de vista pronto, y fué un encuentro casual en las calles de Buenos Aires lo que hizo nacer su nueva amistad.

Muchos días pasó Indiana estudiando qué debía hacer. Para que ni doña Remedios ni Cristina sospecharan su interés en el asunto, hizo que la costurerita misma les refiriese lo que sabía.

De ese modo empezó a luchar contra Valentina. Necesitaba que Jaime fuera suyo, y lo buscaba como se busca la llave de una puerta que se quiere abrir.

Aquel domingo, después de la misa, entró en su cuarto, deshizo su tocado de calle y fué a saludar a doña Remedios.

La encontró leyendo plácidamente sus diarios, repantigada en la ancha cama, calados los espejuelos de carey, con su coqueta cofia de encajes y su famoso collar de perlas sobre el escote amarillento.

Doña Remedios despertábase temprano, santiguábase, rezaba alguna jaculatoria, y pedía a su camarera los diarios. Su único vistazo era para la crónica social, después de haber escudriñado entre los avisos fúnebres del día si había entierro o funeral de persona conocida, con cuyos deudos debiera cumplir. Aunque estuviera sola, leía en voz alta, con un ligero temblor como si fuera su propio nombre el que iba a saltarle a los ojos. Cuando no hallaba nada, suspiraba de alivio, plegaba el diario y se quedaba en el lecho hasta muy tarde.

Allí resolvía los mil asuntos de sus intrincados nego-

cios o de sus innumerables funciones y obras pías, dictando cartas o contratos a Indiana, su secretaria; y dejando siempre libre una hora para sus devociones y el arreglo de su persona.

—Vaya—dijo a Indiana.—Tengo que levantarme en seguida. Vendrá don Dimas; lo he mandado llamar para saber qué desatino anda tramando.

La joven vió los diarios y preguntó:

—¿Qué muertos hay?

—Ninguno conocido... ¡Ah, no!, ese pobre don Misael que debe de haberse suicidado, por la forma como viene la noticia.

—¿Don Misael Luján?

—Sí; ¿te extraña ese fin?

—¡Un hombre tan viejo y tan rico!

—En los viejos es menos común, porque tienen más cordura que los jóvenes; pero no es la riqueza la que puede defendernos de esas tentaciones. Es la forma en que se vive. Yo lo conocí. Era un viejo pagano que comió, bebió, rió, «vivió su vida», según dicen los egoístas, como si la sangre de Jesucristo no se hubiera derramado también por él. ¡Dios le perdone su ceguera!

Se calló un momento, afligida por su propio comentario, y luego hilvanó otro motivo de conversación, acerca de lo que por entonces más la preocupaba.

—¿Has sabido algo de ese niño?

La novedad de los amores de Jaime con Valentina causó a la anciana una terrible impresión. Cada vez que Indiana volvía de la calle la interrogaba acerca de eso: «¿Qué has sabido?» Mas no explicaba de dónde nacía su ansiedad.

Indiana presentía un secreto de familia, pero sutil y perseverante como era, estaba segura de penetrarlo algún día y de obtener con él la clave de su victoria.

—El jueves—dijo doña Remedios—es mi cumpleaños; pero no lo festejaré en esta casa tan grande y tan difícil de arreglar. Comeremos en lo de Cristina. Parece que María Helena se comprometerá ese día seriamente con Sánchez.

Los ojos claros y perspicaces de la anciana se posaron en los de la joven.

Pero el alma de Indiana era impenetrable hasta para los que pasaban años a su lado.

—Fué tu novio—dijo doña Remedios.—Te ha olvidado, pero no te ha sustituído con cualquiera.

Una mucama anunció que Luisa, la costurera, preguntaba por Indiana, y antes de que ésta pudiese recibirla a solas, doña Remedios ordenó que la hiciera pasar.

La muchacha llegó visiblemente contrariada, porque sus noticias eran sólo para Indiana; pero disimulando, dijo:

—Yo venía, señora, a coser, como todos los días.

Doña Remedios se echó a reir, compadecida.

—Hoy es domingo, hija; hoy se descansa y se alaba a Dios, que nos ha colmado de beneficios durante toda la semana.

La muchacha sonrió. Era morenita, muy joven, llena de bizarría y desenfado. En la sala suntuosa, su vestido primaveral parecía introducir el perfume de los rosales florecidos.

—Los pobres—respondió—podemos trabajar los domingos, porque nunca trabajamos sin necesidad.

Doña Remedios, que sabía muy bien su catecismo, se quedó cortada.

—Todo es cuestión de discernir—le observó—si esa necesidad es suficiente como para permitirle infringir la santa ley de la Iglesia.

—Señora, lo que yo gano en un día lo gasto el mismo día. Por ejemplo, usted me da dos pesos...

—Y la comida...

—Sí, señora; y la comida, y el café, y algunas veces, cuando me quedo hasta muy tarde, veinte centavos para el tranvía; y con todo eso, mi jornal apenas alcanza para el gasto de la casa. Yo no soy sola, tengo a mi cargo a mi padre y tres hermanos. Mi padre es viejo y vive a mi costa, porque si no se moriría de hambre; era obrero, y la fábrica le inutilizó; y de mis hermanos, solamente

uno está en edad de ganar algo, cuando encuentra dónde, lo mismo que yo.

—Pero gastarán todo lo que ganan...

—Sí, señora, lo gastamos todo...

—Digo, no ahorrarán en los buenos tiempos para los malos—sentenció gravemente doña Remedios, conocedora de los despilfarros de la clase obrera.

—¡Oh, señora!—exclamó la costurerita, con una sonrisa en que se leía una desdeñosa lástima y un poco de rencor contra los ricos que hablan de ese modo.

—Lo que yo gano aquí, agachada sobre la costura desde la mañana hasta la noche, lo gastamos en un día, y puede estar segura de que no tiramos la plata por la ventana. Por eso, si trabajo los domingos, no es sin necesidad; y Dios ha de perdonarme que emplee su día así.

—Pero el descanso también es una ley natural. El cuerpo necesita descansar un día sobre seis—arguyó doña Remedios, rebulléndose en su cama, que era un prodigio de riqueza y de comodidad.

—Así es, señora; pero los pobres sólo podemos descansar un día en la semana, cuando en seis hemos ganado lo suficiente para vivir siete.

Doña Remedios tragó saliva. Generalmente desconfiaba de la sinceridad y de la bondad de las obreras bonitas. Sólo creía en la virtud de las feas, y muchas veces no se equivocaba. Pero aquella criatura la tenía comprada con su graciosa desenvoltura y su habilidad en toda labor.

—¿Cuántos días ha trabajado en mi casa?

—No lo recuerdo, señora; han sido muchos. Hace meses que la señora me da trabajo.

—¿Cuántos meses habrán sido?

—Cinco o seis.

—Bueno, hija, tiene razón; yo le he robado un peso por día; no he pensado nunca en esto, pero es la pura justicia. Yo, que le recuerdo su deber de honrar el domingo, no me he acordado del mío, de pagarle en seis días lo suficiente para que pueda vivir siete.

Tomó la cartera de encima del velador, y con su acostumbrada seguridad de cálculo, echó mentalmente las

cuentas y entregó a la costurerita, estupefacta, varios billetes.

—Pero, señora, tanto dinero...

—Es lo que le debo. Siéntese ahora y cuénteme...

Iba a pedirle ciertos informes que necesitaba sobre algunas personas que habían recurrido a su caridad, y a quienes la muchacha conocía, cuando entró la mucama anunciando a don Dimas, que aguardaba en el despacho de doña Remedios.

—¡Este hombre no tiene ley ni rey! Le mandé decir que lo esperaba a las diez.

—Dice que a esa hora tiene otra misión, y no podría venir.

—Como si lo viera; esa misión debe ser llevarles tabaco nuevo a sus atorrantes y contarles la historia del hijo pródigo...—refunfuñó la dama.

Renegó un rato más, pero acabó por resignarse a los caprichos de aquel hombre, en quien veía un enviado de Dios, como Jonás, que predicaba la destrucción de Nínive.

Indiana y la costurerita salieron para que la señora se vistiese, y, ya en su cuarto, aquélla dijo:

—Ayer no viniste, Luisa; ¿por qué fué?

—Hice un bordado para la Ayuda Social. Cuando lo llevé, me alegré de haber faltado...

—¿Hay alguna noticia?

—Sí, niña. La vi a «ella», y me pareció triste. Tenía tiempo de seguirla y fuí en el mismo tranvía que ella tomó hasta Belgrano. Se bajó en la calle Cabildo, y se encontró allí con el señor Jaime, que parecía aguardarla, y anduvieron hasta la plaza. Había un puesto de flores y se acercaron, sin duda para disimular que se acompañaban. Yo hice lo mismo y compré un ramo de violetas, y alcancé a oir lo que ella decía: «Nunca la hablaré; se opondría; mi abuela no quiere a ninguno de los de su casa». Y él contestó: «Mi madre también se opondría». Se quedaron juntos un rato, pero apenas se hablaron, mientras yo regateaba mis violetas. Después se separaron, muy tristes, como si no debieran verse más. El se

volvió hacia Cabildo, y ella tomó dirección contraria. Ya era casi de noche.

—¿Crees en una ruptura?—preguntó Indiana confiando en la perspicacia de la muchacha.

—Es posible; pero eso puede usted averiguarlo mejor que nadie, conversando un momento con él.

—¿Piensas que tanto me interesa esa historia?—replicó con displicencia Indiana, disgustada de que alguien quisiera sondear su alma.

La joven obrera no contestó.

—¿Y tu noviazgo?

—Va despacio, niña. Yo no puedo separarme de mi padre. Pero mi novio me aguardará.

—¿Te aguardará? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que cambiemos de fortuna él o yo.

—¿Es siempre el chofer de Julia Noel?

—Sí, niña.

—¡Buen mozo! ¡que no te lo quiten!

Una niebla de tristeza veló la frente juvenil de la costurerita.

Abajo sentíase ya la voz tonante de don Dimas, que decía sin temor su crudo pensamiento.

Cuando Luisa se fué, alegre con la inesperada fortuna que caía en su canastilla de novia pobre, Indiana se encerró en su cuarto y abrió las ventanas del balcón, sobre una gran plaza llena de viejos árboles, en cuya poderosa copa zumbaba el viento del río.

Podía estar satisfecha, pues ya su intriga empezaba a ceñir aquel amor que a ella le estorbaba, y que por ella debía morir.

Frente al espejo, donde se reflejaba su plena hermosura, tuvo un movimiento de orgullo; mas parecióle ver en el fondo de sus ojos la llamarada de un pensamiento que nadie debía conocer, y en su ceño un pliegue duro, que trató de deshacer con la mano, para que su frente se pareciera a la frente pura de Valentina, que había cautivado a Jaime.

A esa misma hora, sobre la calle desierta, abríanse las persianas de aquella otra casa cerrada siempre.

De tiempo en tiempo, alguien cuidaba de sacudir el polvo que muchos meses de abandono depositaban sobre sus tristes maderas. Esa mañana la mano suave y fuerte de Valentina manejaba el plumero.

Aprovechando la soledad de la calle, se asomó al balcón, para aspirar la primavera que embellecía la ciudad.

En la esquina apareció un organillo callejero, que se detuvo frente a su balcón. La mujer que lo conducía se puso a tocar un romántico trozo de «Marta», y una niña lo acompañó con una canción.

Valentina entornó la persiana. La ardiente melodía en que parecen zumbar las abejas le llegaba en una onda impregnada de azahar y de duraznos en flor, poniendo tan melancólica el alma, que incitaba a llorar.

¿De qué otras primaveras le traía el perfume? ¿De qué otras primaveras en que florecían igualmente los duraznos y los naranjos de su casa y trágicos y olvidados amores?

Buscó unas monedas, y sin dejarse ver, tendió la mano a través de la reja. La niña que cantaba recogió la limosna, se oyó el rumor del carrito que se marchaba, y luego un silencio más triste fué cayendo sobre el barrio a medida que se alejaba la evocadora música de aquella mendiga.

VI

La sal de la tierra

Don Dimas sentóse sin ceremonia junto al lujoso escritorio de doña Remedios, y puso sobre el cristal su pañuelo de hierbas. Arriba del mueble, contra el muro, había encuadrada una fotografía de S. S. Pío X con dedicatoria autógrafa. En otro lienzo de pared, colgaba un retrato del presidente de la república, también con dedicatoria; y en el testero de la pieza, un hermoso cuadro del Corazón de Jesús.

El sacerdote olía con fruición una narigada de rapé, cuando entró la dama tendiéndole la mano.

Habíanle dicho que la noticia de la comunión de los atorrantes rodaba como un trueno por los salones, y sabía que para hablar de eso lo llamaba la gran señora. Iba, pues, prevenido, y pudo responderle con blandura.

¿De qué se escandalizaban? ¿Qué queja podían tener contra su proyecto? Que se escandalizaran los fariseos no le extrañaba; pero no comprendía que ella se encrespara contra una cosa justa y simple. ¿Había ya dejado de leer el Evangelio? ¿Tenía tan olvidadas las palabras que el Señor leyó en la sinagoga: «Me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para sanar a los que tienen el corazón destrozado»?

—No es justo—replicóle severamente la dama—que se haga usted mismo argumentos que nadie le hace, para refutarlos con un texto en que todos estamos de acuerdo. Nadie se ha escandalizado de que se catequice a esos hombres; ni nadie le pide que deje a los pobres y venga a los ricos, aunque también los ricos pueden tener el co-

razón destrozado y ser de los que busca el Señor para sanarlos.

Los ojos de don Dimas fosforecieron en la media luz de la sala.

—¿Y qué es lo que les preocupa entonces?

Doña Remedios, contrariada por la explicación que tenía que hacer, buscó posturas en su sillón, y dijo mirando el retrato del Papa:

—Como usted es un hombre tan original, las gentes se preguntan cómo va a ser su fiesta... y en dónde... y a qué hora.

—¿Se dice algo concreto de eso?—interrogó con simulada candidez el interpelado.

—Se dice algo infundado, seguramente: que esa comunión será a la misma hora y en la misma iglesia en que harán la primera comunión nuestras niñas...

—¿Y si eso fuera verdad, señora?

—¿Me pide usted mi opinión, don Dimas?

—No, misia Remedios; no le pido su opinión; ya la sé; le pregunto simplemente por qué se exasperan de que otras almas tan necesitadas como las de esas niñas, a la misma hora que ellas, reciban al Señor.

—¡Pero don Dimas! Ya veo que no han mentido. ¿Entonces es verdad que el 8 de diciembre va a inundarnos la iglesia de atorrantes?

—En la casa de Dios son iguales sus niñas y mis atorrantes.

—Para Dios, sí... pero...

—¡Ya, ya!, para ustedes no.

—Para mí también, don Dimas, en otro sentido. Nadie les discute el derecho de entrar a la iglesia ni la igualdad de méritos para una comunión. La cuestión es otra: hay que ser prudentes, porque no todos piensan del mismo modo, ni tienen todos el mismo espíritu de humildad; y esta manera de ver no es tan desatinada...

La señora vaciló, y don Dimas la animó con un movimiento de los labios apretados. En su frente ceñuda se juntaban las cejas foscas y grises; miraba obstinadamente hacia un rincón, como si allí se pintaran nítida-

mente las cosas que iba diciendo doña Remedios con vacilantes palabras.

—No es un modo de ver sin fundamento; algunos sacerdotes han sido consultados...

—¿Qué les preguntaron?

—Si era aceptable que una iglesia erigida por la aristocracia porteña, que concurre a ella en todas las fiestas, fuera ultrajada con esa avalancha de gente sucia, tal vez criminal.

—¿Y qué contestaron?

—Lo que yo le he dicho; que habiendo otras iglesias menos concurridas por nuestra sociedad, para todos será más cómodo que sus catecúmenos vayan a ellas.

Don Dimas hizo un gesto de repulsión.

—¡Cómo han podido decir eso! ¡Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello! Si tuviérais fe como un grano de mostaza, no hablaríais como los fariseos.

Miró a doña Remedios, que se estremeció en sus entrañas, y alzando la mano descarnada, con cuyo movimiento se le corrió la manga, descubriendo el brazo recio y velludo, exclamó:

—Guarden sus iglesias donde se mezcla al incienso el perfume evocador de las «toilettes». Sería demasiado santificarlas con el olor mugriento de mis atorrantes. «Limpiáis la copa y el plato por afuera, y por adentro estáis llenos de rapiñas». Yo conozco esta sociedad que se escandaliza y que reza en sus templos lo que rezaba el fariseo agradecido a Dios por no ser como el publicano. Usted me ha hecho penetrar en ella y codearme con esa gente y predicar en sus salones «Vox clamantis in deserto»! Y así he sacado la náusea de su orgullo y de su concupiscencia.

—No son todos iguales—se aventuró a protestar la dama.

—Es cierto; hay también los justos que pagan el diezmo de la menta y del comino y dejan la misericordia y la fe.

—Y hay otros creyentes y misericordiosos.

—También es cierto, y esos son los salvadores del mundo encanallado. Dios no acaba con él por temor de que al arrancar la cizaña se arranque el buen grano. Pero ¿cuántos son los justos? ¿Habrá mil? ¿Habrá cien?... ¿Habrá uno, como en Sodoma?

—A Dios gracias, la religión vive en muchos corazones.

—¡Ah!, ¡no crea, señora! La gran mayoría de esos que usted conoce y se llaman cristianos, sobre todo de ésas que por la mañana entronizan el Corazón de Jesús y por la noche asisten a las representaciones del Bataclán, sólo tienen el cristianismo en los nervios, no en el corazón. Y si lo tienen, es muerto... «Jam fetet!»

—Habla de misericordia, don Dimas, y yo le pregunto· ¿Dónde está su misericordia? ¿No observa la injusticia con que nos trata? No debe de haber confesado a muchos de sus atorrantes, pues encuentra más justos entre ellos que entre nosotros. ¿Cuántos inocentes ha hallado en ese vivero? ¿Cuántos podría hallar aquí, si se dignara acercarse sin prevención a esta sociedad que denigra?

—Los hallaría, sin duda; pero encontraría muchos más que se creen inocentes sólo porque no roban ni matan. Y no advierten que esos infelices que roban y matan no son más que la flor nacida en el estercolero aristocrático. Viviendo perpetuamente fatigados por risibles preocupaciones, no solamente desconocen a los demás, sino que no llegan a conocerse a sí mismos. Se dicen cristianos, y carecen de las bases fundamentales de la fe que confiesan, el espíritu de penitencia y de oración, y por encima de todas las virtudes, la humildad. Se han olvidado hasta de la imagen de Cristo.

—¡Yo no! — dijo doña Remedios, señalando el cuadro del Corazón de Jesús, colocado en el sitio de honor de la pieza, en un soberbio marco.

Don Dimas no pestañeó y siguió su homilía.

—Ya lo he visto. Aman a Cristo cuando lo ven vestido de oro y púrpura; pero viven a mil leguas de su espíritu. ¿Cuál de esas damas perfumadas y frívolas, que

juegan a la ruleta, y se enloquecen por el hipódromo, y se llaman cristianas, piensa en Cristo? ¿En el Cristo anonadado, escarnecido, escupido, sangriento, del Viernes Santo? ¿Y quiénes andan más lejos de El? ¿Los justos que tienen luz y fe, y lo olvidan, o los pecadores que no lo conocen y pasan a su lado sin mirarlo? Huyo de los justos y busco a los pecadores: los sanos no necesitan médico.

Aquella sangrienta ironía evangélica entró dolorosamente en el corazón de doña Remedios, que atinó a defender su causa con un argumento que tenía que hallar harto flojo el terrible misionero.

—No todos los ministros de Dios piensan como usted.

—¿A quién se lo dice? — tronó don Dimas, incorporándose, pues se había agachado y miraba el suelo. — ¿No vivo yo gritando eso mismo en las calles y en las plazas, y en los templos y en el palacio del arzobispo? No piensan como yo, que ni siquiera pienso por mí, puesto que no hago más que repetir la palabra de Dios. No pida consejos, señora, a los que han de estar siempre con usted. No se vendimian uvas en las zarzas. ¿He de callarme porque sean mis hermanos? No, y hoy menos que nunca, porque vengo de celebrar en una iglesia de los suburbios, donde he visto la miseria evangélica de algunos pastores. Ví al cura con la casulla puesta, con el cáliz en la mano, a punto de salir, y todavía lejos de Dios, agitado por mezquinas pasiones, debatiendo un pequeño pleito personal con un periodista que no había alabado suficientemente un sermón suyo del día antes. Y otras veces lo he visto haciendo cálculos o diciendo chistes, como un cómico antes de aparecer en la escena. Hay muchos como él, que no tienen más virtud que la castidad en que se envuelven como en una bandera feroz, que los arrebata a las peores divagaciones y disipaciones. ¡Humildad, humildad y penitencia!

Metió la mano convulsa en la faltriquera, donde guardaba revueltas multitud de cosas, medallas para los niños, cigarros para los atorrantes, un crucifijo para los moribundos y su breviario, y extrajo una carta.

—¿Había de callarme, señora doña Remedios, hoy que he recibido ésto?

Agitó el papel y lo desplegó ante los ojos de la dama.

—Es una carta de una pobre mujer tísica, que se está muriendo en un sanatorio de las sierras de Córdoba. Me dice así: «Hace un mes que pedimos a un padre que venga a confesarnos, y no hemos podido conseguirlo. Mire, hace unos días que una chica lo pide porque está muy grave, y dice que no quiere morir sin confesarse; pero creo que no se cumplirán sus deseos. ¡Ay, qué triste! Padre, no quieren venir, nos tienen miedo y aprensión, y si llega alguno a venir, se tapa la boca y las narices...» Piense ahora, misia Remedios, si estos mercenarios cobardes son dignos ministros de Aquél que azotó a la sinagoga que traficaba en el templo y sudó sangre en Getsemaní. La sal es buena, pero si pierde su sabor, ¿con qué la salaremos?

Doña Remedios agachaba la cabeza, contrita y humillada por aquella violenta imprecación que rociaba a todos. Recordaba que un día don Dimas, hablándole del costo criminal de muchas vanidades, le afirmó que cada perla de su collar podía muy bien significar la vida de un pobre pescador del Ceylán, arriesgada y perdida en aquellas aguas pobladas de peligros. Recordaba eso, porque como un desafío se había puesto el collar, y ahora sentía que cada perla era una brasa que le quemaba la piel.

Para librarse de ese ardor intolerable, lo rompió de un manotón y lo arrojó a los pies de don Dimas, que estaba parado, con la mano en alto.

El vió caer la esplendorosa joya, que tantas envidias suscitaba, y apartó el pie como si temiera el contacto de una serpiente.

—¡Yo no pido limosnas, señora! Mis catecúmenos no sabrían qué hacer de esos granos.

Doña Remedios alzó hasta él los ojos, y con las manos juntas, como si orase, preguntó:

—¿Qué haré para cumplir la ley de Dios con el verdadero espíritu?

—¿Ha leído el tercer Evangelio? ¿Recuerda el consejo de Jesús a aquel que le interrogó?

Ella sacudió la cabeza, y entonces él sacó su breviario, y hojeó precipitadamente y leyó:

«Buen Maestro: ¿qué haré para ganar la vida eterna? Desde mi juventud he guardado los mandamientos.»

«Y Jesús le dijo: «Todavía te falta una cosa; vende lo que tienes y dalo a los pobres, y sígueme.»

«Oyendo estas palabras, aquel hombre se puso triste, porque era muy rico, y Jesús, mirándolo triste, dijo: «Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios».

Doña Remedios bajó los ojos entristecida como aquel rico; pensó en su hija y en sus nietos, y nada dijo; y don Dimas, comprendiendo aquella tristeza, salió de la estancia y de la casa, y se engolfó en la calle animada con una vistosa concurrencia dominguera.

Era muy conocido, y muchos lo saludaban al pasar; pero él, abstraído en sus visiones, apenas miraba a nadie.

Caminaba rápidamente, echado hacia adelante, unas veces por la vereda, otras por la calzada, hendiendo el oleaje del mundo que lo cercaba. Iba en busca de sus atorrantes, que aguardábanle a esa hora.

Apenas sabía de ellos el nombre, y de su historia poco o nada, como no fuera lo que en confesión le refirieran algunos; pero los conocía fraternalmente, con sus vicios innumerables, con sus raras virtudes ocultas en la maleza de su vida extraña, y sus terribles caprichos.

Sólo de uno lo ignoraba todo, y veíalo rondar siempre a su vera, sombrío y ansioso, no perdiendo ninguna de sus pláticas, y como acechando una ocasión de hablarle, que nunca llegaba, porque huía no bien podían quedarse solos, frente a frente.

Era un hombre grueso, de barba plomiza y mirada fogosa, que jamás se quitaba la galera con que cubría su cabeza encenizada por la edad y los remordimientos.

Un día un remolino de vientos le arrebató el sombrero, y él corrió a atraparlo, maldiciendo; pero antes vieron

todos que tenía en la frente blanquísima una cruz cárdena, y comprendieron que era esa marca lo que escondía al cubrirse.

Don Dimas estaba seguro de hallarlo a la hora de su catecismo, bajo los tramos del viaducto del ferrocarril al Pacífico, punto de reunión de la abigarrada cofradía.

Lo halló, en efecto, sentado sobre el talud, sin hablar con los otros, que lo abandonaban a su tenebroso pensamiento.

Juntábanse diez, quince, veinte, porque unos se marchaban, hartos de ideas, y otros venían sugestionados por aquel hombre que buscaba sus corazones.

Lo conocían de mucho tiempo atrás, pues había sido larga y penosa la jornada que hiciera para llegar a tanta relación con ellos, los hombres fuera de la sociedad, fuera de la ley, fuera del censo.

Vivía el sacerdote en una bohardilla, sobre el tejado de una vieja casa de Palermo, desde donde se divisaba el infinito horizonte del Río de la Plata.

Los atorrantes se habían acostumbrado a su figura extraña y pacificadora, que no turbaba su feroz independencia, y que se les asemejaba en la pobreza de su traje, en la simplicidad de sus gustos, en el desaliño de su cabello blanco, tizado por la ventisca.

Y don Dimas empezaba a amarles.

En los días de sol, cuando de las cuevas horadadas en el talud de los caminos o en las grietas de las barrancas, sacaban sus andrajos para tenderlos al buen aire, él se les arrimaba, porque lo alegre del día disponíalos a palabras cordiales.

Libres, felices, viviendo a la orilla del muladar, explotaban los desperdicios de la ciudad con industria de mineros.

Si alguna vez se hastiaban de su miseria, tenían la muerte a mano en las ruedas de los trenes que pasan a centenares cada día por ese lugar; y hasta podían librarse de la vida sin el horror de la sangre, con el rayo escondido de las vías eléctricas, capaces de fulminarlos en un segundo.

Pocos metros más allá empieza la playa del gran río, eternamente castigada por sus olas, que también podía dar descanso a sus huesos.

Pero no ocurre nunca el suicidio de un atorrante: mueren de viejos o de hambre; jamás de neurastenia o de remordimientos.

Un verdadero gentío aguardaba esa mañana a don Dimas, a la sombra del puente, concurrencia desharrapada e inquietante, pero en realidad paciente y dulce.

Había hasta una mujer, una vieja astrosa, rubicunda, desbordante de gozo porque acababa de cosechar un montón de naranjas medio podridas, arrojadas de un vagón y las cambiaba entre sus compañeros por mascadas de tabaco.

Muchos eran muy viejos; otros lo parecían. Podía juzgarse de su edad por sus barbas, negras, rojizas, amarillas, cenicientas. Había ojos enconados que brillaban entre cejas espantables, y ojos orgullosos, acostumbrados al vasto horizonte y a los bosques de Palermo; y narices rojas de alcohol, y omoplatos recios, y dientes feroces, ennegrecidos y gastados como si mascaran piedras.

Sin camisa algunos, cruzado el saco, mostraban sectores de piel blanca y sucia. Los que tenían una camiseta gustaban de exhibirla echando atrás las alas de la chaqueta y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Siendo tantos, ni uno solo se parecía al otro, no obstante pertenecer a un único tipo inconfundible de la especie humana.

Esperaban diseminados, sin trabar conversación, porque sólo escuchaban con gusto a don Dimas.

El les hablaba, simplemente, sacando del Evangelio o de la Escritura el tema de sus discursos.

Era la vida de Jesús, que comentaba con hondo relieve; o la parábola del hijo pródigo, la del rico Epulón, la de Natán, la historia de Jezabel.

O era el sermón de la montaña, cuyos versículos habían caído sobre la dureza del mundo pagano como una eterna gota de miel, y se infiltraban ahora en sus cora-

zones, ablandando su costra de orgullo y de impenitencia.

Cuando él terminaba, desparramábanse, y sentados en la hierba, como los oyentes de Jesús, comían, depositando sus bazofias en el suelo sobre una piedra, sobre un puñado de hojas, o sobre un diario, nunca sobre la tierra desnuda, porque tenían cariños maternales para sus raciones, que algunos remojaban con una media botella de sabía Dios qué licores.

Y don Dimas, que se había sentado más de una vez a la mesa suntuosa del rico Epulón, no desdeñaba participar de aquellos estupendos festines, sin miedo ciertamente de que en tal momento una mano trazara en los muros del puente las tres palabras que mudaron el color a Baltasar.

VII

La única verdad de su vida

El doctor Jairo hallábase en su despacho de director, cuando se le presentó Marcos López, el jefe de redacción de «El Porvenir», delegado por sus compañeros, para exigirle el pago de los incontables meses de sueldos que les adeudaba.

A la primera palabra el doctor Jairo alzó la mano diestra, con aquél su ademán conciliador:

—Porque hoy precisamente deseaba tener una entrevista amistosa y confidencial con todos ustedes, especialmente con usted, que goza de tanta autoridad entre sus compañeros. Deseaba exponerles un proyecto magno, que he concebido y vengo gestando laboriosamente desde hace mucho tiempo, y creo maduro ya. Es una idea susceptible de darnos honra y provecho, y para cuya realización cuento con ustedes, que serán mis asociados, sin arriesgar capital, con lo que resolverán admirablemente su situación financiera, que es difícil, no se me oculta... Pero siga usted, mi buen amigo, ¿decía?...

Ya Marcos López, no tenía nada que decir. Antes de que empezara, sentíase pronto a descorcharse como una botella de champagne.

Pero habló el doctor con su voz untuosa y su ademán paternal, y reanimó su ilusión, la indestructible ilusión de los periodistas de veinte años, con el anuncio de un proyecto que los haría famosos y ricos.

Jairo aguardó un momento, y luego prosiguió:

—No puede imaginar su grandiosa simplicidad. Como toda cosa fecunda, es maravillosamente sencilla, y sor-

prende que nadie halla caído en practicarla antes. Resolveremos todos nuestros problemas financieros; tendremos el primer diario de la tarde; tendremos... le digo, óigalo bien, que en este punto está la clave de mi enigma.

Consultó una gruesa saboneta de oro, y dijo, alzándose del sofá en que reposaba:

—Son las doce ya. Corra, anuncie la buena nueva a sus camaradas, y véngase conmigo, almorzaremos juntos.

—¿Qué he de decirles?

—Dígales... que esta tarde hablaremos; que yo no me olvido un instante de ellos; que todo se hará conforme a sus deseos.

Minutos después salió majestuosamente de «El Porvenir», instalado a esta altura de los tiempos en una casucha de la calle Rivadavia, a los fondos de la aparatosa mansión que ocupara al fundarse, en la Avenida de Mayo. El jefe de redacción caminaba a su lado, confundido y sonriente.

—¿Ha comido usted truchas de Río Negro a la «maître d'hotel»?

Marcos López contestó que no.

El doctor Jairo alzó las manos al cielo, escandalizado.

—¡Ah! ¡no sabe entonces lo que se come en el paraíso! ¿pero de veras?, bueno; es un pecado dejar pasar el apetito a los veinte años sin gustar las truchas de Río Negro. Iremos al Jockey: buena cocina y buena bodega, admirablemente seleccionada por un colega inteligente, Marco Aurelio Avellaneda. Almorzaremos con un «Beaujolais» descubierto por otro colega sibarita, Maneco Demaría. A todos ellos los conocerá allí, en su mejor aspecto, alegres y confiados, como la ciudad de Benavente.

El joven periodista estaba rojo de vergüenza.

—¡No es posible, doctor! ¡en el Jockey! ¡vea mi traje! ¡vea mis botines!

—¡Bah! no se preocupe de esas nonadas. Su traje está perfectamente. Creerán que es algún joven diputa-

do de provincia, o alguno de los candidatos a ministros que suenan para el futuro presidente.

Era «El Porvenir» uno de esos diarios que se fundan en las postrimerías de un período presidencial, y que sirven de anzuelos para pescar ministerios y diputaciones y negocitos de toda clase, cuando sus fundadores, al apoyar a cualquiera de los numerosos candidatos a presidente, (que surgen en tales épocas) han tenido la fortuna de acertar con el que después resultó triunfante.

Jairo había estudiado a fondo la política de su país, y con la seguridad de que triunfarían los conservadores, asestó los cañones de «El Porvenir» contra los radicales.

Pero se equivocó en sus pronósticos: realizada la elección presidencial, los conservadores resultaron vencidos y triunfantes los radicales.

Aún no se había hecho cargo del gobierno el nuevo presidente, y ya «El Porvenir» comenzaba a agonizar.

Al sentarse a la mesa, dijo el doctor Jairo a Marcos López·

—Ahora verá las caras de los que «El Porvenir» defiende o combate.

El joven periodista, cohibido por la decrepitud de su indumentaria, que se hacía más notoria en la suntuosidad del ambiente, miraba a hurtadillas y no discernía más que los bultos.

—Observe allá, en aquel rincón, ese hombre que arremete contra esa empanada, y come con un apetito de veinte años, y corta la palabra de un zarpazo a ese otro parecido a Sarmiento que tiene al lado... ¿sabe quién es?

El mísero López miraba, pero sólo veía bailando ante sus ojos sus botines boquiabiertos, su terno descolorido, su corbata raída.

—No, no lo conozco.

—¿No lo conoce? Es de la Torre, un hombre que cree en esa utopía del voto libre. El otro es... ya no me acuerdo de su nombre: fué diputado, habló una o dos veces en la cámara, con mucho seso... Es... ¡Vaya! otro día le diré cómo se llama.

Aunque el círculo de las amistades de Jairo no fuera grande en el Jockey, él sentíase cómodo allí. Desde el primer día de su diputación aprovechó el derecho de frecuentar el gran club porteño, sin más requisito que el de presentar su medalla.

—Aquel que está allá—agregó señalando a uno que estaba parado junto a una mesa, pronto a irse, con el bastón tomado de la contera o enganchado en el hombro, muy serio en medio de la risa que provocaban sus comentarios—es Pancho Uriburu...

—¿El director de «La Fronda»?—preguntó con mucho interés Marcos López, que en los días de desesperanza absorbía como un tónico los sueltos del mordiente diarito.

—Sí...—dijo despectivamente el doctor Jairo.—Es un periodista de menor cuantía; no sé cómo está vivo.

—Es nuestro Aristófanes—murmuró López.

—¿Aristófanes? ¡no lo conozco! ¿periodista de oposición?

—Algo así...

—En eso no creo que haya nada superior a Blas Gatín, que es capaz de escribir contra su madre... ¿no le parece?

Pero antes de que López diera su opinión sobre el compañero, el doctor Jairo prosiguió su comentario acerca de los hombres que desfilaban por allí.

—Aquí vienen los dos colegas de que antes le hablé: Maneco Demaría... ¡salud, Maneco!... buena estampa, ¿eh? ¿No le recuerda al caballero sin miedo y sin tacha?; y el otro, Marco Aurelio, que no me saluda por culpa de un artículo de «El Porvenir». ¡Dulzura, dulzura! esa es la palanca de Arquímedes en los tiempos modernos. Ni de la Torre, ni éste que pasó lo han comprendido; y por eso el uno perdió la presidencia y el otro permanece célibe...

Poco a poco los ojos de López se aclararon y pudo divisar a un hombrecillo de edad indefinible, cobrizo, de anteojos de oro, que se dirigía a ellos, con un menudo trotecito ratonil.

—¡Ahí viene don Octaviano Piña!—dijo a la oreja de Jairo, que se volvió rápidamente.

—¡Mis respetos, señor doctor Jairo!—exclamó afablemente el recién llegado.

—Buenos días, señor diputado—contestó con toda ceremonia el director de «El Porvenir», tendiéndole ambas manos, que Piña estrechó con efusiones de enamorado.

López lo conocía por haberlo visto a menudo en la redacción del diario, y se puso de pie para saludarlo.

—¿Quiere almorzar con nosotros?—le preguntó Jairo, imaginando que don Octaviano pagaría el almuerzo de los tres, pues se desvivía por ser grato a los hombres del periodismo.

Sin contestar, tanta era su alegría, sentóse a la mesa y llamó al «maître».

De profesión escribano, era Piña otro de los diputados a quienes el triunfo radical desmanteló. Representaba a una provincia del interior, y pertenecía, como Jairo, al grupo de los bloques erráticos de la cámara, representantes de partidos que se hallaban deshechos.

Comenzaban a despuntarle aficiones literarias, que satisfacía escribiendo en revistas agrícolas sobre tópicos agronómicos. Sólo gustaba de las opiniones moderadas y los dos ideales de su vida eran: la unión de las fuerzas conservadoras y la difusión del cultivo de la remolacha forrajera.

Actuaba en el círculo, reducido, pero selecto, de contertulios y admiradores del doctor Vieytes, y solía pasar largas horas en el despacho del eminente ciudadano, oyendo a todos, y con la esperanza de que el yerno de doña Remedios dijera una de esas palabras que sintetizan el caos. Invariablemente, cuando eso ocurría, don Octaviano, presa de un entusiasmo epiléptico, condensaba su juicio en una exclamación: «¡qué hombre! ¡qué hombre!»

Don Octaviano estudió el «menú», y empezó por la sopa, el plato de menor precio. De pronto estiró su hociquillo gris hacia las grandes orejas benévolas del doctor Jairo y le dijo en tono confidencial:

—¿Ha visto? ¡viene su hora!

Jairo se estremeció.

—¿La hora de quién?

—La de «él»; de nuestro hombre.

Pestañeó un momento, se rió bajito, y como Jairo no penetraba el enigma, descorrió el telón:

—El doctor Vieytes será uno de los ministros.

—¿Del futuro presidente?—interrogó Jairo espantado.

No recordaba don Octaviano Piña que en «El Porvenir» habían maltratado a su grande hombre. En aquel artículo, obra de López, comparaban su fabuloso talento al ave Fénix, de la que Metastasio dijo:

Che vi sia ciascun lo dice
Dove sia nessun lo sa.

(Que exista todo el mundo lo dice; dónde está, nadie lo sabe).

Tampoco sabía don Octaviano que desde ese día Cristina llamó a su esposo «mi Fénix», o «El Fénix de los ingenios», o aludió con dulce sonrisa al ingenio del Fénix, y que el noble estadista bebía el cáliz en silencio.

Jairo, ante la noticia, se guardó bien de refrescar el inoportuno recuerdo. Lanzó una mirada de reproche a su jefe de redacción, en la que quiso decirle: ¿Ha visto, joven, cómo metimos la pata? ¿No le he dicho mil veces que no hay que cavar abismos, sino tender puentes?

Marcos López continuó devorando su trucha en tanto que don Octaviano arremetía contra la segunda fruslería barata de la lista, y ampliaba sus noticias.

—La unión de las fuerzas conservadoras, mi amigo, es un hecho que debe dar usted por... hecho; esto es, por realizado.

Jairo enarcó las cejas.

—¿Para combatir al radicalismo?

—¡Ah, no! para combatir al enemigo común...

—¿Pero quién es el enemigo común?

—¡Hombre! el enemigo común. . pues, es el... vamos, antes en verdad era el radicalismo, pero ahora es...

—¿Cuál es?

—Pues será...—tartamudeó don Octaviano a quien

de la noche a la mañana los acontecimientos le cambiaron el adversario—será el maximalismo.

—Perfectamente, pero ¿y el radicalismo? ¿qué es?

—¡Pero mi amigo! el radicalismo es y debe ser nuestro aliado. No podemos sembrar piedras en la senda del futuro presidente. Lo molestaríamos y nos aplastaría. ¿No le parece? Jairo no contestó; miraba a lo lejos la fisonomía animada e imperiosa del hombre que creía en el sufragio libre.

—¿Y qué dirá aquél?—preguntó señalando a de la Torre Piña agachó la cabeza contrariado.

—Toda nuestra vía crucis se la debemos a él — cuchicheó don Octaviano; y luego dijo, con fuego en los ojuelos saltarines: — Es una de las plagas de Egipto; imagínese: ¡no cree en la unión de las fuerzas conservadoras!

—¿Y en qué cree entonces? — preguntó Jairo, haciéndose el escandalizado.

—¡Qué extraño temperamento! ¿Sabe lo que me decía ayer en el «buffet» de la cámara? «Señor Piña, usted tiene su fe puesta en dos ideales: la unión de las fuerzas conservadoras y el cultivo de la remolacha forrajera.—Sí, mi doctor.—Pues bien, me contestó yo no creo en los conservadores, pero creo en la remolacha».

Marcos López se echó a reir apretando los labios; don Octaviano lo miró con ira, pero la ira no la sentía contra él, sino contra aquel hombre en cuya candidatura a presidente se embarcara, y a quien debía echar la culpa de su actual naufragio. ¡Oh, si él hubiera sabido qué partido iba a triunfar!

Jairo había dejado de comer y preguntaba con inquietud:

—¿Esa versión del ministerio del doctor Vieytes es segura?

—Como el credo.

—¿Se podría saber de dónde procede?

Titubeó un momento don Octaviano, pero su afán de proveer de noticias a los periodistas triunfó de sus perpetuamente renovados propósitos de discreción.

—Me la dió Cristina — confesó con un soplo de voz.

—Reserve la procedencia. ¿Sabe quién es Cristina? ¡La esposa de «él»!

—¿Y «él» no le ha dicho nada?

—El no es aficionado a hablar de estas cosas Está alejado de la política, y por lo mismo es el candidato ideal: hombre de opiniones moderadas, equidistante, como conviene a este país, el doctor Vieytes no es un hombre, es una institución. ¿No lo creen ustedes?

López asintió, porque a él se dirigía la pregunta.

—Pero Vieytes, no es radical — objetó Jairo, a quien esa candidatura imprevista le disgustaba.

—Fué radical el año 90.

—Pero el 93 ya fué roquista.

—¡Sí, sí! pero después se alejó de la política, y «ha hecho un culto de la equidistancia», tales son sus palabras. Ni sus íntimos pueden decir qué ha sido desde el año 95, ni por quién ha votado.

—Un radical me ha contado—observó suavemente Marcos López—que para esta campaña dió dinero a sus comités.

—¿Lo ve, lo ve?—exclamó Piña entusiasmado. — Y usted sabe, amigo Jairo, que los conservadores también han recibido dinero de él para esta campaña. ¡Es un equidistante, lo que yo le decía, un equidistante!

—¿Y qué ministerio le darían?

—Eso no me lo ha dicho Cristina. Pero cualquiera, cualquiera; es un talento incomparable. ¡Qué hombre, qué hombre!

—¿Y no hay peligro de que él se niegue a aceptar?

—¡Oh, mi amigo! Ahora recuerdo que es usted uno de los adversarios del doctor Vieytes.

—¡Ah! ¡eso no!—protestó Jairo alzando las manos al cielo.—Pequeñas divergencias circunstanciales

—Bueno, pues esté seguro de que él aceptará cualquiera que sea el ministerio que le ofrezcan. Es un hombre que desde hace veinte años está pronto a sacrificarse por su país. Y ha llegado su hora; y mientras más grande sea el sacrificio que se le exija, más gustoso se inmolará.

También a don Octaviano le llegó su hora. El mozo

trajo la «adición» de los tres almuerzos, y como Jairo estaba absorto persiguiendo las consecuencias probables de aquella candidatura, él tuvo que hacer frente, con agrado, aunque de natural no era rumboso.

En cuanto retiñeron las moneditas de la propina en el platillo del mozo, señal de que el peligro había pasado, Jairo volvió en sí, con una frase que llenó de regocijo a don Octaviano:

—No hay duda, es lo que usted dice: se avecina la unión de las fuerzas conservadoras contra el enemigo común, que será cualquiera de los partidos extremos. La candidatura del doctor Vieytes indica que el nuevo presidente servirá esa gran política.

—Usted lo ha dicho—irrumpió don Octaviano, y acercándose al oído de López le susurró: —¿No podría hacerme un «reportajito» con estas cosas de que hemos hablado y algunas otras ideas moderadas que a usted se le ocurran? ¿Sabe que me voy a mi provincia? Eso también puede decirlo.

Razones políticas motivaban el viaje de don Octaviano, sin lo cual no se habría movido de Buenos Aires, donde vivía muy bien, al abrigo de la bandera nacional, concurriendo a la cámara en los días de sesión, y a los cines en los demás días. Gustábanle, sobre todo, los cines de la tarde, cuyos programas coleccionaba prolijamente llevando su escrupulosidad histórica hasta anotar en ellos las emociones de la velada.

Pero acababa de morir uno de los senadores nacionales por San Luis, elegido el año anterior, y existía una enorme expectativa alrededor de la suculenta vacante, que tenía aún ocho años de cuerda.

Don Octaviano, más sagaz de lo que parecía, veía venir su muerte civil con el término de su diputación. Y como no se resignara a fenecer, no bien se revolvía el río político de su provincia, cerraba las valijas y se hacía un viajecito al terruño, precedido de algún reportaje en diario porteño, que le lavase bien la cara. Una vez en su pueblo, si los periodistas tardaban algunos minutos en acudir a visitarlo, ya estaba él recorriendo las redacciones de

los periódicos, para que el público se enterase de su pensamiento trascendental.

Desvivíase porque le reportearan y más o menos hablaba siempre de esta guisa: «Estoy donde estaba. Propendamos a la unión de las fuerzas conservadoras. Echemos un velo sobre el pasado y tendamos la mano al adversario de ayer, para unirnos contra el enemigo común».

No explicaba nunca con excesiva claridad cuál era el enemigo común, porque ése variaba conforme a las circunstancias. Y como lo que más le horrorizaba en el mundo eran las anécdotas de «La Fronda» y las cuchufletas que el diputado Dickmann solía asestarle en la cámara, parecíale que entre el socialismo y los demócratas progresistas andaba el enemigo común.

López se sabía de memoria las declaraciones políticas de don Octaviano, por lo que esa vez, para escurrirse de sus horripilantes simplezas, respondió, señalando al doctor Jairo:

—El es el capitán; yo soy un marinero.

Piña se pegó entonces a su colega, y de bracete cruzaron ambos por entre las mesas, saludando a los amigos. López marchaba en pos de ellos, más espantado que nunca de su vestimenta.

Jairo se dirigió a él y le dijo, indicándole un grupo de personas:

—Ese es Jorge Mitre; si usted fuese candidato a ministro, ahora mismo iría hacia él y lo palmearía en el hombro con el mayor cariño para congraciarse a «La Nación»; el que está a su lado es Mariano de Vedia...

—Juan Cancio;—tradujo López

—El que mucho habla mucho yerra, — prosiguió Jairo, —según el Espíritu Santo. Este, sin embargo, habla mucho y acierta siempre.

López observaba aquellas dos caras conocidas de todo Buenos Aires. Sólo él, que no iba a ningún lado, recluído en la covacha de «El Porvenir», tímido y avergonzado por su pobreza, no conocía a nadie.

En la calle, don Octaviano los dejó, después de obtener esta orden de Jairo a su redactor:

—Para mañana, como plato del día, hágame un reportaje al diputado Piña, acerca de lo que hemos hablado sobre la política conservadora, que desenvolverá el futuro presidente.

López asintió con el propósito de causar un sobresalto al reporteado, haciéndolo aventurarse en opiniones avanzadas.

La vista de la reja de latón detrás de la cual maniobraba el administrador de «El Porvenir» volvió a Jairo a la humilde realidad de sus finanzas endiabladas.

Pero era en esos momentos cuando adquiría todo el aire de su característica dignidad.

Lo esperaban sus redactores revolucionados, a quienes debía satisfacer, o esa tarde no saldría del diario; y más o menos a la misma hora debía recibir la visita de uno de los representantes de sus proveedores de papel, que lo tenía amenazado con una demanda judicial.

Limpió sus gafas de carey, como disponiéndose al trabajo, y se aproximó al administrador

—Vea, Dupeyron: va a venir un empleado de Curt Berger. Dígale de mi parte que me haga el obsequio de pasar mañana temprano por aquí.

—Ha venido ya, señor director, y dejó dicho que volvería a las tres.

—Bueno; dígale que no estoy.

Pasó muy orondo por entre el grupo de los empleados rebeldes; distribuyó saludos y sonrisas y entró lleno de majestad en su despacho, indicando a López que le siguiera.

—Ante todo—le dijo,—para mañana, a más del reportaje al diputado Piña, escríbame un editorial en contra del ministro de hacienda. Es intolerable lo que ocurre en su departamento. El pago de la administración está atrasado quince días. Ayer venció el cupón del Crédito Interno, y hoy todavía no han podido cobrar sus tenedores. La primera virtud de un ministro de esa cartera es la puntualidad en los pagos, aun cuando haya que ahorrar sobre el hambre y la sed, como dijo Nicolasito Avellaneda el otro día en la cámara.

López apuntó aquello.

—Ahora hágame entrar a sus compañeros.

Encendió un puro, se tendió sobre el sofá, donde no bien llegaron los cuatro o cinco empleados revoltosos, hizo sentar al más rebelde, para tenerlo al alcance de su mano paternal, y comenzó a hablarles con aquella ternura de sus discursos sobre «el niño», vidriados los ojos por una lágrima.

—Ya estamos de acuerdo con nuestro amigo Marcos. Hemos hallado una solución que me atrevo a calificar de genial. Constituiremos una cooperativa entre los elementos de esta casa para proseguir la obra. Hoy no es un negocio, por la carestía de la materia prima; no debo engañarlos, pues quiero hablarles con el corazón en la mano: hoy es solamente una obra de cultura superior. ¿No hemos de sacrificar por lo menos nuestras impaciencias a tan hermoso ideal? Pero mañana será también un negocio, que compensará el sacrificio. «El Porvenir» es nuestro; «El Porvenir» es de ustedes, mis jóvenes amigos; y esa palabra entraña un símbolo y un augurio: el porvenir, con minúscula, es de la juventud

El rebelde que tenía al lado quiso hablar, y él con inefable dulzura, le cortó la palabra poniéndole la mano en el hombro:

—Esta obra es de ustedes desde hoy y para siempre. cuídenla, sírvanla, que es servir a la patria: no caigan en tentación de abandonarla, que sería como una deserción en el campo de batalla. Es una labor civilizadora: dirigimos el pensamiento nacional... ¿puede haber mayor honra para un hombre inteligente y laborioso?

Marcos López empezaba a sentirse cargado nuevamente.

—Pero... ¿y nuestros sueldos?—alcanzó a decir.

—¡A eso iba! usted tiene el don de adivinar mi pensamiento. ¡A eso iba! Hágame el obsequio, mi camarada, de llamar al administrador, nuestro excelente Dupeyron.

Entró el buen hombre, muy rubio y muy triste, pestañeando emocionado.

—Dupeyron, amigo nuestro: aquí están estos jóvenes

por quienes y para quienes vive «El Porvenir». ¿Qué gana usted, Marcos?

—Doscientos cincuenta pesos al mes,—contestó Marcos López.

—Bueno, Dupeyron, oiga bien, y por Dios no se vaya a olvidar de ésto: desde el próximo mes López ganará trescientos cincuenta. ¿Y usted, mi buen Caminos?... ¿doscientos? ¿Nada más? Bien; Caminos ganará trescientos. ¿Y usted? ¿y tú, muchacho? ¿y tú, hijo mío? Bien, bien; a todos auméntele cien pesos. Y usted Dupeyron, auméntese cien pesos también... ¡Ah! en cuanto a mí, bórreme de las planillas: Jairo no existe; hay que ahorrar sobre el hambre y la sed.

Tomó un resuello, y antes de que otro hablara, siguió ordenando al despavorido Dupeyron que no sabía en qué broma trágica o en qué miserable sainete lo complicaban.

—Y hoy mismo, Dupeyron, liquídele tres meses a cuenta y el resto arréglelo con los primeros fondos que ingresen.

Los muchachos se miraron unos a otros. Parecía cierto. Marcos López se puso a pensar en la trucha de Río Negro y el Beaujolais del Jockey. Todo debía ser cierto.

Jairo comprendió que ése era un minuto de oro para tomar el sombrero y retirarse. Al ver su ademán, los muchachos se desbandaron saludándolo, confundidos y recelosos.

Antes de que saliera, Dupeyron alcanzó a cruzar con él unas palabras.

—¿Pero es verdad ésto, señor director?

—¡Oh, mi amigo! ¿Por qué no ha de ser verdad?

—¿Y de dónde sacaremos fondos? usted sabe... Curt Berger... National Paper... Stocker

—Todo lo sé, hombre de poca fe. Dios proveerá.

—Bueno, pero y lo que debo entregarles hoy, esos tres meses... ¿también es verdad?

—¡Verdad, verdad! Debe serlo dentro de las posibilidades. Si puede tres meses, mejor; si puede sólo un mes, si puede apenas darles a cuenta una quincena o una se-

mana... ¡lo que se pueda! «ad impossibilia nulla est obligatio», decían los jurisconsultos romanos.

Dupeyron se alejaba meneando la cabeza, cuando Jairo lo llamó con un susurro.

—Vea, Dupeyron... ¿no tiene por allí unos doscientos pesos?

—Será todo lo que hay.

—¡Hum, qué pobreza! Bueno vea, mi amigo... tráigame unos cien pesos para mí; lo demás repártalo entre ellos, los pobrecitos,—respondió Jairo contristado de veras.

Su hija Salomé cumplía diez y siete años ese día, y él la había prometido regalarle doscientos pesos para un traje.

Salomé era la única verdad en la vida de aquel hombre, y por ella, por su única verdad, sacrificaba todas las otras, anegándose en un mar infinito de simulaciones.

VIII

«Porque estaba ciego cuando te ofendió»

Salomé leía en el libro de las visiones de la venerable Ana Catalina Emmerich, el episodio evangélico de la hija de Jairo. Por ella le habían puesto Salomé, de modo que concordaban nombre y apellido.

Era después de la primera resurrección, cuando la despertó por segunda vez de la muerte

«Núbil a la sazón, poco antes todavía llena de inocencia. Pero la ligereza de sus padres en su presencia, todo género de festines, dádivas y atavíos, después de su convalecencia, y las visitas y cortejos de algunos jóvenes pretendientes, en cuya compañía no quedó inmune de deseos impuros ni de miradas lascivas, habían contaminado su inocencia».

Y aquella lectura la puso triste.

Porque ella era así, como la hija del otro Jairo, que Jesús visitó dos veces.

Desde el día que halló en el rosedal a Jorge Paz Morera, con su extraña acompañante, su vida límpida parecía haberse volcado en un cauce sucio

Salía a menudo a la calle sola; y fuesen sus nuevos pensamientos o fuese la primavera, regresaba estremecida por confusos anhelos.

Su corazón era como el centro de un torbellino; un viento cálido hostigaba su sangre.

Había vuelto a sus citas con Paz Morera; le había perdonado su traición y volvía a creer en él, que al despedirse, en el secreto de un parque o en la penumbra de un cinematógrafo, le besaba las manos.

Salomé veía bien aquel amor de él, que luchaba contra todas las corrientes de su vida: contra su ambición de grandeza, porque ella era pobre; contra su temperamento mórbido, porque ella era pura y simple; contra las tentaciones de que ella no podía defenderlo, porque no frecuentaba su círculo.

Y la más temible de aquellas tentaciones era la perpetua asechanza de Julia Noel.

—¿La has querido? — le preguntó un día Salomé a Paz Morera.

—No, nunca.

—¿Ni un minuto siquiera?

—Ni un minuto.

—¿Y qué hallaste en ella que te sedujo?

—¡Oh, mi Salomé! nada, porque nada tiene de lo que me embelesa, como tú que me vas ganando para el bien.

Esa era la palabra. Jorge Paz Morera empezaba a sentir el cansancio de sus manos vacías, de su espíritu inerte, de su corazón lleno de cenizas de afectos que ardieron un instante como un fuego de pajas.

Comenzó la conquista de Salomé como había comenzado tantas otras que acabaron con daño y dolor; y la juventud de ella, su ingenuidad y su inexperiencia que la guardaban mejor que una sabia y osada estrategia, fueron infiltrando en su alma la claridad que de ella emanaba.

Mas preguntábase adónde podía llevarlo un amor fuerte, de hombre honrado, hacia una muchacha pobre, siendo él pobre también, pues su molicie, a la que no sabría renunciar, insumía totalmente sus recursos

Salomé presumía esa lucha y sus motivos, sin que él la hablara de eso, porque en poco tiempo la vida se había aclarado singularmente para ella.

Todo Buenos Aires parecíale una pista inmensa, en que jóvenes y viejos, ricos y pobres, corrían detrás de la misma vanidad, confesada u oculta, que no había de saciarlos.

Y en ese torbellino estaba ella con su corazón virgen y su juventud luminosa, corriendo como todos, afiebrada

y enloquecida con la insania universal, con la triste manía de su padre, con la vergonzosa e incomprensible necedad de su madre y de sus hermanas.

Y por ello, a veces consideraba si valía la pena luchar por confirmar en su amor a aquel hombre que no era rico, que no podría hartarla de vanidades, y hacerla brillar, en el gran mundo, cuya puerta se abre con llave de oro.

Siendo así, ¿no era preferible escuchar las promesas de los viejos necios que la perseguían con aleves propósitos?

Habríale bastado un mes para arruinar a uno, y un año para arruinar a ciento. Después vendría su desquite, con la llave de oro que le franquearía todas las puertas.

Leyendo en el libro que evocaba el episodio evangélico de la hija de Jairo, resucitada y santificada, comprendió al borde de qué horrendo abismo caminaba con los ojos vendados.

Un chillido de su hermana Gertrudis la sacó de su meditación.

—¡Salomé, Salomé! ¡aquí tengo una gran noticia!

Traía una revista en la mano, y la agitaba con aire de supremo contento.

—Para hacer morir de rabia a Palmirita.

Salomé, desalentada, cerró su libro y aguardó la explicación de Gertrudis.

Con énfasis leyó ésta una silueta de mujer, que llenaba media página de la revista.

—¿Sabes a quién aluden?

Salomé y sus hermanas conocían, de nombre a lo menos, a cuantos figuraban en la «smart set» de Buenos Aires, y no le costó ningún esfuerzo penetrar la adivinanza.

—Es Aurelia Condesa.

—Sí: ahora viene «él».—Y Gertrudis levó una silueta masculina. Salomé se echó a reír a carcajadas, y abandonó su libro.

—¡Don Octaviano Piña!

La asiduidad con que el diputado ultraprovinciano fre-

cuentaba al doctor Jairo había acabado por encender una hoguera en el corazón de Palmirita.

Y como él la atendiera en los saraos en que la encontraba, con preferencia a muchas otras para mejor asegurar la benevolencia de «El Porvenir», la familia le atribuyó móviles amorosos.

Después de cada entrevista, misia Palmira se llegaba a su hija, y con la misma ansiedad con que se pregunta por el sexo de un recién nacido, la interrogaba:

—¿Se te declaró?

¡Las mentiras que urdió Palmirita para mantener en los otros aquella ilusión!

—No, mamá; pero le pasó raspando. Me volvió a alabar la trenza.

—¿Y qué más? Cuando tocaste el piano, ¿qué te dijo? ¡Si tuvieras las manos de tu hermana Gertrudis!

—¡Psch!—hizo Palmirita desdeñosa por la belleza de tales manos.—Sin ellas me lo paso bien. Pues me dijo que nadie tocaba como yo su pieza favorita, la siciliana de Cavallería.

—Eso es expresivo,—aseguró, con aire de experta, misia Palmira

—Y todavía algo... más expresivo.

—¿Qué fué?

—Me dijo que un amigo le pedía un nombre elegante para una caballeriza que iba a instalar aquí en Belgrano, y que le aconsejaría ese nombre en honor mío.

—¡Caballeriza Palmira! ¡qué horror, hija!

—No, mamá: ¡caballeriza Rusticana!

Misia Palmira se quedaba saboreando la dulzura de esas confidencias, e invariablemente llegaba a una conclusión estimulante:

—Ese hombre está enamorado. Pero qué raro que sea tan tímido Parece que no fuera viudo. Dicen que es muy rico. ¡Dios lo quiera!

Con estas novedades, Gertrudis empezó a sufrir del hígado, pues no tenía cómo equilibrar los triunfos amorosos de su hermana mayor.

Una vez creyóse la elegida de un capitán de bomberos

que rondaba la manzana, porque al pasar la miraba tiernamente; pero supiéronse luego sus amoríos con una mucama inglesa de la vecindad, que un día levantó el vuelo.

Perdido el capitán, Gertrudis se dedicó a buscar fallas al amor de don Octaviano, y la halló tan cumplida que en adelante podría, revista en mano, asegurar a Palmirita que el interesante viudo no se abrasaba por ella.

Aurelia Condesa era su ideal, y, correspondido o no, él seguía la estela de aquella mujer hermosa y discreta.

No era creíble que la doble silueta fuera más que una broma, solicitada quizás por don Octaviano y tal vez pagada. Pero eso no impediría a Gertrudis que le sacara todo el jugo posible.

Estaban comentándola, cuando llegaron de la calle Palmirita y su madre, muy acongojadas ambas.

—¡Gringos pícaros! ¡Cómo anda el mundo!

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Te ha faltado alguno al respeto?

—¡Si no fuera más que eso! ¿Te acuerdas de la cinta de faya punzó que anteayer compré en Harrods? Era metro y medio.

—Sí; ¿no la devolviste ayer?

—Así fué; la devolví ayer porque hoy es día de «retazos» y estaba segura de que no volverían a la pieza un pedazo de ese tamaño, sino que lo expondrían hoy como un resto, y yo podría comprarla a mitad de precio.

—Sí, sí; ya otra vez lo has hecho,—dijo Salomé con disgusto—y te ha salido bien.

—¿Y no la han puesto en «retazos»?—preguntó Gertrudis.

—Sí; pero la empleada, que me conoce, la escondió cuando me vió llegar. Hacía media hora que la buscábamos disimuladamente, revolviendo todos los «saldos» de cintas, cuando apareció una cliente y preguntó por cinta punzó. Con la mayor desvergüenza la empleada sacó la mía de su escondrijo y se la vendió por la cuarta parte de su valor. Me quise morir; protesté, se aglomeró el público, no me hicieron caso. El gerente llegó hasta contar cómo se hacía mi maniobra ¡Qué vergüenza y

qué escándalo! Ya no vale la pena ser viva y saber comprar.

Palmirita tenía también su propio dolor. Había elegido en Harrods un sombrero lindísimo, que la hacía parecer más alta y de mejor semblante. Costaba un disparate, pero no importaba, pues ella no lo quería sino para lucirlo durante una tarde de corso, en Palermo, al día siguiente, que era fiesta. Al otro día lo devolvería sin mayor explicación.

Lo pagó, pues, arriesgando todo su capital. y cuando pidió que se lo mandasen antes de la noche, se le arrimó el gerente y le advirtió:

—Señorita, hay una nueva disposición. La mercadería de esta clase que se manda la víspera de un día de fiesta, no tiene devolución.

Quedó anonadada, pero no perdió el tino y deshizo la compra, tragándose como una píldora de áloe la intencionada sonrisa de los empleados.

—¡Qué descortesía! Si ya no se puede comprar ni en Harrods, donde antes eran tan tratables.

—¿Estás muy afligida? — interrogó socarronamente Gertrudis.—Para que te consuelas, lee esa silueta.

Los ojos ávidos de Palmirita se arrojaron sobre la página. Pero se contuvo por no dar el gusto a su hermana, y con gesto salomónico encogióse de hombros: ¡Vanidad de vanidades! ¡Qué le importaba eso!

—Aunque fuese verdad, y don Octaviano anduviera chiflado, Aurelia Condesa no puede aceptarlo.

—¿No lo aceptabas tú?

—¿Yo? ¿Quién dice? Y en todo caso, yo no estoy comprometida y ella sí, con el diputado Zara; y Piña debe de saberlo, pues lo ve todos los días.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Palmirita arrojó una biliosa mirada sobre Gertrudis y fué a desfogar su iracundia sobre la inocente cabeza de Antonieta.

—¿Trajiste flores para el centro de mesa?

—No, niña; no me dijeron...

—¡Ah, bestia!, tres veces bestia, ¿no sabés que hoy tenemos invitados a comer?

—La señora no quiere que hable con los de la casa cerrada. Allí me daban flores.

—Pues ahora mismo, sin decir palabra a nadie, vas a lo de esa mujer y las pides como antes.

—¿A quién las he de pedir? El niño Carlitos a estas horas está en la escuela.

Cada vez que Antonieta hablaba con su ama o con Palmirita o Gertrudis, podía observarse el ala del miedo en sus ojos dulces y acobardados y el temblor de sus manitas nerviosas, que se enredaban en los desgarrones de su traje negro, la pobre túnica con que vino de España, enlutada por un padre, que aun vivía.

Tenía miedo, sabiendo de antemano que todo en ella, sus razones o sus disculpas, sus silencios o sus gestos, irritaba a esa gente sin dulzura y sin misericordia.

Cada noche la infeliz, que dormía en un colchoncito de estopa tendido en el suelo, en un pasillo, con sus míseros trapos de almohada, se levantaba cien veces, arrancada al sueño por un grito de la señora o de las niñas, que le daban órdenes sin sentido, conforme a sus pesadillas o a su insomnio: «Mira si el nene duerme». «Mira si la ventana de la calle está cerrada». «Mira si la mucama apagó la luz de su cuarto y si el gato no se ha quedado en el comedor».

La chica, silenciosa y furtiva, pasaba así la mitad de la noche corriendo por toda la casa, en la obscuridad, sin derecho a experimentar los miedos de sus amos; y de día vivía cosida al nene, espiando sus deseos, obligada a entretenerlo a toda costa, porque a todo llanto de él se descargaba sobre ella una tormenta.

Sólo descansaba cuando lo llevaba de paseo o cuando la enviaban a cualquier mandado.

Así, pues, en cuanto Palmirita le dió su orden, salió disparada, resuelta a pedir flores en todas partes, como quien pide pan para no morir de hambre, y se detuvo ante la casa de Valentina, ignorando qué haría. De lejos parecía fácil llamar a esa puerta que nunca se abría; pero al

verse en su umbral, asaltóla un terror indefinido al misterio que encerraban aquellas paredes manchadas por la lluvia, aquellas persianas descoloridas por el polvo, el mismo postigo de la huerta, para alcanzar el cual debía orillar el charco verde, donde croaban los sapos.

Los rumores de la gran ciudad no llegaban allí y se oía hasta el zumbido de las moscas de oro volando sobre la ciénaga.

Antonieta contorneó la casa. Un lienzo de la muralla estaba casi derruído al fondo, sobre el terraplén del ferrocarril, y sólo una red de alambre tejido impedía escaparse a las gallinas, que tenían allí su corral. Por ese lado se advertía un trozo de la huerta.

Aparecían los naranjos salpicados de gotitas blancas, como si un pintor hubiera sacudido sobre sus copas verdes la gruesa brocha encalada.

Un viejo encorvado regaba las hortalizas, y detrás de él un niñito silencioso, como hijo de pobre, tiraba un carrito de hojalata.

De esa parte se divisaba el mirador donde moraba el padre de Valentina, y cuyos postigos sólo de noche se abrían.

La niña acechó un rato, esperando que alguien la viese. Como eso no ocurriera, se resolvió a llamar a la puertita falsa, que le infundía menos temor que la puerta grande, cerrada eternamente. Y volvió otra vez al sendero del estanque.

Era tan limpio el aire y tan áureo el sol, que el mundo parecía un átomo flotando en la inmensidad del éter.

Dió un aldabonazo, y el postigo se abrió chirriando medrosamente.

La chicuela reconoció a Valentina, que alguna vez la había detenido en la calle para preguntarle por la salud del niño enfermo.

La hizo entrar sin interrogarla, y bajo un emparrado frondoso la habló con bondad.

En la galería, cerrada por una mampara de vidrios de colores, muchos de ellos rotos, surgió la silueta obscura de doña Andrea Echarri. Extrañada de ver allí caras

nuevas, miró con interés a la sirvientita y desapareció silenciosa.

Valentina parecía encantada de que Antonieta se hubiera atrevido a llamar a su puerta, y despojaba alegremente su jardín para hacerle un gran ramo; y la chica experimentaba la sugestión de aquellas manos, que se hundían sin miedo en los rosales, manos tan hermosas como no las viera ni en sueños.

Sintió una invencible tentación de acercarse y besarla; y tal hizo.

—¿No tienes un vestidito mejor? ¿No tienes zapatos? —preguntóle Valentina, emocionada por aquel afecto humilde y tímido.

—Mi hermano es pobre y yo no gano nada todavía; sólo cuando sea grande podré comprarme esas cosas.

Valentina corrió adentro, a buscar con qué atar sus flores en un mazo.

Arriba resplandecían al sol los cristales de la torre, y nadie habría dicho que en esa prisión vivía el dueño de la casa.

Antonieta lo pensaba con miedo, en el jardín sombreado por dos inmensas magnolias, cuando la llamó doña Andrea Echarri desde la galería.

Valentina, que volvía ya, al oir la voz de la anciana se detuvo en el umbral de su cuarto, donde no podían verla, y Antonieta acudió al llamado.

—¿De dónde eres?

Antonieta se explicó; y la abuela le acarició la cabeza, como complacida, y la hizo avanzar.

De no haber sido la casa de Carlitos, nunca se habría animado a franquear el dintel de la habitación donde estaba el retrato.

Pero tenía una gran curiosidad de verlo, adornado con las flores que el niño le llevaba cada día.

Entró primero la vieja y detrás la niña, enceguecida, pues la sala permanecía en la penumbra y afuera reinaba el sol.

Cuando sus ojos se habituaron, pudo observar a doña Andrea sentada en un sillón, enfrente del cuadro, sobre

el cual daba la luz de una persiana entreabierta. En la pintura de estupendo relieve, la hermosa cabeza de la dama parecía viviente.

—La oración de los niños es grata a Dios—dijo doña Andrea, atrayendo a la chicuela.—Mira bien ese retrato: es mi hija muerta.

Sin saber por qué, Antonieta se echó a temblar.

—¿Tienes miedo? Era dulce y sencilla. Nadie hubiera pensado mal de ella.

La niña recordó la terrible historia que le contara Carlitos, pero resuelta a esconder su secreto, cuando la anciana le preguntó: «¿Has oído hablar de ella?», dijo que no.

—Por las flores que te damos, y que habrían sido para ella, te pido que reces aquí lo que yo te diré.

—Sí, señora.

—Junta las manos y piensa en Dios, y mira el cuadro para que te acostumbres a verla y la quieras cuanto más la conozcas, y dí conmigo: «Señor, perdónala, porque no supo lo que hizo».

Antonieta repitió aquellas palabras, penetrada de efusión por el dolor que se pintaba en la faz de la vieja.

—Espérate aquí; Valentina te traerá las flores.

¿Por qué la hacía esperar en la sala del retrato?

Pareciera que doña Andrea tenía un singular empeño en que Valentina se acercara a menudo a aquel lugar triste, para que la imagen de la muerta se dulcificara en su corazón.

Valentina llegó con su ramo, miró el cuadro de su madre, ante el cual permanecía la chicuela con las manos juntas, y preguntó:

—¿Has oído hablar de ella, Antonieta?

—No, niña.

—Y de él, de mi padre, ¿te habló alguien?

—Tampoco.

—¿Vive tu madre?

—No, niña.

—¿Por ella estás de luto?

—Por ella y por mi padre.

—¡Ah! ¿Murió también?

Antonieta no dijo nada. Valentina no insistió y preguntó otra cosa.

—¿La abuela te hizo rezar por mamá?

—Sí, niña.

—¿Quieres rezar ahora lo que yo te diga?

De nuevo la chica juntó las manos, y en voz baja repitió las palabras que Valentina pronunciaba muy claramente:

—«Perdónalo también, Señor, a él, porque estaba ciego cuanto te ofendió. Vuélvele tu misericordia y tu luz.»

Cuando salieron de la sala, ninguna de las dos vió a la abuela espiándolas desde el cuarto vecino.

En su mirada dolorosa se encendió el viejo rencor. Mas por una violenta reacción de su voluntad, sus labios repitieron muy distintamente las palabras de la nieta, aquella oración que hacía tanto tiempo quería saber cómo era.

Pero en su corazón no entró aún la misericordia.

No advirtieron, por tanto, el rencor encendido en los ojos tristísimos de la anciana, la cual hacía mucho tiempo quería saber qué palabras decía su nieta delante del retrato de su madre.

Acababa de oirla rezar por su yerno, el hombre del mirador, y el que se ocultara de ella para orar de ese modo, le hizo comprender que Valentina había adivinado su resentimiento hacia él, aunque eternamente ignoraría la causa.

Por una violenta reacción de su corazón cristiano, quiso rezar como su nieta y repitió fielmente su oración:

—Perdónalo también, Señor a él, porque estaba ciego cuando te ofendió. Vuélvele tu misericordia y tu luz.

IX

La misteriosa novia

Eran las doce de la noche cuando Julia Noel llegó a su casa.

Venía sola en su auto, que paró frente al postigo de la servidumbre, del cual tenía la llave.

Había estado en el teatro, en el palco de los Vieytes; los había llevado después en su coche, y regresaba abstraída, envenenada el alma por la tragedia dolorosa y extraña a que asistió.

Probábase en la pieza que hay nobles, cuyo abolengo remonta a las cruzadas, con menos sentido del honor que un criado, que no conoce ni el nombre de sus padres, pues se crió en un hospicio.

Ciertas escenas la habían repugnado, tanta era la bajeza de los personajes; pero una mantuvo sus nervios tensos y su corazón ansioso: la hija del noble, su heredera única, corrompida por el ejemplo de su padre, se entrega a uno de los criados y huye con él. ¿Era verosímil eso? ¿No era una fantasía absurda? Julia no creía esa noche que la estupidez de una mujer llegara al extremo de perderse en esa forma.

Si aquel hombre se cansaba algún día, ¿cómo podría recuperar el sitio social que abandonó voluntariamente? Y ella misma, ¿estaba cierta de no cansarse de él? Si tal ocurría, ¿qué haría entonces?

Pero cuando el chofer la habló, viéndola distraída, ella lo miró espantada, pareciéndole que esa loca heroína bien podía ser ella.

Saltó del coche, y fué a abrir la puerta por donde entraba directamente a sus departamentos, en el segundo

piso de la casa de su tía, doña Belén Rodríguez de Noel.

Su mano temblorosa no acertaba a introducir la llave. El chofer se le acercó.

—Señorita Julia...

Era éste el novio de la costurerita a la que Indiana le hizo una singular advertencia: «Cuidado, que no te lo quiten».

Alto, moreno, joven y muy fuerte, impresionaba a las mujeres con su garbo y su audacia.

—No debe ser usted la que abra, sino yo, señorita Julia,—respondió él tomándola la llave; y en un segundo la pequeña puerta giró silenciosamente.

Adentro brillaba una luz, y el chofer pudo observar la palidez de Julia, contrastando con el trazo carmesí de sus labios y el fulgor de sus ojos alucinados que huían de mirarle.

—Está muy pálida, señorita Julia; ¿se siente mal?

Ella se le encaró entonces, indignada de la familiaridad con que la hablaba, como a una amiga. Pero no dijo nada.

—Está temblando además... ¿tiene frío? La noche está fresca. Si le parece, como el ascensorista está durmiendo, yo la llevaré en el ascensor.

—No, subiré por la escalera—contestó ella bruscamente, queriendo cortar un diálogo que empezaba como una de las escenas del drama que acababa de ver.

—Pero es que está temblando, y no podrá dar un paso.

—Váyase, Juan; subiré yo sola.

El chofer se quedó callado, y como ella no se moviera, volvió a decirle:

—Yo manejaré el ascensor... ¿no he hecho lo mismo otras noches?

Julia recordó la escena. Muchas veces volviendo sola, a tiempo que dormía toda la servidumbre de la casa, Juan la condujo hasta su piso. Tenía razón de extrañarse si ahora se negaba a aceptar igual servicio.

—Venga, lléveme—dijo con alguna aspereza.

Salió él a la calle para quitar la manija del automóvil, en previsión de un robo o de una travesura, y ella

se quedó considerando cómo poco a poco habíase ido allanando la barrera que los separaba.

Entró Juan y entornó la puerta de la calle. Julia subió al ascensor y él la siguió, ligeramente turbado por su perfume de lilas.

Arriba en el segundo piso, solitario y obscuro, ella lo despidió dándole las gracias con dulzura, tranquilizada por su silencio. Pero Juan no se movió.

—Señorita Julia...

—¿Qué quiere?

—Yo conozco el drama que han dado esta noche. Se parece a otro que he leído, y que tiene su nombre: se llama «La señorita Julia».

—¿Y a mí qué me importa?—contestó ella con ira, y cerró violentamente la puerta del ascensor.

Juan sonrió sin enfado, y se quedó observándola, mientras Julia se alejaba con su paso altanero y rítmico. Estaba ya acostumbrado a aquellos cambios de fisonomía y de voz, que no indicaban mudanza alguna del temperamento original y ardiente.

Luego descendió con suavidad. En la calle recordó la mirada durísima con que ella lo azotó, la mirada verde, soberbia e insultante como un desafío. ¡Ah! ¡la hija de ricos! ¡Qué bien la conocía él en sus veleidades y sus truhanerías, de la misma carne que las pobres, más cuidada, pero no menos viciosa!

A la luz del farol del auto, en las horas de espera, había leído un drama de Strinberg, que lo atrajo porque tenía el nombre de ella; y ahora quería que ella lo leyese, para envenenar su corazón.

Julia no podía dormir. No llamó a su mucama; encendió todas las luces de su dormitorio, y se puso a buscar un libro.

Hojeó varios, desechándolos; quería hallar uno que le hablase en el tono ardoroso en que a esa hora le hablaba la imaginación exaltada.

Uno a uno fuélos arrojando todos, con hastío.

—¡Qué fatalidad!

En los espejos veía su figura torturada, como si la za-

marreara un viento infernal. Empezó a tener miedo de su propia vehemencia. ¿Llamaría? Si Juan hubiese estado cerca, lo habría ido a buscar, ansiosa de oír la voz de alguien.

Abrió la puerta que daba a una de las logias del hall. Era tan profundo el silencio, que llegaba a sus oídos el rumor del péndulo del comedor.

¡Oh, no! era la sangre que latía con furia hasta aturdirla.

Volvió a su cuarto y buscó de nuevo algo que leer. En las Rimas de Stecchetti halló lo que anhelaba.

«Medio Evo» titulábase la composición. La leyó a saltos, y luego, con la garganta oprimida y seca de emoción, la releyó lentamente, sintiendo discurrir en sus venas perversas emociones.

Era un paje enamorado de la hija del rey, y puesto en prisión por esa causa.

Una noche se lamenta en su mazmorra de haber alzado los ojos tan alto que no pueda ser amado y deba morir. De repente se abre la puerta y se le acerca ella. El cree que es un alma en pena. Ella entonces le dice quién es: «Las guardias duermen...»

«Guardami, tocca,
Son la figlia del Re, baciami in bocca!»

Julia Noel arrojó temblando el libro, y salió. Respiró con ansiedad el aire frío del hall y como sus zapatos hicieran ruido, se descalzó, dejó caer de sus hombros la salida de teatro, y como una sonámbula corrió hacia la escalera, repitiendo aquellos versos infernales.

En verdad dormía la guardia en la lujosa mansión de doña Belén. Sólo ella velaba recorriendo como un pálido fantasma las galerías anegadas en sombra.

Volvió luego a su cuarto, helados los pies, sorprendida de su extravío; y se arrojó en la cama, y largo rato luchó contra sus visiones, hasta que se durmió.

Cuando se despertó eran las once. Su tía Belén la mandaba llamar; pero fatigada por la modorra de su mala

noche, pasó dos horas antes de vestirse. Bajó entonces al comedor, donde rara vez almorzaban, por encontrarlo demasiado aparatoso y desmesurado para ellas dos.

Su tía la aguardaba sentada a la mesa, servida por una pareja de criados gallegos, ceremoniosos y torpes. Uno de ellos era joven; y en Julia renacieron los recuerdos del drama de esa noche.

¿Cómo era posible la abominación de descender hasta ellos?

Doña Belén era una mujercita rubicunda y arrugadita como una pasa, vivaracha y andariega, que escudriñaba todo con sus ojuelos de raposa.

Vivía entregada en alma y cuerpo al engranaje de mundo, y era muy rica por su marido, que crió ovejas durante treinta años en la Patagonia, en sociedad con el padre de Julia, y acabó por morir casi de miseria en sus penosas andanzas por aquellos lugares. Su viuda sólo se preocupaba ahora de indemnizarse de la parsimonia con que ese hombre le permitió exprimir la bolsa; y se fatigaba inventando modos de despilfarrar la fortuna heredada.

Estaba, no obstante, muy lejos de ser generosa o caritativa; en este orden de ideas habríasele dicho más bien cicatera. Pero no existía locura dispendiosa que ella no acometiese, sin contagiar, empero, a su sobrina, que administraba su hijuela como un financista.

Tenía un «stud» con caballos cuyo pelo no conocía, y que perdían siempre, a pesar de lo cual lo costeaba lujosamente, lamentando cada desgracia que sobrevenía a las inútiles bestias, mucho más que las desventuras de sus criados.

Jueves y domingos veíasela en el hipódromo, jugando fuerte, sobre un dato cualquiera, recibido en forma extravagante o misteriosa.

Ya era a un jorobado a quien detenía en la calle para preguntarle cuál de los caballos de la lista ganaría; ya una mendiga sabedora de su flaqueza le hacía llegar su augurio, a cambio de una limosna; ya alguno de sus innumerables sobrinos codiciosos, que la embarcaba en una combinación erudita y tonta.

De verdad no tenía más pariente cercano que Julia; pero llamábanla «tía» multitud de chicas a la moda, hasta algunos jóvenes, que de esa manera se guarecían debajo de sus plumas, adulando sus vicios y fomentando sus debilidades.

Un río continuo de dinero salía de su bolsa para las más inverosímiles tonterías; y cada verano la ruleta de Mar del Plata, en complicidad con sus sobrinos, le llevaba cien o doscientos mil pesos.

Lo que no impedía que por temporadas le entrase fiebre de orden, y empezara a escatimar en su despensa, tasando el azúcar a sus criados y la luz en la buhardilla de sus sirvientes.

Un manto de oro disimulaba sus ruindades. Nadie en Buenos Aires hacía tan fastuosos regalos de casamiento como ella. Había comenzado pujando por afán de notoriedad, y una vez logrado el «record», se empeñaba en mantenerlo a costa de sumas enormes.

Tal manía disculpaba ante muchos ojos sus excentricidades, especialmente una en que ya las gentes no ponían reparos. Más que por la salud de Julia, todo el mundo se interesaba por la salud de sus sobrinos predilectos, Holofernes y Dieguito, conocidos de nombre por todo el mundo.

No había tales sobrinos: eran sus dos juanetes, a los que la dama nombraba así, y que la atormentaban terriblemente en los cambios de estación y de tiempo.

Hasta el pulcro doctor Vieytes preguntábale por el estado de Holofernes o de Dieguito, anheloso de tener propicia la mala lengua de la dama, que traía chismes políticos y parecía gozar de alguna influencia en ciertos círculos.

Sólo doña Remedios la miraba con ojos desconfiados; pero la proximidad del casamiento de María Helena la tornaba misericordiosa.

—Mañana es el cumpleaños de esa mojigata de Remedios,—dijo doña Belén así que Julia se sentó a la mesa.

La muchacha no dió importancia a la noticia.

—¿Te han invitado?—preguntó la vieja, apurando una

copita de Jerez que el criado le escanciaba a cada momento.

—¿Habrá alguna fiesta?

—Indudablemente; aunque nunca puede saberse lo que ella piensa. Pero dicen que será en casa de Cristina.

—Así es — respondió Julia, que empezaba a juntar sus ideas.

—Si eso fuera, no creo que dejen de invitarnos.

—Puede ser una fiesta íntima de parientes próximos, como suele hacerlas doña Remedios — observó Julia.

—María Helena es mi sobrina—replicó doña Belén. — Supongo que no lo olvidarán.

Julia bebió un vaso de vino del Rhin. Tenía una sed terrible que no lograba saciar. Su tía la miró.

—Estás pálida como una monja; ¿qué te pasa?

—Tengo jaqueca,—respondió la joven, poco deseosa de entrar en explicaciones.

—Quizás volviste muy tarde anoche.

—No, al contrario.

—¿Vas a salir ahora? ¿Qué programa tienes?

—Iré a las tiendas, — contestó Julia con un modo en que se transparentaba su deseo de no seguir hablando de lo que ella pensaba hacer.

—Yo iré a las joyerías; quiero buscar con tiempo algunos regalos. ¿Ya sabes quién se casa?

—¿Quién?

—Ya lo sabrás; mi sobrino Jorge.

—¿Jorge Paz Morera?—exclamó Julia con ímpetu.

—¿No sabías?

—¿Pero con quién?

—Eso no sé; tampoco sé cuándo, ni lo sabe nadie.

—¿Con que nadie sabe quién es la novia?

—Rodríguez lo ha visto con una chica muy mona, dicen.

—¿Y de allí sacan que está de novio?

—Así parece.

—¡Qué pavada!—exclamó Julia aparentando tranquilizarse, porque a su pesar la noticia la había turbado ho-

rriblemente. — Debe de ser una aventura, no un noviazgo.

—Parece que no — observó doña Belén enfocándola con sus ojillos penetrantes.

—¿Pero es alguna muchacha de sociedad?

—Es curioso que no sepas nada y que todo te lo deba contar yo.

—Porque debe de ser una invención. Ese hombre no puede declarársele a ninguna... con buen fin—dijo agriamente Julia.

—Será de medio pelo.

—Peor entonces. Con las de esa clase sí que tiene arranque; pero no va muy lejos. Todo termina en intriga de color subido.

—Parece que lo conoces bien.

—¡Quién no lo conoce!

—Pues sea lo que fuere, yo compro el regalo; no quiero que me tome desprevenida. La noticia circula y algo habrá de cierto.

Julia no concluyó el almuerzo. Al segundo plato se levantó, dejando sola a su tía, que se alejó también de la mesa para sentarse en un sillón.

—¡Tráigame a Jolgorio!

Uno de los criados salió y al rato vino un mucamo especial con delantal verde, trayendo en los brazos un perrillo lanudo, blanquísimo, envuelto en una manta de felpa, calzado con minúsculas botitas amarillas, y llevando un collar lleno de dijes contra la «jettatura» y otros males. La vestimenta del can debía de valer mucho más que la de una docena de niños pobres.

Depositaron a Jolgorio en las faldas de su ama, y ésta empezó a darle bizcochitos ensopados en Oporto. Cuando se cansó de la tarea volvió a pensar en su sobrina.

—¡Qué mosca se le habrá entrado en la nariz! ¿Estará celosa? Porque también de ella dijeron que andaba de novia con Jorge; pero no era verdad, por lo visto: ella misma lo negaba.

Vivía con Julia hacía bastantes años, y sentíase apegada a ella; pero no la preocupaban mayormente sus andan-

zas, y no había manera de que llegasen a sus oídos los chismes que se tejían alrededor de Julieta Abismo.

Depositó a Jolgorio sobre la alfombra, y se puso a mirar sus cabriolas y a reírse viéndole roer con sus dientecitos afilados las patas de los sillones; y se adormiló, después de echarse al coleto una copita de un cognac muy bueno que trajera de Francia uno de sus sobrinos.

Entretanto, Julia escribía unas líneas en su cuarto. Cuando terminó se tocó precipitadamente con un sombrero sencillo y un traje obscuro, y salió a la calle.

Doña Belén se espabiló al ruido del ascensor que bajaba.

—Pues es la niña Julia que se marcha,—dijo uno de los gallegos; y ella, apurando otra copita, volvió a amodorrarse.

Medio en sueños ocurriósele que la misteriosa novia de Jorge Paz Morera podía ser su sobrina.

Pero no era ella, no. Jorge Paz Morera, tímido con otras, sentíase bastante animoso para declararse a Julieta Abismo, por lo mismo que no hubiera sido su corazón el que hablaba. Y así empezó a festejarla.

Su belleza, su fortuna, su audacia, causábanle un vértigo que le disgregaba todo buen propósito y le nublaba el criterio. Lejos de ella experimentaba el alivio de haber escapado de un riesgo.

Julia también sabía que no era ella la misteriosa novia.

Con su andar desenvuelto y elegante llegó hasta una oficina de correos cercana a su casa, y copió en una fórmula de telegrama urbano las cuatro líneas que hilvanara en su cuarto.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar este despacho?

—Media hora, señorita.

Eran las dos de la tarde; la hora en que el público de buena fe creía, por lo que propalaban los diarios, que Jorge Paz Morera estaba sobre el yunque puliendo y refinando su famosa Epopeya del Cóndor.

Julia Noel sonrió pensando en el tal libro, porque ella sospechaba lo que hacía en su «garçonniére» a tales ho-

ras su amigo Jorge. Demasiado inteligente y perspicaz, podía decir todo lo que cabía en el espíritu y en el corazón de aquel hombre vano y perezoso.

Pero tal como era lo quería para ella, exclusivamente, y por ganarlo estaba resuelta a jugar su nombre y su fortuna.

¡Su nombre! A los veinticinco años, y en plena hermosura, parecía destinada a algún aventurero que sólo persiguiese su fortuna.

Sabiendo que así pensaban muchos, su soberbia, se exasperaba, y a toda costa quería evitar que se cumpliera el abominable destino.

Con disimulo fué conquistando la voluntad y el afecto de Jorge Paz, y ahora, al sospechar que podía perderlo, se rebelaba y se enardecía.

Porque la noticia de doña Belén debía de tener algún fundamento. Su instinto descubría en los modales de Jorge la influencia perturbadora de la novia misteriosa de quien se hablaba ya.

¿Quién podría ser? ¿Por qué nadie sabía su nombre? ¿No era, pues, de su clase y se avergonzaba de mostrarla? ¿O no era todo sino una de sus vulgares aventuras?

Le telegrafió citándolo para esa tarde en una confitería, donde tomarían el te y hablarían con libertad.

Regresó a su casa; ya doña Belén se había marchado. Se encerró en su cuarto, anunciando a sus criados que no recibiría a nadie, y aguardó la hora con angustia.

Las visiones de la noche anterior le parecían infinitamente lejanas como una pesadilla.

Vinieron a decirle que su automóvil aguardaba a la puerta, y lo hizo despedir, sólo por no ver la cara socarrona de su chofer.

Cerca de las cuatro salió y llegó puntualmente al lugar de la cita; pero él no estaba. Lo aguardó larguísimo rato; sentía arderle la cara de vergüenza.

No existía en Buenos Aires un solo hombre capaz de faltarle de ese modo. Sólo aquél, que ni siquiera tenía voluntad para resistirla, cuando se hallaba a su lado. ¿En qué, pues, se hacía fuerte?

¡Qué ceguedad la de él! ¿Cómo no comprendía que ella había de acosarlo, igual que una tentación, y había de rendirlo y de vengarse?

Cuando se convenció de que era inútil esperarlo, bebió sola su te y se fué a casa de Cristina, donde solía encontrarlo, personaje silencioso y decorativo de la tertulia del doctor Vieytes.

Pero no iba en su busca. Llamó a Cristina, y a solas le habló claro, segura de que la mujer de Vieytes, que temía los ojos sabios de Julieta Abismo, no podría negarse a lo que iba a pedirle.

—Jorge es mi novio y necesito verme con él, mañana en tu fiesta.

—Es una comida de familia, simplemente; media docena de personas indicadas por mamá.

—Lo sabía; pero no tengo más remedio que insistir, empeñándome con toda el alma. Invítame e invítalo.

Mentalmente recorrió Cristina las consecuencias que aquéllo podría acarrearle. Pero encontró que para sus propios fines le convenía que asistieran algunos convidados más, no muchos, pues su madre no habría querido, y contestó:

—Te invito, pues, y te pido invites en mi nombre a tu tía. Hoy haré lo mismo con él. Pero no sabía que fuera tu novio. Hasta he oído...

Julia la interrumpió:

—Yo también he oído, y por eso me empeño en hallarle. Quiero saber la verdad. ¿Qué te han contado?

—No te aflijas; son novedades que algunos traen al cónclave de Augusto.

Cristina denominaba así a la reunión de los admiradores de su marido, y no tenía mucha confianza en las versiones que salían de ella.

Sin embargo, agregó como hablando consigo misma:

—Lo cierto es que las maneras de Jorge han cambiado mucho. Y son varios los que aseguran haberle visto bien acompañado.

—¿Pero cómo pueden saber con qué fines se acompaña así?—preguntó cínicamente Julia.

—Hija, yo no sé más de esto.

—¿Pero el nombre de esa mujer?

—¡Cómo te muerden los celos, criatura! Yo no sé más de lo que te digo.

Julia clavó en Cristina el rayo verde de sus pupilas afiebradas.

—¿Por qué han de engañarme siempre?—interrogó con dolor.

—¿Quién te ha engañado?

—¡Todos! Ser novio mío era *chic,* y durante años la muchachada porteña se ha batido por mí. Pero romper conmigo era un triunfo, y todos, unos después de otros, han ido plantándome cobardemente, como si después de enamorarse fuera una vergüenza casarse conmigo.

Tenía lágrimas en los ojos, de orgullo y de dolor.

Añadió en voz baja:

—Mañana hablaré con Jorge.

—¿Qué le vas a decir, Julia?—preguntó Cristina temerosa de un escándalo en su casa.

—No tengas miedo; hablará él más que yo; me dará explicaciones y haremos la paz.

Salió tranquila, segura de triunfar en el espíritu de aquel hombre sobre la novia desconocida, que nunca tendría los medios de seducción de ella.

Ignoraba su nombre, más su imaginación descubríala tal como era, recordando aquella jovencita vestida de blanco que en el rosedal pasó cerca de ellos mirándolos.

—«¡Cómo lo mira la pebeta!», le había dicho ella, y él no respondió, no queriendo negarla, porque su aparición en aquel sitio, dentro del marco maravilloso de los rosales en flor, le conmovió dulcemente.

«¡Si fuera aquélla!», pensó recogiendo sus impresiones; y la odió con toda su alma.

Y de ese modo empezó la lucha entre Salomé Jairo y Julia Noel.

X

¡Si él fuera ministro!

—¡Más majo que una maja de Goya! — exclamaba Gatín, golpeando con alborozo sus manos pálidas, huesudas, con uñas abolilladas, lo que daba a los dedos el aspecto de palillos de tambor.

Y Juanito Gatín, sentado al borde de la cama siempre revuelta y sucia, sonreía con esa trágica sonrisa de los niños enfermos.

—La señorita Salomé te llevará entonces al zoológico, con este traje tan mono que te ha regalado, y cabalgarás en el camello, y le echarás un mendruguillo al elefante, y le harás una morisqueta al león, y te burlarás del trasero pelado del gorila, y en una confitería te sorberás un azucarillo helado con una pajuela.

El niño volvió a sonreír; tenía fiebre, y la idea de beber algo frío era lo que más le seducía en el fantástico programa que Blas elaboraba para cuando estuviera sano.

—¡Agua! — clamó cerrando los ojos y hundiendo la cabecita en el cojín que le servía de almohada.

Blas corrió hacia la jarra, no hallando más que una borra en el plan. Buscó el cantarillo y supo que se había roto. Salió entonces al corredor a pedir a los vecinos un vaso de agua para su enfermito.

El día antes había venido Salomé a visitarlo con Antonieta, que traía un paquete de ropitas usadas por los pequeños Jairo, y algunos juguetes desechados por ellos.

La visita de Antonieta, que lo adoraba; el trajecito que le pareció esplendoroso; los juguetes y los cariños de la

joven, lo mejoraron tanto ese día que pudieron levantarlo y dejarle ver la calle, bañada de sol y llena de chicuelos alegres.

Fué un día bueno, y Blas Gatín, al regresar de sus labores, lo halló tan alegre que lo creyó definitivamente salvado.

Pero a la mañana siguiente, su mujer, que salía para la fábrica de tabacos donde trabajaba, le dijo:

—El niño está malo nuevamente.

Gatín saltó de la cama y corrió a poner la mano sobre la frente del enfermito.

—Está malo de verdad,—murmuró entristecido.—Oye, Lola, tú que sales puedes llegar hasta la Asistencia Pública y pedir un médico.

Ella, desganada, hizo un gesto. No dijo como otras veces «déjalo que se muera; mejor para él»; pero en su cara se pintó el mismo pensamiento desesperado.

Gatín sintió una ráfaga de cólera contra aquella impiedad. La miró de hito en hito.

—¿A qué hora viniste ayer de la fábrica?

—¡Anda!—contestó ella tranquilamente.—A mediodía no vine, sólo a la noche. No pude pillar el tranvía y me quedé a almorzar en el centro... ¿Te lo dijo el pequeño?

—¡Quiá! no fué el pequeño, que apenas te mira... Dí, ¿no pensaste en él, que podía morirse de sed, sin amparo alguno?

—¿No están allí las vecinas? ¿Cuántas veces lo han atendido?

—Eso digo yo; lo que es por tí...

No concluyó la frase; Lola dió media vuelta y salió, y él se quedó escuchando el rumor de sus pasos que se alejaban.

¡Cómo se reirían las gentes de él, viéndolo a la par de tan magnífica hembra!

—¡Cristo!—rugió cerrando los puños,—puede que no sea cierto lo que piensen, pero que llegarán a pensarlo...

Se quedó meditabundo, seca y amargada la boca. Su

vida era una maldición, no había que darle vuelta. El era para ella como si no existiese. ¿Pero qué le importaba eso? ¡Todo lo perdonaría, todo; hasta la más abominable deslealtad en su contra, con tal de que no abandonara a su hermanito!

Se roía los puños, sentado en la silla, medio desnudo, con los pies trabados en los barrotes, encogido, como si achicándose ofreciera menos presa al turbión de la vida, cruel con los suyos. Desde que vino de su tierra nada sabía de su padre, aquel hombre por quien llevaban luto, aunque estaba vivo. ¿Qué era de él? Había escrito al presidio, pero tardaba la respuesta. Después de todo no era gran cosa que se perdieran sus cartas, que sólo podían transmitir al presidiario quejas y lamentaciones, como sus respuestas no podían traer sino motivos de desesperación.

El, Blas Gatín, miserable y ridículo, en un día había sido consagrado padre y madre en su casa, y sobre él pesaba ahora el porvenir de sus hermanitos. ¡Pobres de ellos si no hallaban, rodando por el mundo, amparo más eficaz!

De cuando en cuando, desde su silla, echaba una ansiosa mirada sobre el niño dormido, cuya respiración era tan precipitada que vibraban las aletas de la nariz, moradas de fatiga.

Después de todo, quizás tenía razón su mujer, y no era impiedad sino misericordia el desearle que se durmiera para siempre.

¿Qué le aguardaba en la vida? ¿Lo que a él acaso?

Incorporóse violentamente, como un resorte que se distiende, y empezó a zanquear por la desnuda habitación.

Encontró arrinconadas las ropas que trajera Salomé, y con ternura las recogió y se puso a acomodarlas a los pies de la cama, junto con los juguetes, para que fuera lo primero que viese el niño al abrir los ojos.

Tal afán iluminó su rostro con una sonrisa maternal. Luego comenzó a vestirse. Tenía que hacer un reportaje

al doctor Vieytes, el probable ministro del futuro presidente.

La noticia de esa candidatura debió haberla dado «El Porvenir», el día anterior; pero la mala pata con que andaba Gatín, le hizo olvidarla. Ya no sería primicia, pues un diario de la mañana que él recibía gratis, como periodista, traía un sueltecillo al respecto.

Imaginábase Gatín el resentimiento que le guardaría el doctor Jairo por esa falla, habiéndole encargado con tantas instancias que no dejara de dar la noticia, para preparar con ella un reportaje amable, que había de congraciarlo con el eminente ciudadano.

Ahora se aprestaba a no fracasar en lo del reportaje. Era ése un plato frecuente en «El Porvenir», ideado por Jairo para reforzar un tanto los emolumentos de Gatín, a quien confiaba generalmente las entrevistas con los grandes hombres adinerados y rumbosos.

El triste Gatín, mientras hacía hablar a su personaje, le tomaba un croquis a lápiz, para cuya tarea tenía buena mano, con el pretexto de ilustrar el artículo. Al terminar le obsequiaba con una copia, declarándole su pobreza y confesando que sus dibujos le proporcionaban algunas parvedades.

El reporteado, seducido por las excelentes cosas que «El Porvenir» contaría de él, metía mano a la faltriquera y daba algunos pesos, que el famélico periodista embolsaba haciendo reverencias.

—Mire usted, a mí nadie me pone albarda; pero en lo tocante a pobre y humilde, qué quiere que le diga...

Por ser el doctor Vieytes uno de los riñones bien forrados de Buenos Aires, Gatín esperaba realizar en el día una proficua jornada, haciéndole decir maravillas y sacándole un croquis muy «super». Y Gatín se besaba la punta de los dedos.

Puso todo el esmero que se le alcanzaba en su tocado: se afeitó la barba de seis días; se lavoteó con más abundancia de agua que de costumbre; se aliñó la tupida cabellera, que tan buenos servicios le prestara en España, cuando ejercía el socialismo; y se enfundó en un terno

invernizo, obsequio del doctor Jairo, y que su Lola adaptara a sus carnes, y viendo al niño despierto ya, se puso a palmotear alegremente.

—Juanín de mi alma: salgo ahora, y en un periquete me tienes de vuelta, con un señorón que sabe más que Merlín, y te curará en menos que rezaba un bendito la abuela chocha... ¿Te acuerdas de la abuela?

—¡Agua!—clamó el chicuelo.

Bebió con avidez y volvió hacia la muralla la carita sellada ya por la seriedad de la muerte.

Blas Gatín, creyéndolo dormido, se retiró de puntillas, rogó a las vecinas que le dieran un vistazo mientras él andaba fuera, y bajó a saltos a la calle.

En la esquina de esa cuadra encontró un viejo que tocaba el organillo. Parecía muy pobre, y en el fondo de sus claros ojos se advertía una gran pesadumbre.

—¡Venga usted!—gritóle Gatín alborozado, recordando que su niño tenía pasión por los organitos.—¡Toque, toque!, está dormido, pero lo oirá y soñará cosas alegres.

El viejo empezó a tocar, y el periodista, desde la otra acera del frente, con el alma en los ojos, miró a su ventana.

—¡Soñará con la madre!—pensó.—¡Ah! ¡allí está!

Al oír la música el chicuelo había saltado de la cama, y estaba allí, mirando a la calle, y al viejo del organito, y a los niños que le hacían corro, y a su hermano que manoteaba gritándole:

—Cúbrete bien, Juanito; no atrapes un frío.

La voz asmática de Gatín no llegaba hasta el niño, pero él adivinó lo que le decía, se arrebujó en su colcha y siguió mirando, iluminado el semblante por una alegría.

—¡Mire usted, abuelo! cómo cambia de cara oyéndole.

El viejo miró a la ventana. ¡Ay! cuánto se parecía aquel chicuelo a su nieto que hasta pocos días antes fuera un rayo de luz en su vida obscura de mendigo. ¡Ya había muerto, bendito sea Dios!

Blas Gatín sacó una porción de monedas de níquel,

toda su fortuna, sin duda el precio de su comida en un fondín del centro.

—¡Tome, abuelo! y toque hasta que él se canse de oírle, y vuelva mañana, y todos los días; y si yo no estoy, como halle abierta esa ventana, toque por amor de Dios.

El organillero siguió tocando y el periodista escapó tirando besos hacia la ventana donde se divisaba la dolorosa figura de su hermanito.

Desde un almacén, al paso, habló por teléfono pidiendo el médico de la Asistencia Pública; y cerca de las once, hora buena para entrevistar al doctor Vieytes, acomodó la apostura y encaminándose a la casa del candidato buscó en todos sus bolsillos una tarjeta donde abajo de su nombre propio se anunciaba su profesión «periodista», y en otra línea, «Secretario de redacción de «El Porvenir».

Halló una un tantico rosobada, pero la adecentó refregándola con un migajón de pan, que sacó del bolsillo, y así la entregó al engestado portero que le salió al encuentro.

Esa mañana el doctor Vieytes despertó más temprano que de costumbre, desasosegado por los rumores que en la tarde anterior le trajeran sus amigos sobre su probable ministerio.

El primero en hablarle de eso fué don Octaviano Piña, que sin decirle cómo, le aseguró tener de muy buena fuente la nueva, y hasta se escandalizó de que aparentase ignorarla.

Después sus contertulios, según fueron llegando, confesaron haber pispado algo de eso, quien en el Club, quien en el Círculo de Armas, quien en antesalas del Congreso...

Y en fin de cuentas, ¿por qué no? ¿Acaso no era tiempo de renovar los factores de la política argentina?; ¿quién más adecuado que él?; ¿no era un equidistante?

—Si yo fuera ministro... — comenzó a pensar el distinguido ciudadano; pero la vista de sus dientes postizos en el fondo del vaso, sobre el velador, le recordó que

por una inexplicable fatalidad, las emociones de todas sus candidaturas habían repercutido sobre su dentadura, y cada ministerio, o diputación, o plenipotencia que se cernió sobre él, costóle un diente o una muela.

Allí en el fondo del vaso estaban engarzadas en oro sus ilusiones políticas, desde los tiempos de la «abstención activa» de Mitre, hasta los del «plebiscito» radical.

En su dormitorio, alegre y alhajado como el de una dama, dormía solo, porque Cristina tenía sus veleidades y así lo había dispuesto hacía cinco años; pero eso no le disgustaba, pues disponía de más libertad para sus abluciones y sus afeites.

Hizo unos buches de agua perfumada, y tocó el timbre, y apareció su mucamo con los diarios de la mañana, y el recado de cebarle mate, para aderezarle unos cimarrones mientras él se enteraba de las novedades.

Se puso los lentes y desplegó una hoja que olía a tinta fresca.

A esa hora y en la cama, el Dr. Vieytes no parecía tan eminente como aseguraban sus amigos que era, razón por la cual no se dejaba ver de ojo humano hasta que los artificios del tocador reparaban su gallardía y su majestad.

Cuando salía del dormitorio fresco rasurado como un estadista norteamericano, entonces sí que valía la pena verle.

El fámulo alcanzóle el primer mate, pero no llegó él a arrimar la bombilla a sus labios, cuando alzó el brazo y agitó como una bandera triunfal el diario que leía.

—¡Aquí está—exclamó golpeándolo con el dedo.

El sirviente corrió sobresaltado a ver qué era, y el doctor Vieytes le echó encima su más amistosa mirada, y luego, sintiendo el gran hombre la necesidad de confiar a un camarada cualquiera la emoción que desbordaba en su pecho, le dijo reposadamente:

—No es nada; estos periodistas son el diablo: todo lo adivinan.

El sirviente se inclinó asintiendo con la mayor gravedad.

—Aquí tienes este diario que anuncia que yo voy a ser ministro.

—¡Oh!

El doctor Vieytes, gozándose en la admiración de su criado, empezó a chupar el mate. Durante un rato luchó bravamente con la comezón de comunicar a otro su alegría; pero triunfó su habitual discreción, aquella reserva que lo hacía aparecer más eminente mientras más callado.

Al cabo de un minuto devolvió el mate.

—Tiene demasiado azúcar,—dijo.

—Debe de ser la boca del señor — se permitió observar el mucamo con una ligera sonrisa irónica;—no le he echado ni un terrón.

—Sí,—contestó con fina aquiescencia el candidato,—debe de ser mi boca.

Se levantó luego, con una agilidad extraña, animado como en sus mejores tiempos, como cuando era radical el 93 y tenía que ir a casa de Alem a recibir confidencias contra Roca, o, mejor aún, como cuando era roquista el 97, después de la muerte de Alem, y tenía que ir a lo del general a hablar mal de los radicales.

¡Qué tiempos y qué hombres aquéllos! Ya no había partidos; ya todo estaba en crisis, y los grandes espíritus, recluídos en su casa.

El primero en llegar, de sus contertulios, fué el doctor Filandro Trejo, uno de los cerebros más independientes y uno de los hombres peor vestidos de Buenos Aires.

Y ese era el fuerte de aquel personaje retacón y fornido: no saber nunca lo que usaban los elegantes afeminados que obedecían a la moda.

Esta mañana llegó enfundado en un austero jaquet gris de faldones cortos, con sus anchos pies calzados de recios botines amarillos, y los fuertes cabellos blanquecinos duramente cepillados hacia atrás y apenas domados por una pesada galera marrón de copa cuadrada.

Signo de la pujanza de su temperamento eran los pelos que le salían por todas partes, sobre el dorso de las manos, por las orejas, por los cañones de las narices, hasta por los ojos.

Y tal como aparecía tal era: militante, ardoroso, infatigable de palabra y de obra, pero más de palabra, porque desde los tiempos lejanos, el año 75, en que asombró a Buenos Aires, empuñando una tea para incendiar el Colegio del Salvador, en homenaje a la libertad de pensamiento, no había vuelto a acometer mayores empresas.

Ese incendio y las frescas que le soltó a Goyena siendo muy joven, al salir de una sesión de la cámara, eran los episodios más destacados de su vida gloriosamente dedicada a imponer su credo liberal a sus connacionales.

No ejercía su profesión de abogado, pero la renta de unas casitas heredadas permitíale vivir con alguna holgura, y hasta fundar de tanto en tanto unas revistillas que cruzaban el cielo argentino como bólidos inflamados y efímeros, y compilar en folletos periódicos su áspera labor literaria.

Batallaba en la prensa y en toda clase de tribunas, desde el paraninfo del Ateneo hasta el escenario de los teatrillos de barrio, cuando representaban obras truculentas, y pedía siempre cosas fuertes, la expulsión de los jesuítas, la prohibición del celibato de los confesores; y la gente, que ya lo sabía de memoria, acogíalo con agrado, porque en el fondo, más que en la forma, no tenía nada de trágico y sí mucho de ameno.

Vivía alerta, atisbando cuanta chispa de guerra anticlerical se encendía en el virreinato del Río de la Plata, a fin de soplarla con sus poderosos pulmones, aún pasando las fronteras de la patria.

¿Que en el colegio nacional de San Juan daban calabazas a un alumno, y que él era ateo y el rector católico? Pues ya tenía asegurado un caliginoso telegrama del doctor Trejo, apabullando al rector y profetizando que antes de mucho «ceci tuera celá».

¿Que en una sociedad carnavalesca se armaba una trifulca, a propósito de desaparición de fondos, y lo echaban al tesorero, y a éste se le ocurría gritar que en la votación habían intervenido los jesuítas? Pues ya tenía la consabida adhesión del doctor Trejo, estimulándolo al martirio por la libertad de conciencia y fulminando a la

secta negra, «espada que tiene su empuñadura en Roma y su punta en toda la tierra».

Y esa tormentosa labor aparecía después en folleto.

No era, sin embargo, todo lo malo que él habría deseado, y contemporáneos suyos aseguraban que su colaboración en el incendio del Salvador y sus frescas a Goyena eran tan ciertas como los amores de Orlando el Furioso, al igual de unos discursos que aseguraba haber pronunciado en la cámara cuando fué diputado, y de los que no había mención en el diario de sesiones.

Su relación con el doctor Vieytes, tan conservador por hábito y por ideas, databa de muchos años atrás, y ella era exponente de la ecuanimidad de aquel gran ciudadano que convivía cómodamente con todos sus admiradores, por distintas que fuesen sus convicciones religiosas.

Pero en varias ocasiones, durante su larga amistad, tuvo la fortaleza de definir su credo, con un reposo y una unción que el doctor Trejo halló agradable como una infusión de manzanilla azucarada.

—La religión es un freno poderoso para el populacho. Un pueblo que no cree en Dios no se gobierna, decía Napoleón, se cañonea. Yo mismo, que estoy lejos de toda vulgaridad, soy católico, sincero, pero independiente. Es claro que mi religión no puede ser igual a la de mi criado. Tenemos diversos modos de concebir las verdades religiosas, esto es los símbolos superiores. Yo poseo además, la religión del honor, que él desconoce.

De esa manera, con algunos sabios apotegmas, el doctor Vieytes hizo su profesión de fe.

Dios, su Dios, aquel Dios que no podía considerarlo a él con las mismas obligaciones que a su fámulo, quedó indudablemente muy complacido de tan valiosa adhesión.

El doctor Trejo se metió de rondón en el escritorio, agitando el diario en que acababa de leer la noticia del ministerio.

Cegatón, con los ojos saltones como los de los enfermos de bocio, de color azul claro y estriados de sangre, hablaba con vehemencia, la voz enronquecida, encarán-

dose con su interlocutor, y ensartando los más intrépidos lugares comunes.

Tenía siempre a mano dos pares de lentes; unos, los de mirar de lejos, amarrados con una cadenita a la oreja; los de leer, listos para sustituirlos en cuanto quisiera echar una ojeada sobre una letra o sobre una figura.

—¡Has visto, Augusto! — voceó al advertir en el salón la presencia de su admirable amigo — ¡aquí está!

—He visto, Filandro,—respondió con elegantísima displicencia el interpelado.

—¿Y qué me dices?

Entró en ese momento don Octaviano Piña, y luego el coronel Rodríguez, muy erguido éste y desdeñoso de las confidencias que aquél le hacía, marchando a su lado, con su trotecito vivaracho y menudo.

—¿También ustedes han leído la noticia?—preguntóles el doctor Trejo.

Don Octaviano se le arrimó, y en voz baja, impregnada de respeto por la presencia del candidato, quiso conocer su opinión.

—¿Y «él» qué piensa? ¿Qué le ha dicho de ésto?

El doctor Trejo, que miraba el diario, se quitó los anteojos de leer y se puso los otros, que el coronel Rodríguez llamaba «los anteojos de hablar».

—¿Qué dice «él»?

—Sí, «él» ¿qué dice?

—Pues «él»...

En ese instante penetró como un airecillo colado, mirando al sesgo, el señor Alconada, el más ferviente de los devotos del doctor Vieytes, el más humilde también.

Maduro, dulce, pálido, con gafas azules por la ternura de sus ojos entornados, como para que no se viera dónde miraba, vestido de negro, como si cada día se le muriese algún pariente, oliendo a papel sellado, el señor Alconada era hombre servicial y noticioso, que vivía husmeando en los vericuetos de los tribunales, y que no hablaba hasta que hallaba ocasión de soltar una de esas noticias, que hacen exclamar ¡ah! al que las oye desprevenido.

—¡Aquí está el señor Alconada! — dijo Octaviano,

admirador de aquel hombrecillo que sabía siempre más cosas que él.

El señor Alconada había sido comerciante, pero quebró, y con motivo del juicio de quiebra frecuentó la casa de justicia, y tal gusto le tomó a las triquiñuelas del oficio, que allí se quedó rondando de procurador, hasta que el doctor Vieytes le confió su representación y lo sacó a la luz, otorgándole una extraña confianza.

Alconada permaneció quietecito, esperando que todos callaran, para decir sus cosas; mas cuando el silencio estuvo a punto y los oídos se aguzaban, entró una nueva oleada de contertulios, regocijados y parleros, comentando la noticia del día.

—¿Han visto?

—¿Han leído?

—¿No les dije ayer?

—¡Esto va de veras!

—¿Y «él» qué dice?

—¿Qué dice «él»?

—¡«El»...!

Cada vez que el doctor Trejo se calaba los anteojos de hablar para exponer que «él» todavía no había dicho nada, ocurría algo, cualquier cosa, que en esos momentos de nerviosidad polarizaba en otro sentido la atención general. Y el doctor Trejo apretaba los puños, se quitaba las gafas, listo para calarse las otras, y desplegaba su diario.

El doctor Vieytes, situado en un ángulo del escritorio, escuchaba los secretos del coronel Rodríguez.

Si por acaso oíase una brizna de la voz del candidato, callaban todos, disponiéndose a escuchar lo que dijera, cualquiera cosa, y las miradas fervientes caían sobre aquella magna figura política del país, que de un momento a otro iba a comenzar a actuar en primera fila.

Sus amigos que hacía varios lustros venían repitiendo aquella frase preñada de sentido trascendental y misterioso, «si él fuera gobernador», «si él fuera ministro», «si él fuera senador»; sus amigos, que en la reciente campaña presidencial, murmuraban a los oídos de los radicales,

«¿por qué no piensan en él?» y a los oídos de los conservadores, «si él fuera el candidato de ustedes, se produciría la unión de las fuerzas conservadoras», esa mañana introdujeron una pequeña variante en su santo y seña, que resultó así: «cuando él sea ministro»...

Oyóse la voz grave y llena del doctor Vieytes, que declaraba al coronel...

—Si yo fuera ministro...

Todas las miradas, se posaron en su frente amplia y noble, y tersa, tan tersa que uno podía caminar un año entero por encima de ella sin tropezar con la arruga de un solo pensamiento.

Todos los oídos se tendieron ávidos de oír, pero el doctor Vieytes no prosiguió; hizo un gesto como diciendo: «Ya sabes tú lo que haría yo si fuera ministro», a lo que el coronel Rodríguez contestó con otro gesto que podía significar: «¡Vaya si lo sé!».

En el solemne silencio que siguió a esta mímica, volvió a resonar la voz armoniosa y profunda:

—Pero, señores, siéntense.

Don Octaviano se sentó bisbisando:

—¡Qué hombre tan seductor! ¡Me domina! Yo no tenía ganas de sentarme, porque ando con ciertas molestias, pero él me sugestiona.

Acomodó las manos charoladas y regordetas sobre el abdomen, y aguardó, como de costumbre, que otro rompiera el fuego.

El doctor Trejo se colocó los anteojos de hablar, lo cual puso inquieto al coronel Rodríguez, que tenía profunda animadversión por esos espejuelos.

—Bueno, Augusto, ¿qué nos dices? ¿te han ofrecido ya el ministerio? ¿lo has aceptado?

El doctor Vieytes no gustaba ni de las preguntas ni de las respuestas concretas. Adoraba las expresiones difusas y gelatinosas, en que caben sin esfuerzo todas las ideas, y su espíritu generalizador y abstracto se horrorizaba ante la cruda cruz de ciertas explicaciones.

Tras un momento de silencio, respondió con aire de persona resentida:

—¿Pero qué se proponen mis amigos? Porque supongo que la noticia recogida por ese diario ha salido del grupo de mis amigos.

—¿Entonces, no es verdad?—clamó Piña aterrado.

El coronel lo fulminó con una torva mirada, y el pobre hombre, perplejo, hundió en los hombros la cabeza e hizo sonar las coyunturas de sus dedos cobrizos.

—¿Qué móvil pueden perseguir mis amigos difundiendo esas versiones? Ellos saben que yo no aspiro a nada; estoy en mi casa ajeno a los ajetreos de la política, que ha amargado muchos años de mi vida. ¿Por qué no se me deja gozar de mi voluntario retiro? Nadie ignora que mil veces he declinado estos honores, porque no deseo ser objeto de malquerencia de nadie, ni estorbar ningún propósito de amigo o enemigo.

El cónclave estaba confuso. Al doctor Trejo se le inyectaron de sangre los ojos, abombados detrás de los cristales de leer. El señor Alconada sonreía, con la mirada baja, bebiendo con deleite aquel desinterés de patricio, y don Octaviano, desolado, se decía en secreto: «¡Pero entonces a éste no le han ofrecido nada! ¿Cómo, pues, me lo aseguró Cristina?»

Volvió a sonar de nuevo la voz augusta, y los oídos ansiosos recogieron estas expresiones:

—Pero así, como yo no quiero ser estorbo para nadie, no puedo constituir un obstáculo para la solución de los grandes problemas políticos del momento. Ya no hay partidos, ya no hay hombres de gobierno, y me explico que las miradas del país entero converjan sobre los pocos que quedan, voluntariamente sustraídos a los negocios públicos. Mis amigos lo saben: todo lo que soy, lo que valgo, mi influencia, mi persona, está al servicio de esa gran política de solidaridad nacional; necesitamos unirnos frente al enemigo común...

—¡Muy bien!—exclamó Piña, que rebosaba de júbilo ante la prodigiosa coincidencia de sus ideas. El coronel se puso de pie indignado por la interrupción, y el diputado entornó los ojos para no verle.

Sin precisar cuál era el enemigo común, a fin de que

cada uno tradujera la expresión conforme a su gusto, el doctor Vieytes concluyó:

—En este sentido estoy dispuesto a sacrificarme...

Una sensación de alivio circuló por la asamblea.

—¡Se sacrifica!—susurró don Octaviano—¡qué hombre, qué hombre!

—Es lo que queríamos saber—dijo el doctor Trejo, dando un puñetazo en el sillón;—pero algo más todavía, porque de eso no podíamos dudar.

—¿Qué más?—preguntó intranquilo el doctor Vieytes.

—¿Qué ministerio te han ofrecido?

El doctor Vieytes miró con ternura a sus amigos, como conjurándolos a que no le hicieran preguntas indiscretas, pero no pudo menos de contestar:

—A decir verdad... todavía no hay ofrecimiento... concreto.

Una pesadumbre inmensa cayó como un velo sobre el cónclave. Condolido el doctor Vieytes, levantó una punta de ese paño funerario.

—Pero no puede tardar el ofrecimiento... quizás hoy...

—¡Ah!

¡Qué alivio en la tensión de los corazones! Todos callaban; el doctor Vieytes, algo corrido, empezó a examinarse las uñas, deliciosamente pulidas y recortadas en forma de almendras.

Pasaron algunos minutos, y como nadie hablara, acabaron por creer que estaban allí aguardando algo que de un momento a otro tenía que suceder, como la salida del sol o el nacimiento de un niño.

Cada vez que tañía el timbre de la calle, los corazones se encabritaban dentro de los pechos, y se lanzaban luego en desenfrenada carrera. ¿Quién llamaría? ¡Si fuera el enviado del presidente electo, o el mismo presidente en persona!

Entonces sí que la reunión tomó el aspecto de un cónclave, a media luz, en inexplicable y solemne silencio, lo

que entristecía a don Octaviano y hacía tascar el freno al doctor Trejo, con sus dos pares de lentes ociosos.

De pronto la campanilla sonó prolongadamente, como si quien la tocaba no quisiera perder tiempo ante la puerta, y un escalofrío circuló por la asamblea. Entró un criado con una tarjeta, y Vieytes, al leerla, dió un bote. Todos lo imitaron, agrupándose a su alrededor.

—¡Ahí está!—exclamó Piña.

—Es el diputado Gutiérrez, — dijo emocionado el candidato, — uno de los íntimos del presidente electo.

Las arterias latían a romperse. No había allí, a Dios gracias, ningún cardíaco, porque de haberlo habría caído exánime.

El doctor Vieytes en persona salió a recibir al diputado Gutiérrez y lo condujo a la biblioteca, pues su conversación había de ser confidencial, y era menester puntualizar ciertas cuestiones antes de otorgar el asentimiento.

Los sucesos políticos habían borrado de la memoria del candidato un asunto de muy diversa índole, que le interesaba bastante.

El cónclave volvió a los confortables sillones, y se arrellenó para aguardar el desenlace.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre!—exclamaba don Octaviano.—¡Qué penetración la suya! Nos acababa de decir que hoy le harían el ofrecimiento, y hélo ahí.

—Lo que siento,—dijo con rabia el doctor Trejo,—es que se va a lucir a su costa el futuro presidente.

Ya comenzaba a parecerles que daban muy barato a su gran hombre. No uno, sino los ocho ministerios, debía el presidente poner en sus manos, para que Vieytes los llenara a su antojo, con tal de que aceptara uno.

Callaron todos porque vieron que el señor Alconada abría la boca, disponiéndose a hablar.

—Hoy estuve con él,—murmuró suavemente.

—¿Con quién?

—Con el futuro presidente.

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Pero hombre!—trinó el coronel Rodríguez—¿ahora sale con ésa? ¿Cómo no lo dijo antes?

El señor Alconada no se atrevió a explicar que en presencia del doctor Vieytes no se acordaba de nada, ni tenía ojos ni oídos más que para verle y oírle, ni boca sino para asentir a lo que él dijera.

—¿En dónde estuvo?—interrogó con envidia don Octaviano.

—En el funeral de don Misael Luján.

—Cuente, cuente: ¿qué le dijo? ¿Le habló del doctor? ¿Le conocía usted ya?

—Sí, lo conocía por los retratos, y hoy lo ví en carne y hueso. Parece que va a todos los funerales. Se sentó a mi lado.

—¡A su lado!—exclamó Piña.

—Sí.

—¿Como a qué distancia? ¿Como de usted a mí?

—Más cerca.

—¿Más cerca todavía? ¿Y qué hacía él? ¿Rezaba?

—No, no rezaba.

—¿Qué hacía entonces? ¿Cómo es, visto de cerca? ¿Respira fuerte? ¿Suda? ¡Todo lo habrá observado usted! ¡Pero qué suerte tiene! ¡Nada menos que el futuro presidente!

—¿Y a eso le llama haber estado con él?—preguntó con fiereza el coronel Rodríguez.

El señor Alconada se sonrió y no habló más. El doctor Trejo, que estaba pensando que el doctor Vieytes lo llevaría a él de subsecretario, se puso los anteojos correspondientes y encarándose con Rodríguez, le dijo:

—¿Ha considerado usted eso?

—¿Qué?

—Pues lo que yo acabo de afirmar; que el futuro presidente se va a lucir con Augusto.

—Pues no se me había ocurrido,—contestó con fastidio el coronel.

—¡Sí, señor! Augusto es la solución de todos los problemas. Y según sea el subsecretario que lleve consigo,

puede constituir la solución aún del problema religioso. Porque la secta negra trataría de acapararlo, de hundirlo, si es que no hay a su lado quien monte la guardia, como los gansos de la antigua Roma...

—¡Qué cosas sabe este hombre!—cuchicheó maravillado don Octaviano a la oreja del señor Alconada.

—El solo nombre de Augusto es una bandera y un factor de triunfo. Hasta las suscripciones de beneficencia, amigo mío, tienen que iniciarse con su nombre, si no quieren fracasar. ¡Ay de la que olvida este requisito!

—¿No saben ustedes por qué fracasó en la Argentina el primer empréstito francés?

Hablaba el señor Valverde, personaje alto, magro, solemne, muy moreno y pálido, de ralas barbas embetunadas y largos dientes descarnados. No se le conocía profesión, pero veíasele circular por todas partes donde se husmeaban negocios, y parecía disponer de capitales. En el círculo del doctor Vieytes se le tenía por un gran financista.

—Ese empréstito fracasó porque el doctor Vieytes no quiso suscribirse a él.

El cónclave asintió, y aun sin saber si el empréstito había fracasado o no, lamentaron la suerte de la pobre Francia, que no contó con el doctor Vieytes.

Entretanto, en la otra pieza, escuchaba éste las interesantes noticias del diputado Gutiérrez.

—¿Me dice que está en la fábrica de tabacos?

—Sí; y se llama Lola Gatín.

—¡Lola! ¡Bonito nombre! Qué mujer, amigo Gutiérrez, ¿eh?

—Es casada con el secretario de redacción de «El Porvenir».

—¡Feliz mortal!

—No tan feliz; es un pobre diablo extremadamente ridículo. A pesar de eso ella no es... fácil.

—¿No es fácil? ¡Habrá qué ver ese prodigio!

—Y he pensado en que debemos sitiarla por hambre. Lo que gana el marido no será gran cosa, ni sumado a lo que ella gana en la fábrica de tabacos. Viven en una

espantosa miseria. De modo que si a ella nosotros la dejamos cesante en la fábrica, se rendirá la plaza.

—¡Oh! nada más sencillo; hoy mismo hablaré al gerente, para que la despida sin explicaciones.

El doctor Vieytes y el doctor Gutiérrez eran fuertes accionistas de una poderosa compañía tabacalera, y formaban parte de su directorio.

El doctor Gutiérrez se restregó las manos, muy satisfecho del éxito de sus investigaciones. Era un personaje eminente, casi tanto como el doctor Vieytes. Diputado desde hacía largos años, radical desde hacía poco tiempo, constituía uno de los elementos más decorativos del círculo del futuro presidente.

Con su corbata blanca, perpetuamente blanca, como si fuera al tedeum; su barba negra, abierta en abanico; su jaquet entallado, de cuyo bolsillo asomaba la esquina de un pañuelo de seda, parecía haber nacido para formar parte de todas las comisiones oficiales en que hacen falta hombres exquisitos y educados.

El era capaz de dejar cesante a la mujer de Gatín, para «rendir la plaza», pero antes muriera que dejar con el saludo al mismo Gatín, si lo encontraba al paso.

Precisamente, una de las cosas que más dificultaban el tráfico en la calle Florida, era la inexpugnable cortesía del doctor Gutiérrez, empeñado siempre en ceder la vereda hasta a los niños y en no pasar por una puerta antes que nadie.

Hacía un mes que rodaba su nombre como el de un candidato seguro al ministerio de hacienda, y él aceptaba con deliciosas reverencias las felicitaciones de que lo colmaban sus amigos, y cada tres días depositaba en la cámara un proyecto financiero y pronunciaba un discurso rozando esos temas, para patentizar su preparación y consolidar su candidatura.

Pero la mujer de Gatín lo traía más preocupado que la economía política. La conocieron juntos él y Vieytes, una tarde, saliendo del directorio de la compañía a la misma hora que las obreras; y como los dos se quedaron igualmente embobados ante ella, ni la cortesía de Gutiérrez,

ni la ecuanimidad de Vieytes podían aceptar que uno solo hiciera la conquista. La siguieron juntos, la asediaron juntos, y resolvieron extender la confraternidad hasta comunicarse las noticias o los éxitos que lograran por separado.

—¡La unión de las fuerzas conservadoras, mi amigo,—habría exclamado don Octaviano Piña,—ya está resuelta! ¡Qué hombre prodigioso!

Así el enemigo común resultaba ser el inofensivo Gatín, que en ese mismo instante pleiteaba con el portero, a fin de lograr que entregaran al amo su tarjeta.

Combinado el plan de campaña, el impecable diputado se despidió, y el doctor Vieytes, sin haber cambiado con él una media palabra relativa al ministerio, regresó a la sala del cónclave.

Todas las miradas lo interrogaron, y él ocupó su sillón sin pestañear, absorto aún en las sabrosas visiones suscitadas por la visita.

—¡Cómo lo preocupan ya los problemas de gobierno! —dijo el señor Valverde al oído del doctor Trejo, que no resollaba, lleno de ansiedad.

Pasó un rato y los discretísimos admiradores del gran hombre llegaron a colegir que era un secreto de estado lo debatido con el mensajero del futuro presidente. Con seguridad había surgido alguna desinteligencia que le obligaba a reservar las negociaciones hasta que todo se arreglara. Muy probablemente se exigía de él una profesión de radicalismo, a lo que él se habría negado, como era natural. O quizás hubiese puesto alguna objeción respecto a la cartera ofrecida.

Todas estas conjeturas se resolvieron en los cerebros de los amigos, pero el candidato no pronunció ni una palabra por la que ellos pudieran siquiera columbrar el problema de gobierno ventilado con el doctor Gutiérrez.

Don Octaviano se estiró hasta la pálida oreja del señor Alconada y le susurró:

—¡Este hombre es la discreción misma!

Entró el criado con la pecadora tarjeta de Gatín. Los dedos pulcros del doctor Vieytes la cogieron con algún

recelo. Mas no bien leyó el nombre cuando corrió a la biblioteca lleno de emoción.

Sus amigos quedaron estupefactos.

—¿Quién será?

—Mucho me temo—observó sordamente el doctor Trejo—que la secta negra haya empezado a maniobrar. Apostaría a que este visitante es algún enviado de los jesuítas.

—Y perdería la apuesta—le contestó el coronel Rodríguez secamente, metiéndole por las narices la tarjeta de Gatín, que había quedado arriba de la mesa:—es un periodista...

El doctor Trejo se caló las gafas de leer.

—Es verdad. Pero no debemos dormirnos. Nuestra responsabilidad es muy grande. Los amigos de Augusto debemos velar a su lado como los gansos del Capitolio, para impedir que la secta negra lo acapare. Como un solo hombre lucharemos contra toda imposición de esa parte.

El coronel Rodríguez se paseaba furioso, porque estaba en un estado de ánimo en que toda tontería lo indignaba, rezongando entre dientes:

—¡Tilingo! ¡Triple tilingo! ¡La secta negra! ¡La secta negra! Y nos vamos a quedar sin saber una papa del famoso ministerio. Me entro a ver a Cristina, que es más interesante que estos gansos del Capitolio.

Se entró en efecto, autorizado por una larga amistad con la dueña de casa, a inquirir qué le iban a dar de comer ese día y a hablarle de lo que hacía veinte años le llenaba el corazón.

Al pasar frente a la puerta de la biblioteca alcanzó a ver a Vieytes escondiendo un libro que estaba sobre la mesa y disponiendo otro abierto, sobre el atril del sillón en que se sentó majestuosamente a tiempo que llegaba Gatín.

Era el primero un tomo de «Los Tres Mosqueteros», que en esa ocasión fué sustituído por un sustancioso volumen de Leroy Beaulieu.

Por cuyo motivo el reportaje que esa tarde apareció

en «El Porvenir» comenzaba de esta suerte: «Hallamos al eminente hombre público engolfado en el estudio de la repartición de la riqueza en las sociedades modernas».

Lo que no expresaba el reportaje era que el croquis a lápiz de Gatín fué compensado con un billete de cien pesos, y que el candidato, sin darse cuenta del motivo, sintió desde el primer momento ternuras de pariente hacia el inocente periodista.

XI

El anillo de la gitana

El viento arroja sobre los cristales ráfagas de lluvia menuda, como puñados de arena, y se ven pasar las nubes en tumultuosas caravanas hacia el mar lejano.

Guillermo Sánchez llega a su casa, fatigado por la tarea de esa mañana. Ha ayudado en la Clínica Modelo al doctor Zara, en una de sus audaces y brillantes operaciones, realizadas con ese arte seguro y limpio que lo acreditan como uno de los más grandes cirujanos de Buenos Aires.

No obstante el cansancio, siéntese ligero y optimista, porque la ilusión canta en su alma joven y pura.

Es jueves, el día en que ha de ir a casa de María Helena, invitado por ella misma al te, y ha de asistir a la comida de cumpleaños de doña Remedios, invitado por Cristina, en una amable tarjetita que le acaba de entregar la sirvienta.

Abre las ventanas del balcón y se llena de luz el comedor donde su madre, la pobre viejita adorada, cose en la máquina, esperando que él venga a almorzar para servirle.

Su casita está en Flores, en un barrio tranquilo, cerca del subterráneo, que lo lleva al centro en contados minutos. Grandes quintas la rodean, y desde su balcón la vista se tiende por las colinas verdeantes.

Desde allí la ciudad parece un islote bajo el cielo gris. La lluvia que la aprieta en su fino cendal, achica el horizonte y no deja ver la llanura infinita.

Aparecen más rojos los tejados, más negra la tierra

de las huertas; y luego, cuando el sol asoma, algunas mansardas refulgen como si fueran de plata.

Ya todos los sauces tienen sus hojitas nuevas, tan tiernas que todavía el viento no arranca rumores de sus copas translúcidas, y sólo se le oye zumbar en la fronda de unos eucaliptus altos y tétricos que cortan la calle.

Guillermo Sánchez no acierta a separarse del balcón, pues el paisaje mudo tiene para su corazón palabras profundas que él oye en silencio.

Los ojos de su madre, fijos en él, lo acribillan a interrogaciones:

«¿Estás contento, Guillermo? ¿Qué amor es el de ella que así te hace padecer? ¿Estás seguro de que ella, la frívola y orgullosa heredera de los Vieytes, cree en tí como creo yo, como cree el doctor Zara, como creen tus amigos? ¡Oh, Guillermo, que todo lo callas! ¡Tu madre es vieja, pobre y viuda, y no tiene en el mundo más cariño que el tuyo, y no te cela con nadie, y sin que pronuncies una palabra adivina tus dolores...!»

Todo eso le dicen los ojos de la madre que se resuelve y pliega su costura, y cierra la máquina y la empuja hasta un rincón, para que no estorbe, y dulcemente lo coge del brazo para traerlo a la mesa, arrancándolo a sus fantasías.

—Es más de la una, Guillermo, y hoy, jueves, tienes tu clase en la Facultad.

Ella sabe todas sus obligaciones y metodiza su vida, para que sus muchos trabajos no le arruinen la salud.

—Sí, mamá,—dice él cerrando el balcón y sentándose a la mesa.

—Anoche te acostaste tarde... ¿por qué?

—Fuí al teatro.

Los ojos de la madre formulan una pregunta, que él, adivinándola, contesta así:

—Fuí al palco de los Vieytes, invitado por Cristina... Sí, mamá, estaba María Helena. Si la hubieras visto no pensarías lo que piensas de ella.

—Ya sé que es muy bonita.

—Pero la crees frívola y orgullosa.

—¿No lo es? Yo, en verdad, no puedo juzgarla, porque no la conozco sino por lo que tú me cuentas, que es bien poco, o por lo que adivino al verte, que es algo más.

Ante el dulce reproche, él se avergüenza. Es tal como la madre lo dice: vive escondiéndose de ella, temeroso de sus consejos, que contrarían su pasión; y cuando algo le cuenta, más es para desviar el juicio de la anciana que para aclararlo. Y ella lo sabe.

—¿Ve este anillo, mamá?

—¿Te has comprometido?

—No, mamá; pero este anillo es de María Helena.

—¿Te lo dió ella?

En los ojos de la anciana se enciende una alegría, porque tal obsequio es prueba de amor.

—No, mamá; verás lo que ocurrió. Vale más que si ella me lo hubiera dado.

—Cuéntame, hijo.

La sirvienta, la única sirvienta de la casa, entra y levanta los platos, casi intactos, porque ni la madre ni el hijo han tomado más que una cucharada de la sopa humeante y sabrosa de las casas pobres. Ambos están absortos en el relato.

—Anoche garuaba, y cuando salimos del teatro hacía frío, un frío intenso, impropio de la estación. Yo acompañaba a María Helena. En el antepalco me enseñó este anillo. «Algún día se lo daré», me dijo. «¿Por qué no ahora?», le pregunté. «Porque no es tiempo todavía. Este anillo me lo dió una gitana en Cádiz. Me aseguró que si yo lo daba a un hombre, me casaría con él antes del año o me moriría», me contestó. «Razón de más para que yo se lo pida y usted me lo dé». «No es tiempo todavía», repitió. «Si usted me olvidara, y no se casara conmigo, se cumpliría la otra parte de la predicción». Esto hablamos: ¿ves, mamá?

—Sí, hijo: ahora creo.

Cerró los ojos la madre y vió como en sueños la adorable figura de María Helena, que tenía hechizado a su hijo y lo hacía sufrir con sus coqueterías de niña mimada. Ahora parecía que se enamoraba de él. ¡Dios lo qui-

siera! Después de todo, a su edad, no podía ser sino malcriada y caprichosa, y no verdaderamente mala.

—¿Pero cómo lo tienes si no te lo dió?

Guillermo prosiguió su relato:

—Yo no insistí en pedírselo, y guardó el anillo, y salimos. En la calle una ráfaga de viento la hizo refugiarse junto a una de las columnas del peristilo, mientras se arrimaba el automóvil. Un chicuelo medio desnudo, raquítico, tembloroso de frío y mojado por la llovizna, se metió entre el público que lo espantaba como a un perro, y se aproximó a nosotros, y nos tendió la mano pidiéndonos una limosna. Ella no llevaba su cartera; pero no quiso que ni su padre ni yo socorriésemos a aquel infeliz. Se sacó el anillo de la gitana. «¿Es buen augurio?», me dijo por lo bajo. «Sí», le contesté, y entonces se lo dió. Cuando llegó el auto, yo me despedí y eché a andar en busca del chico que había huído con su fortuna. Atravesé por entre el gentío, donde él se perdiera, y en la plaza lo hallé, acurrucado en un banco, admirando su tesoro. Se lo compré sin dificultad, pero dándole más de lo que él habría soñado conseguir. Así lo tengo... Mamá, ¿cree usted en las predicciones de las gitanas?

—No, hijo; ¡qué he de creer!

—Yo no creía tampoco, pero ahora...

—¿Por qué ahora más que antes?

—¿No es una extraña coincidencia que de esta manera haya conseguido el anillo que ella misma no me quiso dar?

—¡Tenía miedo de que tú la olvidaras! ¿Puede ser eso, Guillermo?

El joven se puso serio y triste, como si la confesión de aquel gran amor se arrancara con dolor y esfuerzo.

—No, mamá, eso no puede ser; y si la gitana no ha mentido, antes de un año María Helena será tu hija.

—¡Dios lo quiera!

A esa hora María Helena estaba en su cuarto, sumergida en un oleaje de cajas, de trapos multicolores, de papeles de seda y de embalaje, de piolines y cintas y canastas, y de cuanto sirve para transportar al domicilio

de los clientes las deliciosas confecciones de las modistas.

Para la nueva estación tenía que elegir dos sombreros y probarse tres vestidos; y la tarea era de tal modo grave que a las cuatro de la tarde la elección no estaba hecha, y se dispuso a salir a consultar a su modista y a algunas amigas.

—¿Te has olvidado de que ahora viene Guillermo Sánchez?—le preguntó Cristina.

María Helena se quedó pasmada. Era cierto; ella misma lo invitó y no se acordaba ya. Pero urgía resolver lo del vestido y de los sombreros, uno para estrenarlo esa noche y el otro para ponérselo a la mañana siguiente.

—Recíbelo tú, mamá, y explícale con buenas razones que no he podido aguardarlo. Esta noche nos veremos. Supongo que lo habrás invitado, ¿no?

Cristina sintió latir con fuerza su corazón. Las circunstancias parecían empeñarse en exponerla a cada paso frente a aquel hombre, sola. Esa tarde no esperaba otra visita.

No objetó nada y dejó partir a su hija.

—¿A qué hora volverás?

—Como a las siete, mamá. Con media hora tendré bastante para vestirme. Vendré peinada. ¿Qué te parece?

—Sabes que después de la comida, terminada la función del Coliseo, tendremos a los Mandrini.

—¡Ah! el Cachorro—pensó María Helena ruborizándose ligeramente.

—Cantarán algunos números. A esa hora mamá se habrá retirado y bailaremos un poco. Llegarán otros amigos y cenaremos en el jardín, si no llueve.

Cuando María Helena se fué, corrió Cristina a su tocador a dar un vistazo a su figura.

¿Podían decir los que no la conocieran que ella era la madre de aquella muchacha y no la hermana? ¿Qué luz de perenne juventud ardía en su alma, que así irradiaba en sus ojos, o qué nueva ilusión se había encendido en ella?

Satisfecha de su examen y de quedarse sola, se fué al

saloncito donde tomaba el te con sus amigas íntimas, y donde dispuso que lo sirvieran esa tarde.

Una misteriosa emoción la empalidecía; pero su hermosura esplendorosa, de rubia llena de salud, ganaba con la palidez. Sus ojos eran glaucos, ardientes y expertos, pero la preocupación, o la pena, o el amor, los dulcificaba, velándolos con una tristeza mansa y discreta.

Oyó sonar el timbre de la puerta y tembló adivinando quién venía, y cuando le anunciaron a Guillermo Sánchez, se sonrió emocionada, como si en su vida no hubiera pasado por momentos iguales.

Sintióse clara y definitivamente en contra de su hija, por quien aquel hombre entraba en su casa; y recordando que ella lo atrajo, se confesó que desde el primer día fermentaba en sus entrañas un obscuro sentimiento, del que en otra época se habría avergonzado.

Ahora no; ahora llameaba en ella la soberbia de ser lo que era, capaz de rivalizar aún con la virginal hermosura de María Helena. Había puesto el pie en esa cuesta peligrosa, y el abismo la atraía, aunque debiera hollar sus indestructibles convicciones, que se le antojaban prejuicios.

No reflexionaba, no quería ver, cerraba los ojos a toda luz, y seguía adelante, con tan sutiles pisadas que confundía a todos.

No experimentaba celos tampoco, aunque debiera llegar un día en que empezara a quemarse en ese infierno; y hasta dejó producirse los hechos, aguardando su hora con paciencia extraña en ella. Pero ya sentía que tardaba en llegar, y que había demasiada rectitud y limpieza en el espíritu de Guillermo Sánchez, que nada comprendía.

Al oír sus pasos se levantó y lo acogió con aquella admirable sencillez que le ganaba tantas simpatías.

El no pudo disimular su desencanto al no hallar a María Helena.

—Ella me invitó—dijo apesadumbrado.

Cristina repitió las razones de la niña, sin mucho calor.

—Pero esta noche se desquitará. Después de la comida bailaremos.

—Yo no sé bailar.

—Usted es una maravilla.

—Al contrario; ¿no es un defecto?

—Si no sabe bailar y no baila, no puede ser un defecto. Si le ocurriera lo que a don Octaviano, que tampoco sabe, pero baila, sí sería cosa grave.

Los ojos verdes se llenaban de luz; mas no disipaban la niebla triste que lo envolvía a él.

Algo después de las siete, cuando hacía una hora que Sánchez se había ido, apareció María Helena con dos oficialas del taller de su modista, para que dieran el último toque a su vestido.

Subió a su cuarto y se vistió con extraordinaria rapidez. Bajando luego la escalera que desembocaba en el hall, oyó los chillidos de doña Belén, que llegaba con Julia, arrastrando a Jolgorio de su cadenita de plata. Ellas la vieron y empezaron a tirarle besos en el aire.

Cristina les salió al encuentro. Nadie habría adivinado, bajo sus maneras tranquilas, la tormenta de su espíritu. Pero una imperceptible fatiga ajaba sus párpados y enfriaba su sonrisa, tan cordial siempre. Esa tarde sus palabras habían batido como un mar inquieto y pujante la roca de aquella alma tan alta que quedaba inaccesible a su bajeza.

Para sondear mejor la profundidad del amor de Sánchez por su hija, dispuso sentarse lejos de ellos, junto a su madre, que presidiría la mesa y que no la importunaría con discursos.

Así podría estudiar a aquel hombre, cuya imperturbable rectitud la desorientaba.

Su marido logró que se invitara al coronel Rodríguez, y doña Remedios, que tenía predilección por Aurelia Condesa, quiso verla en su fiesta, con su novio, el doctor Zara.

Jaime Vieytes vino ese día a saludar a su abuela, y su sitio quedó señalado junto a Indiana.

En el carruaje, famoso por su yunta de bayos, que cruzaban las calles al gran trote llenándolas de un aristocrático y arcaico rumor, fué el doctor Vieytes a traer

a su suegra y a la muchacha, feliz ésta porque podría acercarse a Jaime, ausente desde hacía un mes.

El doctor Vieytes entró conduciendo a doña Remedios, que escuchaba complacida sus graves y selectas explicaciones.

—La crisis, señora, no existe, y usted lo sabe tan bien como yo. Nuestro país, conforme dice con todo acierto el diputado Piña, es un gran país. El mal de nuestros negocios está en los bancos, que prestan dinero con excesiva liberalidad. Yo considero un honor el hecho de no haber registrado mi firma en ningún otro banco que el Británico de la América del Sur. Jamás he hecho un descuento, y si yo fuera ministro de hacienda...

Dos convidados que entraron detrás de él cortáronle la interesante disertación. Eran Luis Zara y Guillermo Sánchez.

Doña Remedios los acogió con sincero agasajo, y el doctor Vieytes extremó su discreción frente a Zara, cuyo buen juicio, por ser diputado, a él, que iba a ser ministro, le interesaba cultivar.

Zara lo felicitó por su candidatura, y él respondió con palabras medidas.

—Permítame que le agradezca y decline una felicitación prematura. Mis amigos, doctor Zara, conocen mi opinión. Nunca he aspirado a estos cargos; pero si yo fuese ministro...

Entró Jaime en el momento preciso para librarlo de un grave esfuerzo cerebral, cual habría sido el de sintetizar en un párrafo su programa de gobierno. Zara respiró con imperceptible alivio.

—Traigo una noticia—dijo Jaime mirando a éste.—Acabo de hablar con Aurelia. Pasaba en su auto, y al verme se detuvo para encargarme les hiciera saber que se retardaría algunos minutos. Llega de San Fernando retrasada, pero asegura que es capaz de vestirse en un cuarto de hora.

La viril fisonomía de Zara se iluminaba oyendo hablar de ella, y una ligera emoción se traslucía en su sonrisa.

En la alta sociedad, la noticia de ese noviazgo empe-

zaba a difundirse, y todos, menos probablemente Octaviano Piña, juzgaban admirablemente concertados ambos temperamentos.

El causaba la impresión de ser una fuerza elemental y física, por sus rasgos acentuados, el cabello vigoroso y obscuro, el fuerte bigote despuntado, la voz plena y rica, la mirada nunca divagadora y sí dedicada a las cosas concretas.

Cuando entraba a la cámara, siempre muy bien trajeado, castigándose las manos con los guantes, en un ademán nervioso y habitual, aguzaba la atención de la barra, esperanzada en oírlo cada vez, pues hablaba con una generosidad de esfuerzo que lo destacaba en el grupo de los grandes oradores, generalmente remisos para intervenir con frecuencia.

A los treinta y siete años conservaba el espíritu de los veinte, alegre y ligero. Había que verle cuando un amigo le tendía la mano, contestar el saludo, con la fisonomía aclarada como si aventase todas sus preocupaciones.

Era viudo y tenía una hija de diez años.

Aurelia Condesa le correspondía con cualidades equivalentes, que la hacían uno de los grandes partidos de Buenos Aires.

Doña Remedios había pensado en ella para su nieto Jaime, pero éste no parecía dispuesto a consultarla.

Cuando Zara esa noche vió aparecer a Cristina, se inquietó con el presentimiento de una catástrofe para la vanidad de la hermosa dama. Estrenaba un modelo de Doucet, que le había llegado de París dos días antes. Al oír los comentarios que se hacían de la preciosa confección parisiense, recordó Zara que Aurelia Condesa había recibido otro modelo de los mismos talleres.

—¿Y si fuesen iguales?—pensó.—Los artistas que trabajan en París esas maravillas de la moda, no tienen un concepto muy preciso de la geografía sudamericana, y han de suponer harto a menudo que sus clientes viven en un país inconmensurable, separados por ríos inmensos y montañas infranqueables.

Aurelia le había hablado de su traje y parecióle, por

la descripción, que ciertos detalles coincidían con el de Cristina. Fortuna sería para ambas que ahora no llegara vestida con su traje nuevo.

Entró a una sala, donde algunas señoras conversaban animadamente.

—¡Mi sobrino Luis!—exclamó desapaciblemente doña Belén.—Ya tenemos un voto favorable en la cámara. Mejor todavía, él será el autor del proyecto.

Aproximóse Zara, y ella le expresó cuánto la preocupaba la suerte de una sobrina de don Misael Luján, que por su muerte quedaba en la miseria.

—¿Pero es tan pobre?

—Hijo, así dicen todos.

—Pues yo he oído que don Misael le administraba muy bien una fortunita heredada de sus padres: medio millón, aseguran.

—Han de ser cuentos, Luis. Tú tienes que presentar un proyecto para que el Congreso le vote una pensioncita.

—¿Sí?—preguntó Zara con irónica sorpresa.—¿Y en qué fundaría esa merced?

—¡Vaya! ¡en lo que se fundan todas esas cosas!; en que su abuelo fué guerrero de la independencia.

—¡Oh!, ¿pero de veras ha existido ese guerrero?

—¡Cómo no! Luján es un nombre muy conocido.

—Pues no lo he visto en mis libros, señora.

—Pero, Luis, ¿te has olvidado de la historia argentina? ¿Luján no fué el que lo tuvo prisionero al general Paz?

—¡Ah!, ¿de ese guerrero desciende esa señorita?

—Es claro, es nieta del general Luján.

Julia terció:

—No diga desatinos, tía. El Luján del general Paz no es un guerrero, sino un pueblo de la provincia de Buenos Aires, donde él estuvo preso. Patricia Luján no tiene ningún pariente en la guerra de la independencia, como no sea en el ejército del rey, porque su abuelo era español.

Pero doña Belén no se rendía.

—Estaré trascordada,—dijo—pero es lo mismo. ¿Qué les cuesta votarle una pensioncita de quinientos o seiscientos pesos? Al fin y al cabo no la van a pagar ustedes. ¿No lo han hecho tantas veces con otras de posición social inferior?

Zara sentóse junto a la vieja dama, y para desviarle del tema le preguntó por lo bajo qué tal día le habían dado sus sobrinos.

—Regular, no más. Iba a salir a comprar unos regalos, pero a Dieguito se le antojó irritarse. Lo calmé con un pañito de «maravilla»; ahora está sosegado, pero Holofernes comienza a mortificarme... ¡Ay, mi Jolgorio!—exclamó de repente doña Belén, oyendo los aullidos de un perro en la calle.—Le conozco la voz; se lo mandé al chofer para que me lo tuviera: ¿a que me lo está ahorcando?

Zara, complaciente y deseoso de alejarse de aquel remolino, fué en busca de informes.

—Corre, Luis, y ayúdamelo.

Poco le había faltado, en efecto, al pobre can para pasar a más tranquila existencia; el criado de librea verde que doña Belén tenía al servicio de Jolgorio, por librarse de él un momento, lo ató con su cadenita arriba del coche. Y eso produjo el drama, pues en una distracción del solemne cuidador, Jolgorio quiso echarse a la vereda y quedó colgado del pescuezo. Lo socorrieron los galoneados lacayos que se agrupaban a la puerta de la casa de Vieytes.

Informado Zara de que el peligro estaba conjurado, envió un mensaje a la dueña del perro y se quedó en el hall, solo, mirando los cuadros y aguardando a Aurelia Condesa para ser el primero en saludarla.

—¿Tan coqueta es su novia?—le preguntó Cristina, que entraba y salía a cada paso de la sala, más nerviosa que de costumbre.—¿No sabe por qué tarda?, quiere estar como nunca; esta noche estrena un modelo de Doucet... Pero los hombres no agradecen tales atenciones.

Zara volvió a sentir el desasosiego de antes.

—Qué afortunada es usted, Cristina, pues ha visto el traje de Aurelia antes que nadie.

—No, no lo he visto. Me acaba de hablar por teléfono explicando la causa de su demora. Dice que no tardará mucho, pero que exige, para quedar tranquila, que nos sentemos sin ella a la mesa. ¿Le parecerá mal, Zara, que la obedezcamos?

Nunca había sido muy grande el afecto de Cristina por Aurelia. Todos encontrábanles un acentuado parecido, por lo que Cristina esquivaba las ocasiones de exhibirse junto a ella, temerosa de que la juventud de la novia de Zara pusiese alguna sombra en su hermosura.

Pero esa noche, ante los espejos de su tocador, se sintió segura, como si nadie pudiera sobrepasar el conjunto refinado y armonioso que la destacaba como una figura imperecedera y de estirpe en el gran cuadro porteño.

Aquel vestido recién llegado era una maravilla de acierto, y Zara le hizo un elogio entusiasta.

—¿De veras? ¿Le parezco bien? También este vestido es de Doucet. ¿Pasamos al comedor, Zara?

—Como usted ordene.

—No soy yo, es ella la que manda, su Aurelia, que no quiere hacerse aguardar. Le reservaremos un sitio al lado de usted.

El comedor era de forma oval, severo y de extraordinaria riqueza, con los muros cubiertos por gobelinos en que el doctor Vieytes había gastado una fortuna.

Sobre el mantel de Venecia resplandecía la vajilla de plata y oro, y en el puesto de cada convidado lucía un ramillete de orquídeas.

Acababan de distribuirse en el lugar que indicaba una tarjeta con el nombre de cada uno, cuando anunciaron a Aurelia Condesa.

—Hubiera sido verdaderamente raro que se hiciera esperar,—observó doña Remedios complacida de que la joven llegara a tiempo.

Nadie se sentó. Zara miró a la puerta, aguardando la aparición que lo sacaría de dudas. ¿Cómo era aquel modelo de Doucet? ¿Se parecería en algo al de Cristina?

Cuando el doctor Vieytes, que salió a recibirla, llegó con ella del brazo, una impresión de susto llenó los corazones. El modelo de Aurelia Condesa era exactamente igual al de la dueña de casa.

Como si la hubieran clavado de un lanzazo en el umbral de la puerta, se quedó la joven, inmóvil y muda. Pero Cristina, con un dominio absoluto de la situación, corrió a ella, la besó efusivamente, y le dijo sin alzar la voz, aunque de modo que todos oyeran:

—¡Estos franceses no saben de geografía! Han creído que San Fernando está en Cuba, a dos mil leguas de Buenos Aires. Ya les enseñaremos la lección.

Sentáronse, aliviados con aquella salida; mas en el momento en que los criados iban a servir, doña Remedios se apartó de la mesa.

—¡No puede ser!—exclamó, descompuesta su fisonomía por un hondo disgusto.

—¿Qué, mamá?

—¡Somos trece a la mesa!

El doctor Vieytes se levantó como si debajo de él hubiera brotado una penca.

—¿Qué has hecho, Cristina?

Pero Cristina estaba mal dispuesta para contestarle, y guardó silencio. Los convidados se miraban a la cara; el suceso era realmente grave, y tenía razón doña Remedios de haberse alejado de una mesa en que alguno de ellos corría un riesgo seguro. El coronel Rodríguez empezó a contar casos en que se demostraba cumplidamente la fatalidad del número trece. El doctor Vieytes declaró que él no era supersticioso, pero que ante los hechos no había más recurso que creer o reventar.

Esto lo dijo en voz baja por ser el término demasiado crudo, y Jorge Paz Morera, que le atendía, lo miró sorprendido.

—¿Usted, Jorge, no cree en el número trece?

El aludido se encogió de hombros y sonrió blandamente.

—Si yo fuera pontífice,—explicó el doctor Vieytes—

nombraría una comisión de teólogos que estudiaran el problema. Hay aquí algo superterrestre.

—¡Qué pontífice ha perdido el mundo!—replicó Cristina para sus adentros, y María Helena dijo a Guillermo Sánchez, a quien quería desagraviar:

—Yo no creo en el trece, pero creo en las gitanas. ¿Se acuerda de lo que anoche le conté en el teatro y de lo que luego ocurrió? Ahora me pesa haber dado aquel anillo. Debí dar mi barreta o mis aros, nunca el anillo... ¿no es verdad?

Sánchez no le había contado aún el rescate de la joya.

—¿Qué es lo que teme ahora?

—Que caiga en manos de algún hombre.

—¿Por qué?

—¿Se ha olvidado ya de la predicción de mi gitana?

—Me acuerdo de todo. Si ese anillo cayera en manos de algún hombre y él se lo viniera a devolver, ¿qué haría usted, María Helena?

—Me casaría con él, porque si no me moriría en el año.

—Aquí lo tiene—le dijo Sánchez.

María Helena dió un grito de alegría que aguzó las miradas de su madre.

—¿Cómo llegó a su poder?

—Es una historia larga. Ahora me debe decir si tengo que devolvérselo o si prefiere que yo lo guarde.

La joven, mirándolo con aquellos ojos azules que le fundían el corazón dentro del pecho, le contestó en voz baja:

—Guárdelo; ya sabe la predicción de la gitana. Si me olvida... me moriré antes de un año.

Entretanto los convidados permanecían de pie, confusos, pensando en la solución del terrible problema.

Indiana, muy seria, al lado de Jaime, aguardaba con angustia que doña Remedios la mandara salir a ella del comedor, como si se tratara poco más que de una sirvienta. El solo pensamiento de que eso pudiera ocurrir,

la aferraba en su propósito de ganar un nombre que justificara su orgullo.

Pero esa vez don Octaviano Piña trajo la salvación, apareciendo impensadamente, de jaquet, ignorante de la fiesta, y atraído por la devoción al candidato.

Nunca en ninguna parte fué mejor acogido.

—¡Don Octaviano!—exclamó alegremente Cristina.—¡Usted siempre a tiempo!

—¡Perdón!—dijo él confundido por tanto agasajo, y escurriéndose a ras de las paredes hasta donde estaba la dueña de casa.—Yo no sabía... yo no podía imaginarme...

—Amigo Piña,—interrumpióle el doctor Vieytes tendiéndole la mano—usted es nuestro salvador. Siéntese con nosotros...

—Allí, a la izquierda de Aurelia, el lado del corazón, —indicó Cristina confidencialmente; y los criados dispusieron el nuevo cubierto y trajeron un ramo de orquídeas que don Octaviano metió en el ojal, murmurando su disculpa:

—Yo no sabía... yo ya he comido...

—Repita — le dijo el coronel Rodríguez; — provéase para el viaje, ya que se va a su tierra.

—¿Es verdad que se va?—interrogó alguien.

—Por pocos días, no más,—contestó él, arrojando una mirada sobre su vecina. Y ésta, a quien Zara le susurró las razones del viaje, le preguntó con la mayor inocencia:

—¿De veras que va a recoger una testamentaría?

Embelesado al oír aquella voz que le quitaba el sueño, miró a la joven con arrobamiento, y empezó sus confidencias.

—Le diré, Aurelia; no es propiamente una testamentaría; eso lo ha dicho un diario malévolo. Me llevan asuntos políticos. ¿Ha oído hablar de la fusión de las fuerzas conservadoras de San Luis?

—¡No, nunca!

—Yo soy el autor de la idea, para ir contra el enemigo

común. Yo soy un equidistante.. .¿sabe usted, Aurelia, lo que es un equidistante?

—¡Tampoco, don Octaviano! Yo no sé nada de política.

Y volviéndose ella a su novio, le preguntó con picardía:

—¿Sabe usted, Zara, lo que es un equidistante?

A lo que Zara respondió:

—Equidistante es una persona que está más o menos bien con todos los gobiernos.

XII

Los celos nacientes

Jorge Paz Morera había comenzado a prestar oído a la picante conversación de sus vecinos, cuando Julia le habló:

—Hay un gran peligro, Jorge...

—¿Para quién?

—Para mí. ¿Quiere salvarme?

Hablaba en voz muy baja, pero vibraba su acento de un modo que no parecía la Julia inquietante y frívola de siempre, y no alzaba los ojos hasta él, como si tuviera vergüenza de dejarle ver su alma.

—¿Cómo puedo yo salvarla, Julia?

—¿Si estuviera en sus manos, lo haría?

Al decirle ésto lo miró, y él sintió el vértigo de sus ojos felinos, que se posaron en los suyos, como dos estrellas verdes, penetrantes y fríos.

¿Qué iba a pedirle? Durante algunas semanas él había perseguido su conquista, como si se tratara de una vulgar aventura, y Julia, que jugaba sus últimas cartas, lo manejó con tal destreza, que Jorge llegó a pensar en casarse con ella.

Habían mantenido en inviolado secreto sus citas, tan frecuentes como lo permitía la estrategia de la joven. Ni sus amigas más íntimas sospechaban la novela que estaba urdiendo.

Pero cuando parecía acercarse la época en que la noticia podía divulgarse, Julia adivinó que la pasión de él se enfriaba. Tantas veces había visto el hastío desmenuzando su fría ceniza sobre otros amores, que no se engañaba.

Fué en el tiempo en que Jorge Paz conoció a la hija de Jairo.

Como si durante un sueño le hubiesen cambiado el corazón, comprendió él la necedad y el riesgo de proseguir su aventura con la Noel. Dándole su nombre resolvía de una vez el problema de su vida, y entraba en la categoría de los hombres ricos de Buenos Aires.

Pero ya esa ambición había perdido a sus ojos mucho de su encanto.

Pesábale ciertamente la mediocridad de sus recursos, y en otra época lo habría deslumbrado la perspectiva que se alzaba ante él. Pero ahora juzgaba una bajeza el llegar a la fortuna por ese camino.

En ese cambio inesperado podía medir la influencia que ejercía ya sobre su espíritu la gracia nueva de aquella jovencita a quien había intentado engañar, conociendo su pobreza, y que ahora, a las pocas semanas de la extraordinaria aventura, se le ofrecía como un refugio para su corazón fatigado y escéptico.

El, que nunca creyó en el amor, he aquí que se hallaba en pleno romance de amor. Si no, ¿qué otra cosa podía ser la fuerza que lo alejaba de Julia y lo arrebataba hacia la otra, con remordimiento de su primera tentación?

¿No era el más lírico, y si se quiere el más ridículo de los amores lo que lo postrara a él, Jorge Paz, el artista desencantado y perverso, ante una chicuela bonita y pobre, cuando tenía al alcance de la mano aquella mujer que, como un hada, podía hacerlo rico de un golpe?

Lejos de Julia era capaz de hilar esas ideas, pero a su lado su pensamiento se ennegrecía y su voluntad se enervaba.

Vaciló un momento en responder a la pregunta que ella acababa de hacerle.

Al sentarse a la mesa, a su lado, aspirando ya el violento perfume de sugestión que de ella emanaba, se arrepintió de haber faltado a la cita del día antes.

Y al observar que ella, tan dura siempre con los que de algún modo la disgustaban, era suave y triste con él,

se sintió ganado, y ahuyentada quizás definitivamente la purificadora visión de Salomé.

—Si en su mano estuviera salvarme,—repitió Julia,—¿me salvaría?

—¿Cómo puede dudarlo?

—¡Ay!—exclamó ella dulcemente,—¿no quiere que lo dude?; ¿qué ha hecho hasta hoy que pueda infundirme confianza en su amistad y en su abnegación?

Jorge consideró que era cierto el reproche, y permaneciendo ella callada él dijo con pasión:

—Hasta hoy nada; desde hoy haré lo que usted me mande.

—Bueno, quiero verlo mañana para contarle algo que me ocurre.

—¿Me dirá de qué peligro tengo que salvarla?

—Mañana se lo diré; ¿irá?

—¿Adónde?

—Usted ya sabe, a la hora de siempre... ¿irá?

Jorge asintió con un gesto, y ella lo premió con su turbadora sonrisa.

Y no hablaron más de eso. Pero Julia pensó que si él iba, nadie, ni aquella novia desconocida, de quien no quería hablar, podría estorbarle su victoria, porque ella sabría infundirle su amor en el alma y en la sangre.

Don Octaviano Piña seguía explicando las combinaciones de la política de su provincia a la resignada Aurelia Condesa, que apenas lo atendía, convencida y harta ya de las bondades de la unión de las fuerzas conservadoras; hasta que el coronel Rodríguez, desde el otro lado de la mesa, le cortó en seco la exposición.

—¿«Quousque tandem», don Octaviano? Esa niña está más aburrida que el presidente de la cámara.

El se le encaró rápidamente al oir el latín, cuya procedencia conocía.

—Eso es de «Cicerón y sus Amigos»—dijo pomposamente.—Y no cuadra en labios de un militar, sino de un magistrado.

—Aurelia pide armisticio... ¿se lo concede?

—Si es así, Aurelita, como lo asegura el coronel, podemos cambiar de tema.

El coronel se arregló de modo que alcanzó a soplarle a don Octaviano estas palabras:—¿No le parece mejor que cambie de oyente? Esa niña está de novia, déjela hablar con su vecino de la derecha.

—¿De novia?—interrogó despavorido Piña. Y como el coronel le hiciera señas de que sí, él se dirigió a Julia Noel, que venía a quedar en la extremidad de la mesa y muy cerca de él:

—¿Ha leído—le preguntó en voz baja—el último número de «Mundo Social»?

—Sí, don Octaviano, y he visto su silueta.

—¡Ah! ¿la ha visto usted, Julita? ¿Dígame, y ella la habrá visto?

—¡Naturalmente! ¡cómo se le iba a pasar eso!

—Me lo imaginaba, pero nada me ha dicho; ¡qué disimulada es!

—El verdadero amor dicen que es disimulado.

—¿Eso piensa usted, Julita?—exclamó él trasudando alborozo—¡qué coincidencia! yo pienso lo mismo. ¿Pero no le parece que ella disimula más de lo conveniente?; ¿no le parece que podría ser un poco más explícita, a lo menos cuando yo le hablo? Explíqueme, usted que tanto entiende de amor...

—¿Yo...?—exclamó Julia escandalizada. Pero apiadándose del mísero y sin sonreirse siquiera, lo interrogó:

—¿Usted le ha hablado de amor?

—¡Eso no! la dejo que adivine mis sentimientos.

—¿Y ella le ha dicho algo que le infunde esperanzas?

—¡Oh, Julia! ella es discreta hasta la desesperación. Pero en sus palabras se traduce su alma... ¿no vale eso por una confesión?

—Es claro, y mucho más.

—¿Pero no le parece que es hora de que sea menos reservada?; ¿no le parece que podría hablar un poco más conmigo y menos con Zara? ¿De qué puede hablar con Zara?

—¿No será para despistar?

—¡Eso creo yo! Pero me gustaría que despistara menos... Por Dios, dígaselo, Julita, usted que es maestra en estas cosas.

Todos los amigos de don Octaviano recibían confidencias análogas, y cada vez que él se encontraba con Aurelia Condesa su platónico amor se exacerbaba ante las manifestaciones de correspondencia que se imaginaba percibir en el más mínimo de sus actos.

Doña Remedios, desde el otro extremo de la mesa, presenciaba las diferentes escenas que se desenvolvían a su alrededor. En tales ocasiones adoptaba su aire majestuoso de gran dama a quien se rinde homenaje, pero esa noche parecía más reservada y cavilosa.

Miraba a su nieto Jaime, que era con María Helena el encanto de sus postreros años. Lo hallaba triste, y sus ojos perspicaces de abuela adivinaban la razón de su escondido pesar.

El joven palpaba ya la hostilidad de los de su casa contra Valentina, y quizás presentía que coaligados todos contra ella, él sería vencido y le arrebatarían su gran ilusión. El solo cuidado que tenían de evitar conversaciones sobre ese asunto, revelábale cuán hondo era su interés en mantener alejada de su círculo a la dulce dueña de la casa cerrada.

Jaime se debatía en la incertidumbre y en el dolor.

—¿Por qué no la quieren?—pensaba.—¿Qué pecado es el de ella o el de su sangre, para que así la desconozcan y pretendan arrojarla de mi corazón?

Comprendíase débil para una lucha en esas condiciones, y prefería huir de la casa de sus padres. Esa noche había venido para festejar a la abuela, y no la miraba, pero sentía sus ojos desconfiados fijos en él, más que los de su madre, que parecía abstraída en Dios sabía qué imaginaciones.

La abuela, en efecto, lo observaba con pasión y recelo a la vez, intrigada por la actitud de Indiana, que sólo tenía palabras para él.

Nunca Jaime había simpatizado con la hermosa protegida de doña Remedios, y ésta lo sabía; pero tenía pre-

sente la impresión que le causó cuando él la vió por primera vez a su regreso de Europa: «¿Esta es Indiana?», dijo conmovido por una admiración casi medrosa.

Esa noche ella se manejó en forma que pudo tenerlo a su lado, y Jaime la escuchaba sorprendido, porque le hablaba de Valentina.

—¿Es su novia, Jaime?; ¿es verdad lo que dicen sus amigos?

—Yo no sé lo que dicen mis amigos, pero no puede ser mi novia, pues apenas la conozco.

—¿Por qué la niega? Si ella supiera que usted la niega se pondría triste.

—No la niego, Indiana; pero no tengo derecho de afirmar lo que no es. ¿Qué diría ella si yo contara que es mi novia?

—¡Ah, Jaime! Cuando éramos chicos, en la gran casa de su abuelita, usted me defendía de los otros. Yo era la más humilde y vivía siempre acorralada por los compañeros de ustedes, que no me querían. Entonces sólo a usted le gustaba mi compañía. Después, no sé cómo, empezó a esquivarme, como si no pudiera sufrir mi presencia. Y ahora...

Se detuvo un segundo; Jaime sintió que su corazón se turbaba, y ella, adivinando su emoción, acentuó la ternura de su frase.

—Ahora sigue huyéndome, y cuando está cerca de mí, me engaña...

—No la engaño; no tengo derecho de afirmar lo que no es verdad.

—La verdad es que usted la quiere, y ésa la esconde como un delito. No se acuerda de que en aquel tiempo también ella, Valentina, jugaba con nosotros, y era mi amiga.

—Sí me acuerdo; era su amiga... ¿por qué la abandonó?

Jaime hundió su mirada ingenua y leal en los ojos tenebrosos y profundos de Indiana, que se dulcificaron inmensamente.

—Yo no la abandoné. Ella dejó de venir a nuestra

casa, no sé por qué. En muchos años sólo una vez la he visto y ha parecido no conocerme. Si por mí fuera, hoy iría a su casa, adonde nadie va, la besaría con el antiguo cariño, y si ella quisiera sería para ella la misma de antes.

—¿Por qué no va, Indiana?

—¿No sabe entonces qué cosas nos separan?

El tembló como al anuncio de la revelación que anhelaba y temía.

—No sé — dijo febrilmente; — he pasado tantos años en Europa, que ignoro la historia de esas cosas extrañas que han alejado a los míos de la familia de Valentina.

—Cosas extrañas en verdad...

—Cuénteme, Indiana...

—Extrañas y misteriosas — respondió ella; y para que él no la interrogara, porque aún no era tiempo de hablarle, agregó: — Tampoco yo sé lo que ha ocurrido, pero he de llegar a saberlo y se lo contaré.

Jaime se respaldó en la silla desencantado, y durante un rato nada dijo, temeroso de ser víctima de un engaño, y sintiendo renacer su desconfianza. La joven comprendió que perdía terreno en la naciente amistad, y agregó con bondad:

—En esta casa, sólo yo he de hablarle de ella sin despego. Y por mí conocerá cuanto puede interesarle y conozca yo; y un día, sin que lo sepa la señora, iré a su casa.

—¿Cuándo será eso? — preguntó sin esperanza Jaime, apesadumbrado del destierro en que vivía Valentina.

Indiana reflexionó un momento, bajo la impaciente mirada de él, que cada vez la sentía más indescifrable y peligrosa.

—Antes de ocho días será eso, — respondióle con voz segura · y él se dejó ganar por la alegría, y en un rapto de gratitud le tendió la mano disimuladamente, y sintió la mano imperiosa de ella que se la estrechaba con fuerza, como si tomara posesión de su amistad y de su espíritu.

A medida que llegaba el final de aquella comida de cum-

pleaños y el momento en que habían de brindar por «la dueña del santo», amortiguábanse los rumores y el regocijo, y los comensales miraban a la dama. Ella, como ausente de la fiesta, mostrábase grave y triste, pareciendo sentir la presencia impalpable de la muerte, que seguía sus pasos. Y todos comprendieron en qué pensaba, y experimentaban el mismo temor.

Cuando brindaron, los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas; y como hubieron bebido y tomado el café y algunos hablaran de levantarse, oyóse su voz enronquecida por la emoción:

—Por el primero de nosotros que muera en el año... Padre nuestro que estás en los cielos...

María Helena se estremeció y en seguida se echó a reir, con una risa falsa, porque en realidad había sentido el aletazo de un presentimiento. Se arrimó a Sánchez, buscando su amparo, mas no le confió su terror.

Levantáronse luego, y doña Remedios se despidió para irse a su casa, acompañada del doctor Vieytes, dejando a Indiana.

Salieron entonces al jardín, sobre cuyo suelo húmedo se había extendido una capa de arena seca, dorada por el fulgor de las lamparillas que dejaban en la penumbra algunos rincones codiciados de los galanes.

Por entre las copas de los árboles se columbraba el cielo estrellado. Y en el ambiente purificado por la lluvia, venía rodando desde lejos el croar de los sapos, que parecían sacudir un collar de cascabeles en el fondo de los ciénagas.

Cristina se aproximó a Guillermo Sánchez. Un pliegue maligno le dividía la frente de clásico dibujo. Durante la comida había observado cuanto él y su hija hicieron, y— lo que esa tarde le pareciera imposible — empezaron los celos a torturarla.

¿Por qué lo atrajo así, y lo entregó a su hija, si ya no podía rescatarlo nunca, nunca? ¿Qué hizo María Helena para avasallar de ese modo aquella alma inaccesible y pura?

De los que asistían a la mesa, solamente el coronel Ro-

dríguez, y quizás Indiana, traducían el verdadero sentido de la inquietud de Cristina.

También Rodríguez, que le hacía, de años atrás, una corte apasionada y contenida, se preguntaba como ella: ¿Qué ha hecho él para ganarla así, cuando en tan largo tiempo yo, que tengo toda su amistad, no he recogido una brizna de amor?

Esa noche Cristina había sufrido de todas maneras en su vanidad, y a cada paso espiaba si Sánchez miraba a Aurelia Condesa.

Ahora sí que notaba el sorprendente parecido. Vestidas con aquella fatal identidad de sus trajes, más que su semejanza, advertíase el contraste de sus edades.

Para librarse de ese agravio mudo, Cristina aprovechó el primer rato libre y corrió a cambiarse de vestido. Cuando volvió se acercó a Guillermo Sánchez, ansiosa de observar la nueva impresión que le causaba.

Mas para él, fuera de María Helena, que lo envolvía en su hechizo, nada existía.

Cristina y el joven médico fueron a sentarse en una mesita, bajo el palio de una gran magnolia, cuyas hojas plateaba el resplandor sutil de la luna nueva.

El coronel Rodríguez se paseaba furioso, atosigado por las confidencias de don Octaviano, que le entraban por un oído y le salían por el otro. No lo alejaba porque le convenía aquel compañero que hablaba solo y le permitía pensar en sus cosas y llevarlo adonde él quisiera, sin mayores explicaciones.

—Aurelita está enamorada. Usted que es experimentado, mi coronel, se dará cuenta por lo que me ha dicho.

—¿Qué le ha dicho? — preguntó Rodríguez, que a ratos tenía curiosidad de saber cómo iba ese ridículo asunto.

—Le pregunté si había leído mis trabajos agronómicos sobre el cultivo de la remolacha forrajera.

—¿Y qué le contestó?

—¿Qué cree usted que me contestó?

—Que no los había leído ni quería leerlos.

—No, no. Me dijo que no se ocupaba en esas cosas, pero que si yo se los mandaba, se los regalaría a Zara,

que se interesa por todo... ¿Percibe la finura de la respuesta? ¿No ve con qué disimulo quiere notificarlo a Zara, que la acosa, de su relación, de su amistad, diré, de su amor... conmigo?

—¡Bienaventurado! — masculló entre dientes el coronel Rodríguez, y le torció la cara, dolorido, sañudo, al ver a Cristina que golpeaba con su abanico el brazo de Sánchez.

Llegaban nuevos invitados, y llenaban los salones, y la orquesta empezaba a tocar incitadoras piezas de baile. Pero Cristina no abandonaba su sitio, ni María Helena aparecía.

De pronto la mirada inquieta de Sánchez la descubrió en un rincón del jardín, conversando de pie con el Cachorro, Julieta Abismo y Jorge Paz.

Cristina, que la vió al mismo tiempo que él, experimentó una perversa alegría, comprendiendo cuánto debía de sufrir aquel hombre que tenía a su lado, y cuyo pensamiento no lograba acercar a ella.

Guillermo Sánchez, en efecto, disimulaba mal su desagrado.

—¿Es Mandrini? — preguntó vacilando.

—Sí, el Cachorro. Esta noche su padre cantará algunos trozos aquí.

—¡Ah!

Todo su dolor lo puso Sánchez en aquella simple exclamación, que hirió como una puñalada a Cristina.

Con la mitad de su vida hubiera pagado Sánchez el poder oir lo que el Cachorro decía en voz baja a María Helena, y lo que ella respondía, riéndose con aquel modo inimitable suyo.

Cuando hablaba riendo, de tal manera se juntaba el filo de sus dientes pequeños y unidos, que parecía partir la última palabra pronunciada.

Y tales detalles, que Guillermo Sánchez quería guardar sólo para él, estaban allí, a merced del otro, que la devoraba con sus ojos insaciados.

Alguna vez, por travesura, María Helena había hecho la prueba de agravar la sugestión de su escote, discreto

casi siempre, dejando asomar una puntilla o un encaje de su ropa interior, para tener que corregir en seguida aquel rasgo audaz, que enconaba horriblemente las palabras y los ojos de sus admiradores.

Esa noche, al salir del comedor, por un instinto de perversa seducción, corrió a su cuarto y puso en su traje aquella provocativa pincelada. No se había dejado ver de Guillermo Sánchez, y ahora sentía los ojos del Cachorro como dos ascuas sobre su piel; pero una extraña fantasía la arrebataba como un vendaval.

—Mañana a las cinco,—le decía él—quiero verla.

Ella asintió sin hablar; y él le dió la dirección, y agregó:

—¿Teme algo de mí?

—¡No!

—¿Puedo creerla?, ¿por qué si tiene confianza en mí no viene sola, como antes me prometió?

—Iré sola — dijo ella fríamente, con esfuerzo; y su corazón latió con tanta violencia que se llevó la mano al pecho.

—Se ha puesto pálida; ¿qué tiene?

—Nada; es el champagne.

—Se le pasará. ¿Irá de veras?

—¡Sí!

Ni Julia ni Paz Morera percibían una palabra del diálogo. Por su parte ellos parecían arrebatados por el mismo huracán de pasión que enardecían el alcohol, y la música, y la noche, bajo la breve luna, que se hundía como un alfange de oro en el raso limpio de una nube.

Ni un momento pudo Sánchez encontrarse con María Helena. Se había ido ella al salón, y bailaba con los elegantes, que a él lo desconocían, y que él desdeñaba. ¡Ay! Ahora no, ahora sentía sólo una rabiosa envidia de no ser como ellos. Y cuando la Mandrini tocó el piano, y el tenor cantó, y el Cachorro hizo llorar con su maravilloso violín tantos hermosos ojos, prendados de él, parecióle al joven médico que su vida de sacrificio y de estudio, en su casita de Flores, al lado de su madre, o en el hospital,

junto a su maestro Zara, carecía de sentido en aquel mundo en que había puesto su corazón.

Vagó horas enteras por el jardín, o por los salones, libre de Cristina, que se gozaba secretamente en su visible tortura. ¡Cien años había vivido él en esa noche!

Cuando se marchó desesperado, vió los ojos de acero de la dueña de casa, fieles, pero iluminados de encono y de orgullo.

Cristina un instante se quedó en el centro del hall, mirando el lugar por donde había desaparecido Guillermo Sánchez.

Don Octaviano se le aproximó, con su andar menudo:

—¿Qué hay, Cristina, de nuevo?

Ella encogió los hombros.

—¡Qué se yo!

—¡Cómo no va a saber! ¿qué hay del ministerio? ¡usted me dió la noticia y yo la llevé a los diarios!

—¿Usted la llevó a los diarios? ¡ah! ¿entonces es usted el autor de toda esta ilusión?

No tenía ganas de reirse, pero la idea del imponderable ridículo en que sin pensar había metido al Fénix de los ingenios, le arrancó una carcajada.

—¡Divino! ¡divino!

—¡Cómo! — exclamó don Octaviano asustado de su obra — ¿no era verdad lo que me dijo?

—¡Qué había de ser verdad, mi querido niño!

Y con estas palabras se fué, dejándolo aterrado, bajo la pesadumbre de su tremendo secreto. ¡Que nunca llerara a sospechar el doctor Vieytes cómo surgió su candidatura!

El coronel Rodríguez llegó buscando a Cristina.

Don Octaviano lo asaltó.

—Me voy mañana a San Luis.

—¡Buen viaje!

—¿Sabe lo que me ha encargado Aurelita que le traiga? ¡qué mujer! ¡cómo disimula sus sentimientos! Le pregunté si ordenaba algo, si quería que le trajera alguna cosa. Consultó a Zara, y con ese modo adorable que sólo ella tiene, me pidió que le trajera un gato: ¡un gato de

San Luis! Le han dicho que son extraordinarios.

El coronel Rodríguez se echó a reir.

—¿Pero no es poco un gato? — le interrogó don Octaviano, cogiéndolo de las solapas para que no se le escabullera — ¿no le parece que debo traerle más?

—Sí, sí — respondióle el otro con violencia; — tráigale una bolsa de gatos.

Y lo plantó brutalmente, porque vió a Cristina entrar en su escritorio, donde no había nadie; y corrió a ella.

—Me voy, Cristina.

Ella lo miró con el ceño fruncido y la mirada interrogadora. Quería saber qué había sorprendido en ella esa noche; y él, que la comprendía sin que hablara, le dijo amargamente:

—Ha sufrido, Cristina; también yo.

—¡Qué sabe usted!

—Yo leo en su frente todos sus pensamientos; hasta los más obscuros. Ha sufrido, pero no tanto como yo.

—¡Qué sabe usted! — repitió ella con más dulzura.

—Pero se ha vengado, porque también el otro ha sufrido...

Cristina abandonó entonces todo disimulo, y con una voz ardiente y franca, que brotaba de su exasperación, le contestó:

—¡No me he vengado, Rodríguez! porque mi corazón no ha dicho su última palabra.

—Se ha vengado — insistió él, que deseaba sondearla irritándola.

—¡Bah! usted no me conoce, y hace veinte años que me dice las mismas palabras de amor. Yo sé odiar y sé vengarme. Lo que hoy ha ocurrido, sería un juego de niños para mí.

El se quedó callado; luego le tomó la mano y se la besó, con devota pasión.

—La conozco y la comprendo. Cuando sea su hora...

—Cuando sea mi hora... — repitió Cristina, pero no se atrevió a agregar más. Lo miró en los ojos para dominarlo más, y sintió que él era su esclavo, y que podía

hacer de él lo que le dictara su antojo, sin hablar una palabra, porque él penetraba su pensamiento.

Y él salió del salón y de la casa, vacilante como un borracho.

XIII

Ceniza en los labios

«Perdónalo también, Señor, a él, porque estaba ciego cuando te ofendió. Vuélvele tu misericordia y tu luz».

Por el postigo entreabierto un haz de sol invadía la pieza, y el retrato parecía animarse.

La abuela gustaba de decir su oración en la penumbra perpetua en que mantenía la salita de recibo que fué de su hija; pero ella, Valentina, jamás pudo curarse del terror que le infundía la vista del cuadro, emergiendo en la sombra, con el prodigioso relieve del rostro y la viviente mirada llena de reproches.

Cuando cada mañana, antes de subir al mirador iba a rezar allí, hacía entrar la luz para aligerar la atmósfera del cuarto, aunque más tarde la abuela recorriera la casa cerrando las celosías y entornando los postigos.

Valentina no había presenciado la trágica escena de su madre moribunda, agitándose en el suelo, ensangrentada la frente, pero conociendo aún a su hijito, a quien alcanzó a besar. Ella la vió muerta en su cama, sin señales ya de sangre, envuelta la cabeza, en una venda prolija. Estaba muy pálida y hermosa, pero sus ojos entreabiertos causaban pavor, pareciendo que miraban todavía las cosas del mundo.

Nunca nadie le dijo por qué había muerto así, y sintiendo ahondarse más y entenebrecerse el misterio, llegó a no querer preguntar nada.

Pero se había constituído en la enfermera de su padre, demente desde entonces, y poco a poco sus escasas y desatinadas palabras fueron iluminándola.

¡Ay! temblaba de horror recordando que un día creyó comprender por aquellas pavorosas confesiones mutiladas, que él la mató. Fué a interrogar a la abuela, que nunca se allegaba a la torre donde el loco vivía enclaustrado, y su respuesta la hundió más en la incertidumbre:

—«¡Peor que eso!»

Y nada más, nunca nada más por dónde Valentina pudiera recontruir la historia.

Aunque era muy jovencita, comprendió que el mundo los aislaba; y no quiso forzar la consigna de sus parientes o de sus antiguos amigos, y se escondió en su casa, para cuidar a su padre, a quien no tenía derecho de juzgar.

La abuela, sabedora de todos los detalles de la tragedia, se esforzaba por disimular su rencor contra aquel hombre, pero en todos sus actos trascendía una hostilidad, que en algo alcanzaba a la inocente enfermera.

Valentina lo sentía. Amaba a la abuela y tenía motivos para saber cuánto la amaba ella, pero las dos mujeres, en aquella casa demasiado grande, vivían huyéndose; primero con temor de las palabras en que los pensamientos se sondeaban; después, cuando se tornaron mudas la una para la otra, con miedo a los ojos que querían llegar a las almas.

Así pasaban los años. Valentina llegó a olvidarse del mundo. Su puerta cerrada la defendía de toda curiosidad y de toda malquerencia.

Los negocios de su padre eran enredados, y al liquidarse salvaron apenas la casa en que vivían. La abuela tenía una pequeña fortuna y costeaba los gastos; pero Valentina observó pronto su desgano para atender lo que el enfermo necesitaba. Su mal fué al principio una silenciosa melancolía que lo hacía huir de la luz y buscar un sitio dónde esconderse. Un día no quiso bajar más de su pieza, y Valentina se encargó de cuidarlo. Durante años no vió el infeliz más cara que la de ella. La joven se pasaba horas enteras trabajando a su lado, en labores de aguja que llevaba al Woman's Exchange, donde otras mujeres de buenas familias allegaban recursos de la misma suerte.

La pieza era pequeña, embaldosada, fría en invierno y azotada por el sol en verano.

El ruido de los pasos de la niña, en la escalera de hierro que conducía a la torre, sonaba como una música en los oídos del insano.

Se encerraban los dos, porque él seguía odiando la luz del día, y mientras ella trabajaba sentía sus ojos alucinados persiguiéndola en sus movimientos.

A la noche abrían la puerta que daba al jardín y los postigos de la ventana, y se encendía una lamparita eléctrica que enrojecía los cristales. Valentina dormía en el piso de abajo, lista para auxiliar a su padre, si era menester o si él la llamaba. Durante horas oíalo, pasearse desasosegado, de su sillón a la ventana, por donde arrojaba una mirada inconsciente sobre la calle sombría, sobre la plaza llena de rumores, sobre el mundo lejano.

Cuando Valentina, al bajar de la torre, encontraba a su abuela, se miraban las dos, sin hablarse, con ansias de saber lo que cada una pensaba.

Los domingos, después de misa, subía Carlitos a besar la mano de su padre, el cual, si en un tiempo no lo reconoció, se acostumbró de tal modo a verle, que lo aguardaba con la misma impaciencia que a Valentina.

Comenzó entonces la lucha entre la abuela y la nieta para ganar el alma del niño. Aquélla temblaba de que Carlitos llegara a apegarse a su padre; y la joven, por el contrario, ponía un empeño religioso en infiltrarle la misericordia y el amor, cualquiera que fuese la culpa de aquel hombre. Lucha inconfesada, de que doña Andrea se habría avergonzado, si cada vez que visitaba el retrato de su hija no hubiera sentido renovarse su envenenado dolor.

Un día, al bajar de la torre, encontró Valentina a su abuela esperándola. De tiempo atrás adivinaba su voluntad de hablarla, y eso le infundía una inexplicable angustia.

—Me han dicho que estás de novia.

—No le han dicho la verdad, abuelita.

—Sería mejor que me hubieran engañado. Porque dicen que tu novio es Jaime Vieytes... ¿es así?

Valentina agachó la cabeza, incapaz de negar lo que era la gran ilusión de su vida obscura.

—¿No respondes? Entonces es verdad.

La joven permaneció callada.

—¿Dónde lo ves?

—¡No lo veo nunca!

Su acento al decir ésto fué desesperado. No lo veía; era cierto. Hacía como un mes que Jaime Vieytes parecía despegarse de ella.

—¿No lo ves? Eso te pesa, sin duda. ¡Valentina!, en el mundo sólo hay un hombre a quien no puedes querer y con quien no puedes casarte, y es él: Jaime Vieytes.

Blandamente, sin rumor de pasos, como una sombra, se alejó la abuela; y Valentina, aplastada por aquella sentencia, vinculada tal vez al drama de su familia, corrió a esconderse en su cuarto, como si allí pudiera escapar a su destino.

¿Había de perderlo a él también?

Pronto haría un año que lo amaba, porque desde el primer día que volvió a verlo le evocó con dulzura su inolvidable niñez, cuando jugaban juntos en el gran patio de la casa de doña Remedios.

Se acostumbró a hallarlo en su camino, cuando iba al centro, y sus primeras conversaciones fueron en la calle, en el tranvía, en el salón de algún negocio. También él parecía huir de la casa cerrada, y eso a ella no le dolía, presintiendo la aversión de la abuela hacia la familia Vieytes.

Y ocurrió tal como lo temía; que la abuela se alzó contra su amor, misteriosa y trágica: «El único hombre a quien no puedes amar es Jaime Vieytes».

¡Ay!, ya no era dueña de sus amores; toda su juventud gravitaba hacia él con una fuerza incontenible. Lo amaba con ilusión de amor y de libertad, porque era el primer hombre de su casta que se le aproximaba, rompiendo el círculo en que vivía presa.

Contestando a doña Andrea pudo decirle con verdad que no lo veía. Desde una tarde en que él la acompañó hasta cerca de su casa, inquieto y reservado, como si tam-

bién su corazón presintiera alguna asechanza, no volvió a encontrarlo en los sitios de costumbre.

¿Adónde había huído? ¿Qué influencia tan poderosa se lo arrebataba así, en el momento en que su amor parecía más ardiente y más indestructible?

Mirando a la calle, desde su ventana, vió salir a las dos hijas mayores de Jairo, con los dos hermanitos menores, y su curiosidad fué atraída por los trajecitos de los niños.

Los reconoció; ella los había hecho con primor, pensando precisamente en aquellas criaturas que a menudo veía; y como necesitaba proporcionar a su enfermo algunas comodidades, los llevó a la «Ayuda Social», y los expuso muy baratos para venderlos pronto.

Ya estaban, pues, vendidos.

No se imaginaba Valentina la sutilísima estrategia que desenvolvía la familia de Jairo, en aquella época de las vacas flacas, para no apearse a su bambolla.

Esa tarde se daba una fiesta infantil, en casa de una empingorotada persona, que alguna vez había invitado a los niños menores.

Se trataba de confirmar la amistad de aquella persona, enviándolos ataviados con mucha elegancia; y la familia entera, durante una semana, se dedicó a recorrer las casas de moda de Buenos Aires, pidiendo trajecitos para prueba.

Los de Valentina cayeron en gracia. No había que pensar en comprarlos; bastaba retenerlos hasta el día siguiente; esa tarde los niños irían a la fiesta, y a la otra mañana los devolverían, pretextando que no les quedaban bien. Era el sistema casi infalible que les permitía a grandes y chicos en la casa renovar el vestuario sin mayor sacrificio.

Sólo que la pobre Valentina, cuando al día siguiente fué a la «Ayuda Social» a percibir su dinero, halló que los trajecitos devueltos estaban con manchas, que, aunque prolijamente disimuladas, mermaban considerablemente su valor.

En eso no pensaban ni Palmirita ni Gertrudis, cuando la tarde anterior llevaban sus hermanos a la fiesta.

Proponíanse dejarlos allí y después de una corta visita llegarse hasta la iglesia del Socorro, donde al anochecer celebrábase un casamiento de gran lujo, ocasión admirable para ver caras y vestidos.

Fueron en tranvía, cuidando de bajarse cuatro o cinco cuadras antes de la casa. Esperaron un rato en la acera, a que pasara un buen automóvil de alquiler, y lo tomaron; y así, por medio peso, diéronse el gusto de que los criados las vieran llegar dignamente.

Un momento después, Palmirita en una rueda de damas, que no la creían, se explicaba así:

—Papá ha vendido su auto; nos hemos convencido de que los choferes son unos ladrones, y de que es más cómodo manejarse con los taxi.

—Así está todo ahora, — contestaba afablemente la dueña de casa, que se confesaba víctima de tres choferes, pues tenía un automóvil para ella, otro sus niños y una «voiturette» para que le llevaran a tomar aire una perra de Kamtchaka.

Como las hijas de Jairo anunciaran que iban al casamiento del Socorro, se le hicieron a Gertrudis algunas bromas con un joven, que, según ella, le paseó la calle durante varias semanas.

Era historia antigua ya, y algo imaginaria; lo que no impidió que la aludida se ruborizara, haciendo un gesto displicente.

—¿Por qué no le gustaba, Gertrudis? Mire que es rico; es un hombre muy conocido.

—¡Evidentemente! — dijo alguien — como que es hijo de Claruzzi, el introductor de artículos sanitarios, que le pone la marca con nombre y apellido a todo lo que sale de su casa.

—Por eso no me gustó; — observó suave y pudorosamente Gertrudis, bajando los ojos — me hubiera hecho la impresión de casarme con un artefacto de baño...

Mucho antes de la hora de la ceremonia, la calle del Socorro estaba intransitable. Cuadras enteras de automóviles particulares, enfilados uno tras otro, anunciaban que los que allí se casaban no eran pobres de la estirpe de Da-

vid, como San José y la Virgen, sino ricos, tal vez de la raza de Epulón.

Las niñas de Jairo habían hecho llamar un auto para salir de la casa, pero como lo abandonaron no bien el taxímetro amenazó con marcar diez centavos más del medio peso, llegaron a pie, atufadas contra la concurrencia que les dificultaba el paso. El acceso a la casa de Dios estaba severamente controlado; entrábase como a un teatro, exhibiendo una tarjeta y, naturalmente, sólo los fariseos cabían allí; los publicanos, en la acera del frente, espiaban aquellos inaccesibles esplendores.

A la misma hora María Helena asistía con el Cachorro a una sesión de cinematógrafo, en un salón de barrio. Pero antes de que la cinta concluyera, y se iluminara el recinto, se levantaron ambos y salieron. Ella no quería dejarse ver, aunque nadie la conociera. Todavía no estaba hecha a tales aventuras, y le temblaba la mano en que esgrimía con descocada elegancia un bastón de malaca.

—¿Vamos al rosedal? — interrogó el Cachorro.

Ella pensó que era viernes; que había dos o tres grandes fiestas a esas horas, lo cual restaría concurrencia al paseo; que el salón de Harrods estaría lleno de sus amigas, y que, por lo tanto, podía ir sin riesgo de encontrarse con algún conocido.

Sin embargo, observó:

—Es muy temprano.

El Cachorro no estaba satisfecho de su tarde; aquella muchacha inexperta resultaba incomparablemente más tímida y cauta yendo sola que en compañía de Julieta Abismo. Parecía recelar hasta de sí misma, y apenas lo miraba.

—Si cree que es temprano todavía, daremos una vuelta en automóvil.

Ella aceptó y ocuparon uno cerrado, dirigiéndose hacia los suburbios, en sitios donde la calzada era de tierra y había baches profundos, que sacudían horriblemente el coche.

El Cachorro se reía. María Helena, por animar su propio desgano, dijo:

—¡Qué ocasión para un accidente! Un choque, un chi-

co que apretáramos, cualquier cosa que hiciese reunir gente y atrajera a algún vigilante... ¡Mi nombre y el suyo en los diarios!

Empezó a tener miedo, y quiso volver.

—Vamos al rosedal,—dijo él; y ella asintió, anhelosa de abandonar el auto, en cuya intimidad él cobraba más atrevimiento.

—Allí me dejará, — le observó. — Yo me iré sola a casa.

El Cachorro dominaba con trabajo su irritación, ante la insignificancia de aquella aventura. No dudaba de que la costumbre curaría las timideces de María Helena, y la volvería más confiada y accesible; pero él, que corría por el mundo entero, no tenía tiempo que perder. ¿Cuántos paseos como aquél se necesitarían para lograr una conquista completa?

Una aguda sensación de miedo experimentó María Helena cuando saltó del auto y franqueó la entrada del rosedal. La turbación hacía más oblicua y angulosa su silueta modernísima, casi contrahecha por violentos esguinces.

Se detuvo un instante, y readquirió su elegancia y su andar rítmico y fácil.

Todavía un rayo de sol plateaba la cima de las palmeras vibrantes; pero ya el rosedal se anegaba en la paz de la tarde. Cada rosal tenía anotado el nombre en un tubito de cristal, que la brisa agitaba, y donde aquel último rayo encendía una llamita de oro, fugitiva como ilusión de virgen pobre.

Pocas personas vagaban por las callejas, cubiertas de polvo de ladrillo apisonado.

María Helena y el Cachorro cruzaron a prisa hacia el puente que tendía su arcada grácil y blanca sobre el agua del lago.

Ya las hiedras entoldaban la logia, llenando el aire con el sedante susurro de sus hojas.

Desde el puente, el jardín se ofrecía como un ramillete. Apretaba en macetas, alineadas en canteros, suspendidas en guirnaldas, trepando por las pérgolas, tapizando las glorietas. Por todas partes rosas, rosas. Amarillas,

purpúreas, liláceas, cándidas, nacaradas, emergían del césped verde, bordeaban las sendas rojas, cercaban los bancos, y se asomaban al borde de las aguas glaucas y tranquilas.

Descendieron del puente, en cuyas baldosas los ligeros tacones de María Helena resonaban con una nota dura y profana, y buscaron un asiento en un sendero arbolado en que la sombra se insinuaba antes que en el jardín abierto.

Peleas de gorriones en el musgo, graznidos de cisnes, chillidos de gaviotas, gorjeos de pájaros, murmullos de frondas, voces de niños, voz de la primavera que no hallaba eco en el alma turbada de María Helena.

Ella misma, que había visto llegar con emoción la hora de aquella cita, estaba sorprendida del desencanto que experimentaba y de su angustia creciente.

Para engañar su inquietud se puso a recitar un soneto de Sánchez Sorondo, maravillosa pintura de la gloria del rosedal.

—«Manto de oro, liláceas, purpurinas,
Nacaradas... lozanas y coquetas,
En canteros, guirnaldas y macetas
Las rosas abren sus corolas finas.

Y trepan por las pérgolas vecinas,
Y de pétalos cubren las glorietas
O bien al borde de las aguas quietas
Se miran en las ondas cristalinas.

Como en una sonata de colores
Se conciertan la tarde, el sol, las flores,
El rojo de las sendas, y hasta el vago
Reflejo de las nubes en el lago...

Porque un canto se eleva de las cosas
Como emana un perfume de las rosas.

El Cachorro sonrió ante su ocurrencia y con entonación de artista le dijo los versos de Paolo y de Francesca.

La sintió conmovida, y siguió recitando versos mágicos, que fueron fundiendo la indiferencia de ella.

Desmenuzaba la tarde sobre el rosedal su amorosa me-

lancolía, y junto al meandro del lago, a cuya vera estaban, se adormía un trémulo almendro en flor.

María Helena, perturbada por todas aquellas sensaciones, como por un vino ardiente, buscó los ojos de él, que antes de esa hora la habían abrasado.

Mas al mirarlo de tan cerca, experimentó una repulsión, sintiendo la peste del agua negra de sus deseos, estancada en el fondo de esa alma.

¿Qué había ido ella a hacer allí con ese hombre que no era ni su hermano ni su novio?

El le tomó una mano, y ella la recogió violentamente contra su corazón, recatándose; y fué peor, porque la mano audaz de él asentó en su pecho. María Helena se levantó con disgusto, y vió que la soledad los envolvía.

Parpadeaban los primeros focos, con sueño aún en la sombra indecisa.

Más allá se tendía el bullente caserío, como un mar de olas blancas; y sobre el raso del horizonte lila se recortaba el duro perfil de algunas torres.

—¿Se va?—interrogó él, irritado y frío.

—Sí,—respondió ella, y como si tratara con un criado, añadió: —No me siga; me iré sola.

¡Y salió con una horrible náusea de su propia vida.

Muchas veces, en su imaginación, había compuesto historias como ésa, y ansiado vivirlas, para hacer su relato a Julieta Abismo, que la juzgaba incapaz de tales hazañas.

Y bien, ya tenía su aventura; mas no sentía ganas de referirla. Porque ¿qué placer había gustado en ese coloquio?

Angustia, vergüenza, remordimiento, eso traía, y en los labios pintados de rojo, un sabor a ceniza que le venía del alma.

XIV

Por qué sufren los niños

—¡Toque, abuelo! Toda la noche ha soñado con usted; y lo primero que preguntó al despertarse, fué si vendría el organito.

El viejo encorvado, de ojos azules y recónditos, como si sus secretos fueran su única fortuna y los guardara para sí, llegaba con su caja a la espalda, haciendo sonar su bastón y sus gruesos botines claveteados.

Detrás de él corrían unos chicuelos ganosos de oirle; y a su lado, Gatín, miserable como él, pero expansivo y verboso, le hablaba de su hermanito. Al ir a su trabajo, preocupado porque abandonaba al niño en uno de sus días peores, encontró al organillero.

Hacía una semana que el viejo no alegraba el barrio con su caja de música y Juanito Gatín lo echaba de menos; y cada noche al dormirse, preguntaba si no vendría a la mañana siguiente.

—Mañana vendrá—le prometía Gatín—porque yo iré a buscarlo.—Y al salir, cada día, le afirmaba de nuevo: —Hoy vendrá, y tocará para tí todas sus piezas; las de este país y las de España, que te gustan más.

Un achaque había impedido al viejo acudir a la cita. El también estaba encariñado con aquel chicuelo, que a la primera nota de su organillo abría su ventana y asomaba su carita de enfermo, alegrada por la ilusión.

Siguiendo a Blas, en el medio de la calle dispuso el organito.

—Venga siempre, abuelo—le dijo el hermano,—y to-

que para él.—Registró sus bolsillos y sacó algunas monedas.

—No tengo más; alégrelo, por amor de Dios, y venga todos los días aunque yo no esté.

Y Gatín echó a correr, lleno de congoja, a sus diversas labores.

En «El Porvenir» las cosas andaban peor, y sin esperanzas de mejoría, según el administrador, enflaquecido y severo. Pero Jairo seguía descubriéndoles perspectivas maravillosas.

—«Crean en mí, como yo creo en ustedes, mis jóvenes amigos. Abran la historia de los grandes caracteres, y vean qué suma de privaciones y de perseverancias han exigido todas las grandes obras que se han realizado en el mundo. El porvenir es nuestro; estamos a un paso de la nueva presidencia. Nuevos hombres renovarán esta atmósfera nauseabunda en que agonizan los nobles espíritus...»

Ya Gatín no creía en nada: le habían subido el sueldo dos o tres veces, pero no se lo pagaban. Habría dejado el cargo, si no fuera que de cuando en cuando caía algún reportaje que le daba ocasión de colocar sus croquis.

Pero los compañeros, sin tal recurso, habían emigrado, llevándose una bandada de pagarés del doctor Jairo, que pululaban por los juzgados de la capital.

Nuevos hombres, anunciadores de la nueva éra, habían ocupado sus sitios, y ahora «El Porvenir», si bien menos chispeante y mordaz, era mejor acogido por los numerosos candidatos a ministros del futuro presidente.

Blas Gatín, que había sido jaimista en «El Correo Español» y anarquista en el «Poble Catalá», y llegó a Buenos Aires con tarjetas de Maura y de Pablo Iglesias, no se extrañó de la evolución.

A él podía decírsele, con entera confianza: «Pásele la mano al ministro tal; que quede contento»; o bien: «Sacúdale sin compasión; es un galopín».

Y él cogía la pluma, inflamado en aquellos odios o entusiasmos insuflados, y como no conocía medias tintas, sus

sueltos llenaban el gusto o hacían la desesperación de los equidistantes, según soplara el viento.

Cuando Lola Gatín llevaba su jornal de la compañía de tabacos, aun se podía vivir y hasta quedaban ocasiones en que el periodista podía encajar su lema expresivo y soberbio: «A mí nadie me pone albarda».

Pero cuando aquella mujer empezó a emperegilarse, al estilo costoso del país, la apretura se tornó ahogo.

Y esa mañana ella se plantó orgullosamente frente a él:

—¡Ahora me dirás qué hemos de hacer para que vivamos!

—¿Qué pasa?

—Me han despedido de la fábrica.

—¿Por qué?

—¡Qué he de saber yo! Porque les ha dado la gana.

El periodista hundió los dedos de puntas abolilladas en la profusa cabellera. Tuvo una tentación de alegría. Perdido aquel puesto, ella se quedaría más en su casa; le tocaba a él reventar. ¡Oh! reventaría gustoso, por ella y por su hermanito; pero faltaba saber si ella se resignaba.

—¿Qué vas a hacer, Lola?

—Eso es lo que yo te pregunto; ¿qué vas a hacer tú, para darnos de comer y vestirnos?

Gatín, arrimado contra el marco de la ventana, echó una mirada sobre la inmensa ciudad a la que llegó con tantas ilusiones, como todos los que llegaban de su tierra, y que tan duramente los había acogido. Ahora le preguntaban: ¿qué vas a hacer, miserable, para tener el derecho de mandarme a mí, como único dueño, en medio de este torbellino de hombres que me codician?

Porque eso significaba el ademán y la voz de su mujer.

Su hermanito, con su cara lastimosa y sus ojos inocentes fijos en él, también le preguntaba: ¿qué vas a hacer para salvarme?

—¿Has oído decir quiénes son los que mandan en la compañía?

La mujer sacudió la cabeza.

—¡Mejor!—pensó él, que en el fondo de su corazón deseaba ver definitivamente cerrada esa puerta. ¿Pero

cómo vivir y costear sus galas sin la ayuda del sueldo de ella?

Lola esperaba su respuesta, mirándolo con más ardor que desdén; y él comprendió lo que su mirada fatalista quería decirle:

«Ya ves, pobre hombre, cómo tú no puedes nada contra el destino que te condena a perderme.»

Eso se leía en los ojos obscuros, que lo envolvían en una suave y traidora luz, aguardando a que él se moviera, a que dijera una sola palabra, para crucificarlo con un sarcasmo, por su optimismo o su impotencia.

Blas Gatín hundió la cabeza, y nada respondió. Y ella no quiso interrumpir su meditación; salió sin ruido y se echó a la calle.

Cuando él alzó la cara y no la vió más, se estremeció de dolor, aplastado, incapaz de levantarse para correr a llamarla. ¿Volvería?; ¿no se habría ido para siempre?; ¿qué podía hacer él para cerrarle el paso, sin que ella lo fulminara con el desprecio de sus ojos?

Se arrojó sobre la cama de su hermanito, y se puso a sollozar.

—¿Qué tienes, Blas?

—¡Se ha ido! ¿no ves que se ha ido?

—¿No volverá?

Blas nada dijo.

—¿Nos ha dejado? ¿no es mejor?

—¿No la quieres, Juanín?

—No, no la quiero.

Después de un rato, el niño, preocupado con aquel dolor que se retorcía a su lado, y que él no alcanzaba a comprender, preguntó:

—¿Y tú? ¿no te irás, verdad?

—No; yo me quedaré contigo.

—¿Siempre?

—¡Sí!

—¿Hasta que yo me muera?

Hizo la pregunta con sencillez, resignado a una cosa que su inteligencia no abarcaba, que le asustaba antes,

por desconocida, y que ahora afrontaba como el comienzo de un sueño más largo que los otros.

Gatín se pegó a él, y así pasaron un rato sin hablarse, sintiendo el hermano mayor, con el corazón apretado por una impotente desesperación, la vacilante llama de aquella vida.

Así venía luchando por vivir, días y días, sin el menor alivio.

El médico de la Asistencia que lo visitaba fruncía el ceño, muy disgustado; pero nada podía prescribir, porque en aquella casa no había quién cumpliera sus órdenes, ni Gatín, que corría por las calles, en sus horas libres, buscando un sobresueldo, ni Lola, que miraba con más envidia que lástima al enfermito:—«Tú que te mueres de niño, tú la sabes hacer...»—parecía decirle.

Y Gatín comprendía a ratos su desolada filosofía, y hasta le hallaba razón: ¿No la tenía después de todo? ¿El mismo, no habría también «sabido hacerla» muriéndose a los seis años, cuando vivía su madre que lo amaba, cuando su padre era un hombre honrado y libre?

Hubiera huído a tiempo del mundo, y habría ignorado sus siniestros dolores y la espantosa vergüenza. Cada día que pasaba descubría en su vida nuevas fuentes obscuras y amargas.

Podía pensar todo eso cuando no miraba al niño; pero al verle tan flacucho e indefenso, con sus manitas demacradas y sus ojos vidriosos y tristes, le espantaba la idea de que iba a encontrarse solito delante de la muerte, sin saber qué hacer, temblando de frío y de miedo, quizás llamándole a él, que no podría oirle, o llamando a su madre que estaba más lejos aún.

—No, mi Juanín, tú no te morirás.—Lo besó y partió temiendo no hallarlo a su regreso.

La imagen de su mujer acosaba a Blas Gatín durante su insípido trabajo de corrector de pruebas en una imprenta, donde ganaba algún peso de tarde en tarde.

¿Volvería? ¡miserable suerte la suya, que ni siquiera le dejaba el derecho de correr a buscarla!

Lola Gatín había ido a casa de doña Remedios Campo-

manes. La conocía de nombre, como todo Buenos Aires, y sabía que su yerno, el doctor Vieytes, era del directorio de la compañía de tabacos. No tenía ninguna esperanza, no tenía siquiera un verdadero deseo de que por influencia de la dama se la repusiera en su empleo. Pero quería tentar aquella puerta, por donde aun podía escapar a su deshonra, para justificarse consigo misma si era tal su destino.

Y había de ser aquella puerta precisamente, porque una recomendación de doña Remedios sería una defensa contra la persecución de aquellos dos señores tan correctos y templados, que por riguroso turno la asediaban.

Los conocía a los dos, y sentía la rebelión de los restos de su dignidad, comprendiendo la maniobra infame de que la hacían víctima para rendirla por hambre.

Doña Remedios a esa hora daba audiencia a los muchos infelices que la buscaban, con la ilusión de lograr más recurriendo a ella directamente, antes que a las instituciones caritativas por ella fundadas.

Había un corredor en que los postulantes aguardaban sentados en escaños, y Lola Gatín ocupó su sitio, asaeteada por los ojos de aquellos mendigos, más o menos vergonzantes, sorprendidos de ver tal figura haciendo cola con ellos.

Un criado de librea los conducía uno a uno hasta el primer piso, por un modesto ascensor; y allí una mucama los introducía en la salita severa en que una decoración rica, pero muy sencilla, atenuaba el impío lujo de la gran casa.

Doña Remedios recibía a todos sentada en un sillón, les escuchaba con fría paciencia, y apuntaba sus señas cuando Indiana no la servía de secretaria.

La palabra profunda de don Dimas Carrizo iba mordiendo el duro metal de aquella alma, que empezaba a medir con otra vara sus propias vanidades, y amoldaba sus acciones a nuevos principios.

Ya no estaba tan segura de que Salomón se hubiera salvado por haber hecho el templo del Señor; y com-

prendía la necesidad de otras virtudes, de más humildad sobre todo.

Desde el día en que el sacerdote rechazó con el pie su collar de perlas, como una cosa despreciable o indigna, no volvió a usarlo. ¡Si aquellas perlas hablasen de las vidas humanas que costaban, de la vergonzosa esclavitud de todo un pueblo condenado a buscarlas en el fondo del mar!

Don Dimas le dijo: «El que poniendo su mano al arado mira atrás, no es apto para el reino de los cielos».

Y ella comprendió el sentido de la frase evangélica. En el camino de la perfección que buscaba, no le era lícito ni volverse, ni siquiera detenerse.

«¿Qué más he de hacer? ¿Qué virtudes me faltan? He construído templos, como Salomón; he hecho penitencia, como David; y he dado limosnas con mi mano derecha, ignorándolo mi izquierda... ¿Qué más he de hacer?»

Recordaba entonces la escena en que don Dimas contestó a su pregunta fervorosa leyéndole en su viejo breviario la respuesta de Jesús al rico ansioso de ganar el cielo: «Vende tus bienes, y dalo a los pobres, y sígueme».

Y al igual de aquel personaje de la Escritura, ella, que también como él, desde su niñez, había guardado los mandamientos, se ponía triste porque era muy rica, y oía en su interior la voz del Maestro, que repetía la dura sentencia: «Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios».

Lola Gatín llegó hasta ella en momentos en que escribía en su cuaderno. Cuando la dama alzó los ojos, hallóla sentada en la silla luída de los postulantes que desfilaban por allí. Pero no tenía aquella mujer un solo rasgo, ni en su persona ni en su traje, que denunciara pobreza. Eso no obstante, la oyó con atención.

Delante de Lola Gatín experimentó sus acostumbrados recelos contra las postulantes bonitas.

¡No, no era ciertamente de la estirpe de sus pobres! Debía de tener historia larga y turbia, y en tales condi-

ciones no podía ella recomendarla a un hombre tan correcto como su yerno, el doctor Vieytes.

Llamó a Indiana y le dijo:

—Acompaña a esta señora hasta la puerta. Siento no poder darle lo que me pide; si fuera una caridad, si fuera dinero...

Lola Gatín la miró de hito en hito, y reprimió con esfuerzo una sarcástica sonrisa. ¡Dinero! ¿cuánto dinero? ¿un peso, diez pesos, cincuenta pesos?; porque más no sería, a buen seguro. Y después que los hubiera gastado ¿qué haría? ¿rendirse? ¿rendirse por hambre, según lo deseaban aquellos dos señores, uno de los cuales era su yerno? ¿Por qué los ricos creen que sólo se hace caridad con dinero?

¡Ah, qué violencia tuvo que hacerse para no borbotar las rudezas que le subieron a la garganta!

Salió sin saludar casi a la gran señora, la cual se convenció de que era indigna de su socorro, y en la galería se volvió hacia Indiana:

—Gracias, señorita, yo sé el camino.

Indiana la miró intensamente sorprendida de su hermosura y de su aspecto; y como Lola Gatín no bajara los ojos ante su mirada escrutadora, le preguntó:

—¿Vive lejos de aquí?

—Sí, señorita; en el Parque de los Patricios.

Cuando la interrogaban con suavidad, contestaba en el mismo tono.

En presencia de algún caso interesante, misia Remedios, solía mandar a Indiana que sondease con una última palabra el alma de sus postulantes, por si su juicio era equivocado.

La muchacha, habituada a esa obra, experimentaba un punzante interés de saber cómo se vivía honrada siendo pobre y hermosa. ¿Era posible ese milagro?

Aquella mujer tenía en su persona el atractivo de un misterio.

—¿Es soltera?

—Soy casada.

—¿Tiene niños?

—No.

Respondía brevemente, sin aspereza, pero también sin agrado, e Indiana se animó a decirle:

—Usted ha venido por algo que aquí no le han dado... ¿verdad?

—No, señorita; yo no pedía nada; por el contrario, me han ofrecido...

Se rió con la risa mala que a duras penas contuvo enfrente de doña Remedios, y añadió:

—Me han ofrecido dinero... Pero ¿sabe, señorita?, no es esa limosna lo que me hace falta; muchos hay que me ofrecen dinero, y más de lo que ha de darme la señora...—Se detuvo, miró la escalera, adonde habían llegado, saludó ligeramente y fué a descender; pero Indiana la tomó por la mano.

—Aguarde un minuto; voy a llevarla en mi automóvil... Es tarde y vive lejos.

Lola Gatín, sorprendida de tal ofrecimiento, vaciló; pero Indiana la decidió a aceptar: —Yo voy para ese lado...

Buscaba un pretexto para salir también ella sola y llegar hasta la casa de Valentina.

Llamó a un sirviente.

—Vea si está mi auto a la puerta.

Corrió a prevenir a doña Remedios de su salida, y la dama quedó conforme, pues le gustaba saber intimidades de las gentes que acudían a ella.

Partieron, pero Indiana no llegó hasta la casa de Gatín. En el camino se detuvo en una tienda, y dió orden al chofer de llevar a aquella señora y de volver luego al garage.

Y así, mientras su auto rodaba hacia el Parque de los Patricios, ella se fué a Belgrano, a la casa de Valentina, para cumplir la promesa hecha a Jaime.

Cuando pocas horas antes Blas Gatín dejó al organillero a su puerta, no se imaginó que su ventana seguiría cerrada, y que la carita pálida y los ojos mortecinos, no se asomarían más para ver al viejo.

Este, en medio de una rueda de chiquillos, hacía un

rato que desgranaba sus notas en el aire transparente de aquella mañana. Pero la doliente figura que ansiaba ver no aparecía.

Tocó todas sus piezas. Los chicuelos miraban también a la ventana.

—Toca para el muchachito enfermo que no sale,— dijo uno de ellos.

—Quizá se haya muerto, — respondió sencillamente otro.

El organillero, que empezaba de nuevo la serie de sus piezas, se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho? — interrogó al pilluelo, el cual echó a correr sin contestarle.

Y entonces él, con el corazón apretado de angustia, comprendiendo que eso podía ser verdad, porque también su nieto se había quedado de pronto frío para siempre, echó a la espalda su caja y empezó a subir la interminable escalera.

Detrás de él seguían los chicuelos. Cuando el viejo se detenía fatigado por su carga, ellos le decían en coro:

—No es aquí; es más arriba.

En el rincón abandonó el organito que lo crucificaba, y continuó subiendo. Se paró en otro piso, y volvieron a decirle:

—Es más arriba.

Le enseñaron después el largo corredor donde estaba la pieza de Gatín, y él llamó a la puerta.

—Entre; no hay nadie, y el niño está enfermo — le dijo una vecina.

Y pues, en efecto, nadie contestaba, empujó la puerta y entró, como un abuelo que va a asistir a su nieto.

Allí, junto a la ventana entornada, como la dejó Gatín al irse, hallábase el niño dormido para la eternidad, tibio todavía, con las aletitas de la nariz moradas, las orejas cárdenas y los labios rojos.

Tal como estaba, hundida en la almohada su cabecita inteligente, de rasgos puros, se parecía más al otro niño muerto en la casa del organillero.

Cuando llegó Lola Gatín, en aquel automóvil que le

metía en el pecho la venenosa fiebre del lujo, y subió a su cuarto y vió al lado de la cama del enfermo al viejo que hablaba llorando, comprendió que su cuñadito había muerto.

Por débil que fuese, era una ligadura más que se rompía, de las que ataban su conciencia a aquella vida dolorosa, pero honrada. Se arrimó a la cama; con los ojos secos miró el cadáver y se agachó a besarlo.

Y esta vez dijo en alta voz lo que tanto había pensado:

—Tú que te mueres de niño, tú sí que sabes lo que haces.

El viejo sacudió la cabeza.

—¡No, no! — clamó con la voz ronca de lágrimas; y a su vez expresó lo que le había enseñado su experiencia: «A los niños los matan las culpas de los grandes».

XV

La bolsa de gatos

No bien los cronistas puntanos vieron aparecer las maletas de Piña en la estación de San Luis, acudieron a reportearlo.

Si hubieran tardado, el mismo don Octaviano habría corrido de redacción en redacción, haciendo sus importantes declaraciones políticas:

—Estoy donde estaba... Este es un gran país... La unión de las fuerzas conservadoras... ¿no le parece a usted? debe ser el santo y seña de todos los argentinos... contra el enemigo común... Subráyeme eso del enemigo común, porque es un concepto capital...

—¿Y en materia económica?

—En materia económica ustedes coincidirán conmigo en que éste es un gran país. Como la Francia recién salida de la revolución realizó la maravillosa conquista de la remolacha azucarera, creando una industria perdurable, la Argentina, que entra en la evolución, debe empeñarse en la conquista de la remolacha forrajera... ¿No opinan ustedes conmigo?

—¿Y qué hay de su candidatura a gobernador de San Luis?

—¿A gobernador de San Luis? — interrogó don Octaviano frunciendo las narices.

No le deslumbraba aquella perspectiva: sueldo escaso, pueblo chico, nada de cinematógrafos... ¡Ah, los cinematógrafos! ¡qué conquista moderna!

—Aquí se habla de su candidatura, señor diputado.

—No sé nada; mis amigos saben que no aspiro; no

aceptaría: no me corresponde; me he mantenido lejos de la acción...

—¿Y su candidatura a senador nacional? Aquí se dice que se le ha ofrecido...

Don Octaviano sonrió, porque aun no siendo eso verdad le convenía el efecto de tal noticia.

—Que se le ha ofrecido y que usted la ha declinado.

—¡Ah!

—Por cuya razón se ha resuelto...

—¡Permítame!

—Se ha resuelto elegir...

Don Octaviano se alzó nervioso, y con un acto de esos que los fisiólogos llaman reflejos, le tapó la boca al cronista.

—¡Pero si no es verdad! ¡Si yo no he declinado nada! Pueden decirlo en el reportaje; yo estoy donde estaba, pronto para todos los sacrificios; soy un hombre de lucha, y como un soldado, no discuto nunca el puesto de combate que se me señala.

En el pobrísimo hotel donde se albergaba el prohombre, para combatir el calor del tiempo tormentoso y sofocante, no había más que refrescos de grosella y un par de pantallas, una de las cuales circulaba de mano en mano, pues don Octaviano no soltaba la otra.

La noticia de que se le daba como renunciante a la candidatura senatorial lo había puesto sobremanera acalorado e intranquilo.

Pero conservaba el tino de las cosas más menudas, y hasta las ajenas a los problemas políticos.

Al primer repórter que se levantó para irse, le hizo una seña y lo llevó hasta un rincón de la pieza, donde estaba la cama, envuelta en un cándido mosquitero agujereado.

—Diga, compañero, — le susurró, cogiéndolo por la solapa,—¿no tendría usted un gato de más?

—¿Un gato de más, señor diputado?

—Sí, un gato inútil.

—¿Inválido?

—¡No, hombre!, un gato que no le preste ningún servicio.

—A mí los gatos no me prestan ningún servicio.

—¡Vamos! no me explico bien: una amiga me ha encargado un gato de San Luis, ¿sabe?

—¡Ah! ¡ya me imagino!—contestó el repórter guiñando el ojo — estas francesas son siempre aficionadas a los animales.

—No es francesa — dijo mansamente don Octaviano —es argentina, es una amiga... bien. Me ha pedido que le lleve un gato; lo mismo sería un gatito. ¿No tendría uno?

—No, señor diputado; pero haré lo posible por complacerlo.

—Me hará un inmenso favor. Mándemelo al hotel.

—¿Pero tiene que ser forzosamente de San Luis?

Don Octaviano se rascó la coronilla, despoblada ya.

—Dígame... ¿los gatos de San Luis tienen alguna particularidad? ¡Como hace tanto tiempo que yo no vengo por aquí!

—Creo que no, señor diputado.

—Bueno, entonces no se preocupe; un gato de cualquier lado que sea.

Cuando se levantó el segundo repórter, don Octaviano lo llevó al rincón de la cama, y le hizo su humilde pedido.

Y la misma maniobra realizó con cada una de las visitas que tuvo esa tarde.

Como don Octaviano era un personaje prominente, que podía hacer dar cátedras en el colegio nacional y en la escuela normal, y puestos en el juzgado federal y hasta en el correo, y como los gatos no son un artículo caro y suelen abundar en provincias, nadie faltó a su promesa.

Desde el anochecer de ese día, hasta la hora de nona del tercer día, en que ya el diputado cerraba sus valijas apercibiéndose al regreso, fueron cayendo los gatos prometidos.

Eran de todos los pelajes y tamaños corrientes. Unos, de genio pacífico, se dormían fiando en su destino; otros, enfurruñados, con los ojos como ascuas y las uñas prontas, no compartían los juicios optimistas de don Octaviano acerca de nuestro país; algunos llegaban en jaulitas de

madera; un minino pequeño, blanco como un armiño, venía en una jaula de donde él mismo había desalojado a un canario; otros más humildes, y eran los más, llegaron groseramente metidos en una bolsa liada con un piolín; y estaban allí, dándose contra el suelo, y bufando dentro del saco.

Piña había visitado uno por uno a los legisladores puntanos, para escudriñar sus opiniones respecto al senador que iban a elegir; y esa mañana se puso a hacer el balance de los votos con que creía contar.

Anotaba en una columna los seguros o que tal le parecían; en otra los dudosos, y en la tercera los adversos; y cuantas veces hacía la cuenta le resultaban misteriosos empates, porque su codicia lo llevaba a restringir las fuerzas del contrario, cargándoselas a la columna de los dudosos, y a acrecentar las suyas en términos discretos, para no ser derrotado por su propia cábala.

Entretanto los gatos, algunos de los cuales habían cumplido cuarenta y ocho horas de dieta, gruñían o maullaban, según el temperamento de cada uno, y el hotelero, advertido por numerosos huéspedes de que la atmósfera se tornaba irrespirable en el corredor, fué a conferenciar respetuosamente con don Octaviano, cuya tarjeta, clavada en la tablilla, era un timbre de honor para la casa.

Pero como el señor diputado partía esa misma tarde, no fué necesario adoptar medidas ingratas.

—¿Cómo llevaré mis gatitos, señor don Pedro?

Todos los habitantes del hotel, desde los huéspedes hasta el cocinero, habíanse planteado el tremendo problema; porque el resultado evidente de aquel viaje político era que don Octaviano regresaba con muchos más gatos que probabilidades de ser senador. ¿Y cómo se las arreglaba para llevárselos?

Cada cual, con esa adorable familiaridad reinante en los hoteles provincianos, emitió su dictamen. Estaban todos formando rueda alrededor de los diversos recipientes en que habían llegado los obsequios, y como en algunos venía un casal y a veces un trío, la primera operación necesaria fué la de contarlos. La cifra obtenida era pavorosa.

—¡Santo Fuerte! — exclamó don Octaviano entre aturdido y halagado por el éxito de su encuesta, que era en cierto modo reflejo de su popularidad. — ¿Cómo me llevo yo tanto gato?

Las opiniones más razonables afirmaban que lo mejor era llevarlos en una bolsa.

—O en varias bolsas — apuntó alguien — porque hay aquí para llenar cuatro o cinco.

Don Octaviano lo miró aterrado.

—¿Puede ser así?

—Ciertamente, señor diputado.

Debía de ser un ingeniero, porque rápidamente, con un lápiz, calculó en la pared el cubaje de una bolsa y lo dividió por el volumen que desplazaba un gato vivo.

—Pero es que yo no necesito llevar más que una bolsa.

Las opiniones coincidieron en que era necesario en tal caso seleccionar los gatos, para sólo llevar los mejores.

Y como por ser domingo, ese día estaban libres de sus ocupaciones los huéspedes del hotel, casi todos se entregaron con don Octaviano, el hotelero y los sirvientes, al laborioso problema eleccionario.

—¡Este overito como un tigre, señor Piña!

—¡Este otro listado como una cebra!

Era fácil averiguar las condiciones estéticas de los que habían venido en jaulas o simplemente atados con una cuerdita del pescuezo; pero no de los que llegaron embolsados misteriosamente, y estaban allí enfurruñados, rabiosos, listos para escapar en cuanto se les abrieran un resquicio.

Había que ver entonces las precauciones adoptadas.

—¡Puff! ¡Este está sarnoso! — dijeron del primer embolsado que salió a luz.

—¡Y éste también! — se dijo del segundo.

—Este no será sarnoso, pero se está muriendo de viejo.

La siesta entera se pasó en la clasificación, y cuando se hubo apartado los ocho gatos, que según cálculos prudentes cabían en una bolsa harinera, empezó el trasegarlos a ella y el dar libertad a los desechados.

Fué una hora memorable y espantosa. Los libertos

no entendían de razones ni acertaban con el zaguán de la calle; y despavoridos se diseminaban por la casa, enconados y hambrientos.

El hotelero movía la cabeza disgustado.

—Tengo gatos para un siglo... y no tengo ratas.

En aquellos preparativos se había ido aproximando la hora de la partida, y algunos correligionarios de don Octaviano comenzaron a llegar a despedirse; y allí se estaban estupefactos, presenciando el final de la escena incomprensible.

Por fin todo quedó listo, y un changador estremecido cogió la inquietante bolsa y se la echó al hombro.

Un repórter tomaba fotografías para enviarlas a una revista porteña; pero don Octaviano, encantado de su popularidad, no preveía el peligro.

En la estación, un edecán del gobernador había ido a saludarlo en nombre del primer magistrado de la provincia; y numerosos amigos le desearon buen viaje.

En el tren, don Octaviano, se olvidó de sus gatos y se puso a cavilar en la senaduría.

No estaba satisfecho de la acogida que le dispensó el gobernador, a quien fué a plantearle netamente el problema. Aquel hombre no quería comprender lo de la unión de las fuerzas conservadoras, ni lo del enemigo común. Era hombre de partido, y no le seducían los equidistantes ni los candidatos de transacción.

Don Octaviano le había pintado la horripilante perspectiva que se abriría para el senado de la nación si se llenaban las vacantes con adversarios del futuro presidente.

—¡Es capaz de disolver el senado! — exclamaba alzando las manos al techo. — Para conjurar ese peligro hay que elegir hombres equidistantes, dispuestos a sacrificar sus convicciones en aras de la tranquilidad del país.

El gobernador no tenía confianza en los equidistantes. Precisamente el peligro lo veía él en el excesivo número de equidistantes que adivinaba entre los senadores. Triunfante el candidato radical, todo se le volvía hacer conjeturas respecto a los misteriosos planes que el futuro presidente podía desenvolver el día que tomara el gobierno.

—¡Es capaz de disolvernos! ¡Es un hombre sin ley ni rey! ¡Hay que hacerle el gusto en todo! ¡Primero es la tranquilidad de la nación!

Supervivientes de partidos locales disueltos por la derrota, o panes ácimos horneados en alguna transacción, aquel grupo de padres de la patria, despavoridos ante la amenaza de la disolución, con que ellos mismos se espantaban, andaban ya buscando el vado para pasarse al campamento del enemigo.

En esas condiciones, el gobernador hallaba preferible que resultara por sus cabales elegido senador un adversario que manipular el triunfo de un candidato neutro.

Don Octaviano adivinó las reticencias del gobernador. Ahora ponía su esperanza en que se dilatara la elección, por lo menos hasta que fuera de todo punto indubitable la nueva que llenaba el país, esto es, la candidatura ministerial de su gran amigo el doctor Vieytes.

Urgábale una duda: ¿por qué le dijo Cristina que ni una coma era verdad en ese asunto? Ella misma le dió la noticia. ¿Era posible que la inventara? ¡No, no! Esto lo había dicho en un rato de malhumor, la noche del cumpleaños de doña Remedios, sin duda para no andar con explicaciones. Que el futuro presidente había puesto los ojos en tal hombre, era más seguro que el sol. Y en las provincias la candidatura ministerial del eminente equidistante tenía aún más ambiente que en la capital. La personalidad del marido de Cristina ganaba mucho a la distancia.

—¡Es como las montañas! — pensaba Piña restregándose las manos brunas y lustrosas.

Estas y otras parecidas consideraciones calmaron la inquietud que le producía el cavilar sobre la senaduría.

¡Cosa hecha! Podía arriesgarse hasta a darle la noticia a Aurelia Condesa, cuando le llevara los gatos.

Junto con los animalejos tenía que llevarle también sus trabajos agronómicos, porque los dejó en casa del encuadernador para que los empastara lujosamente.

¿Cómo, con todo eso, no había de rendirse la joven y

perder un poco de aquel acendrado disimulo que la hacía eludir la confesión de su amor?

Pero en Buenos Aries, poco después de llegar el tren, se le desbarató a Piña uno de sus argumentos para rendir a Aurelia Condesa.

En el depósito de bagajes se negaron a entregar la bolsa de los gatos sin revisar el contenido. Dióse alguna vez el caso de que viajaran sin pagar boletos unos niños embolsados así, por lo que la administración del ferrocarril, para evitar fraudes, había dictado una rigurosa disposición.

En presencia de don Octaviano y de un empleado con gorra galoneada, y el changador que aguardaba los bultos para llevarlos al coche, se abrió cautelosamente el saco misterioso.

En el fondo obscuro de él brillaban como un brasero los ojos fosforescentes de las bestias rabiosas.

El empleado aventuró dentro una mano, y la retiró presto, con un largo arañazo.

—¡Son gatos! — dijo sobándose la herida.

—¿No se lo decía yo? — replicó encantado don Octaviano.

Con el mismo piolín ató la boca de la bolsa.

—Puede retirarla, — indicó el empleado al changador.

El diputado Piña, muy ufano, salió abriendo la marcha; pero un grito lo hizo volver el rostro.

Con el apuro no habían ceñido bien el cordelito, y en cuanto el changador se echó la bolsa al hombro, se desbarató la atadura, y desembocó un largo chorro de gatos que se desparramaron en el depósito de bagajes.

—¿No le dije yo que eran gatos?—exclamó esta vez con impaciencia don Octaviano, increpando al empleado de gorra galoneada, que se reía.

—Así parece — contestóle blandamente.

—¿Y ahora qué se hace? — preguntó el changador, con la bolsa flácida en la mano.

—¿Cómo qué se hace? — gritó Piña enfurecido,—¡agarrarlos!

—¿Agarrar los gatos? — interpeló el changador con el tono con que habría dicho: «¿agarrar un rayo»?

—Sí, señor; agarrar los gatos; ¡vaya qué pregunta!

—¿Pero usted cree que es fácil agarrar un gato?

El que esto decía era el jefe de la estación, que se aproximó al grupo.

Don Octaviano, lívido de rabia, sacó su medalla de diputado.

—Soy diputado nacional — exclamó. — Nadie se ha de burlar de mí.

Hubo un momento de asombro. El jefe, con esa exquisita cortesía con que tratan a los padres de la patria los empleados de ferrocarril (no siendo de los ferrocarriles del Estado), contestó al enfurecido Piña:

—Haremos lo posible, señor diputado.

¡Ay!, lo posible en esa materia era bien poco. Atrapar vivo un gato suelto y desconfiado es tarea superior a las fuerzas humanas.

Cerráronse las grandes puertas del depósito, y todos los empleados, con el jefe a la cabeza, y luego el changador y últimamente el mismo Piña, de jaquet, con sus lentes de oro cabalgando trémulos en la punta de la nariz, empezaron la cacería.

Era el local un inmenso salón de piso de portland, en que se amontonaban los equipajes de centenares de viajeros.

Los gatos, ya huían cada cual por su lado; ya daban una briosa costalada y sus uñas chirriaban sobre el pavimento; ya se encaramaban de un salto sobre las pilas de cajones, y hasta allí trepaban penosamente sus tardos preseguidores; ya se atrincheraban detrás de unos bultos contra un rincón, y había que removerlo todo para desalojarlos; ya algunos se introducían en algún resquicio sin salida, y al primer cazador que estiraba la mano le tajeaban el pellejo de un arañazo.

Enervados, jadeantes, sudorosos, el jefe y los empleados y el changador se detuvieron un instante.

—¡Soy diputado nacional! — gritó don Octaviano, que en ese momento, encaramado sobre una pila de equipajes, parecía su propia estatua. Y aquel grito actuó como un espolazo, y recomenzó la infructuosa persecución de los fe-

linos, que habían aprovechado el ligero reposo para echar una ojeada al terreno y atusarse los bigotes.

Ya los pobres cazadores no andaban en dos pies, sino en cuatro. Uno de ellos se detenía de pronto.

—¡Psit! — chillaba imponiendo silencio; y como una víbora se deslizaba cautelosamente debajo de una mesa, adonde se había introducido uno de los prófugos; pero mientras él llegaba por una punta, el objeto de su codicia huía por la otra.

Nuevo desencanto, una pausa en la campaña, y nuevo grito de don Octaviano, que a tal sazón hallábase en cuatro patas, medio cuerpo debajo de una carretilla.

—¡Soy diputado nacional!

Pero las fuerzas humanas tienen un límite. El jefe ya no podía seguir dando ejemplos de resistencia a su pequeña tropa, porque era asmático y presumía un ataque.

—Señor diputado... — dijo gorra en mano, limpiándose el sudor del pescuezo con un pañuelo.

Piña salió rugiendo de abajo del carretón.

—¿Qué hay?

—¡Que ya no podemos más!, que esta cacería es inútil, y que si el señor se empeña en seguir, yo prefiero presentar mi renuncia a la Dirección... Y puede quejarse el señor diputado...

Don Octaviano se dejó caer sobre un cajón, anonadado por su impotencia. Echó una mirada a sus gatos fugitivos, algunos de los cuales reposaban tranquilamente cerca del techo, y comprendió la justicia de las palabras del jefe. Por otra parte se le alcanzaba perfectamente que no era un asunto de fueros parlamentarios, por lo cual holgaba la invocación de su investidura.

—¡Qué le vamos a hacer! — suspiró resignado.

El changador le alcanzó la galera apabullada, y un empleado empezó a cepillarle el jaquet.

Al cabo de un rato se abrieron las puertas. El público agolpado afuera quería, como el pueblo del 25 de Mayo, saber de qué se trataba. Pero un gran secreto sellaba los labios, tentados de la risa, de aquellos buenos empleados del ferrocarril.

Don Octaviano salió cariacontecido, como si Aurelia Condesa acabara de darle calabazas. Pagó suspirando al changador, y tomó un automóvil y le dió su dirección.

No había andado la mitad del trayecto cuando le gritó al chofer otra calle y otro número, y su fisonomía se iluminó con una gran esperanza. ¡Ya tenía gatos para Aurelia!

Recordaba que don Dimas, de quien era amigo, y a quien de cuando en cuando favorecía con dádivas discretas para sus obras, poseía una gata, y que esa gata, según él le contara, había dado a luz cinco gatitos, que a la sazón tendrían dos semanas.

¿No le bastarían cinco gatitos a Aurelia Condesa?

Voló en busca del sacerdote; trepó en dos saltos la escalerilla de madera del tugurio donde él habitaba, pero halló cerrada la puerta. Por el tragaluz alcanzó a ver a la fecunda madre dormida, panza al aire, con su prole al lado.

Una mujer que cuidaba de la ropa de don Dimas le dijo dónde podría hallarlo, bajo el viaducto, con sus atorrantes, a quienes frecuentaba más, a medida que se aproximaba el gran día de la comunión.

Don Octaviano tenía con él una vieja amistad, desde los tiempos en que ni uno ni otro conocían las turbulencias de la ciudad porteña. Pero el diputado tratábalo de «usted» al sacerdote, mientras éste, con la autoridad de su carácter, más que de su edad, lo tuteaba en la incorrecta forma criolla del «vos».

—¿Venís a ingresar en este gremio? — preguntóle don Dimas, después que lo reconoció, muy sorprendido de la inusitada visita.

—No tengo méritos para tanto honor, — respondió suavemente Piña, echando una inquieta ojeada al grupo de hirsutos personajes que rodeaban a su amigo. Empezaba a parecerle que un hombre que tenía sus delicias entre aquella gente no comprendería el problema sentimental en que a él le ponía la fuga de sus gatos.

—¿Has llegado o te vas de viaje?

—Llego recién; con mala suerte...

—¿A qué le llaman ustedes mala suerte?

Por el tono de la pregunta, comprendió Piña que habría sido aventurado exponerle allí su caso y pedirle la prole de su gata.

—Cuando se vaya a retirar, yo lo llevaré — respondióle, mirando a los catecúmenos desharrapados que le formaban rueda, con el aplomo de quien está en su propia casa, ante un intruso.

—Pues tendrás que aguardarte un rato. No te vendrá mal oirme; hablando a éstos siempre habrá algo para vos, a pesar de tus lentes de oro y de tu jaquet, y de tu medalla de diputado.

Pero don Octaviano prefería esperar el fin del catecismo en el carruaje, y en él se metió, arrojando tímidas miradas sobre el taxímetro, que avanzaba con inexorables saltitos.

—¿Tardará mucho? — balbuceó; pero don Dimas no lo oyó, engolfado ya en la explicación de la parábola del hijo pródigo.

Algunos atorrantes se habían desgranado de su círculo y rodeaban el auto, las manos en los bolsillos, la pipa en la boca, el aire desdeñoso para con el intruso, que empezaba a sonreirse, en su afán de popularidad, o quizás mejor con deseo de ganar la voluntad de don Dimas, a quien, sin duda, iba a escandalizar su pedido.

Los atorrantes contemplaban a Piña como a un bicho raro, y poco a poco fueron estrechando el cerco, hasta rodearlo completamente. El seguía sonriéndoles, aunque atufado por las pipas y el vaho de alcohol y de suciedad que formaban nubes alrededor de ellos.

—¿Ustedes, mis amigos, no sabrán quién soy yo?

Como uno de ellos, con las manos siempre en los bolsillos, se encogiera de hombros, él quiso deslumbrarlos.

—¡Soy diputado nacional!

Pero allí no era como en la estación del ferrocarril, y los atorrantes siguieron chupando sus pipas.

—¿Realmente no me conocen? Me llamo Octaviano Piña. ¿Por casualidad no habrán leído algún trabajo mío?

Sacó su cigarrera y comenzó a repartirles cigarrillos;

pero las lenguas no se desliaron. Sacó entonces su portamonedas, y distribuyó todo el níquel.

—Yo he escrito bastante sobre temas agronómicos. Desearía que me leyeran, y así conocerían los recursos de nuestro país. Porque éste es un gran país; miren el Río de la Plata.

Los atorrantes se volvieron y miraron el inmenso estuario, que bajo el sol chispeaba como un mar de oro. Y se encogieron de hombros nuevamente.

—Miren la Pampa, — continuó don Octaviano — miren los Andes; todo es riqueza inexplotada. Ustedes la tienen aquí al alcance de la mano. Me extraña ver sus moradas sin un árbol, sin un jardín, sin una huerta, donde podrían poner en práctica la rotación de los cultivos, que es el porvenir de nuestras sementeras...

Don Octaviano señalaba con su mano cobriza y pequeña las cuevas donde los atorrantes dormían, sus moradas, que en efecto carecían de todo «confort», y a cuyo alrededor esa mañana habían tendido sus trapos.

—¡Un jardincito! ¡legumbres! ¡flores! ¡una vaca!, todo eso está al alcance de sus manos... Lean, mis amigos, lo que he escrito sobre eso y sobre el cultivo de la remolacha forrajera...

El círculo de oyentes se le empezó a ralear, sin que ninguno confesara haber leído los escritos de Piña. Don Dimas llegó, terminada su peroración, y cuando el coche arrancó y se puso a tiro de arcabuz de aquellos hijos pródigos, don Octaviano contó su cuita: la fuga de sus gatos y la dificultad de cumplir su compromiso con Aurelita, si el sacerdote no le regalaba aquella prole que él acababa de ver en su cuarto.

Don Dimas soltó la carcajada.

—Bueno; los cinco gatos de mi gata te los llevás ahora mismo; pero favor por favor.

—Lo que usted mande...

—Tengo un empeño para con tu gran hombre, Vieytes... Quiero que él haga readmitir en la compañía de tabacos a una muchacha a quien han despedido sin razón alguna...

—¡Encantado, encantado!

—Este es su nombre. Urge el asunto.

Don Dimas sacó una libreta llena de retazos de papel, con apuntes diversos, y entregó a Piña uno con las señas de la mujer de Gatín, de quien le había hablado doña Remedios, convencida ya de que era justo socorrerla.

Una hora después Aurelia Condesa recibía las obras completas de don Octaviano con expresivas dedicatorias, y una canastilla en que maullaban lamentablemente cinco mininos de dos semanas.

XVI

¡Por encima de todo!

Indiana llegó hasta aquella puerta que nunca se abría, y despidió el automóvil para quedarse sola.

Vaciló antes de llamar. Parecióle que su mano iba a ejecutar una profanación; tan vetusto y oxidado era el llamador, tan resecas las maderas de las que pendían flecos de telas de araña.

De su imaginación se había borrado la imagen de la mujer de Gatín, a la que abandonó algunos minutos antes. A ella, tan dueña de sí misma, que no perdía ni su lucidez ni su sangre fría, aquel acto sencillo de llegar hasta aquella casa la emocionaba extrañamente.

Sin duda respondió sin madurar su propósito, cuando, por ganar una sonrisa de Jaime Vieytes, le prometió visitar a Valentina.

Ya estaba ante su puerta, y aun no sabía qué iba a decirle, y cómo disculparía el largo olvido, y explicaría el arranque de nuevo afecto que la llevaba a ella.

Pero es que no la movía sólo el deseo de cumplir su palabra. Desde hacía tiempo, desde que supo el amor de Jaime por la hija de aquel Ocampo, concibió el proyecto de reanudar una amistad que podía utilizar para sus planes.

Había observado que doña Remedios se estremecía cada vez que un incidente cualquiera evocaba el drama obscuro en que murió la madre de Valentina, y aunque permaneciera callada, sentíase en ella el perdurable horror a la relación con aquella familia.

Y cuando Jaime volvió de Europa, se interesó más en poseer la clave del enigma; y con toda paciencia y sagaci-

dad, haciendo hablar a criados antiguos y anudando cabos sueltos, llegó a restablecer una parte de la verdad.

Pudo saber así que el doctor Vieytes había cortejado, muchos años atrás, a la madre de Valentina. ¿Cómo llegó eso a noticias del marido, y qué fué lo que en realidad ocurrió en la trágica escena? Nunca logró penetrarlo Indiana. En aquel drama no actuaron más que tres personas: una murió, y era la madre de Valentina; otra perdió la razón, y era Ocampo. El tercero no hablaba, Vieytes.

Alguna vez Indiana cuchicheó de ello con María Helena, quien le contó lo ocurrido la noche en que su automóvil se detuvo frente a la casa de Valentina. Eso la confirmó en la idea de que Cristina sabía más de lo que creían. ¿No había un cuarto actor en aquel drama, que era Cristina misma?

No podía interrogar a María Helena, amiga insegura y tibia, y debía parar allí sus averiguaciones, hasta que la casualidad completara lo que aun faltaba.

Pero sabía bastante como para ir un día a Jaime y decirle: «Hay una mujer en el mundo a quien no puedes querer, y es Valentina Ocampo»; lo mismo que doña Andrea Echarri dijera a Valentina: «Hay un hombre en el mundo con quien no puedes casarte, y es Jaime Vieytes».

Conociendo el alma recta de Valentina, Indiana comprendió que ella lo ignoraba todo, pues de otra manera no habría aceptado a Jaime. Y eso le causó una alegría profunda, porque la suerte ponía en su mano el destino de aquel amor.

El mismo Jaime la ayudó en su propósito, cuando le pidió que reanudara su amistad con Valentina. Así podría acercarse a ella, y cuando fuera oportuno y supiera lo que algún día llegaría a saber, descargaría sobre su cabeza inocente el horrible secreto que hacía un crimen de su amor.

Y ahora Indiana, para cumplir su promesa, estaba ante la puerta de aquella casa.

Cogió el llamador y dió un pesado martillazo, que sonó medrosamente en la oquedad del zaguán.

Aguardó un largo rato y repitió el golpe con mano trémula.

Sobre el umbral de mármol manchado por la lluvia, la primavera extendía una capa de musgo, que en las junturas y el frente de los escalones parecía un borde de terciopelo.

Mientras Indiana estuvo allí no pasó nadie por la calle transversal, y apenas si por la de Juramento algún tardío carro de panadero turbó el gran silencio del barrio.

En los plátanos, enfilados sobre el cordón, rumoreaba ya la fronda nueva; y en la poderosa copa de unos eucaliptus próximos, el viento sonaba como una cascada.

Por tercera vez iba a llamar Indiana, cuando apareció contorneando la esquina que daba hacia el charco verde un viejo agachado, de dulce mirar, que traía un niño consigo.

Examinó un momento a Indiana, y luego le dijo:

—¿Qué busca, niña?

Tenía un marcado acento español; sus manos gruesas, labradas por trabajos rústicos, denunciaban al hortelano; vestía una blusa descolorida y calzaba alpargatas.

—Deseo ver a mi amiga Valentina—contestó la muchacha.

El viejo escudriñó su cara con mirada recelosa, y con tardo paso desanduvo luego su camino, musitando palabras que Indiana no oyó. Pero antes de doblar la esquina volvió a preguntarle:

—¿Cómo se llama?

—Indiana Lenoir.

—¿Indiana cómo?

—Dígale Indiana solamente; me conoce bien.

—Así será.

Desapareció el viejo con su niño, y demoró en volver, lo que puso a prueba la paciencia de Indiana. Por fin regresó para decirle:

—Valentina no está.

Indiana lo miró con enojo, suponiendo una mentira;

¿cómo podía no estar a esa hora, cerca del mediodía? El viejo se fué; Indiana quiso ver por dónde entraba a la casa, y aproximóse a la ciénaga y vió la puerta falsa que cerraba tras él silenciosamente, y por arriba de la pared, cuyo borde estaba erizado de cascos de botellas, divisó el parral frondoso y una gran magnolia sombría.

¿Así, pues, su maniobra fracasaba? No le dolía ciertamente el no ver a Valentina, sino el que eso pudiera desbaratar su plan.

Dió algunos pasos, se allegó nuevamente al umbral, y cuando iba a alejarse de la casa, cuyos dueños parecían negarse a todo comercio con las gentes, aquella puerta que no se abría nunca, giró rechinando, y en el zaguán obscuro apareció el rostro blanco de doña Andrea Echarri.

Los ojos de la anciana interrogaron a la que así burlaba la consigna del mundo. ¿Qué la traía hasta aquel sepulcro de vivos?

—¿Qué Indiana es?

—Indiana Lenoir, la amiga de Valentina,—respondió la muchacha adelantando un paso.

—Sí, me acuerdo; había una Indiana en aquella casa de nuestros parientes, que se cerró para nosotros, como el corazón de su dueña.

Indiana no contestó.

—Pero no era amiga de Valentina,—prosiguió doña Andrea con voz hostil,—pues en ocho años no ha parecido recordarla.

Hizo una pausa; Indiana tampoco habló.

—Hoy no está ella; es verdad; y si estuviera diría lo mismo que yo: que no nos duele tal olvido; y que a nuestros amigos de antaño y a nuestros parientes sólo les pedimos que nos dejen en paz, en esta casa que no se abre nunca para nadie.

Y como Indiana, sobrecogida por un inexplicable temor de que los ojos sagaces de aquella vieja pudieran adivinar sus propósitos, no replicara, la puerta violada ese día en su eterna clausura se cerró con el mismo chirrido de sus herrajes, y la casa quedó más inaccesible

desde que se apagó en el sonoro zaguán todo rumor viviente.

Entonces Indiana sintió un ímpetu de cólera. Parecía verdad que Valentina había salido. No tardaría en llegar, pues era tarde; y pensó en aguardarla, para que fuera ella quien le dijera eso, y poder aniquilarla con una sola palabra, que había de quedarle en el alma como una saeta.

Mas discurrió que le convenía hablar primero con Jaime, para mostrarle que no era culpa suya si no logró verla. Era buena hora, si quería hallarlo en casa de sus padres; y a doña Remedios le explicaría la tardanza con alguna piadosa invención.

En ese tiempo el nombre de Vieytes era el de uno de los planetas que se levantaban en el firmamento de la política argentina, alrededor del sol naciente.

Faltaban pocos días para que asumiera el mando aquel nuevo presidente que anunciaba que ese 12 de octubre de su asunción sería una fecha memorable. Y todos los diarios daban entre los nombres de los ocho probables ministros el del doctor Augusto Vieytes para la cartera de justicia e instrucción pública, y el del diputado Vitaliano Gutiérrez para la de hacienda.

El doctor Vieytes, ante la persistencia de los rumores había sentido disiparse todas sus dudas, por más que no le hubieran hecho todavía el ofrecimiento del ministerio. Se daba trazas para explicarse a sí mismo la omisión de un requisito que parecía indispensable, recordando las manías del futuro presidente, amigo de extraviar las suspicacias del público, y de ocultar sus intenciones y sus planes. Seguramente el ofrecimiento vendría a última hora; mas por tardío que fuese, como ya había madurado su resolución, apenas emplearía un par de minutos en hacerse el que lo meditaba y aceptar.

Pero sólo él sabía que no se le había ofrecido nada. Los miembros del cónclave, a obscuras de ese detalle, elogiaban «sotto voce» su admirable reserva, y se cruzaban a cada instante el nuevo santo y seña: «Cuando él sea ministro».

Esa mañana, a cosa de las diez, llegó el señor Alconada a ver al candidato, que deseoso de mostrarse un poco en público, a la hora de Florida, había dado al portero la consigna de anunciar que no estaba en casa.

Sólo que para el señor Alconada no regían esas instrucciones, porque entre el eminente ciudadano y el dulce procurador había negocios impostergables y discretos.

Seguro de ser recibido, llevaba siempre en el bolsillo de su saco de lustrina un diario, una revista o un cartapacio con que se entretenía en la salita de espera, mientras aguardaba su turno.

El doctor Vieytes, que seguía devorando «Los Tres Mosqueteros», escondió el libro y atrapó rápidamente «La isla de los Pingüinos» de Anatole France, que yacía desde tres años atrás sobre el virgen cristal de su mesa de trabajo.

—Hoy hemos realizado una buena adquisición;—dijo el señor Alconada, después de saludar con toda reverencia al grande hombre.

El doctor Vieytes alzó su noble fisonomía de estadista yanqui; se acarició la garganta con el dorso de la mano, gesto más distinguido que el del coronel Rodríguez, que se resobaba la barba, y esperó la explicación del hombrecillo de anteojos azules.

—Hemos comprado los créditos de la quiebra de Villamil y Schneider, contra el doctor Narciso Jairo, por un diez por ciento...

—¡Ah!... ¿cuánto suman esos créditos?

—Más de cuarenta mil pesos; tinta, tipos, papel, maquinaria de imprenta... Como al doctor Jairo, por ser diputado no se le puede embargar la dieta, y el diario está a nombre de otro, no había interés en el comercio de adquirirlos.

El doctor Vieytes aprobaba aquella maniobra; no pensaba reembolsarse pleiteando con Jairo; era una inversión a fondos perdidos; pero con ese crédito, y por intermedio de Alconada, que trataría con el propietario de «El Porvenir», pensaba asegurar definitivamente la propaganda en su favor.

El hombre de los anteojos azules continuó sus informes. No podía dudarse de que era el brazo ejecutor del doctor Vieytes.

Hay una multitud de asuntos interesantes que un personaje como él no puede abordar directamente. Para eso estaba el señor Alconada, que realizaba con devoción toda suerte de gestiones claras y turbias, que unas veces referíanse al patrimonio del distinguido ciudadano, y otras a sus placeres.

Hasta se encargaba de echar la tarjeta del doctor Vieytes en los entierros y en los funerales, y la gente sencilla, leyendo las crónicas, se preguntaba admirada cómo hacía el grande hombre para estar en todas partes.

Los ojillos tiernos del señor Alconada chispeaban de gozo, detrás de sus vidrios, cada vez que al rendir cuentas a su mandante, le daba pruebas de su adhesión y de su sagacidad.

Concluídos los informes, el doctor Vieytes se puso a tamborilear con los dedos en el brazo del sillón. Era una leve muestra de impaciencia, que su procurador comprendía; por lo que no tardó en dejarle.

En las vísperas solemnes de su encumbramiento, Vieytes deseaba pasearse solo por Florida, en la seguridad de hacer felices a muchas personas distribuyendo saludos y sonrisas, y, de trecho en trecho, un silencioso apretón de manos.

Averiguó si estaba ya su coche, que había de llevarlo hasta la esquina del Jockey Club, tomó el sombrero y salió.

Sentíase radiante como el día, que era esplendoroso; y en su alma desbordaba la voluntad de agradar a todos, aun a los humildes, para que todos participaran de su buena fortuna.

No en vano se decía en los círculos adictos al futuro presidente que aquel 12 de octubre sería una fecha inolvidable.

Al cruzar la verja que rodeaba su casa, paró junto a él un hombre de cierta edad, acompañado de una muchacha.

Se fijó en ella primero, y en seguida en él, que lo saludó, y hallándoles fisonomía conocida, les dirigió la palabra de oro.

—¿Vienen a mi casa?

—Sí, señor.

—¿Me buscan a mí?—preguntó con benevolencia, observando a la chica.

—No, señor; somos de aquí,—dijo ella.

—¡Ah! ¿quiénes son ustedes?

—Yo soy su cocinero,—respondió el hombre.

—No lo conocía: ¿ha entrado hace poco?

—¡Oh, no, señor! Hace catorce años que estoy en su casa.

—¡Catorce años! ¿Y esta niña?

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—Es bonita—dijo él en voz alta; y agregó para sí—¡pues no me había fijado en esta criatura!

La chica se sonreía con malicia, encontrando gracioso que se pudiera pasar catorce años sirviendo a un señor, sin que éste los conociera. Y él ahora parecía que no quería olvidarse más de su cara, de tal modo la miraba.

Habría hablado algunas palabras más, para seguir haciéndolos felices, pero en ese momento llegó Indiana.

El doctor Vieytes corrió a prestarle ayuda para que descendiera del coche, y la acompañó hasta el vestíbulo. La joven, que buscaba su amistad y procuraba serle grata, lo felicitó por la noticia del ministerio; y él, que se sentía siempre más alegre y vivaz en compañía de la muchacha, al aceptar con alguna reticencia el agasajo, le esbozó ligeramente su pensamiento de gobierno:

—Si yo fuera ministro, Indiana, daría recepciones, y en mis recepciones tú serías la reina.

Oyóse como una ventolera que venía de la calle, un rumor de palabras inflamadas, un portazo en la verja, y luego se vió una silueta cuadrada, que escalaba impetuosamente la gradería del vestíbulo.

Era el doctor Trejo, portador del rumor sensacional

de que los jesuítas se oponían a la candidatura de su Augusto.

Estrujaba un diario con su mano recia y nerviosa, y al llegar lo desplegó con energía.

—¡Ya está maniobrando la secta negra!...

Al ver que una joven acompañaba al doctor Vieytes, se detuvo, se acercó a ella, y la saludó lleno de mieles.

—¡Oh, Indiana! excuse mis arrebatos, hijos de un temperamento expansivo y noble...

Le dió la mano, y dejando los anteojos de hablar, se puso los de leer, y se encaró con la joven, examinándola como si fuera una hermosa página escrita en caracteres pequeñitos.

—¡Esplendorosa como la primavera! — exclamó volviéndose a su Augusto, que parecía participar del mismo juicio.

Pero Indiana entraba y ellos tenían que salir. El doctor Vieytes besó la mano de la muchacha, y descendió con gravedad la escalinata, prestando una atención que daba mucho relieve a su fisonomía de estadista preocupado.

—Ya habrás leído el artículo que «El Pueblo», diario de los jesuítas, dedica a los candidatos a ministros.

—No he leído nada,—contestó el aludido.

—Hay entrelíneas malévolas a tu respecto; te elogian, pero con reticencias respecto a tu falta de definición en el terreno católico... «Nada le debe la religión», dicen.

—¡Qué simpleza!—murmuró el candidato, que como Salomón en medio de sus prevaricaciones había edificado templos.—¡Y qué falta de diplomacia! Todos mis amigos saben que yo soy católico sincero, pero independiente.

—¡Eso es!, pero no les basta: querrían verte a los pies del arzobispo, besando su esmeralda o pronunciando discursos en la Academia Literaria del Plata, o almorzando en el Salvador, el día de Loyola... Sin eso tu catolicismo les resulta sospechoso...

—Soy católico;—repitió el doctor Vieytes con aquella su voz templada, que decía tan bien con sus diversos talentos—católico sincero, pero independiente.

—Sobre todo,—prosiguió con creciente vehemencia el

doctor Trejo—ellos se han dicho: «si Vieytes va al ministerio de instrucción pública, Trejo irá a la subsecretaría», y saben quién soy yo; no han podido olvidar aquel mazazo que le asesté a Goyena cuando el debate de la ley de enseñanza laica.

El doctor Vieytes frunció el ceño. En verdad no se le había ocurrido llevar a su terrible amigo de subsecretario; pensaba más bien en el dulce y humilde Alconada, que trabajaría silenciosamente a su lado, sin robarle la gloria.

Pero no quiso replicar y saltó con ligera planta sobre el estribo de su milord, al que hizo bajar la capota y dió orden de conducirlos al Jockey Club.

Trejo se quedaría allí y él despediría el coche, para dar su paseo a pie, por Florida, a esa hora aristocrática.

Indiana había preguntado al entrar si estaba Jaime; le respondieron que sí, y en efecto, halló al joven dispuesto a salir.

—Tengo que hablarlo,—le dijo seria y nublada.

—¿Está descontenta en un día tan hermoso?

—Sí... y la culpa es de usted.

—¿Cómo puede ser eso?

—Por complacerle, fuí a visitar a Valentina...

Jaime se inmutó, porque nunca le hablaban de ella.

—Siéntese, Indiana; cuénteme: ¿qué pasó?

—No, voy de prisa; quería hacerle saber no más que no me han recibido; peor, que me han echado como a una sirvienta...

—¿Ella, Valentina?—interrogó él con acento de inmensa duda.

—No, doña Andrea; Valentina estaba ausente. Pero la abuela tuvo el tino de advertirme que ella habría repetido sus palabras: «Si estuviera, diría lo mismo que yo. A nuestros amigos de antes, a nuestros parientes, sólo les pedimos que nos dejen en paz».

Jaime ocupaba un silloncito del hall. A su lado permanecía de pie Indiana, hundiendo nerviosamente el rega-

tón de su sombrilla en los ojos de una cabeza de tigre puesta delante del sofá.

El joven le preguntó con tristeza:

—¿Qué piensa usted que esto significa?

Y ella le contestó con vehemencia:

—¿Cree usted de veras que ella...?

—¿Qué?

—¿Qué ella lo quiere, Jaime?

El dijo que sí. Indiana entonces se sentó a su lado y espiando su impresión le habló.

—¿Pero entonces qué hay entre esa familia y la nuestra? ¿Qué es lo que los encona tanto a ellos contra nosotros?

—¡No sé, no sé!

—¿Y qué motivo tienen los de nuestra casa para oir con miedo el nombre de cualquiera de ellos? ¿No sabe usted qué historia ha alejado a las dos familias?

—¡No sé, no sé!—repitió Jaime con amargura, porque una vez más palpaba la existencia de un secreto que temía ahondar, por sus padres, por él mismo, y sobre todo por ella, por Valentina, a la que veía condenada como una víctima necesaria. ¿Quién la perseguía y por qué?

—¿Nunca ha hablado de esto con su mamá?

Jaime se levantó triste, moviendo negativamente la cabeza.

—No piense más, Indiana, en estas cosas. Quizás no convenga averiguar si hay justicia o maldad en el fondo de estos recelos. No piense más...

Indiana se recostó en el sofá, y mirándolo con ternura, le dijo:

—¡Cómo no he de pensar, Jaime! Usted la quiere...

—Así es...

—La quiere... por encima de todas las cosas, ¿no?

—¡Por encima de todo!

Indiana apretó los labios que se le empalidecieron; su blancura de camelia era más impresionante que nunca; sus ojos llameaban; pero él estaba ciego para la pasión de ella.

—¿Por encima de todos los sacrificios?—interrogó Indiana con voz insinuante y dulcísima.

—Sí.

—¿También por encima de un crimen, si lo hubiera?

El levantó rápidamente los ojos hacia ella, y al verla tan pálida y conmovida, guardó silencio, dudando qué podía significar aquella alusión.

—¿Por qué dice eso, Indiana?

Pero ella, sin responderle, repitió su pregunta:

—¿La querría aún, sabiendo que sobre la sangre de ella o la sangre de usted pesa un crimen...?

El pensó un rato.

—¡No puede ser!

—¿Y si fuera verdad?

—¡Ella siempre sería inocente!

—¿Y la querría siempre?

—¡Por encima de todo!

Hablaban en voz baja, en el hall desierto, y eso permitía a Indiana disimular la desesperación que vibraba en sus palabras, ante aquel amor que se presentaba invencible y triunfante de todas las asechanzas. Extraviada su imaginación en ese vértigo, no oyó que él le volvía a preguntar: «¿Por qué dice eso, Indiana?»—y él tuvo que repetir su pregunta.

—He soñado, o lo he oído siendo muy niña, que hay entre los Ocampo y los Vieytes una historia de sangre...

Ahora, dominaba su emoción, hablaba fríamente.

—¡Lo habrá soñado, Indiana!

—Creo que no... ¡lo he oído!

El se volvió a sentar en el sillón, hacia el extremo del pequeño sofá, cerca de ella, que seguía maltratando la cabeza del tigre.

—¿Y cómo haríamos para saber qué hay de verdad en eso? — preguntó Jaime a su pesar, porque habría preferido ignorarlo todo; y la muchacha, que sentía el oleaje de aquella alma, le respondió:

—¿Y para qué saber? Usted la quiere a pesar de todo; cierre, pues, los ojos a toda otra visión, que ha de hacerlo sufrir inútilmente.

—¡Es verdad! — dijo él.

Se levantó, sintiendo pasos; le dió la mano, que ella oprimió con frialdad, y salió.

Indiana se agachó a recoger el ojo de cristal del tigre, que por fin había hecho saltar.

—¡Qué lástima! — exclamó, dirigiéndose a Cristina que se le acercaba — le han sacado un ojo; pero aquí está.

Cristina lo arrojó con indiferencia dentro de un jarrón.

La presencia de Indiana siempre la turbaba. Viéndola joven, fresca, llena de esa ardiente voluntad que encendía una luz negra en el fondo de sus ojos y parecía relampaguear en su frente blanquísima, comprendía que era en su mundo el único temperamento capaz de hacerle frente.

No la quería, pero la atraía como un misterio, porque nunca podía saber qué pensaba de las cosas que a ella la apasionaban, ni qué juicio tenía formado de su conducta.

Cristina vivía en aquel mar alegre y turbulento de la alta sociedad, segura de su indulgencia, mientras conservara su rango y guardara las formas. Pero de vez en cuando se cruzaba con una mirada hostil, que adivinaba su camino; y tal cosa le ocurría con Indiana, a quien le parecía que nunca podría engañar.

Veíala penetrar en su casa como una aventurera. Comprendía su propósito de hacerse amar de su hijo, y se hallaba desarmada contra ella; porque no bien trataba de alejar a Jaime, Indiana presentía su propósito y se defendía arteramente.

No le gustaba por eso quedarse callada en su presencia, como si en el silencio sintiera discurrir sobre su epidermis las sospechas audaces de la joven.

Al hallarse de pronto con ella, no se le escapó a Cristina, la emoción que Indiana trató de disimular.

—¿Qué te pasa? Estás pálida como si hubieras visto la muerte.

Indiana se dominó y contestó desviando el asunto:

—Tu hijo está enamorado de Valentina Ocampo... ¿sabías?

—Sí.

—Y yo, hoy, por cumplir una promesa que le hice a él, fuí a verla...

Cristina, violentamente, asentó las dos manos sobre los hombros de Indiana, como si hubiera querido anonadarla. La joven no se inmutó; sintió, por el contrario, una gran alegría. Comprendía que jugaba una partida peligrosa, y le importaba mucho ganarla.

—¿Has hecho eso?

—Sí; ¿qué tiene? — contestó con sencillez.

Estaba resuelta a hacer de Cristina su cómplice, en la obra de destruir las relaciones de Jaime con Valentina. Adivinaba que en el obscuro drama Cristina había desempeñado algún papel.

Aun cuando no llegara a descubrir la verdad entera, la desarmaría para siempre si le daba a entender que lo sabía todo.

Cristina, al oir su contestación llena de inocencia, «¿qué tiene?», comprendió que le tendía un lazo. La tomó de la mano y la llevó a su salita.

—¿Por qué has hecho eso, Indiana? ¿Qué te ha movido?

Indiana bajó los ojos confundida por el reproche.

—Hace muchos años que no nos vemos—dijo suavemente;—éramos amigas, y de pronto se cortó la relación entre las dos casas. No he sabido nunca por qué. Ahora que tu hijo se ha enamorado de ella, he querido visitarla...

—¿Y la has visto?

—¡No!

—¿Y vas a volver?

—¡No!

—¡Ah!

Cristina respiró.

—No vuelvas más, Indiana; esa casa está cerrada para nosotros. Jaime tiene que olvidar su capricho; esa mujer no puede ser de él.

—¿Por qué?—preguntó Indiana.

Fué la primera vez que francamente se formulaba tal pregunta en la casa de los Vieytes. Hacía años que todos rondaban alrededor de esa palabra, y nadie la pronunciaba. Cristina no contestó.

Había entrado el coronel Rodríguez, como de costumbre, sin llamar.

Pero Indiana no tenía prisa; prefería que le dieran la respuesta en otra ocasión. Parecíale que mientras más tardaran en dársela, más tiempo tendría a Cristina dominada.

—¿No estorbo? ¿Se va, Indiana?

—Mi automóvil está en la puerta,—dijo Cristina besándola con una efusión en que se traslucía el propósito de ganar su afecto o su indulgencia.

—Me voy, coronel. Es muy tarde y la señora Remedios me aguarda.

También ella se alegraba de que la entrada del coronel la hubiera librado de la temible respuesta.

—¿Qué tenemos hoy de bueno, Cristina — preguntó Rodríguez olfateando el aire de la casa; pero añadió en seguida:

—¿Ha tenido algún desagrado con Indiana?

La mujer de Vieytes se puso a reir.

—Siéntese; hoy comerá empanadas salteñas que nos han mandado unas parientes. Tenemos otro plato criollo, locro; y ha llegado el queso de Tafí. ¿Le parece bastante?

Rodríguez pensó un momento en el menú; pero estaba preocupado en el aspecto de la dama, en cuyo rostro se adivinaba cansancio o tristeza, a pesar del empeño con que lo disimulaba.

—Siento en el aire,—dijo volviendo a hacer el gesto de olfatear,—que con su risa quiere desorientarme. En poco tiempo usted ha cambiado. Era luminosa y clara como el agua, y ahora la encuentro a menudo nublada y taciturna... ¿Tiene derecho un amigo, que le es fiel desde hace veinte años, de interesarse por los motivos de su pesadumbre?

Cristina seguía riéndose.

—¡Jesús, Rodríguez, que está indiscreto!

Más de pronto se puso seria, bajo la mirada afectuosa de él. En verdad sentíase floja, por la ausencia de un ideal o de un propósito que templara su voluntad. Como

si le hubieran vendado los ojos, caminaba a tientas, sin saber adónde iba, sin querer tampoco ir a ninguna parte.

Rodríguez la habló, respondiendo a estas ideas:

—Anda por caminos extraviados, Cristina...

Ella lo envolvió en una ardiente mirada colérica.

—¡Quién me lo dice!—respondió con ironía.—¿Acaso los caminos por donde marcha usted son más rectos?

Pero él no hizo caso, y la cólera de ella se disipó en una ola de amargura y de hastío. Con aquel hombre, en la noche del cumpleaños de doña Remedios, había cambiado algunas palabras que él entendió, y que a ambos los ataban como ata un crimen.

No era tiempo ya de sentir vergüenza ante él, que conocía su vida hora por hora, que conocía más aún su alma turbada y estéril, como un arenal barrido por un viento del trópico.

Más que vergüenza, podía sentir miedo por el odio que con sus palabras imprudentes había hecho nacer en el corazón de aquel hombre en contra de Guillermo Sánchez.

El coronel seguía hablando.

—Sufre y está desorientada, porque anda a la ventura. Un día u otro hará un alto, y comprenderá que sus amigos más íntimos la han traicionado. Ese día acuérdese del único que ha sido inmutable y fiel como el sol...

—¿Quién es?—preguntó ella con una sonrisa.

—Usted lo sabe; no necesita que se lo nombren.

Y ella, conmovida, agregó:

—¡Sí, sí; lo sé!

Y volvió a sentir que aquel hombre era una fuerza que ella misma había desencadenado en contra del otro; y que ya no estaba en su mano contener.

XVII

Otra muela en peligro

El 12 de Octubre asumió el mando el nuevo presidente, en medio de un entusiasmo desbordante de la multitud.

Un cuarto de hora antes de prestar el juramento constitucional, en el palacio del Congreso todavía se ignoraba cuál sería la composición del ministerio.

El humilde señor Alconada no había encontrado manera de entrar al recinto a presenciar aquella ceremonia, de donde se imaginaba que saldría ungido ministro el doctor Vieytes, quien a esa hora ocupaba un palco en la primera galería, con lo más destacado de su séquito.

El hombrecillo de anteojos azules, aguardaba en la plaza la salida de la comitiva oficial.

Cuando el vocerío del pueblo anunció la aparición del nuevo presidente, que ya había jurado, y él vió la alta figura adusta y reservada descender la gradería del palacio y llegar a su coche, rompió sus hábitos de moderación, y corrió, gritando vivas, hacia el mandatario que por fin hacía justicia a los méritos del doctor Vieytes.

Una oleada de gente, que deliraba como él, lo arrojó contra el coche, al que ya le habían desprendido los caballos, sustituyéndolos algunos entusiastas y robustos correligionarios del ungido.

Como el señor Alconada era pequeñín y se escurría por todos los resquicios, tuvo la suerte de asirse a la lanza, y empezó a tirar, con toda el alma puesta en su nueva ocupación.

Y tiró y tiró, con la magna ilusión de ser él solo quien arrastraba el vehículo, y así arribó, sin sombrero, jadeante

la lengua afuera, a la Casa Rosada, donde el César abandonó el carruaje.

Alconada habría querido seguirlo, como sus otros compañeros de labor, que, más fuertes que él, tuvieron alientos para llegar al salón, donde recibieron un cordial apretón de manos del presidente. Pero no podía más, y fué a arrojarse sobre un banco de la plaza de Mayo.

—¡Qué día memorable! — mugía enjugándose el pescuezo con el pañuelo hecho una pelota — ¡qué nueva era se abre para nuestra nación! De hoy en adelante, sólo el mérito tendrá la llave del poder. Este día es más grande que el del descubrimiento de América, más que el 25 de Mayo, más que el 9 de Julio...

—¡«La Razón 4ª», con el nombre de los nuevos ministros! — vociferaba un chicuelo que venía desalado, cruzando la plaza.

Al señor Alconada le faltó tiempo para asaltarlo al paso y comprarle un número.

Devoró con el corazón palpitante la crónica a tres columnas del juramento, y la lista del ministerio, primer decreto, que a esa hora estaba firmando el presidente.

—¡Pero santo Dios! ¡Yo estoy ciego! — clamaba desde el fondo de su alma llena de congojas el humilde señor Alconada. — ¿Dónde está el nombre del doctor Vieytes?

Y leyó todo, y contó luego los ministros que aparecían allí, y halló que eran ocho, y con infinita dificultad acabó por convencerse de que una vez más se había prescindido del eminente ciudadano.

¡Y él que había echado los bofes como un cuadrúpedo! ¡Qué barbaridad!

Un frío mortal le invadió los huesos, y se levantó tambaleando, y se escurrió avergonzado y maltrecho por entre el gentío que seguía ovacionando al César; y a duras penas logró encontrar un coche que lo llevara a su casa.

Al día siguiente el doctor Vieytes se despertó tarde, porque solamente en la madrugada logró conciliar el sueño.

Y al despertarse notó una ligera molestia en la boca. Se llevó el dedo al sitio que le escocía, y observó que tenía

flojo un colmillo. Lo quiso palpar mejor, y se quedó con él en la mano.

—¡Diablo! ¡Lo de siempre! Cada aventura política me cuesta una muela — murmuró melancólicamente el estadista, mirando su dentadura postiza que brillaba en el fondo de un vaso de agua, sobre su mesa de noche.

¡Si esa dentadura hablase! Veinticinco años de historia argentina estaban engarzados allí, desde la caída de Juárez, que le costó la muela del juicio, hasta el ministerio de Indalecio Gómez, en que perdió un incisivo, porque aquel hombre le sacó del bolsillo la cartera que Sáenz Peña le habría dado ciertamente, a no ser por sus intrigas.

Llamó a su criado, y éste le anunció que hacía media hora aguardaba en la antesala el señor Alconada.

Con inmenso desgano se vistió. El espejo le decía que estaba envejecido; pero era preciso mantener la apostura y guardar secreto acerca del colmillo. Hizo un esfuerzo, se miró las uñas relucientes, salió de su alcoba, con su paso habitual y aquella magnífica sonrisa viril y sana que lo ponía por encima de todos los mortales.

El señor Alconada, con aspecto funerario, le estrechó las dos manos en silencio. ¿Qué podía decirle que no se lo dijeran con más elocuencia sus ojeras, su demacración, su corbata negra, su derrotado jaquet?

Era hombre extremadamente parco en el hablar, y en presencia del doctor Vieytes se amenguaba más su escasa locuacidad, por lo que ese día ambos estuvieron callados un buen espacio de tiempo, él sentado en una silla frente al escritorio, con la cabeza gacha, y el otro paseándose despreocudamente con las manos a la espalda. Pero Alconada tenía ansiedad de saber por qué rumbo había venido la catástrofe.

—¿Pero cómo ha sido eso, mi doctor?

Vieytes se detuvo, lo miró afectuosamente como pidiéndole discreción, y se sonrió con malicia.

—¿No quiso aceptar el ministerio que le ofrecían?

Idéntica sonrisa, acentuada por una ligera guiñada del párpado.

—¡Vamos, dí en el clavo!—pensó el señor Alconada

—y hasta podría decir ahora por qué no ha querido aceptar.

Había oído los comentarios del doctor Trejo, sobre el artículo de «El Pueblo». No participaba de la opinión del fogoso amigo; antes creía que el doctor Vieytes era una de las columnas del catolicismo—sincero, pero independiente,—por lo cual los católicos habrían estado de parabienes con su encumbramiento; y atribuía las malévolas reticencias del artículo a resentimientos personales, interesados por lo tanto.

Pero aun siendo así, ese artículo había producido su efecto; el doctor Vieytes se había eliminado por delicadeza, para que nadie, y mucho menos los independientes, que eran en cierto modo sus correligionarios, dudara de su desinterés.

¡Así era el gran hombre! Una sola voluntad contrariada, bastaba para hacerle declinar un ministerio. Solamente la unanimidad habría tranquilizado la exquisita susceptibilidad de su alma.

En un batir de sus párpados mondos, el señor Alconada hilvanó todas aquellas consideraciones, complicadas pero lógicas, que debían acrecentar su admiración por su mandante.

El criado anunció a don Octaviano Piña.

—Atiéndalo, mi amigo Alconada,—le dijo Vieytes,—que no cesaba de dar sus paseos.—Volveré en seguida.

Y salió por una puerta, mientras por la otra llegaba al trotecito el diputado Piña, que traía en la cara estampado un inconmensurable estupor.

Corrió hacia Alconada, y le oprimió las dos manos, como hacen los amigos en los grandes duelos.

—¡Qué me dice, mi amigo! ¿Qué ha pasado?

—¡Ya lo ve, señor diputado!

—¡Quién lo hubiera creído!—suspiró Piña tomando asiento.

—No quiso ser ministro;—murmuró a su oído el señor Alconada, transmitiendo aquel secreto que veinticuatro horas después circularía por todo Buenos Aires—¡si hubiera querido!

Piña lo miró perplejo, y como Alconada insistiera en afirmar eso con grandes cabezadas, se dió un golpe en la frente:

—¡Vaya! ¡me lo imaginé! ¡lo primero que me imaginé! ¿Pero por qué no ha querido?...

—¡Siempre el mismo, señor diputado! Morirá en su ley...—Y le relató lo que a él se le había ocurrido, tras de las dos enigmáticas sonrisas del doctor Vieytes.

—¡Qué me cuenta usted!—exclamó Piña con lágrimas en los ojos.—Este hombre es más grande que los antiguos romanos.

—Es la delicadeza y el desinterés hechos carne—apoyó Alconada.

—¡Ah! ¡y la honestidad!—agregó Piña;—la honestidad misma. Vea lo que me ha pasado en estos días. Por una promesa a Dimas Carrizo vine a pedirle influyera ante la compañía de tabacos, donde es omnipotente, para que se readmitiese a una muchacha despedida por razón de economía. ¿Qué creerá usted que me contestó? No tenía más que decir ¡hágase! para que fuera hecho; y, sin embargo, se negó inflexiblemente. «Me han referido—me respondió—que es una mujer muy hermosa; no puedo recomendarla; creerían que tengo algún oculto interés; padecerían su nombre y el mío...» ¿Qué le parece?

Alconada se había puesto colorado, pero no rectificó ni un ápice del relato, y Piña repitió la frase aprendida al doctor Trejo:

—¡Es como los antiguos romanos! ¡Qué hombre, qué hombre!

A ese tiempo fueron llegando los miembros del cónclave. Se miraban a la cara, se estrechaban las manos, se alineaban, y por una punta de la fila Alconada, y por la otra don Octaviano, suministraban con voz tenue, de la boca al oído, la clave del enigma.

—¡No ha querido aceptar!

—¡A última hora declinó el ministerio!

—¡Plum!—hizo el terrible doctor Trejo, dando un puñetazo sobre el cristal de la mesa, que se partió como

un alfajor.—¡Me lo suponía! ¿A que la causa de ésto fué ese miserable artículo de «El Pueblo»? ¡Diga usted!

Alconada por la derecha y don Octaviano por la izquierda, hacían señas con grandes cabezazos de que era así.

—¡La secta negra!—rugió Trejo, poniéndose las gafas de hablar;—¡siempre ella obstruyendo el camino a las más poderosas mentalidades argentinas! ¡Rivadavia, Sarmiento, Vieytes! ¡Qué nombres para la historia!

Salió en tal momento el dueño de casa, fresco y sonriente.

—¡Como los antiguos romanos!—exclamó Piña corriendo a abrazarlo.

—¡Mil felicitaciones!—dijo el doctor Trejo, que atinó a echar un diario sobre el cristal estrellado.—¡Con el escudo o sobre el escudo! Esa debe ser tu divisa.

Al cabo de media hora el mismo doctor Vieytes estaba convencido de la profundidad de las razones por que había declinado el ministerio, y no bien abría la boca todo el cónclave se sumía en religioso silencio, aguardando su palabra de oro:

—Si yo le hubiese dicho al presidente...

El criado anunció al señor Valverde, que entró más solemne y trascendental que nunca; y su entrada, con gran escándalo de los oyentes enfurecidos, cortó la frase que se aprestaba a pronunciar el doctor Vieytes. Pero ninguno se animó a preguntarle qué habría ocurrido si él le hubiera dicho aquella cosa, no explicada, al presidente, y fué ése otro de los secretos que el gran ciudadano debía llevarse a la tumba.

El señor Valverde, que venía de la Bolsa, traía una importante noticia.

—Ya tenemos crisis ministerial.

Don Octaviano se atizó un palmazo en la frente:

—¡Me lo imaginaba!

El coronel Rodríguez se le puso al lado, con visibles intenciones de retorcerle el pescuezo si interrumpía otra vez, por lo que Piña se quedó como en misa, ojeando a su vecino.

—¿Qué ocurre?—preguntó Vieytes, cuyas esperanzas reflorecieron.

—En la Bolsa dicen que el ministro de relaciones exteriores va a renunciar para ir de plenipotenciario a Londres.

Vieytes sonrió. Sus amigos aguardaron un buen rato que explicara el alcance de aquella sonrisa, mas no lo hizo.

—¿Y quién dice eso?

—Me lo ha asegurado el diputado Gutiérrez.

El señor Valverde prosiguió:

—Uno de los candidatos a ministro era el doctor Gutiérrez; pero no ha sido nombrado, y él me ha explicado hoy por qué. El presidente quiere conservarlo en la cámara, donde necesita su acción. Pero le ha asegurado que en marzo convocará a elecciones para llenar unas vacantes de diputados que existen ya. Entonces renunciará el ministro de relaciones exteriores, y él entrará al gabinete.

—¿Y él cree eso?—preguntó con sorna el coronel Rodríguez.

—Está preparando un proyecto de reorganización del cuerpo diplomático, para presentarlo en la próxima sesión...

—¡Angelito!—gruñó entre dientes el coronel,—se está haciendo el nido. Dios le conserve la inocencia.

El doctor Vieytes era como esos reyes que han sido en la historia más grandes mientras más descalabros sufrían. Su concepto se confirmó entre sus allegados y admiradores, que volvían a soplarse el santo y seña: «Si él hubiera querido...» «Si él fuera ministro...»

Guardaron durante un mes un concentrado rencor contra el presidente, que no había sabido dominar al desinterés del gran hombre e imponerle el ministerio. El señor Alconada, especialmente, no se perdonaba el haberse dejado arrebatar por aquel rapto de entusiasmo que lo llevó a tirar del coche, olvidando sus costumbres templadas y sus modales juiciosos.

Y durante ese mes, cada acto del nuevo gobierno fué

censurado en el cónclave, unas veces por corto y otras por largo: «Si él fuera ministro, el presidente no habría hecho ese nombramiento». «Si él fuera ministro no habría escrito esa carta». «Si él fuera ministro no habría ido a ese entierro...»

El doctor Vieytes reservaba su opinión.

—Aun no es tiempo de juzgarlo—solía decir.

Pero aquellas críticas cesaron al mes, porque se supo que una mañana el doctor Vieytes había tenido una larga conferencia con el presidente. Los asuntos de que trataron no se decían, pero se murmuraba que el presidente lo había llamado para pedirle sus luces.

—¡El presidente lo ha llamado! — se susurraban los amigos unos a otros.

—«¡Ministrum habemus!» — dijo el coronel, con un poco de ironía.

Esa vez fué don Octaviano el que dió la clave:

—Le ha ofrecido la intervención a San Luis.

—¿Y ha aceptado?—preguntaron todos a su tiempo.

Don Octaviano recogió los brazos y mostró las palmas de las manos a la altura de los hombros: ¡secreto de estado!

El doctor Trejo pensó que él iría de ministro de gobierno, si Vieytes iba a San Luis de interventor, y dijo golpeando la mesa:

—Ya era necesario intervenir esa provincia. La legislatura puntana se apresta a elegir entre gallos y media noche, senador nacional al cura Bernabé Peralta... ¡Cuándo se ha visto una sotana en el senado de la nación!

—Así es,—asintió Don Octaviano.

—Hay que intervenir a San Luis, para que esa banca recaiga en un...— El terrible político buscaba en sus espejuelos la calidad de la persona que debía elegirse.

—¡Un equidistante!—apuntó Don Octaviano.

—Que podría ser nuestro Piña — agregó el coronel, bostezando.—¡Qué círculo de opas sonoros tiene el amigo Vieytes!—pensó.

Desde ese instante la intervención a San Luis quedó

decretada por el cónclave, y sus miembros empezaron a aguardar el nombramiento del interventor.

Pero no salía.

—¿Qué espera el presidente?—preguntaba irritado el doctor Trejo en todos los clubs que frecuentaba.

Una mañana el criado anunció la visita del diputado Jairo y de otra persona cuyo nombre sonaba mal: Feliciano Almirez.

El doctor Vieytes, que presidía el cónclave, ordenó:

—Que pasen a la biblioteca—y salió con su exquisita cortesía de hombre de mundo, que no se hace aguardar.

—¡Feliciano Almirez! ¿Quién puede ser?—se preguntaban los amigos mirándose a las caras.

Don Octaviano se apabulló la frente de un manoplazo:

—¡Pero hombre! ¡Ya sé quién es!

—¿Quién es?

—¡Pero, Feliciano Almirez!

—¡Brava noticia!—gruñó el coronel.

—¿No lo han oído nombrar? Feliciano Almirez, el gran caudillo de Bahía Blanca.

—¡Ah! ¿Es él?

—Sí, él mismo, no hay otro.

—¿El caudillo conservador?

—No es conservador ya,—expresó don Octaviano, que estaba al tanto de la política de la provincia de Buenos Aires, por sus relaciones en la cámara.

—¿Ahora es radical?—preguntó Trejo.

—Todavía no; pero ya es equidistante.

Entró el señor Alconada, y con su voz insinuante dió una gran noticia.

—Esos ya vinieron ayer. Ahora vuelven a lo mismo: don Feliciano Almirez viene a ofrecer la candidatura a gobernador de Buenos Aires al doctor...

—¡Ah!

—¡Oh!

—No puede ser. Faltan tres años para esa campaña—objetó el coronel.

—Don Feliciano Almirez dice que de un momento a otro

se decretará la intervención a Buenos Aires, para concluir con el gobernador Ugarte y sus amigos.

—¡Ah!

Don Octaviano saltaba en su silla. ¿Cómo hacía ese infeliz de Alconada para saber tantas cosas?

El coronel Rodríguez arrugó la jeta. ¡Bah, bah! ¡Jairo con Almirez! Eso tenía olor a socaliña de plata.

—¿Y no sabe usted — preguntó Alconada — de qué tratan ahora?

El señor Alconada se rascó el occipucio, temeroso de ser indiscreto, pero acabó por decir:

—Deben de estar hablando de los gastos...

—¡No digo!—exclamó Rodríguez levantándose de la silla para pasearse.

—Ayer convinieron en que hoy el señor Almirez traería un presupuesto aproximado de lo que importaría la campaña.

—¡Mentecato! — masculló Rodríguez, que empezaba a perder el respeto a su gran hombre.

El señor Valverde, que en esas reuniones representaba la finanza nacional, abrió los ojos en cuanto se habló de dinero, y quiso saber en nombre de qué partido se ofrecía aquella candidatura.

—En nombre de los independientes... Don Feliciano Almirez representa a los independientes.

—¡No son los más muchos, pero...—dijo don Octaviano.

—¡Ni los más machos! — agregó el coronel Rodríguez cogiéndolo por un hombro. —¡Alma de Dios! ¿Todavía cree usted en los independientes, cuando tenemos por delante seis años de presidencia radical?

Piña, sacudido como un arbusto, por aquella mano torpe, no contestó. El doctor Trejo, que hacía un rato se mordía los pelos de la barba, se caló al azar unas gafas y se encaró con ellos.

—¡Pues yo les digo a ustedes que ésta es una maniobra de la secta!

—¿Cómo, cuál?

—Esa candidatura es una celada jesuítica. Quieren dis-

traerlo y gastarlo en una aventura ridícula, para que no se produzca la intervención a San Luis, y salga senador el cura Peralta.

Don Octaviano vaciló en sus convicciones.

—¿Qué hacer?

—¡Todos nosotros como un solo hombre contra ese Almirez!

El doctor Vieytes apareció, y el cónclave guardó silencio, admirando el aspecto de triunfador con que llegaba, con su sonrisa de los grandes momentos.

Fué hasta el escritorio, abrió una caja, sacó una libreta de cheques del Banco Británico, y ante el estupor de sus amigos, escribió unas líneas, firmó y cortó la hoja.

—«¡Alea jacta est!»—dijo levantándose y derramando sobre los fieles de su círculo una mirada de gratitud y de afecto.

Salió y todos se quedaron temblando, menos el coronel Rodríguez, que estaba furioso, y acabó por soltar entre dientes una blasfemia contra el candidato a candidato:

—¡Me va pareciendo que este hombre es más bestia que un pato asustado! ¡Debe de tener razón Cristina!

—¡Oiga! — murmuró al oído del terrible Trejo don Octaviano Piña — ¿qué quiere decir ese latín que ha soltado el doctor?

Trejo se quitó los anteojos, porque pensaba mejor con las narices desocupadas, y dijo, marcando las sílabas con el dedo sobre el respaldo de una silla:

—«¿Alea jacta est?» Deben de ser las palabras de Jesucristo en la Cruz... Quiere decir: ¡todo está consumado!

—¿Entonces la gobernación de Buenos Aires es un hecho?

—Sí, es un hecho.

—Sí, mis amigos — rezongó el coronel — ¡la hemos hecho! Digan ustedes que ese señor Mortero o Almirez se la ha hecho... a él.

Y se entró a ver a Cristina, que decididamente tenía razón contra todos ellos.

XVIII

El óbolo de la viuda

> Aman los primeros asientos en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas.
>
> S. Mateo. XXIII, 6.

La sociedad porteña no empezó a veranear aquel año antes del ocho de diciembre.

Ese día, en que la iglesia celebra una de sus grandes fiestas. harían su primera comunión multitud de niñitas de las familias más distinguidas.

Era un precioso ramillete de chicuelas, algunas de seis años, y ninguna mayor de doce, a las que otras niñas adoctrinaban dos veces por semana en la iglesia de la Purísima Concepción, aquella maravillosa capilla de la Avenida Alvear, erigida a todo costo por las primeras fortunas de la ciudad, casi para su uso privado.

Jesús Sacramentado debía de estar muy satisfecho en el tabernáculo de plata del soberbio altar, y los pocos santos que había allí, la Virgen Santísima, un San Roque abogado de la salud, y un San Antonio, patrón de las niñas solteras, debían de sentirse honrados y cómodos en sus hornacinas, viendo las devotas elegantes que rezaban ante ellos.

Y precisamente a esa iglesia «chic», que los domingos y días festivos se zahumaba de incienso y de los más raros perfumes de Guerlain y Pinaud y Piver, ocurriósele al terrible don Dimas Carrizo llevar la runfla de sus atorrantes pestíferos, para que comulgaran.

—¡Don Dimas! — le clamaba doña Dolores afligida, por no poder doblegar su terquedad—¿qué necesidad hay de que esos hombres asistan a la única misa que se dirá ese día en nuestra iglesia, y comulguen junto a las inocentes criaturitas que llevan los mejores apellidos porteños? ¿A quién no se le ocurre que es ultrajar a la alta sociedad católica, con ese parangón de lujo y de miseria? ¡Don Dimas! no sea terco, y sobre todo no sea inoportuno.

Pero don Dimas no cedía; y con una frase de San Pablo aplastaba los melindrosos oportunismos de los apóstoles tibios:

—«Te mando que prediques la palabra en tiempo y fuera de tiempo». Yo predico así, más que con frases, con ejemplos.

—La misma curia se indignará después.

—¿Sí?, pues contra ella irá también mi catecismo en ejemplos. «Hijo del hombre — dice Ezequiel — profetiza contra los pastores de Israel».

Doña Remedios quedaba aterrada, y lo peor era que aquel hombre le había reducido a la impotencia, exigiéndole el secreto; porque don Dimas, desde el día que observó la alarma despertada en la alta sociedad por la noticia de la comunión de sus atorrantes, comprendió que era indispensable no resollar más, y callarlo todo, la fecha y el lugar, por miedo de que destruyeran su plan, que era dar una áspera lección de humildad a todos aquellos bautizados que iban perdiendo las nociones evangélicas.

Solamente doña Remedios conocía algunos detalles. En el fondo de su conciencia cristiana, encontraba razón al rudo clérigo, que se le antojaba, con su brazo velludo en alto, y sus ojos llameantes, y su cabeza gris, como cubierta de ceniza, un Jonás predicando la destrucción de Nínive. «De aquí a cuarenta días, Nínive será destruída...»

Y la gran señora guardaba el secreto, conmovido su corazón por la austera verdad evangélica que él desparramaba, en tiempo y fuera de tiempo.

A menudo le volvía a la memoria el episodio del joven rico del Evangelio, y aquella terrible sentencia: «Es más

fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios».

¿Dónde terminaba el estricto precepto y dónde empezaba la imagen habitual en las palabras del Maestro? Doña Remedios pensaba en eso constantemente.

El día antes de la comunión dejóla don Dimas tranquilizada en una última arremetida que entre ambos se llevaron; y el clérigo abandonó suspirando la gran casa, cuya suntuosidad le apretaba la garganta.

Esa tarde confesó a todos sus atorrantes. Algunos habían ido ya a la iglesia, a vaciar el lamentable saco de sus iniquidades; y una, dos y tres veces habían vuelto. Pero a otros, más remisos o más rebeldes, tuvo que ir a buscarlos él, para animarlos y caldearlos en su fuego, y confesarlos al aire libre, bajo los arcos del puente, sentado él sobre un montón de ladrillos y arrodillados ellos sobre la tierra desnuda.

Todos los que asistían regularmente a su catecismo se prepararon así; todos, menos uno: aquel individuo taciturno y hosco. que seguía el grupo, sin reunírsele, y que rondaba los lugares de la predicación, sin mezclarse nunca con los catecúmenos; aquel a quien no habían oído hablar, porque no respondía cuando se le hablaba, y a quien sólo una vez pudieron ver la frente descubierta, marcada con una cruz negra, como un verdugón, y que una mañana al criado de doña Remedios que le enrostrara el ser como un perro innominado y vagabundo, le contestó que se llamaba Judas.

Sólo ése no se confesó. Todos se habían ido ya, reconciliados con Dios, y él quedó, espiando por entre los arcos del puente a don Dimas, que aguardaba sentado en el mismo lugar, un movimiento de la gracia que lo arrojara a sus pies. Algo le decía en el corazón que ninguna miseria humana, ni toda la miseria junta de las almas que acababa de limpiar, podía compararse con la miseria de aquella alma cobarde y soberbia.

Aguardó larguísimo rato, mientras vió la sombra que lo acechaba de lejos; y sólo se fué cuando la noche fundió en una masa de negrura el sauzal del parque, el puente y

el río, eternamente inquieto y gemebundo como una conciencia en pecado.

Llegó a su casa deshecho de fatiga, pero no se durmió, y pasó las horas revolviéndose en su cama de trapense, atormentado por la visión de aquel hombre que lo buscaba y le huía.

Poco antes del alba se adormeció, y en su modorra vió la espantosa visión de San Antonio, el torrente inmenso y fangoso, que arrastraba en sus olas fétidas todas las inmundicias de la tierra, y en el que iba el torbellino de las gentes que él conocía. Iban todos alegres, como embriagados en aquella podre impetuosa que los arrebataba sin ahogarlos; y entre ellos, como si fuese del mundo que, sin embargo, lo había arrojado de su seno, iba también el atorrante, con la frente cubierta; y ninguno le tendió la mano para que él lo ayudara a salir, porque todos vivían de aquellas aguas «y tenían en ellas sus delicias».

Se despertó afiebrado y triste. Ya el alba iluminaba su cuarto desnudo, guarnecido sólo por una petaca de cuero blanco, donde encerraba su ropa, algunos clavos donde colgaba el sombrero y el sobretodo, una mesita con papeles, y una repisa con pocos libros. En un ángulo el catre de lona, a cuya cabecera había un crucifijo de madera negra, con la imagen de bronce; y sobre una silla, al lado de la cama, un montón de chalas que él acondicionaba con el lomo de la navaja, para liar su tabaco.

Y era todo. A medida que avanzaba en años, iba observando de cuántas cosas inútiles se rodean los hombres. Antes parecíale que era imposible vivir sin una biblioteca; y poco a poco la suya había ido reduciéndose a un estante, y aun ése, cada año, mermaba en libros, sin que él echara de menos los que faltaban.

Se vistió aprisa, para llegar a las cuevas de sus atorrantes a tiempo de impedirles que cayeran en la tentación de salir a vagabundear por las calles, como lo hacían de madrugada, cuando los tarros de basura están sobre el umbral de todas las casas.

En los días de fiesta, don Dimas decía la misa de once

en la catedral; de manera que hasta esa hora estaba libre y podría acompañar a la iglesia a sus catecúmenos.

Así lo hizo.

Pocos publicanos había en la preciosa capilla de la Purísima Concepción; pero estaba toda la sinagoga, de tal modo que afuera los automóviles lujosos formaban larguísima hilera, como a la puerta de un teatro, y adentro, la casa de Dios parecía la platea del Teatro Colón en una «matinée» de gala.

Adelante se agrupaban junto al comulgatorio, como una bandada de ángeles, todas aquellas niñitas, que a su tiempo serían la flor y nata del torrente. Entre ellas, de las más inocentes y bonitas, era la hija del doctor Zara, Pipina, que Aurelia Condesa había preparado, desdeñando lo que pudieran murmurar de ella por tal cosa.

Vestían de blanco, y solamente los ojos expertos de las damas eran capaces de computar en la aparente sencillez de los trajes, cuyos modelos habían dado las revistas de moda, el gasto desmedido y el buen gusto con que fueran confeccionados. Podía apostarse que no había allí un solo traje, ni el de las niñitas de seis años, que no fuese una «trouvaille» de los más acreditados modistos y modistas de Buenos Aires.

Algunas señoras, enternecidas, lloraban. ¿Cómo podía hablarse de la decadencia del catolicismo en la sociedad porteña? Los que habían contribuído a costear aquella iglesia fastuosa, en presencia de semejante espectáculo, sentían que Jesús los miraba, desde el tabernáculo, lleno de gratitud, asegurándoles la vida eterna.

Detrás, hacia la puerta, se aglomeraban los hombres, de pie, y sólo algunos pocos arrodillábanse precariamente en el momento de la elevación, porque en general no acudían a adorar a Dios, sino a ver a las jóvenes, que premiaban su constancia con furtivas miradas de soslayo.

Guillermo Sánchez no estaba allí, retenido en su clínica por un caso grave, pero estaba su madre, con su luto de viuda pobre, arrinconada hacia el fondo. Rara vez iba a las iglesias concurridas por gente tan «chic», pero esa mañana fué para conocer a María Helena, de quien su

hijo estaba cada día más ciegamente enamorado. Sabía que la niña se encargaba todos los domingos, con alguna otra compañera, de recoger las limosnas de los fieles en una bolsita de terciopelo carmesí.

Se había observado que el producido de las colectas resultaba mayor mientras más bonita y distinguida era la cuestora; y muy pocas tenían el donaire de María Helena para tender a un hombre la bolsa, con insinuante picardía, y controlar discretamente lo que echaba en ella.

Después del «sanctus» ella e Indiana, cada una por su lado, salieron a recoger las dádivas.

Era un encanto entregar la limosna, a cualquiera de las dos; un encanto que tenía un dejo de tortura, según el sacrificio.

Pero no eran las mujeres las que mejor contribuían. Indiana y María Helena cruzaban rápidamente por entre ellas, tendiéndoles distraídamente la bolsa, impacientes por llegar al fondo, el lugar de los hombres, donde la mano izquierda sabía muy bien lo que daba la derecha.

Esa mañana María Helena llegó, rompiendo el mar de trajes femeninos, hasta las primeras filas de los hombres, que la aguardaban de pie, degustando por anticipado la mirada con que ella los premiaría, aquella mirada de sus ojos audaces a ratos, y a ratos inocentes como los de una tierna gacela.

La madre de Guillermo Sánchez, desde su rincón, la vió surgir y se estremeció en sus entrañas, comprendiendo el hechizo con que había aprisionado a su pobre hijo. ¿Qué había de hacer él sino amarla hasta morir?

La muchacha avanzó alargando la bolsa y distribuyendo con recato, para que valieran más, a quién una mirada, a quién una sonrisa, a quién las dos cosas a la vez; y a algunos, sus amigos, una palabra que los turbaba como un latigazo.

Vió a aquella mujer, arrodillada en su rincón, vestida de negro, que la contemplaba con embeleso, y creyó que no valía la pena de llegarse hasta ella. ¿Qué la daría en su miseria?

Cuenta el evangelista San Marcos el episodio de la viuda, en los términos siguientes: «Estando Jesús delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en ella; y muchos ricos echaban mucho. Y como vino una viuda pobre, echó dos óbolos. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos han echado de lo que les sobra; mas ésta echó de su pobreza lo que tenía, todo su alimento».

María Helena ciertamente ignoraba aquel episodio y aquella doctrina, por lo que intentó pasar de largo. Pero la mujer arrinconada estiró la mano, con su óbolo, y la niña no tuvo más remedio que acercarle la bolsa con gesto displicente.

Mas al mirarla tembló. ¿Dónde había visto ella ojos iguales a los de la anciana, que se fijaron en los suyos con hondo afecto y reproche?

Pocos pasos más allá había olvidado la escena. Cuando las dos muchachas volvieron, con la pingüe limosna, en que tan mala figura hacía el óbolo de la viuda, se oyó la campanilla de la elevación.

Se arrodillaron las dos juntas, sobre el desnudo pavimento de mosaico, y adoraron a Dios, inclinando la cabeza y dándose elegantes golpecitos de pecho. ¿Quién podía decir que decrecía la fe en Buenos Aires?

Inmediatamente después de la elevación, en el solemne silencio, resonó un pisoteo como si entrara a la iglesia un tropel de animales. Eran los atorrantes de don Dimas, que desde la sacristía, donde oían la misa, invadieron el presbiterio.

Los gruesos botines claveteados de algunos de ellos, las innobles chancletas de otros, endurecidas por el lodo de las calles y la greda de la ribera, tableteaban rudamente llenando de estupor a la concurrencia.

¡Qué escándalo! ¡Cómo un sacerdote tomaba así por asalto la casa de Dios, encabezando una piara inmunda, en el momento más sublime del sacrificio!

Pero sólo se cambiaron miradas despavoridas; ni una

palabra surgió de los pechos emocionados por el extraño espectáculo.

La piara inundó el presbiterio. Algunos iban vestidos algo mejor que de ordinario; los más, sin embargo, estaban tales cuales se les veía de madrugada, hozando en los tarros de basura. Pero una verdadera contrición se leía en aquellos rostros salvajes y soberbios, en que era visible el cuño de los pecados.

La intensa ola de perfumes mundanos, que llenaba la nave del templo, apenas logró aplacar el áspero hedor a pocilga que esparcían los extraordinarios penitentes.

Llegaron al pie del altar mayor, donde el celebrante fraccionaba la hostia, y se arrodillaron en sus gradas. Mas como no cupieron todos, tres de ellos bajaron hasta la balaustrada del comulgatorio, y se hincaron en fila, con el cándido grupo de las primeras comulgantes. En ese momento augusto en que los ángeles se tapan el rostro con las alas, ante la divina Humanidad de Cristo, ellas no notaron el horror de aquella promiscuidad. Pero sí las damas; y su indignación se acrecentó como un mar que se hincha, cuando uno de los tres foragidos, escupió sobre el escalón, que se manchó con una gruesa redondela de saliva color de tabaco.

La voz profunda y vibrante de don Dimas, que desde un ángulo del presbiterio hacía coro, no dejó tiempo a nadie para comentar semejante profanación del mármol leche del comulgatorio; porque todos los corazones temblaron con una desconocida contrición.

«Entrando Jesús en Cafarnaum vino a él un centurión rogándole: «Señor, mi mozo yace en casa paralítico, gravemente atormentado»; y Jesús le dijo: yo iré y le sanaré.

«Y respondió el centurión, y dijo: Señor, no soy digno de que entres debajo de mi techo; mas dí una sola palabra y mi mozo sanará.

«Porque también yo soy hombre que tiene potestad, y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.

«Y oyendo Jesús se maravilló, y dijo a los que le se-

guían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado fe tanta.

«Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, e Isaac y Jacob, en el reino de los cielos.

«Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crugir de dientes.

«Entonces Jesús dijo al centurión: ve y como creíste sea hecho. Y su mozo fué sano en el mismo momento.»

El celebrante había abierto el sagrario y sacaba el copón, aquel copón cuajado de pedrerías con que un alma de rico creyó comprar la vida eterna. Se volvió, bendijo a los fieles, y tomando de nuevo el ciborio, repitió las palabras del centurión: «¡Domine, non sum dignus!...»

Y la voz de don Dimas, y de sus atorrantes que le seguían, elevaba la ronca protesta de amor y de humildad: ¡Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada...!

Comenzó el celebrante a repartir la comunión, principiando por aquellos que eran los últimos en el mundo; y el órgano inició un preludio. Pero don Dimas volvía a leer en su libro de cantos rojos, y el órgano enmudeció.

Y solamente se oía la oración en voz baja del celebrante que distribuía la carne de Cristo, y la voz tonante de don Dimas, que hacía temblar los corazones evocando las escenas del Evangelio:

«Aconteció que estando Jesús sentado a la mesa, en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores que habían venido, se sentaron juntamente con él y sus discípulos.

«Y viendo esto los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?

«Y oyéndolo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.

«Andad, pues, y aprended qué cosa es: Misericordia quiero y no sacrificio: porque no he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento.»

Calló. El sacerdote seguía comulgando a los atorrantes; ya tocaba el turno a las niñitas, que bajaban la vista emocionadas, y a punto de llorar algunas. Aurelia Condesa, cerca de ellas, habría querido hacerlas rezar, pero el clérigo volvió a leer: y lo que leyó era para llenar de envidia las almas de los grandes en presencia de la bienaventuranza de los mínimos, a quienes el Maestro en el sermón de la Montaña declaraba herederos del reino.

«—Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos será el reino de los cielos.

«—Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.

«—Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad.

«—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.

«—Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

«—Bienaventurados los limpios de corazón: porque ellos verán a Dios.

«—Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

«—Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

«Vosotros sois la sal de la tierra...»

«Vosotros sois la luz del mundo...»

Volvió a callar un momento. Algunas personas miraron hacia el coro, deseosas de que el órgano sofocara la ruda voz que llamaba «luz de la tierra» a los hambrientos, a los perseguidos, a los pobres de espíritu, a los mansos y humildes. El órgano continuó mudo, como si el organista sintiera la necesidad de que tales cosas se dijeran alguna vez con la crudeza del Evangelio escueto.

Era tan augusto el silencio, que se oía a don Dimas hojear su libro, buscando otro pasaje. Se alzó de nuevo su voz, refrescando en los corazones los preceptos olvidados o ahogados por el turbulento vocerío de todas las vanidades.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; que ni vosotros entráis, ni a los que están entrando dejáis entrar.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque coméis las casas de las viudas y por pretexto hacéis larga oración: por esto llevaréis más grave juicio.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito y cuando fuere hecho, le hacéis hijo del infierno doble más que vosotros».

...¡guías ciegos! que decís...»

Desde el coro desencadenó el órgano una tormenta de armonías que ahogaron aquella voz agresiva e inoportuna.

El vaso de la santa paciencia de los fieles se hallaba colmado, y rebosó. Las damas se abanicaban furiosamente, cambiando miradas y cuchicheos.

Doña Belén, que había llegado después del evangelio, como de costumbre, estaba en primera fila, y hacía señas a Cristina que en el escaño vecino seguía la escena con frialdad, porque tenía el pensamiento anegado en dolores: ¿no era la verdad lo que el clérigo decía? ¿no hablaba para ella, acaso?

Doña Remedios rumiaba con los ojos bajos aquellos versículos mil veces leídos, pero que nunca enternecieron como entonces su corazón, que presentía el fin de todas las vanidades.

Julia y María Helena volvían la cara, para ver cómo se acogían esas cosas en las filas de los hombres. Pero éstos parecían menos impresionables que las mujeres. Sólo don Octaviano, que estaba en todos los sitios en donde podía hallarse Aurelia Condesa, abrasábase de indignación, y se empinaba en la punta de los pies para que todos sintieran su protesta.

Don Dimas cerró el libro, y se metió en la sacristía, seguido del tropel de sus atorrantes santificados.

Antes de la bendición ya el pretil hervía de fariseos que comentaban el suceso.

Por entre esa multitud indignada, cruzó don Dimas con

sus publicanos. Saludó al pasar a sus conocidos, muchos de los cuales no quisieron devolverle el saludo: se sonrió de tan ingenuas represalias y se fué a la catedral, donde confesaría un par de horas, antes de la misa: mientras los atorrantes se diseminaban por todos los rumbos.

Al llegar a la esquina se detuvo, enfrente de «aquel» en que adivinaba la más honda miseria, y que parecía perseguirle, con ganas de hablarle.

Estaba recostado al muro, en el hueco de una puerta, con su bolsa al lado y su vara a los pies, queriendo simular que no aguardaba al sacerdote. Pero al verle temblároнle las manos, y se agachó para recoger sus objetos y alejarse.

Don Dimas se le aproximó, conmovido también él, como le ocurría siempre delante de aquel atorrante arisco, que vivía huyendo de las gentes, como uno de los leprosos bíblicos.

Esa mañana, desde el atrio, había escuchado la lectura que el sacerdote hiciera durante la comunión de sus hermanos; y una debilidad invadió su alma endurecida.

Viendo a don Dimas parado ante él, se quitó el sombrero, turbado, sin pensar en aquella siniestra señal de su frente, marcada por la cruz negra como una maldición.

Don Dimas lo saludó con dulzura:

—Buenos días, amigo...—Y como el atorrante no le contestara, más turbado aún por su saludo, le dijo lo que Jesús delante de la Cananea, a quien sus discípulos querían echar: «No soy enviado, sino a la ovejas perdidas de la casa de Israel». — Un relámpago iluminó la frente de aquel hombre, de cuya vida nadie sabía un ápice. Se agachó y con la mano temblorosa recogió su palo y su bolsa, llena de la cosecha de ese día, se puso de nuevo el sombrero, y como un tentador miró con desdén al clérigo, que se calló sorprendido.

—¿Acaso todo pecado se perdona?

Su voz era ronca y llena, y estremeció en las entrañas a don Dimas; quien dijo temblando una sola parte de la más terrible de las sentencias del Maestro:

«—Todo pecado y blasfemia será perdonado...»

Y el miserable, con una llamarada de orgullo en los ojos agresivos completó el versículo que el sacerdote mutilaba a propósito:

«—Pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada...»

Don Dimas inclinó la cabeza, como si el otro, que le volvió la espalda, y echó a andar, le hubiera asestado un garrotazo. Y sin seguirlo, se fué, con el alma triste hasta la muerte.

XIX

La sal ha perdido su sabor

La carita sería y esquiva de Antonieta se dulcificaba en una gran pesadumbre.

Blas Gatín había ido a recogerla porque los Jairo partían para Mar del Plata. Desde la muerte de Juanito, Lola, su mujer, se la pedía, enternecida y transformada por aquellos sucesos.

Pero antes de marcharse del barrio, la chicuela anduvo atisbando una ocasión de aproximarse a la casa de Valentina, para decirle adiós a Carlitos.

Sólo ahora sentía la hondura de su amistad.

Al alejarse de todos los que habían vivido con ella, a ninguno echaría de menos como a aquel niño elegante que le daba flores, y con quien cambió la trágica confidencia de su historia.

Llamó asustada a la puerta falsa de la casa de Valentina, como si cometiera una mala acción. Abrióle el hortelano, que la hizo pasar. Carlitos estaba en la galería y se le acercó. Nunca la muchacha había ido a buscarle.

—¿Qué te pasa, Antonieta?

—Me voy lejos de aquí,—rompió ella a decir, venciendo con ímpetu su timidez.

—¿Adónde?

—Adonde me lleve mi hermano, quizás a su casa: y como no he de verlo más, quiero decirle adiós.

El se puso pálido y se quedó mirando a la niña, que lo devoraba con sus ojos, que parecían más negros, escondidos en la sombra del flequillo profuso.

Durante un rato nada hablaron; se advertía que ella temblaba por expresar un deseo. Al fin dijo con tristeza, a punto de sollozar:

—Me voy para siempre; déjeme que lo bese...

Carlitos se acercó más, y ella lo besó en la mejilla y echó a correr hacia la puerta, como si ya nada tuviera que hacer allí.

Doña Andrea la llamó, y se llevó a los dos niños al cuarto del retrato; y les hizo repetir aquellas palabras que a la chicuela le infundían pavor, porque no las entendía.

Al salir ellos, solos ya, encontraron a Valentina, seria y triste, y Antonieta observó que esa vez no la llamaba para que a su turno rezara la oración de ella ante el mismo retrato, pidiendo misericordia y luz para su padre. Parecía que un escondido resentimiento le había hecho olvidar su plegaria.

La familia de Jairo, ese año hizo lo que misia Palmira llamaba un «tour de force».

—Narciso, es necesario que este verano hagamos un «tour de force», y no dejemos de ir a Mar del Plata. Siquiera sea por las niñas...

Por su parte el doctor Jairo había realizado con éxito varios «tours de force», entre ellos el más serio, que consistía en consolidar las finanzas de «El Porvenir». Su diario no era de él ahora, sino del humilde señor Alconada, que le dejó la dirección con regulares gajes, sin más condición que la de apoyar la candidatura del doctor Vieytes.

Por aquel tiempo ya la gente se iba acostumbrando a esa aventura, y los diarios, en la sección del movimiento político, daban cuatro líneas con las noticias de los comités que instalaban en la provincia el señor Almírez, el doctor Jairo o el mismo candidato, que de cuando en cuando se hacía un viajecito de «incógnito» a Bahía Blanca, para ver cómo marchaba el asunto por allá.

—¡Qué hombre!—exclamaba absorto don Octaviano,—¡qué prodigioso tribuno ha resultado! ¡Es la actividad misma!

El habría deseado acompañarlo alguna vez, pero el candidato parecía esquivar otra compañía que la del señor Almirez.

Aconteció, pues, que el doctor Jairo, que parecía nadar en la abundancia, desocupó un día su casa de Belgrano, llevó sus petates a un guarda-muebles, y tomó el tren del aristocrático balneario, donde las niñas quemarían los nuevos cartuchos que la manuficencia paterna les suministraba.

Ya en tal época la familia del doctor Vieytes se hallaba instalada en una señorial residencia a veinte kilómetros de Mar del Plata.

Era un castillo construído sobre una copia de los planos de un «chateau» célebre de Cannes. El doctor Vieytes la había obtenido con grande esfuerzo en un viaje a Europa, haciendo intervenir a la diplomacia argentina; y para dar más carácter a su mansión, compró el mueblaje Luis XIII auténtico, que guarnecía el original. Naturalmente, le hicieron pagar un disparate, lo suficiente, según los maliciosos, como para que con la tercera parte, el afortunado vendedor mandase reproducir exactamente los mismos muebles en la misma fábrica del Faubourg Saint Antoine, que años atrás le confeccionara aquellas antigüedades.

Doña Remedios tenía una quinta regia en el Tigre, cuyo mantenimiento costaba la subsistencia de veinte familias, mas no la ocupaba nunca, prefiriendo veranear con su hija. Pero ese año renunció a las distracciones de aquella mansión turbulenta, y se refugió con Indiana en su propio retiro veraniego. Cada vez más hondo era el cauce que labraba en su espíritu la predicación de don Dimas, y como si presintiera el fin inevitable y próximo, su vida se depuraba como el metal en un crisol.

Indiana la acompañó gustosa, por estar cerca de la capital, donde vería más a menudo a Jaime. Esta resolución alegró a Cristina, porque la libraba de su madre, testigo siempre difícil, y de la muchacha, a quien vivía esquivando desde el día en que le formuló aquella terrible pregunta que dejara sin respuesta.

De sus íntimos, solamente doña Belén no se hospedaba con ella. Los veinte kilómetros que separaban el chalet de la sala de juego del Brístol, le daban jaqueca.

Cada año, en la más famosa de las ruletas argentinas, la vieja cotorra dejaba algunas gruesas plumas. Jugaba desenfrenadamente con una copita de licor al lado, y un montón de fichas que constituían una fortuna, al borde de la mesa.

¡Cómo se aumentaba al calor de la ruleta la ternura de sus innumerables sobrinas!

Gente había que frecuentaba el lugar, sólo por ver a las muchachas robándole fichas a la vieja, entre agasajos y mimos.

Las distracciones eran frecuentes cuando la suerte le sonreía; pero no bien empezaba a perder, las facultades del alma de doña Belén aguzábanse de una manera diabólica, y ¡qué escenas cuando se retiraba fundida!

—¡Ladronas!—gritaba carraspeando. — ¡Ustedes me han saqueado! ¡Y lo que es peor, me lo han pisado a Holofornes!

—¡Jesús, tía! ¡Cualquiera que la oyese!

—¡Perdidas! ¡ladronas! ¡ladronas! ¡Ay! también me empieza a doler Dieguito.

Nunca faltaba algún sobrino a esa hora que la acompañase hasta su departamento, para darle unas píldoras de valerianato que le calmaban los nervios y la tos. Eran los grandes momentos de sacarle favores, ya una firma, ya un caballo del stud, ya la administración de alguna propiedad. Desencantada de las mujeres, doña Belén se volvía hacia los sobrinos.

—Mira, hijito: todo lo que quieras, pero préstame doscientos pesos... Me han fundido esas ladronas.

En tales ocasiones, doña Belén sableaba a todo el mundo: a los sobrinos, al ruletero, a los acompañantes de juego, a la caja del hotel: y había años en que se volvía a Buenos Aires endeudada hasta con el «maître», hasta con los mozos.

Pero las ovejas de la Patagonia la emplumaban de nuevo. Su difunto esposo supo bien lo que hacía cuando

fundó aquellas sociedades de las que ella y Julieta Abismo habían heredado la mayor parte de las acciones. Lo cual no aseguraba por cierto la devolución de los préstamos, como los acreedores no estuvieran constantemente refrescando los recuerdos de doña Belén, muy desmemoriada en materia de deudas.

La familia de Jairo se había hospedado en un hotel de segundo orden.

—Pagamos lo mismo que en el Bristol; — decía Palmirita — pero mamá sufre de los nervios, y no puede soportar el bullicio.

El doctor Vieytes, cuyo catolicismo sincero — pero independiente — adquiría mayor relieve con la tradición religiosa de la familia de su mujer, había obtenido de las autoridades eclesiásticas el privilegio de erigir un oratorio en su castillo. Un cura, al que Cristina le fijó una soldada de cien pesos mensuales, le decía misa y administraba algunos sacramentos: bautizaba, confirmaba, casaba, a las gentes de cierto radio, y percibía una parte del estipendio, dejando el resto a la curia.

La existencia de esa parroquia en su propiedad era un motivo de orgullo para los dueños de la finca. Cristina, cada vez que oía misa en su oratorio, no podía menos de considerar, en el momento de la consagración, que ella pagaba a aquel sacerdote que hacía bajar a Jesucristo hasta sus manos. El cura — don Anselmo Navarro — un viejecito español, enfermizo, que llegó fatigado a aquel refugio, creyendo encontrar el reposo y la consideración no era en la suntuosa mansión de los Vieytes más de lo que era el «maître d'hôtel», o el mayordomo. Todavía era un poco menos que cualquiera de ellos, que satisfacían apremiantes necesidades temporales; mientras que el pobre viejo no prestaba más servicio a los señores que el decirles a la hora que ellos determinasen la misa de los domingos, a la que no siempre asistían, considerándose a menudo dispensados de ella, en gracia de sus muchas preocupaciones.

¿Cómo podía, el doctor Vieytes, por ejemplo, ir a una misa que se rezaba a las once, hora de la llegada del tren,

en que los domingos solía venir el señor Alconada o el señor Valverde, y hasta el señor Almirez?

Y Cristina, o María Helena, que se acostaban a las dos, a las tres, a las cinco de la mañana, porque habían estado de baile o en la ruleta ¿cómo podían no tener pereza de levantarse a las diez, para frangollar en una hora su tocado y llegar al oratorio siquiera antes de la bendición?

Sin embargo, el viejo sacerdote tenía orden de inquirir de los señores cada sábado, o la víspera de cada día de precepto, la hora en que debía decir su misa. Porque podía antojárseles a las señoras oirla al alba, de regreso del baile o de la ruleta, aunque dejaran sin misa a los demás feligreses que a esa hora dormían. En ocasiones tales, era un brillante y consolador espectáculo el que ofrecía la capilla, concurrida por aquellas damas escotadas y soñolientas y aquellos caballeros de frac, que daban a Dios la primicia del día.

Por esos motivos, cada sábado el cura telefoneaba mil veces preguntando si la señora había determinado ya la hora de su misa y no era tarea fácil lograr que los criados lo pusieran en comunicación con ella, cuyo paradero muchas veces solía ser un enigma. Y cuando en la tarde no le daban la orden, tenía que estar al pie del teléfono hasta muy avanzada la noche, cayéndose de sueño o de cansancio, formulando su única pregunta.

Muchas veces ocurría que le fijaban la hora, cualquiera, las nueve, las diez, las once, y el viejo se metía en cama; mas no bien agarraba el sueño, cuando lo hacía saltar un campanillazo. Le hablaban, no porque hubiera ningún moribundo a quien administrar los sacramentos, sino porque Cristina había resuelto que su misa no se dijese a las once, sino a las cinco de la mañana.

Dos días después de su instalación en el hotel, las niñas de Jairo, que habían llegado con la ilusión de vincularse a la familia de Vieytes, antes innaccesible para ellas, recibieron una gran emoción.

Entre la correspondencia que les trajo el cartero ve-

nía una invitación en papel vitela, del doctor Vieytes y de Cristina para la familia del diputado Jairo.

No era ciertamente a un baile, sino a la recepción de un obispo suizo, que andaba por Sud América dando conferencias en dulce italiano, sobre temas de literatura y arte.

Era su Ilustrísima hombre virtuoso y tan fino de modales como un florentino del tiempo de los Médicis, y hablaba con tan insinuante elocuencia que se puso de moda, y su popularidad en el gran mundo llegó al delirio.

Un hábito morado en un salón donde sólo se veían insípidos fracs, uno que otro uniforme, y los más variados escotes, entre discretos y desvergonzados, era una nota de supremo «chic», que Cristina quiso acaparar para su ilustre casa de tradición católica tan arraigada.

Por eso un día que el prelado tomaba su desayuno, después de su misa, recibió la perfumada y elegante cartita en que la mujer de Vieytes lo invitaba a dar conferencias en la aristocrática capilla de su mansión.

Inmediatamente el obispo, que tenía noticias abundantes, aunque no muy fieles, de la dama, comprendió cuánto bien haría su retórica entre aquellas almas distraídas, que no conocían sino los aspectos paganos del arte.

No vaciló un cuarto de hora, y esa misma noche un criado de librea anunciaba la llegada del famoso visitante, a quien Cristina misma salió a recibir, arrodillándose para besarle el anillo, adornado con una esmeralda pequeñita, como cuadraba a un obispo sin grey.

Pasaron dos días en que el prelado apenas tuvo algunas horas de sosiego para decir misa y rezar su oficio, y en que el cura Navarro no pudo acercársele a saludarle, sin duda porque no condecía su pobre sotana con el marco de trajes preciosos que a toda hora acosaban al huésped. Al tercero fué la recepción; el cuarto sería de «rélache», según María Helena, para que el hombre pudiera hilvanar su primera conferencia.

La recepción se inició a la hora del te. Medio kilómetro de automóviles, con los monogramas más distinguidos de Buenos Aires, hacían cola a la puerta del cha-

let, bajo la famosa avenida de los pinos, que se prolongaba una legua, hasta empalmar con el camino real.

Y como los hombres son generalmente fríos para los asuntos religiosos, eran las damas las que en mayor número rendían ante el prelado, en los desenfadados salones de Cristina, aquel extraordinario homenaje de su fe.

Al almuerzo de ese día asistió el nuncio y el auditor de la nunciatura y dos o tres sacerdotes distinguidos; pero a esa hora ya se habían marchado, y el pobre «obispo de Piriápolis», como lo había bautizado Julieta Abismo, no recordando la región donde aquel pastor tenía su imaginario rebaño, se hallaba solo. Solo en medio del mar del mundo, pero seguro de sí, porque su virtud era grande como la estatua de Nabucodonosor.

María Helena había adquirido bastante confianza ya para arrimársele con una alegre banda de compañeras de su edad, y plantearle terribles problemas teológicos.

El obispo sonreía algo inquieto, y a menudo dejaba al coronel Rodríguez el cuidado de algunas contestaciones.

Y Rodríguez realizaba bastante bien el salvataje del prelado, aunque andaba triste con cara de turbafiestas, sin duda porque vió llegar a Guillermo Sánchez, y vió a Cristina correr a él, para acaparárselo antes de que hablara con su novia.

—Quiero que me dé noticias de la hijita de Zara — le dijo ella:

Sánchez meneó la cabeza.

—¡Grave, grave!

—¿Desesperante?

—No creo.

—¿Y usted? ¿Grave, también?

Le hacía la pregunta viéndolo enigmático, después de un mes que faltaba de su casa. Para alejarlo de María Helena le pidió que la acompañara, y él obedeció con desencanto.

Palmirita trataba de envolver al inocente Piña, que le refería el drama de los gatos. No estando Aurelia Condesa, a quien retenía en Buenos Aires la enfermedad de

la hijita del doctor Zara, se consolaba de su ausencia rememorando sus virtudes, sus disimulos, su gracia.

—¡Qué mujer, Palmirita! ¡Qué mujer más salada!

—Sí, sí, muy salada; — respondía Palmirita con displicencia — más salada que la mujer de Lot.

—A ésta no la conozco...

Gertrudis, en un rincón, «planchaba» resignadamente, arrojando miradas famélicas sobre el coronel Rodríguez, a quien un momento le llamó la atención la suave y afectuosa figurita de Salomé, un poco aturdida, en medio del torbellino de aquel gran mundo en que apenas tenía conocidos.

Deseoso de saber quién era, preguntó a Julia Noel, que flirteaba con Jorge Paz Morera.

—¿No la conoce? ¿Le interesa? ¡Medio pelo! ¡La niña Jairo!

Jorge no dijo una palabra. Nunca se había imaginado que pudiera encontrarse en un salón con Salomé y Julia. Sin atreverse a confesar que la conocía, la miró de soslayo y la vió que tenía los ojos puestos en él, y el alma se le turbó.

Y como en aquella mañana en que Salomé los halló en el rosedal, Julia Noel volvió a decir a su amigo:

—¡Cómo lo mira esa chica!

Lo dijo afectando desprecio, aunque sentía una amenaza en su juventud intacta, en su belleza matinal. Y luego le preguntó:

—¿La ha tratado?

Paz Morera volvió a negarla. Salomé se perdía entre la concurrencia, y eso lo alivió para explicar con tono indiferente:

—No sé; me parece que sí; la he visto en Florida; alguien ha debido presentármela alguna vez; pero no recuerdo dónde.

Julia Noel le tomó el brazo, con gesto brusco: no creía, no creía; sentía celos de aquella emoción que él no podía disimular. No replicó nada, pero se propuso espiar a la muchacha, que se le antojaba una rival.

—*Sinite parvulos venire ad me!* — decía entretanto

el prelado a María Helena, que le pedía permiso para hacerle una pregunta.

El coronel Rodríguez se acercó, deseando examinar de cerca a la hija de Jairo, que estaba en el grupo.

El obispo hablaba muy bien el castellano, pero su acento extranjero daba un valor especial a las erres y a las eses.

—Perdónenos Su Señoría, pero nuestra ignorancia es infinita — decía María Helena disculpándose, entre el cuchicheo de las amigas aterradas por lo que iba a preguntar.

Julieta Abismo, que deseaba no estar lejos de Salomé, se aproximó del brazo de Paz Morera.

Se hizo un gran silencio para oir al ilustre orador, que respondía:

—Es nuestra misión, señorita. «Id y enseñad», ha dicho el Maestro.

—Enséñenos, monseñor... ¿Es verdad que los sacerdotes griegos pueden casarse?

—Nada más cierto.

Hubo tentaciones de risa entre las muchachas que ignoraban aquéllo. Guillermo Sánchez logró librarse de Cristina, y estaba allí, desazonado por la indiscreción de María Helena, con quien apenas había cambiado un saludo.

El prelado explicaba:

—Se pueden casar antes de las órdenes mayores, pero una sola vez...

—¡Ah! ¿una sola vez?—preguntó llena de compasión la niña.

—Una sola vez.

—De manera que si enviudan...

—No pueden casarse más.

María Helena soltó una alegre carcajada, que hizo fruncir el ceño a Sánchez y cambiar algunos codazos a las otras muchachas.

—¡Oh! — murmuró con tono envidioso — ¡entonces las esposas de los sacerdotes griegos deben de ser las mujeres mejor cuidadas del mundo...!

El obispo sonrió haciéndose el desentendido.

Algunas personas más se habían agregado al grupo, sumamente divertidas por la ingenua audacia de María Helena, cuya voz volvió a aguzar los oídos.

Preguntó con mucha dulzura, posando su mirada inocente en los ojos reconcentrados del obispo:

—¿Habría deseado Su Ilustrísima ser sacerdote griego?

Contestó el coronel, cuya alta estatura le permitía dominar el grupo:

—Quizás no habría sido Ilustrísima.

El obispo le miró lleno de inquietud, pero antes de que él hablara, se le atravesó la implacable ingenuidad de María Helena.

—¿Por qué, coronel?

—Sencillamente... — respondió Rodríguez — porque los sacerdotes casados no pueden ser obispos... ¿no es así, Ilustrísimo Señor?

Monseñor engulló como pudo aquella impertinencia, y respondió dulcemente:

—Así es.

—Y... — volvió a preguntar María Helena — ¿qué habría preferido Su Ilustrísima, si hubiera sido sacerdote griego?... ¿ser obispo o casarse?

Risa general. Todas las muchachas estaban rojas, avergonzadas de las cosas de María Helena.

—¡Jesús niña, qué ingenuidad! — dijo una señora madura, que se había aproximado y pedía informes del motivo de tanta algazara. — Discúlpela Su Ilustrísima, y no le conteste.

Contestó Rodríguez:

—Es una cuestión ociosa que el señor obispo no se habrá planteado nunca.

—Confieso que no — confirmó el prelado.

—¡Pues ya la tiene planteada! — exclamó Julieta Abismo clavando sus ojos atigrados en los del pobre conferencista. — ¿Cómo la resolvería, monseñor?

Un segundo de silencio y de embarazo, cuando de nuevo se oyó la voz áspera del coronel:

—Es una página musical que el señor obispo no puede tocar a primera vista.

—Usted lo ha dicho, coronel — respondió desarrugadamente el prelado.

—¡Bravo...! — exclamó aquella empecatada Julia Noel — eso significa que nosotras, las mujeres...

Se calló en mala hora, porque el coronel, que deseaba dar ocasión al obispo para que profundizara bien el estado espritual de la sociedad contemporánea, la animó a proseguir:

—¡Diga, diga!

—Que nosotras podemos pesar tanto como una mitra.

—¡Julia, por Dios!—exclamó la dama horrorizada de aquellas cosas que le decían las muchachas a Su Ilustrísima.

—¿He dicho algo inconveniente? — preguntó Julieta Abismo jugando con sus ojos dorados, como los de una pantera.

—¡No, no! — respondió aturdido el prelado.

—Ha dicho algo que puede ser verdad... desde cierto punto de vista — completó el coronel con malicia.

¡Qué inmenso alivio experimentó la angustiada señora!

—Así me agrada a mí el clero — dijo en voz no tan baja que el prelado no la oyera; y luego más alto: — Habría menos contradición religiosa si nuestros obispos tuvieran el espíritu de Su Ilustrísima..

—¿El espíritu o el «esprit»? — preguntó entre dientes, con la mayor grosería el coronel.

Nadie contestó, quizás nadie lo oyó.

Y María Helena puso el broche de oro, envolviendo el pectoral de Su Ilustrísima con una devota y angelical mirada:

—Con pastores como Su Señoría, da gusto ser oveja.

A lo que el obispo sólo contestó con una sonrisa afligida, porque el coronel le volvió a arrebatar la palabra:

—Con ovejas como ustedes... es peligroso ser pastor.

XX

Una partida de bridge

Misia Palmira se había quedado en el hotel cuidando a los niños, pues allí no tenían sirvienta a quien encomendárselos. Naturalmente, para que nadie creyese en motivos de economía, se inventaba una historia; unas veces era que su mucama encontró un novio en una estación de tránsito, y se quedó allí, sin decirles adiós; otras veces se trataba de una catástrofe; por ejemplo, se había caído de la escalera justamente al salir, rompiéndose una pierna, lo que las obligaba a dejarla y a ponerse en viaje sin servidumbre, y como en Mar del Plata era tan difícil encontrar fámula a su gusto, se iban pasando sin ella.

—¡Y tan bien que vivían sin esa lidia! — aseguraba misia Palmira; lo que no obstó para que la tarde de la recepción se quedase rabiando a cuidar al niño enfermo, y a los dos hermanitos menores. ¡Las amistades que habría hecho en la fiesta, ella tan distinguida y atrayente en su trato!

Relacionarse con Cristina era su ideal. Felizmente no faltarían otras ocasiones, ahora que comenzaba a sonar la candidatura de Jairo para ministro del doctor Vieytes, cuando éste fuera gobernador de Buenos Aires.

Bien tarde ya, sintió llegar a sus hijas y corrió a su encuentro, ansiosa de saber si Cristina la había echado de menos en la fiesta.

—¡En seguida, mamá! — exclamó Palmirita — ¡qué mujer tan inteligente!, no bien llegamos, se dió cuenta de que no venías con nosotros, y nos vimos negras para inventarte una enfermedad que no fuera de peligro...

—¿Y Jairo?

Misia Palmirita rara vez llamaba a su marido por aquel nombre tan cursi de Narciso: decía «Jairo», y se le llenaba la boca de solemnidad.

—Papá se quedó a comer, invitado por el doctor Vieytes. Comida de políticos.

—¡Qué me cuentan!

Solamente hablaba Palmirita; Salomé se encerró en la pieza que ocupaba, con el hermanito enfermo; y Gertrudis, que no había logrado que nadie se fijara en sus manos ni en su trenza, volvía agriada del estómago, pidiendo bicarbonato.

Cuando su madre quiso conocer sus impresiones, ella se levantó furibunda y gritó:

—¡Un opio, un opio, un opio! — y se echó sobre un sofá, con la cara al respaldo.

Palmirita guiñó el ojo:

—¡Está neurasténica!

A la verdad, ninguna había gozado como Palmirita, cuyas mortecinas esperanzas reverdecieron, pues logró, con mucha diplomacia, convencer a don Octaviano de que Aurelia Condesa, a pesar del obsequio de sus gatos y de sus obras completas, no lo quería, y lo estaba traicionando con el doctor Zara.

—¡Así no más ha de ser! — había exclamado por fin el diputado Piña rindiéndose a la lógica de la apasionada joven, que siguió haciendo otras demostraciones convenientes a sus planes. De pronto él, que había quedado pensativo, y como si se le ocurriera que perdiendo a Aurelita no podría amar a otra mujer que no fuera tan salada como ella, le preguntó ruborizándose bajo sus canas:

—Diga, Palmirita... ¿quién es la señora de Lot?

La muchacha, que no recordaba la cita bíblica hecha por ella un rato antes, hizo un mohín de disgusto, como si le mencionara a una rival.

—No la conozco; primera vez que la oigo nombrar.

—¡Vamos, Palmirita, no sea así! ¿No ha dicho que Aurelita es tan salada como la mujer de Lot?

Palmirita soltó el velamen de su risa. Tenía buenos dientes y le convenía mostrarlos. Don Octaviano estaba

confuso, temiendo haber metido la pata, según le ocurría con harta frecuencia; pero quedó cautivado cuando ella le hizo con precisión la historia de Sodoma y de Gomorra.

Por su parte Salomé volvió desesperada, sintiendo desplomarse de nuevo su laboriosa ilusión. Ya no era tiempo de desviar su rumbo; ya no pensaba si no sería mejor para ella dejarse arrebatar por la corriente fácil de las aventuras que podían hacerla rica y hasta famosa. El amor defendíala ahora de esas tentaciones y a la par la hundía en un insondable dolor.

¿Pero cómo llegó a enamorarse tan ciegamente de aquel hombre vano y débil, que al hallarla en un salón afectaba no conocerla? ¿Y de dónde sacaba fuerzas para perdonarle la sangrienta humillación que le infligió en presencia de aquella mujer, que la ultrajaba con sólo mirarla?

Pero — según la frase vehemente de Kempis — «el que no está dispuesto a sufrirlo todo, no es digno de llamarse amante». Y ella, en la desolación de un dolor que a nadie podía confiar, comprendía esa verdad. Algo le gritaba desde el fondo de su conciencia que él no la había negado, sino por salvarla de la hostilidad de Julia Noel; y que sólo en interés de ella fué cobarde.

Pasaron así algunos días. Ella lo vió muchas veces en la rambla, en la calle, en las conferencias de la capilla de los Vieytes, y no quiso mirarlo, cual si no lo conociera. Seguía, sin embargo, creyendo en él, en su bondad, en su inteligencia, en su porvenir, creyendo en lo que nadie creía, en su «Epopeya del Cóndor», de que él le había hablado con fe, porque al lado de ella le volvían los entusiasmos juveniles. Comprendía que buscaba la ocasión de hablarla, y que su timidez se estrellaba en las nuevas costumbres de ella, arrebatada ahora por el vórtice de aquella existencia extraña. Tal vez temía su dureza, y aunque ya tantas veces lo había perdonado, sin duda él no creía que pudiese perdonarlo más.

Todo eso pensaba Salomé. Pero la verdad era otra: que Jorge Paz ni se acordaba de ella, ni tenía un minuto de libertad para acercarse a su conciencia. Bastaba que Julieta Abismo viera en sus ojos soñadores y lánguidos

pintarse un pensamiento lejano, como una barquita en el mar, para que advirtiera el peligro, y sin nombrarle a la hija de Jairo, por no evocar su recuerdo, disolviera su melancolía, inflamándolo en visiones ardientes.

En el balneario ya era asunto oficial aquel noviazgo, que los hombres de mundo vieron por caminos tan torcidos.

—Esta vez parece cierto:—decían—ya la tía Belén ha comprado el regalo.

No se ocultaba, sin embargo, a la experiencia de Julia, lo precario de su conquista. Había adivinado en aquella chicuela de los Jairo la rival que podía vencerla, pues debía ser ella la novia desconocida que perturbó a su Jorge, y un día hizo correr la noticia vaga y misteriosa de su casamiento.

Tenía ella sobre Salomé Jairo el prestigio de su posición mundana, de su gran fortuna, de su provocativa elegancia; pero Salomé superábala con su gracia, en cierto modo «refrescante», la cual impresionaba a los hombres que se tomaban el trabajo de acercársele, como quien se agacha hasta una violeta.

Sobre el espíritu indolente y brumoso de Jorge, ¿la influencia de cuál de las dos perduraría?

Hubiera sido la de Julia, con su llameante energía, a no haber mediado un incidente que lo puso de nuevo en contacto con Salomé.

Durante algunos días estuvo él ausente de Mar del Plata, y una tarde llegó sin prevenir a nadie.

A la noche, como de costumbre, fué a cenar al castillo de Vieytes, donde Julia ocupaba un departamento.

Esa noche Cristina, que poco antes había hecho el hallazgo de Salomé, y gustaba de presentarla a sus relaciones, la hizo quedar, tal como la muchacha fuera al te de las cinco.

Una sincera ansiedad se apoderó de Paz Morera cuando se dió cuenta, en la mesa ya, de que a su derecha tendría a Salomé y a su izquierda a Julia.

Pero ésta no llegaba, retenida en la sala de juego por una encarnizada partida de bridge. La joven execraba

la ruleta, quizás porque era la pasión de su tía; pero adoraba aquel juego, en que hallaba manera de perder algunos miles de pesos. Mientras jugaba bebía whisky, pero su cabeza era más fuerte que el alcohol. Cuando anunciaron la comida, ninguno de los jugadores, entre los que había algunas señoras, se levantó; y la partida continuó furiosa.

Durante un cuarto de hora, Jorge estuvo callado; no se le ocurría una sola palabra que no se le antojara una simpleza, y miraba de soslayo el perfil de Salomé, muda también y pálida de rencor.

Al tenerlo cerca sentía como nunca la quemadura que le hizo en el alma la cobarde traición. Antes de sentarse, había podido leer en una tarjeta, puesta a la izquierda de Jorge, que ése era el sitio de Julia Noel.

Y ambos, a cada rumor de pasos, temblaban con la misma emoción, creyendo que llegaba. Pero Julia ignoraba el regreso de Jorge y seguía su partida. Para no flaquear de hambre, uno de los jugadores propuso hacerse llevar una fuente de sandwiches, y así el bridge no se interrumpió.

Hubo un momento en que en el comedor se oyó la voz de Julia, y Salomé y Jorge miraron a la puerta por donde les pareció que iba a entrar. Al volverse se encontraron sus ojos, y ella empalideció más.

Como ráfagas de un viento ardoroso, le entraban ímpetus de hablar ella la primera, y provocarlo a una explicación, sólo por humillarlo a su vez, pues parecíale que no lo perdonaría más.

Pero él, observándola tan conmovida, venció su propia turbación.

—¡Ojalá no viniera!—dijo.

Salomé se encogió de hombros imperceptiblemente, y él, que notó su gesto de indiferencia, experimentó una atroz angustia, una impaciencia irrefrenable por hablarla a solas, un minuto, para pedirle perdón.

Estaba muy cerca de ella, y en sus movimientos a veces su brazo desnudo rozaba con el de él, y sin embargo

había una infinita distancia entre uno y otro, y sin duda fué eso lo que ella quiso expresarle con su gesto.

Pero él volvió a decirle con extraordinaria pasión:

—¡Ojalá no viniera! ¿No cree? Hace días que no la he visto y desearía no verla más.

Los ojos profundos de Salomé, llenos de dolor, y quizás de odio, buscaron los de él.

—¿Una nueva traición?—le dijo.

En la mesa tratábase en ese momento de un asunto sensacional y no se preocupaban de ellos.

«Botafogo», el invicto caballo argentino, que había batido los records mundiales de tiempo, y del cual se decía que se ignoraba lo que corría, porque nunca necesitó, para ganar una carrera, desarrollar toda su velocidad, «Botafogo» había sido derrotado en condiciones desastrosas por «Grey Fox».

Traía detalles de la jornada el señor Valverde, y los refería con una emoción que no había puesto nunca ni en el relato de la muerte de su madre, arrasados los ojos en lágrimas, afirmando que la derrota de «Botafogo» era un desastre nacional.

Todos los comensales estaban suspensos de sus palabras.

Jorge, al oir la dura respuesta de Salomé, sintió una intensa alegría, prefiriendo una injuria de sus labios a una palabra fría, que habría muerto su esperanza.

Recordaba los tiempos en que empezó a conocerla y a tratarla, llevado por un mal pensamiento; y cómo lo fué penetrando y convirtiendo al amor aquel perfume de gracia y de cordura que nacía de ella.

Le había faltado valor para romper con los convencionalismos que lo aprisionaban. Parecíale imposible casarse con una muchacha que no fuera de su círculo, porque temía la sorpresa y los comentarios de las gentes cuando se preguntaran quién era ella. Pero ahora que la veía en casa de Cristina, sin que eso la hubiera hecho ganar nada, medía su necedad.

—No es una nueva traición:—dijo al oído de Salo-

mé—quiero reparar, si es tiempo, la verdadera traición que he cometido.

La niña no quiso contestarle; ahora tenía la frente enrojecida de indignación, y estaba cierta de que no lo perdonaría nunca.

—¿Es tiempo?—preguntó él: y dos veces tuvo que repetir su pregunta para que ella le entendiera.

—¡No, no es tiempo!

—Pues aunque así sea—repuso él con humildad—querría que ella no viniera; querría no verla más.

Salomé guardó silencio.

—Usted no me cree, y sin embargo pocas veces he hablado con tanta verdad... Pero usted no me cree.

—¡Cómo puedo creerle!—dijo la muchacha sin mirarlo, y con un gesto helado. Luego se echó a reir, y se puso a escuchar la historia de cómo el criador de «Botafogo» lo vendió a Alvear, y éste quiso devolverlo, porque le hallaba un defecto, pero el vendedor no lo admitió: lo cual resultó una fortuna para Alvear.

Pero aquellas cosas resbalaban sobre su alma dolorida, sin interesarla. Habría querido quedarse sola con Jorge para enrostrarle todo lo malo que pensaba ahora de él, y para decirle que así como nadie creía en él, tampoco creía ella ni en él ni en su libro. ¡Su libro! ¡Qué mistificación!

Se volvió bruscamente hacia él, y con verdadera maldad le preguntó:

—¿En qué capítulo estamos de *La Epopeya del Cóndor?*

Paz Morera comprendió toda la malicia de esa pregunta, y se pintó tanto dolor en su semblante, que ella se arrepintió de haberlo herido con brutalidad.

Pero no quiso agregar nada, y él se quedó callado, sin ánimo de hablar. Pasaron así un largo rato, y sólo hacia el fin de la comida, como volviera a oirse la voz de Julia que reía a carcajadas en la sala de juego, Salomé se estremeció y echó una furtiva mirada a su vecino.

Halló los ojos de éste llenos de fidelidad y de tristeza. El le dijo entonces:

—Por más que usted no me crea, si yo en mi vida no hubiera dicho más que una sola verdad, esa sería la que le dije esta noche.

Y ella sintió que esa verdad le entraba en el corazón como una puñalada. Chispearon en su memoria sus recuerdos de amor como un tizón golpeado en la obscuridad, y se arrepintió de ser dura y mala, y a su vez pensó si no sería ya demasiado tarde para desdecirse.

Se levantaban todos de la mesa. Ella comprendió que él se iba desesperado, y que lo perdía definitivamente, y que el amor y la fe le volvían a oleadas, y sin saber lo que hacía se dejó vencer por la ternura y le dijo en voz muy baja.

—¡Perdóneme, si lo he herido!

Y él por toda respuesta:

—¡La quiero con toda el alma!

Julia llegó en ese momento, vió a Paz Morera, de cuyo regreso no tenía noticia, y en el estupor de él lo adivinó todo. Pero no era mujer de amilanarse. Entró riéndose. Sobre su rostro pálido, su risa era un relámpago rojo.

—Buenas noches, Jorge;—dijo asaeteándole con sus ojos dorados y felinos—he perdido mi partida... El bridge es traidor.

Salomé quedó aterrada por tanta serenidad. ¿Cómo podría luchar contra ella?

Salían ya del comedor. Paz Morera saludó a Julia, pero acompañó a Salomé; y Julia comprendió que no solamente había perdido en el bridge.

María Helena y Guillermo Sánchez la miraban. Ella se les acercó, sonriendo siempre, pero bajo su máscara alegre se incubaba una extraña resolución.

María Helena la golpeó en la mejilla, y le dijo:

—¡Qué capítulo para *La Epopeya del Cóndor!*

Julieta Abismo soltó la carcajada. Los tomó a ambos del brazo, y los llevó hasta la galería, que avanzaba en explanada sobre el bosque de pinos, lleno de rumores.

—*¡La Epopeya del Cóndor!* ¡Si ustedes supieran! Yo he tenido en mis manos el manuscrito de ese famoso poema... Es un cuaderno de 500 páginas de vitela, forrado

en piel de foca... Tiene el título *La Epopeya del Cóndor*... luego el retrato del autor... luego dos versos de Víctor Hugo:

«Toujours lui! lui partout!—ou brulante ou glacée
Son image sans cesse ébranle ma pensée.»

Y después... nada más; ni una línea sobre las 500 páginas inmaculadas...

Se echó a reir como una loca; y de pronto desapareció, viendo llegar a Cristina, que se dirigió a Guillermo Sánchez.

—¿Usted se va esta noche?

—Sí, señora; desgraciadamente.

—¿Me dijo que deseaba verlo a Augusto?

—Si era posible, sin molestarlo; pero ahora está de conferencia política con esos señores.

—Está allí;—dijo Cristina señalando una puerta entornada a pocos pasos de ellos—entre sin miedo... son inofensivos.

Efectivamente, después de comer, hallándose en quórum, se había reunido el cónclave. Estaban el doctor Vieytes, sumergido en un sillón, fumando un puro, y a su alrededor, tendidos en el sofá o en otros sillones, Jairo, Trejo, don Octaviano Piña, el señor Valverde y el apacible señor Alconada. Faltaba el coronel Rodríguez, que otorgaba su adhesión a lo que resolviera el grupo, con tal de que no recabaran su presencia.

Ese día el doctor Vieytes había recibido un lacónico telegrama de don Feliciano Almirez dándole cuenta del éxito de una jira política realizada por él en el partido de Bahía Blanca, y expresándole la necesidad de verlo.

Y el gran hombre, ante la estupefacción de don Octaviano, le contestó: «Mañana parto».

—¡Ni Napoleón era tan rápido en sus concepciones! —exclamaba don Octaviano.—«¡Mañana parto!» Esas dos palabras lo retratan de cuerpo entero. Parece una proclama de Termópilas en las Leonidas. ¡Es la actividad misma!

El se perecía por acompañarlo, y de igual modo el doc-

tor Jairo, pero el gran hombre era irreductible en ese punto, y sólo aceptaba la compañía del señor Alconada.

—Sus razones ha de tener—explicaba don Octaviano; —es un hombre muy sagaz, y no procede nunca al tun tun.

Pero, sin duda, más sagaz que el mismo doctor Vieytes era Minervina, la hija del señor Almirez, a la cual éste llevó en cierta ocasión a Buenos Aires, donde el eminente ciudadano la conoció. Entonces fué cuando se iniciaron las jiras políticas por el lado de Bahía Blanca.

—¡Qué muchacha tan sagaz!—decía el doctor Vieytes embelesado, al señor Alconada, su solo confidente;— ¡cómo domina el juego de la política!

Y mientras Almirez y Alconada fundaban comités, el doctor Vieytes pedía inspiraciones a aquella Minerva, que se las daba con mucha cuenta y razón.

Y los viajes a la ciudad del sur menudeaban ante la desbordada admiración de don Octaviano.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre!

La reunión de esa noche tenía por objeto considerar la situación política del partido equidistante, como algunos designaban ya a aquel grupo reducido, pero selecto.

No había para qué tratar el asunto de la jira a Bahía Blanca, porque en aludiendo a ella, el doctor Vieytes se encerraba en un inabordable mutismo.

El señor Valverde que había agotado el tema de la derrota de «Botafogo», expuso con toda lucidez la situación.

Podía darse por descartada la intervención a San Luis. El presidente no la decretaba, sin duda por no desairar de un modo visible al doctor Vieytes, a quien no quería o no podía designar interventor. ¡Peor para él! En ese estado de cosas se planteaba esta gran cuestión: ¿Debía ser presidencialista la política del grupo? ¿Debía ser opositora?

Se hizo un gran silencio. Alconada volvía a pensar en lo estéril de su sacrificio de tirar el coche.

La palabra del señor Valverde era escuchada siempre con gran atención, porque todos adivinaban en él al fu-

turo ministro de hacienda, bajo la presidencia del doctor Vieytes.

Tenía éste un gran concepto de su capacidad como financista, porque quince años atrás, no siendo Valverde más que un pelagatos, le pidió prestados tres mil pesos. Se los devolvió a los tres días. Tres meses después le pidió cinco mil y se los devolvió a los cuatro días. Otros meses después le pidió siete mil y se los devolvió a los cinco días.

—Así comenzó su fortuna;—relataba el doctor Vieytes.—Hoy opera en el Banco de la Nación por 200.000 pesos. Es un talento financiero estupendo: y lo raro es que nadie conoce sus negocios.

Y así era en verdad, sólo que los negocios del señor Valverde, desde años se reducían a hacer girar por todos los bancos de la metrópoli, en riguroso turno, aquella primitiva letra de tres mil pesos, que cada trimestre se inflaba con los intereses y sus gastos personales. La levantaba con dinero que le prestaba el doctor Vieytes, sin ningún recibo, pues antes de una semana se lo devolvía escrupulosamente, y así iba tirando. En esa sazón la letra hallábase anclada en el Banco de la Nación, y llegaba a 150.000 pesos.

—¿Debemos ser presidencialistas? ¿Debemos ser opositores?—repitió el señor Valverde acariciándose sus barbas ralas, enlutadas, y mostrando sus largos dientes amarillos.

Se oyó la voz aterciopelada del doctor Jairo, aquella voz que era en la cámara el encanto de los taquígrafos, porque no se velaba nunca, no trepidaba nunca, no dejaba de llegarles absolutamente límpida y clara como un chorro de agua.

—Amigos míos, el carro del estado navega sobre un volcán. Nuestra política debe ser de expectación. Conservémonos equidistantes.

Y sobre este tema, grato al auditorio, se explayó con serenidad y armonía, acentuando con gestos rítmicos sus profundos conceptos. No decía nunca como el doctor Trejo «qué disparate», o como el coronel Rodríguez, «qué

burrada». Decía «qué error», o «qué extravío», y parecía estar madurando para ministro de gobierno, cosa que tenía intranquilo al doctor Trejo.

El doctor Vieytes lo escuchaba con los ojos entornados, revoloteándole una leve sonrisa en los labios, y todos lo creían sumergido en sutiles cavilaciones.

Jairo, al observar aquel silencio, se detuvo sobresaltado, temeroso de disgustar con sus ideas al eminente jefe. Pero éste lo animó a proseguir:

—Continúe, doctor Jairo, es muy interesante eso que usted expone.

Oyóse entonces a Cristina en la galería decir a alguien:

—¡Entre sin miedo!

Y a Guillermo Sánchez que contestaba:

—No quisiera interrumpirlos; deben de estar tratando cosas importantes.

—¡No se preocupe! ¡Si están hablando zonceras!

XXI

«La señorita Julia»

Luisa, la costurerita que trabajaba a jornal para doña Remedios, holgaba aquel día de fiesta.

Toda la familia, compuesta del padre, un viejo achacoso a quien el reumatismo tenía clavado en una silla, y cuatro hermanitos de diez años abajo, vivía en dos habitaciones, en un barrio del sur.

Una era el dormitorio de ella y de los niños; la otra, con ventana a la calle, estaba ocupada por un aparador con modestísima vajilla, una mesa donde comían, una máquina de coser, la silla de brazos del viejo, y su cama en un rincón, separada por unas cortinas de cretona barata.

En esa hora triste del crepúsculo, cuando la noche invadía las habitaciones y se encendían las primeras luces, el viejo seguía contemplando la calle, donde jugaban los niños, cuyos gritos llegaban hasta él, y Luisa preparaba la lámpara.

Había pasado toda la tarde esperando a alguien, y leyendo a ratos un libro de versos de Evaristo Carriego.

Su padre, la miraba de reojo, pues la notaba triste. Y en verdad la muchacha no hablaba, porque su voz no revelase su angustia.

Vió llegar la noche como un alivio. En la sombra creciente no se verían ni su palidez, ni sus ojos empañados. Cerró el libro, y se quedó quieta, esperando siempre.

Pero su padre le dijo:

—Luisa, encendé la lámpara.

Se levantó con ligereza y pronto se pintó un gran círculo de luz sobre el borde amarillento de la mesa,

donde ella puso el libro abierto al acaso, en una página amarga y simple:

«La costurerita que dió aquel mal paso—
Y lo peor de todo sin necesidad—
Con el sinvergüenza que no la hizo caso.
Después...—según dicen en la vecindad...»

Luisa leyó esa estrofa y no pudo seguir. Agachó la cabeza sobre el libro y rompió a llorar, silenciosa y dulcemente, con grandes lágrimas que mojaron el papel.

El viejo, que seguía la muda escena en el reflejo de los vidrios, la interrogaba con viveza:

—¿Qué te pasa, hijita?

Ella no se movió, y siguió llorando.

—¿No viene Juan hoy?—preguntó el padre, creyendo adivinar en la ausencia del novio, visitante de todos los domingos, el motivo del llanto. Sin embargo, las penas de su hija no eran cosa nueva. Hacía tiempo que él la sentía confusa y apesadumbrada. ¿Habría en su alma juvenil, y tan luminosa como un alba de primavera, algún obscuro secreto? ¿Qué podía ser, que ella no tuviese el valor de confiarlo a su padre? ¡Ah, la vida, la vida!

Sin alzar la cara, su hija le hacía señas de que no había venido Juan, y luego se levantó, y con extraña vehemencia, exclamó:

—¡No ha venido!... ¡Y no vendrá más!

Anduvo unos pasos, inquieta, acosada por sus presentimientos.

—¿El te lo ha dicho? ¿El te ha dicho que no vendrá más?

—¡No!

—¿Y entonces?

—Pero yo no me engaño; no vendrá más, papá; ya verá cómo no viene más.

El viejo apoyó la barba sobre el pecho y se hundió en una muda cavilación. Como hormigas le roían el corazón las sospechas... Había miles y miles. Unas se iban, pero venían otras; y luego tornaban aquéllas. ¡Ah, la vida!

Juan era el chofer de Julia, aquel hermoso muchacho que una noche tuvo la audacia de hablar a su señora de un drama en que aparecían dos personajes, uno con el nombre de él, otro con el de ella.

Durante la temporada de Mar del Plata quedaba libre del servicio, lo cual le permitía dedicar la tarde de sus domingos a la muchacha que lo amaba, que conocía la vida por él, y que como él estaba contagiada por el afán del lujo, del mal que se inocula en cuantos sirven a los ricos.

En aquella inmensa pista de Buenos Aires, todos temblaban bajo ese aguijón, que los hacía abandonar su paso y correr, excediendo sus fuerzas. Todos corrían, cual más, cual menos; y los que vivían al margen de la existencia fastuosa y desquiciada de los ricos, sentían que esa fiebre les invadía las fuentes mismas de la vida.

Juan, que había llegado a hacerse amar de Luisa, pronto le dejó percibir que su belleza humilde no llenaba su corazón exasperado por la continua sensación de otras bellezas. Y ella, creyendo que lograría retenerlo pareciéndose a las mujeres a quienes él admiraba, empezó a copiarlas fatigosamente. Fué primero un instinto de coquetería que se despertaba; después fué una necesidad y una pasión.

Imitaciones, sedas falsas, pieles falsas, joyas falsas, era todo lo que podía ostentar, y aun con eso se endeudaba y se arruinaba; y Juan no llegaba a encontrarla suficientemente bella para quien como él tenía ya la afición y la ciencia de las cosas elegantes y ricas, y el horror a la bajeza de su propia estirpe.

Mientras Luisa leía con los ojos llenos de lágrimas aquellos versos que parecían escritos para ella:

> «—La costurerita que dió aquel mal paso—
> Y lo peor de todo, sin necesidad...»

Juan corría a setenta kilómetros por el camino de Olivos, llevando a su joven ama, llegada ese día.

En una mañana, todo Mar del Plata supo y comentó con precisión aquella partida de bridge perdida por

Julia Noel, que se convertía en una partida de amor ganada por Salomé Jairo. Y a la tarde se desparramó la nueva de que la perdedora había levantado el vuelo con rumbo desconocido.

Doña Belén, aturdida por las impresiones de la ruleta, no se preocupó mayormente del viaje de su sobrina, que la tenía acostumbrada a aventuras desconcertantes.

Y cuando algunas personas se inquietaban en su presencia por la suerte de la hermosa muchacha, se ponía a reir.

—No pasen penas por ella; no se matará.

Julia llegó a su casa en Buenos Aires y se encerró en su departamento. Creyendo tener fiebre, tal era su nerviosidad, se puso el termómetro, y comprobó que su temperatura no pasaba de 36.5.

No bien comprendió que había sido irrevocablemente vencida por la chica de Jairo, y que una vez más su nombre andaría en las lenguas livianas e implacables de sus amigas, encendióse en ella una audaz resolución.

Hizo ordenar a su chofer que le alistara el auto; y a las seis de la tarde lo mandó traer.

Se atavió sencillamente con un traje que señalaba los rasgos de su áspera belleza.

Cuando llegó al coche, abrasó con sus ojos de fiera a Juan, que le abrió la portezuela, y lo saludó fríamente disimulando su propósito y midiendo al adversario.

Y echaron a correr furiosamente por el camino de Olivos que, en el atardecer, bajo la luna, parecía un galón de plata extendido sobre la tierra.

Al principio Julia sentíase arrebatada por sus pensamientos, y era su espíritu como una ola que el viento llevaba hacia alta mar, o deshacía en la playa...

¡Quién le hubiera predicho diez años antes, cuando salió del colegio de la Santa Unión, la estupenda novela en que iba a meterse!

Desgarró con sus dientes, grandes y firmes, un pañuelo de encaje; arrojó por la ventanilla el trapo hecho jirones, y se recogió en el asiento de atrás, como una pantera que junta sus fuerzas antes de saltar, y se puso a

contemplar, a través del cristal, la silueta algo basta de su chofer, ceñido en la elegante librea verde.

Le golpeó el cristal con un anillo y le hizo señas de volver. Al detenerse el auto vió los ojos de Juan que la envolvían en un relámpago de desconfianza y de pasión: «¿Estaba loca? ¿Qué significaba el capricho de echar a correr a esa hora, sola, por ese rumbo?»

Julia se puso a reir.

—«¡Imbécil! — se dijo a sí misma; — ¡soy un hada! ¡quiero hacerte rey!»

Al pensar eso, le dolía el corazón, tanta sangre se le agolpaba en él; pero apartó los ojos de la silueta, y su mirada rodó por el paisaje.

Contra el horizonte lila, se amontonaba la ciudad, manchada a trechos por las arboledas de Palermo.

Pronto llegaron al Parque 3 de Febrero, solitario a esa hora.

En la noche clara, bajo el cielo transparente como un cristal, dormía ya el bosque lleno de espesas tinieblas.

Se había apagado un farol, y Juan se detuvo a encenderlo. Julia volvió a tropezar con la mirada curiosa. La sensación de la soledad y el convencimiento de que aquel hombre la tenía entre sus manos, le causaba un malsano placer. Hubo un momento en que él se agitó, incapaz de resistir al deseo de hablarla, y fué entonces ella la que lo interpeló.

Le hizo una seña y él saltó sobre el estribo. La parte posterior de la «carroserie» estaba abierta.

—¡Juan!

—¿Señorita?

—¿Tienes siempre aquella novela?

El achicó los ojos, fingiéndose trascordado, aunque comprendió muy bien a qué se refería.

—¿Cómo has podido olvidarla?—preguntó ella con intención, y él levantó la cabeza.

—No, señorita, no la he olvidado. Pero no es una novela, es un drama.

—Sí; ¿lo tienes?

—Un drama en que hay dos personajes no más.

—¡Sí, sí!

—El se llama Juan, y es el ayuda de cámara del señor conde; y ella se llama Julia, y es la hija del conde.

—¡Bruto!—dijo la muchacha con ira;—debiste nombrarla a ella primero.

Juan se rió con socarronería.

—Es verdad.

—¿Tienes ese libro?—insistió ella con enfado.

—Sí, señorita.

—¿Aquí?

—No, en mi casa.

—Vamos a tu casa...

—¿Qué irá a decir la gente si la ve allí?

Ella apretó los dientes impacientada.

—¡Qué ha de decir la gente! ¿Acaso voy a entrar?

—Como vivo solo...—apuntó él con cachaza.

—¡Qué me importa saber cómo vives! Esta noche quiero tener ese libro.

—Se lo llevaré yo mismo, señorita.

Julia, furiosa por la malicia que trasudaban las palabras de él, no dijo más, y se acurrucó en el extremo opuesto de su asiento. El bajó del estribo, embriagado por el perfume que exhalaban las ropas de ella. Se quitó la gorra, y el aire de la noche le enfrió el sudor de la frente. Dió manija y pronto llegaron a las calles concurridas.

—¡Ah!—suspiró ella, al sentirse acompañada por el tráfico de la gran ciudad.—¡Qué pesadilla!... ¡Pero qué imbécil es!

Tuvo deseos de llorar, sin saber por qué, con la impresión de haber escapado de un riesgo que ella misma atraía sobre su cabeza; pero luego se calmaron sus nervios, y cuando el auto se detuvo a la puerta de su casa, era la misma Julieta Abismo que Buenos Aires conocía, capaz de jugar su vida y su suerte a una carta.

—No te olvides, Juan;—le dijo con dulzura—quiero que me traigas ese libro.

—¿A qué hora, señorita? Son las nueve.

—Ahora mismo—repuso ella, desentendiéndose del tono

impertinente con que el taimado mozo le hacía la pregunta.

Estaba allí, a un paso de ella, con su odiosa librea verde.

—Juan, ¿tienes otro traje?

—Sí, señorita.

—Tráeme el libro, pero vístete de otro modo; no quiero verte de librea.

Por sólidos que fueran sus nervios, él perdió ligeramente el color y le temblaron las manos, adivinando lo que pasaba en aquella alma.

Pero no se apuró a cumplir su encargo. Quería exasperarla, seguro de que así doblegaba mejor su orgullo de clase. Durante dos horas Julia aguardó en su cuarto aquel libro, impaciente, furiosa, sin explicarse cómo un hombre de estirpe tan baja, cuando ella descendía hasta él, no se echaba de rodillas a sus pies para servirla.

—¡Oh, Juan!—exclamó por fin dolorida,—soy un hada que quiere hacerte rey.

Cerca de media noche, su camarera le anunció que el chofer había venido y se mostraba empeñado en verla.

La joven vaciló.

—¿Verme?—exclamó,—¡está loco! ¿Trae algo para mí?

La camarera bajó a averiguarlo, y volvió diciendo que Juan deseaba darle él mismo lo que traía.

Lo hizo pasar. No vestía ya la infamante librea verde, y el nuevo traje le quedaba muy bien. Parecía haber bebido, porque tenía la mirada turbia y parpadeaba.

—¿Estás borracho?—le preguntó Julia con dureza.

El no contestó; aguardó que la camarera se alejase. Entonces dijo:

—Este es mi libro; yo leo bien, ¿quiere la señorita que le lea el drama?

—¡Decididamente estás borracho!—replicóle ella, cogiéndole el paquete de la mano.

—No, señorita. Pero quería mostrarle que ese Juan que allí figura no es como yo.

—¿Por qué?

—El se enamoró de su ama, la señorita Julia, cuando ella lo humillaba...

—¿Y después?

—Cuando ella lo quiso, él se burló de ella... ¡fué un bestia!

Julia, horriblemente agitada, buscó asiento en una butaquita del «boudoir» a cuya puerta se hallaban los dos. Juan intentó seguirla.

—¡Vete!—le ordenó sin mirarlo y sin ánimo para reprenderle sus palabras y sus movimientos.

Y él se fué. Sus pasos resonaban alejándose, en el silencio de la gran casa dormida, y casi deshabitada. La camarera se había retirado; también ella tenía su novela por leer o por hilar. Julia sintió miedo y estuvo tentada de llamar, pero no a ella, sino a él, que se iba con ademán resuelto, como si hubiera arrojado de un golpe aquella fantasía que en presencia de ella le ponía turbia la mirada y temblorosos los párpados.

Se dominó con gran esfuerzo, y se puso a leer, y luego no más la ganó el interés punzante de «La señorita Julia», la ruda tragedia de Strinberg, y se absorbió toda entera en su lectura..

A veces se estremecía, pareciéndole escuchar su propia voz, hablando a aquel hombre que se había ido, y que quizás ahora la odiaba.

Empezó a leer en voz alta, con ardor:

«*Julia.*—Necesito que me des valor, Juan... Dí que me amas... ven a abrazarme.

Juan (Titubeando).—Yo quisiera, pero no puedo... y menos en esta casa. Yo la amo a usted... ¿Qué duda cabe?... ¿Puede usted dudarlo?...

Julia (Con un tono modesto y realmente femenino) — Usted, usted... (Yendo hacia él) Tutéame... Toda barrera ha desaparecido entre nosotros... ¡Tutéame!

Juan (Preocupado) — No puedo. (Con despego) Siempre habrá obstáculos... barreras entre nosotros mientras

vivamos aquí... Existe el pasado... el señor Conde, que me inspira un respeto como no me lo ha inspirado nadie... No tengo más que ver sus guantes para encontrarme pequeño... muy pequeño... No tengo más que oir la campanilla llamándome, ya estoy inquieto como un caballo espantadizo... Y ahora, ahora mismo al ver sus botas tiesas y derechas como granaderos prusianos, siento cierto estremecimiento en la espalda. Supersticiones, prejuicios que nos han inculcado desde la infancia... pero que no es difícil olvidar. No hay más que irse a otro país donde se vivirá más tranquilamente y donde se respetará y será saludado ceremoniosamente mi portero... Es preciso saber inclinarse y saludar; más yo no lo haré jamás. Yo no he nacido para rebajarme de ese modo; tengo otra manera de ser, otro carácter, y cuando alcance la primera rama, ya me verá usted subir, ya me verá usted subir. Hoy soy criado, pero dentro de un año seré propietario, dentro de diez rentista, y entonces me iré a Rumania, me haré condecorar y «podré»... fíjese usted bien, digo «podré» ...acabar en Conde...

Julia.—No vayas tan de prisa... ¿Cómo vas a ser tú Conde?

Juan.—¡Bah!... En Rumania los títulos de Conde se compran, y usted, señorita, señorita, será condesa... mi condesa.

Julia (Sentada). — Qué me importan todos esos proyectos!... Dime que me amas... porque sin eso... sí... ¿qué soy yo sin eso?...»

... ...

... ...

Julia se ahogaba. Corrió al balcón y abrió de par en par las ventanas de su dormitorio. La ciudad roncaba a sus pies. En el cielo, nubes pesadas y tormentosas devoraban la luna.

Siguió leyendo con ansiedad, pero su corazón desenfrenado golpeaba de un modo atroz. El libro que sostenía con las dos manos, temblaba a cada martillazo.

—¿Voy a morir esta noche?—pensó con miedo.

Arrojó el libro y salió de su cuarto para ir en busca de

alguien que la acompañara. ¡Oh!, si Juan hubiera estado allí, le habría pedido, desafiando todas las críticas, que se quedara a la cabecera de su cama leyéndole aquella tragedia que la emocionaba a tal punto.

Pero Juan se había ido. ¡Hubiera pensado menos en que estaban sobre ellos los ojos del mundo! ¿Qué le importaban las críticas de las gentes? Diez años antes, cuando salió del colegio, ella no era una muchacha de «la alta sociedad», porque su padre no tenía un apellido de abolengo. Había forzado la puerta con su fortuna y con su audacia. ¿Qué había ganado? Juntando todos los minutos realmente felices de aquellos diez años, ¿formaría siquiera una hora? ¡No, no! ¡Y para eso qué montañas de angustias había cruzado, de miserables angustias! Ya ni sabía qué deseaba. Sentía en el alma una sed inmensa, pero ¿de qué? ¿Quién podía decirle qué era lo que habría llenado el horrible vacío de su corazón?

Caminaba a prisa y sin ruido. Si en la obscuridad que se amontonaba en el fondo del hall, hubiera de pronto brillado una luz, y fuese un hada que se llegara a ella, y le dijera: «Pídeme lo que quieras y te lo daré», ¿qué habría podido pedirle? ¿Qué podía ser lo que poblaría su horrible soledad? ¡No lo sabía, no lo sabía! Si hubiera muerto en ese instante, se habrían ido del mundo con las manos absolutamente vacías.

.....

Tres días después en Buenos Aires crepitó como un rayo una estupenda novela: Julia Noel se había casado con su chofer y se había marchado a Europa.

—¿No les decía? — exclamó al saberlo doña Belén, que estaba en la ruleta.—No hay que pasar penas por ella...

Durante una semana se comentó la aventura de Julieta Abismo.

Sólo lloraba la costurerita que dió aquel mal paso...

XXII

La segur en la raíz

Un día que doña Remedios fué por algunas horas a Buenos Aires con Indiana, logró ésta salir sola en seguida de almorzar, para entrevistarse con el señor Alconada.

El brazo derecho del doctor Vieytes ocupaba una casucha modestísima, en las vecindades del palacio de justicia, donde sancochaba sus asuntos. Aunque servía a tan gran señor, sus entradas eran harto medidas, lo cual le obligaba a tasar sus lujos y los de su numerosa familia.

La casa no tenía cancela, y la puerta de calle permanecía entornada, a fin de que los transeuntes no se informasen de lo que ocurría en el patiezuelo, campo de batalla de cinco niños mal trajeados, y lavadero de la familia.

Aparte de la cocinera, su servidumbre se reducía a una «chinita», que un juez de menores había entregado a Alconada para su guarda, y ella acudió al llamado de Indiana, y antes de abrir, espiando por el resquicio de la puerta, comprendió que se trataba de una visita inusitada, y corrió a advertir al amo.

Este concluía de almorzar, y no bien supo que una dama elegante lo buscaba, salió apresurado, limpiándose los dientes con la servilleta que le rodeaba el cuello.

Al ver a Indiana se deshizo en agasajos, quitóse la servilleta, la colocó hecha un bollo sobre una plantera del zaguán, y se adosó a la pared respetuosamente, para que la niña entrara a su despacho.

Allí le tendió la mano expresivamente, pestañeando detrás de sus gafas, como si ella lo deslumbrase.

—¡Habráse visto! — La señorita Indiana en casa de un servidor... Pues si no tenía más que darme un campani-

llazo en el teléfono para que me tuviera al instante a sus pies... No le exagero si le afirmo que su visita aquí, más que placer, me llena de confusión y de pesar...

La hizo sentar en un sillón de esterilla, lo mejor del despacho, y se acomodó él en su sofacito de fabricación vienesa, ocupado en sus dos tercios por pirámides de papelotes empolvados. Pero el señor Alconada era muy metódico, y fuera de la limpieza, que no lo seducía mayormente, los innumerables documentos atesorados en aquella habitación yacían en prolijos cartapacios verdes, que se acostaban en filas contra los muros, sobre el suelo, sobre el escritorio, y en una alacena deslucida pero «cabedora».

Indiana contemplaba sorprendida la sordidez de la vivienda del personaje que alternaba diariamente con el doctor Vieytes, y hasta comía alguna vez en su mesa, cuando no había invitados de etiqueta.

Lo desacostumbrado de la visita picó, sin duda, la curiosidad de los hijitos mayores del señor Alconada, y dos o tres de ellos asomaron sus caritas sucias por las dos puertas del despacho, y allí tronó el humilde señor, que en su casa se desquitaba de sus dulzuras exteriores:

—¡Afuera, canallas! ¡Cochinos! Perdone, señorita Indiana; a éstos hay que tratarlos así; no le miento si le digo que son los pilletes más grandes de la ciudad.

Para aquietar sus nervios sacó del bolsillo del chaleco un palito y se puso a mondarse los dientes, esperando que la joven hablara.

—Hay un asunto que quizás le interese comunicárselo al doctor Vieytes, — dijo Indiana, con mucha pausa. — Debe guardar absoluta reserva.

El señor Alconada se inclinó. Los ojillos le chispeaban presintiendo noticias que le permitirían volar a Mar del Plata, para mostrar el celo que le consumía por servir a su señor.

—He venido sola, y nadie debe saber que he estado a verle. La menor indiscreción agravaría el caso.

—¿Pero qué ocurre, señorita Indiana? ¿Algo de mi señora doña Remedios?

—Así es.

—¿No estará enferma, por cierto?

—No se trata de eso...

—Bien; usted dirá...

—Se trata de que está por vender sus bienes...

—¡Vender sus bienes!

Si al señor Alconada le hubieran dicho que doña Remedios estaba por vender sus nietos, no le habría sorprendido tanto. Su imaginación se inflamó. ¡Diez millones! ¡quince millones! ¡veinte millones! ¿A cuánto ascendía la fortuna de aquella señora? ¡a más tal vez!

El señor Alconada tenía en el pescuezo, sobre el filo del cuello de la camisa, una verruga que en los momentos de grandes emociones se le ponía tumefacta. Indiana pudo medir la impresión que había causado su noticia, en el color borra de vino de aquella lenteja.

—Siendo el hombre de confianza del doctor Vieytes, a nadie podría contársele esto sino a usted. Es un secreto que yo he sorprendido, pero que debe guardarlo bajo tierra... Si le parece que tendrá interés para él, comuníqueselo. Eso es cuestión suya, pues conoce lo que lo afecta. Pero nadie, nadie, ni siquiera él, debe enterarse de que yo estuve a verle, señor Alconada.

—¡Vender sus bienes! — exclamó Alconada aturdido —¿y para qué, si se puede saber?

Indiana, con la mayor indiferencia, explicó entonces lo que no hubiera explicado a no preguntárselo él, porque deseaba dejar la impresión de que tal asunto la tenía absolutamente despreocupada.

—Quiere vender sus bienes para repartir el producto entre los pobres.

Fué tan vivo el gesto de Alconada, que poco faltó para que saltara la verruga guillotinada por el cuello.

—¡Entre los pobres! — repitió como un eco. — Señorita Indiana; yo no dudo un ápice de lo que usted me dice, pero...

—Esto que le digo es como el Evangelio; la absoluta verdad. Si le interesa haga sus indagaciones, y usted que

todo lo llega a saber, sabrá también ésto, como si no se lo hubiera contado yo.

Indiana se paró, y Alconada no la retuvo, aturdido, arrebatado por mil pensamientos; y cuando ella salió, cogió el sombrero y salió también él, a husmear en donde pudiera averiguarse algo de aquella estupenda novedad.

Hacía tiempo que la joven sospechaba la evolución que se iba produciendo en el espíritu de doña Remedios, trabajado por la ardorosa palabra de don Dimas.

Lleno de fe y de bravura no predicaba el sacerdote virtudes al uso del siglo, que se le antojaban flaquezas disfrazadas. Predicaba simplemente las virtudes evangélicas primitivas, rudas y fuertes, y su teología temeraria hacía temblar a los ricos, a quienes gritaba: «¡Ay de vosotros, que tenéis aquí vuestro consuelo!»

Doña Remedios agachaba la cabeza, escuchándole sin respirar, como si pasara una tromba por encima de ella.

—«Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino, y se banqueteaba con esplendidez cada día.

«Había también un mendigo llamado Lázaro, el cual estaba echado a la puerta de él, lleno de llagas.

«Y deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y los perros venían y le lamían las llagas.

«Y aconteció que murió el mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fué sepultado.

«Y en el infierno alzó los ojos, estando en los tormentos y vió a Abraham de lejos y a Lázaro en su seno.

«Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.

«Y díjole Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; más ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado»...

Don Dimas callaba; sacaba el pañuelo de cuadros rojos y azules, en cuyo color se disimulaban las manchas del rapé, y se sonaba estruendosamente, buscando pretextos para mirar la cara acongojada de doña Remedios. Cuando él

hablaba, sus palabras eran un fuego que a ella le secaban las pupilas, brillantes, afiebradas.

Cuando él callaba, los ojos se le arrasaban de lágrimas, y murmuraba suspirando:

—¿Qué debo hacer?

—El rico fué condenado por no hacer limosnas, no por otra cosa. La falta de la limosna es infernal como el robo. Y es el robo al pobre, más odioso que el robo al rico. Nadie tiene derecho a lo superfluo; lo superfluo es lo necesario del que nada tiene.

«Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber. Desnudo y me cubristeis; estuve en la cárcel y vinisteis a mí... Por cuanto hicisteis esto a uno de mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis...»

—¿Qué debo hacer? — gemía doña Remedios.

—La segur está puesta en la raíz. Todo árbol que no sirve deberá ser cortado. El que tenga dos túnicas que dé una; el que tenga sobrado de comer, que también lo dé.

Si doña Remedios se estremecía con aquellas parábolas, por sobre el alma fría de Indiana el verbo apostólico resbalaba sin hacer mella. Habíase dicho que del corazón salen los malos pensamientos, y así ella pensó que debía advertir a quienes pudieran atajar la predicación de aquel hombre sin miedo, y lo que empezaba a cavilar la dama.

Que doña Remedios pusiera en práctica semejante locura, como parecía dispuesta a hacerlo, y se hundía la mitad del pedestal del doctor Vieytes, y la fortuna de Jaime.

Por eso fué y alarmó la fidelidad del humilde Alconada, a quien le faltó tiempo para tomar el tren de Mar del Plata, después de ciertas averiguaciones.

La espeluznante novedad conmovió hasta las entrañas al eminente hombre público, a tal punto, que dejó escapar una mala palabra. El señor Alconada experimentó la extrema satisfacción de haber dado una noticia sensacional.

Estaban los dos solos, a la siesta, en el despacho del Dr. Vieytes, que daba sobre el jardín, desmesurado como un parque. Las celosías entornadas dejaban filtrar sólo una suave claridad que no hería los ojos tiernos del se-

ñor Alconada. El amo escudriñaba sus gestos, temeroso por primera vez de que lo hiciera marchar en falso.

—¿Quién responde de la exactitud de ésto?

—Un servidor.

—¡Basta! Pues lo primero será callar; que nadie sospeche lo que pasa.

—Así será, señor doctor.

—Y después...—titubeó al decirlo, porque su pensamiento empezaba a hacer una sombría y pavorosa jornada.

—¿Después? — interrogó Alconada bajando la voz.

—Después impedirlo a toda costa.

—¿Y cómo?

—¿Dice usted que a ella la sugestiona con su predicación ese clérigo audaz? Entonces hay que proceder contra él.

—¿De qué modo, señor?

—¡De todos modos!

El tono frío y ronco en que Vieytes pronunció estas palabras, decía más que una explicación al modoso Alconada, que sabía muy bien lo que se ocultaba debajo de la corteza brillante y sedosa del gran hombre...

—Si don Dimas desapareciera o se desacreditara... ¿persistiría mi señora doña Remedios en su mal propósito?

—Estoy cierto que no.

—Conviene entonces que algo de eso ocurra, — dijo Alconada.

—¿Es corruptible? ¿Puede alguien sobornarlo? ¿Tiene algún interés por cosas reales y positivas? ¿Tiene algún vicio?

A las cuatro preguntas respondió con enérgicos cabezazos negativos el humilde procurador.

—Entonces peor para él.

Vieytes achicó sus ojos azules, como los de María Helena, que fosforecían en la penumbra de la habitación. No habló durante un rato, pero su interlocutor leía en sus miradas.

—Habrá que hacer lo que más convenga, — dijo al cabo

con toda frialdad; y el señor Alconada no se inmutó encontrando muy razonable la advertencia. ¡Dios de Dios! ¡Veinte millones en peligro, por la lengua larga de aquel energúmeno ensotanado! ¡La bonita comisión que percibiría él si liquidaba a satisfacción el negocio!

Momentos después el doctor Vieytes descompuesto aún por semejante impresión, fué en busca de Cristina. La halló sola, en un jardincito escondido por altos rosales leyendo a la sombra de una glorieta.

—¿Se ha vuelto loca tu madre? — le preguntó bruscamente, sentándose a su lado.

Cristina, en aquel retiro, donde la luz del sol llegaba tamizada por las hojas, parecía más fresca; pero al rato, hechos los ojos a la claridad, se advertía en ella la fatiga del tiempo y de la pasión. Cerró el libro dulcemente, induciendo que debían de existir motivos muy graves para que su Augusto, siempre tan cortés y medido, alterase de tal modo la puntada. Por eso no recibió aquella destemplada pregunta como solía, y dijo blandamente:

—¿Qué pasa, Augusto?

—Que tu madre, exaltada por la propaganda de Carrizo, ha resuelto liquidar su fortuna y distribuir el dinero entre los pobres... ¿Puede ser cuerdo ésto?

Cristina señalaba con un dedo en el libro cerrado, la página en que se había detenido. Pero soltó el libro, cruzó las manos sobre una rodilla, y respondió mirando a Vieytes:

—No sé si es cuerdo, pero es verdad.

—¿Verdad? ¿Lo sabías?

—Por lo menos lo sospechaba.

—¡Y has callado! Cristina, ¿piensas en tus hijos?

—¿Qué podía decir? Yo sentía avanzar en el espíritu de mamá la doctrina de ese hombre. Comenzó aumentando sus caridades; creyó que éstas nada valían si no significaban algún sacrificio para ella, y se desprendió de sus joyas. ¿Has observado que ya no usa más que un prendedor sencillo de platino con un brillante? Un día dijo que iba a vender su quinta del Tigre, por no gastar inútilmente en su sostén, y que daría el producido a no sé quién,

para no sé qué. Así marchaban sus ideas. Una vez la encontré leyendo en la Biblia y llorando, como una culpable. Me dijo que la mayor desgracia que podía caberle a una persona era el ser rico, porque vivía bajo una condenación del Evangelio, según la cual es más fácil a un camello...

—¡Sí, sí, sí! — interrumpió Vieytes, nervioso por el tono en que Cristina le contaba eso, aprobándolo con su suavidad.—Es cosa vieja, y yo no he sospechado nada.

—No es cosa vieja, pero sí arraigada. Nunca mamá ha estado tan cuerda como ahora; por eso si alguien más ha penetrado este designio de ella, es que está resuelta definitivamente a hacer lo que has dicho.

—¡Mujer! ¿y lo tomas con esa calma?

Cristina, que se hallaba oprimida por hondas tristezas recientes, alzó los ojos hacia él, y dijo con dulzura:

—¿Qué le hemos de hacer?

—¿Te parece bien, acaso?

—Dentro del concepto que ella tiene de la vida, sí.

—¿Y dentro del tuyo?—exclamó Vieytes exasperado.

—¡Ah, no! dentro del mío, no—respondió ella levantándose.

—¿Vas a salir?

—No; pero éste no es lugar en que podamos hablar con entera libertad.—¿Vienes conmigo?

—¡Sí!

El la siguió; y pasaron cerca de la sala de juego, donde a esa hora se oía el murmullo de las conversaciones y los chasquidos de las fichas y de las bolas de billar. Felizmente ninguno de sus huéspedes los vió, y pudieron llegar al dormitorio de Cristina, donde hacía años no entraba el doctor Vieytes.

Preocupado y torvo sentóse éste en un canapé.

—¿En tu familia ha habido algún loco?—preguntó de repente; y ella, que disponía unas rosas sobre la mesita del centro, se volvió con viveza y le dijo:

—¡Sí! ¿Te has olvidado de él...?

—¿Quién?

—¡Ocampo!

—¡Ah, es verdad!

Luego, siguiendo el curso de sus ideas, Vieytes agregó:

—Es un antecedente, si quisiéramos iniciar contra ella una acción de insanía. Los jueces...

—¿Te animarías a invocar ese antecedente?—le preguntó Cristina acercándose tanto que él sintió el calor de sus mejillas en su frente.—Dí, ¿te animarías?

El pareció aplastado por aquella pregunta. No respondió nada. Sólo después de un largo silencio dijo:

—¿Qué hay de nuevo en los amores de Jaime con esa mujer?

Cristina suspiró:

—¡También él está loco!

—¿Sigue enamorado?

—Más que nunca.

—¿Cómo lo sabes?

Ella hizo un gesto vago.

—¡Todo se sabe! Además Indiana le sigue los pasos de cerca.

—¡Indiana! ¿Qué puede saber ella?

—Más que tú, más que yo, más que el mismo Jaime, Indiana está enamorada de él... ya conoces lo que dice la Imitación: «mucho hace el que mucho ama».

No, el doctor Vieytes no conocía aquello de la Imitación con respecto al amor, y la noticia lo hizo ruborizar. ¡Diablo! ¿tendría ahora que renunciar a ciertas pequeñas libertades que se tomaba con Indiana?

—No es un noviazgo que yo desearía;—dijo—pero lo prefiero mil veces al otro.

—¿Verdad que sí? ¡también yo, Augusto! ¡mil veces al otro! Pues si son de este modo las cosas, yo haré que Indiana sea omnipotente, informándola...

—¿De qué?

La pregunta fué hecha con verdadera angustia. El rostro de Vieytes era cadavérico.

—¡De lo que te imaginas!

—¿Le contarás?

—Sí; le contaré todo.

—¿No prefieres hablar directamente a Jaime?

—Es inútil; mil veces lo he intentado. No puedo. Me crucifican sus ojos amorosos y leales.

—¿Y a ella cómo vás a hablarle?

—¡Ella lo sabe todo! Estoy segura de que lo ha adivinado; y si no todo, sabe lo más. Ahora quiero que lo sepa tal como fué, para que vaya a Jaime y le hunda esta verdad, como un cuchillo: «hay una mujer en el mundo a quien no puedes querer, y es a Valentina». Ella sabrá hacerlo porque lo ama...

Se volvió a sentar, desalentada, pero sintiendo un inmenso alivio. Cuando hablase con Indiana, por mucho esfuerzo que le costara, estaba cierta de que la confidencia refrescaría su alma torturada. Y ella no podría despreciarla, porque al confiarle su horror, le entregaría a su Jaime.

¡Quién le hubiera dicho que las cosas habrían de venir de tal modo que buscaría su paz en Indiana! Estaba condenada a no saber nunca por dónde correrían mañana sus amores ni su vida.

Vieytes la miraba pensando que de todos los que frecuentaban su casa nadie conocía menos que él a aquella mujer que llevaba su nombre. ¿Qué veían sus ojos ardientes en el aire azul? ¿Qué inspiraciones movían la sangre que le teñía la frente?

Cuando se fué, ella no lo detuvo, quizás ni lo vió salir, con su paso ritmado y majestuoso.

Sus ojos sólo veían a su Jaime, que el destino parecía complacerse en alejarle, llevándolo por rumbos en que no volvería a encontrar nunca a su madre, sino como a una mortal enigma. Aunque buscaba por todas maneras informarse del estado de sus relaciones con Valentina, ignoraba mucho más de lo que podía sospechar.

¿Cómo hubiera imaginado que la abuela de la joven había dicho la palabra que abriría el abismo entre ambos?

Había ocurrido eso el día anterior. Jaime, que desde un mes atrás acechaba una ocasión de hablar a Valentina, logró hallarla por fin.

—¿Por qué me huye?—le dijo amargamente.

Estaban en la plaza, a la sombra de la espesa arboleda,

solitaria durante la siesta, de modo que podían hablarse sin reparo.

No obstante, la joven miró hacia su casa, bien próxima, pero oculta detrás de las altas y negras casoarinas. Aunque hacía tiempo que no lo veía, temía su encuentro, pues no hubiera sabido explicarle de qué manera venía interpretando el sentido de aquella implacable afirmación de su abuela: «Hay un hombre a quien no puedes querer».

—No le huyo,—dijo tendiéndole la mano con lealtad—no he salido casi nunca.

Quería estar firme y fría, pero la presencia de él, a quien amaba, y la desesperación que observaba en sus gestos, la turbaba.

—¿Ya no me quiere?—preguntó Jaime con ternura.

¿Qué podía responderle? Fué vencida por el amor, que en vano intentaba ahogar, y dijo:

—¡Sí!

A ella misma el sí parecióle frío; hubiera deseado que él sintiera cómo, a pesar de cuanto pudiera separarlos, nunca dejaría de quererlo, porque había sido el único que violó su destierro despreciando la consigna del mundo.

Era mejor, sin embargo, que fuera acostumbrándose a la idea de perderla.

¿Pero qué era lo que le daba aquella obscura certidumbre de que había entre uno y otro una barrera insalvable?

¡Nada! porque en realidad nada sabía, y la frase de la abuela nunca le fué explicada.

Tal pensamiento la tentó de rebelión contra aquella condena que le imponían, vendados los ojos y cerrados los oídos. ¿Por qué no le era lícito amarlo? Estaba a un paso de él, en la plaza solitaria, a la hora ardiente en que la naturaleza cantaba su fecunda libertad ¿y había de inmolarse ella a razones que no comprendía?

¡No, no! Sacudió la cabeza y se sentó en un banco, al lado de él, que se lo pedía así.

—Cuando yo le pregunto si me quiere, usted dice que sí, Valentina; ¿por qué, pues, me huye?

—No le huyo,—repitió la muchacha.

—No la veo nunca; y no puedo aceptar que me quiera y me condene a no encontrarla jamás. Si ahora no la hubiese hallado quizás no habría vuelto más a buscarla. ¿Cómo puedo creer que me dice la verdad?

—¿No me cree entonces?

La pregunta de ella fué hecha con tanta pena, que él se sintió penetrado de su dulzura.

—¡Sí le creo! Sólo que no comprendo qué es lo que la aleja de mí.

Entonces ella le dijo algo que a él lo sorprendió inmensamente:

—¡Tampoco yo lo comprendo!

—¡Oh, Valentina! ¿No es una locura que no sepamos ni usted ni yo qué es lo que nos obliga a vivir así? Hace un año largo que persigo hasta su sombra. No tengo paz, ni siquiera sabiendo que me quiere. ¡Y no puedo vivir así! Por usted misma y por mí, iré a su casa y le pediré a doña Andrea que me fije un día para visitarla.

Valentina se puso a temblar.

—¿Va a hacer eso? ¿de veras?

—¡Sí! ¿Podemos seguir así?

—¡No lo haga, Jaime!

Tal expresión de terror se pintó en aquella fisonomía inocente y martirizada, que Jaime se quedó suspenso, afligido, asaltado por mil ideas contrarias.

—¡Mañana iré a verla!...

—¡No lo haga!

Ella le había cogido una mano entre las dos suyas; y él, enternecido, fué incapaz de rebelarse.

—Haré lo que usted quiera,—dijo subyugado.

—Yo hablaré a mi abuelita; debo ser yo quien la hable.

—¿Cuándo la hablará?

—¡Hoy! ¡mañana!

—¿Qué teme? ¿Acaso ha de ofenderla con esto?

—No temo nada: hoy la hablaré.

—¿Y qué le dirá?

—Lo que usted le habría dicho... ¡Jaime!... y si...

Se detuvo en mitad de la frase, llena de congoja, y sólo porque él la animó formuló su pregunta.

—Y si ella se negara a recibirlo, y si yo no hubiera de verle más...

—¿Por qué, Valentina?... Si ella se negara ¿dejaría usted de quererme?

—¡No! pero si yo debiera no verlo más, y no lo viera nunca, nunca, usted... ¿me olvidaría?

—¡Oh, Valentina! ¡mi pobre Valentina! ¡qué pensamientos la asaltan!

—Y si fuera así, si eso que parece imposible fuera lo real, ¿me olvidaría?

La joven ponía toda su alma en aquella pregunta; porque estaba cierta, como si ante ella se abriera el libro de su porvenir y viera todas sus páginas, estaba cierta de que ella no lo olvidaría nunca.

El no respondía, sumergido en el caos de ideas que la interrogación hizo nacer en su cerebro.

—¡Dios mío!—exclamó,—¿por qué habla así, Valentina? ¿sabe usted algo?

Ella se puso pálida, incapaz de repetir las palabras de su abuela. Cerró los ojos confundida, y de nuevo exhaló aquella queja de su alma:

—¿Se olvidaría de mí?

Y Jaime repitió lo que dijera a Indiana:

—¡La quiero por encima de todo!

Separáronse allá, prometiéndole ella venir a buscarlo al día siguiente a esa hora, para darle la respuesta de doña Andrea.

En él había una embriagadora esperanza, que ponía más luz en el aire y en su sangre joven más calor y alegría; pero en ella había sólo una dolorosa inquietud. Era tiempo de saber, y a toda costa quería que su abuela le diera razón del misterio que se cernía sobre su casa y su nombre.

—¿Por qué te empeñas en saber el mal que no has de remediar?—le dijo doña Andrea esa tarde, cuando ella trémula, como si se acercara al abismo en que había de hundirse, la habló.

—Quiero saber por qué no puedo querer a Jaime.

—¿Lo quieres?

—Sí.

—¿No podrías olvidarlo?

—¡No!

—¡Desgraciada!

El pensamiento de la abuela se internó en una impenetrable cavilación, y la niña a su lado, bajo el parral frondoso, al pie de la torre en que perpetuamente velaba su padre, sintió el horror de una sospecha. Se arrimó a la anciana, espió a todos lados, y con infinita ansiedad preguntó:

—¿Por qué odia usted a mi padre, abuela?

—No lo odio; lo he perdonado hace mucho tiempo.

—¿Hizo algo él en contra de mi madre?

—¡Sí!...

—¿El... la mató?

—¡Peor que eso!

—¡Oh! ¡peor que eso! ¿Qué fué entonces?

—¡La obligó a matarse!

Valentina se tapó el rostro, como si junto a ella hubiera caído un rayo.

—¡Dios mío!

Alguna vez la acometió la sospecha de que su padre tenía las manos manchadas en la sangre de su madre, y la desechó con espanto. Y ahora veía que era peor su crimen, porque la había arrojado al mundo, con el alma cargada de odio y de aquel horrendo pecado de quitarse la vida.

Lloró con ansias largo rato, junto a la abuela, que tenía los ojos enjutos, secados por el viento de rencor, nacido en sus entrañas cada vez que la azotaba el trágico recuerdo.

Todo interés había desaparecido ya para Valentina, que comprendía la maldición arrojada contra ellos por el mundo entero. No quería saber más; se le antojaba que su frente, pura como la hostia, tenía una marca de infamia.

Pero la abuela no había dicho todo. Con sus manos blan-

cas, finas, mórbidas aún, levantó la cabeza martirizada de su nieta, y le dijo:

—¡Oyeme!

Valentina cerraba los ojos, y con los dedos crispados se tapaba los oídos.

—¡No más! ¡No más!

—Oyeme, porque ahora sabrás que abismo hay entre tí y el hombre a quien amas: ¡Oyeme, Valentina!... Un día se dijo que ella, mi hija, ¡tu madre! era la amante de Augusto Vieytes.

—¿Y era verdad?

—¡No sé! ¡Nunca lo he sabido! Se llevó su secreto. Pero sí sé que él la pretendía, y que una vez vino a esta casa en ausencia de tu padre. Y tu padre, advertido por un anónimo que yo he encontrado, llegó en un minuto fatal, cuando todo indicio la condenaba. El huyó miserablemente, sin defenderla; y él la obligó a firmar un papel... ¡este papel! ¡míralo!

De su cartera sacó un sobre, y de adentro un pliego que exhalaba todavía el perfume que usó la madre de Valentina.

Tres palabras tenía nada más: «Me mato.—Valentina»; y abajo del nombre una rúbrica firme y muy negra.

—Lo guardo como una reliquia — murmuró la abuela llorando,—al lado de este otro.

Y sacó el anónimo, escrito en una hoja elegante, de la que habían roto el monograma, con una letra también firme, delatora de nervios muy templados, y sin ningún disimulo de rasgos.

—¿Conoces esta letra?

—No,—dijo Valentina, que miraba todas esas cosas a través de un espeso velo de lágrimas.

—Este papel no lo ha visto nadie. Yo lo guardé para averiguar quién lo escribió. No me costó saberlo. Hay tanta maldad en el alma que engendró esta intriga, que ni siquiera pensó disfrazar la letra.

—¿Es una mujer?

—Sí, ¡es ella!

—¿Quién?—preguntó Valentina, no atreviéndose a penetrar el sentido de esa respuesta.

—¡Ella! ¡Cristina Elcano de Vieytes!

La muchacha vió que todo giraba alrededor suyo, y aterrada, para huir de aquella visión que desquiciaba el mundo, escondió la cara en el regazo de la abuela.

XXIII

La derrota

Al día siguiente, a la hora en que debía ir a la plaza, corrió a la torrecita donde se escondía el cadáver viviente de su padre.

El le tendió los brazos. Tal era su alegría al verla, que siempre parecía estar aguardándola; pero sólo un segundo brillaba una luz inteligente en sus ojos, que de seguida anegaba el eterno crepúsculo.

Estaba sentado en un sillón, mirando el suelo, donde una raya de sol, filtrándose por la celosía, fingía un collar de grandes perlas.

—¡Oh, papá!—gritó la niña arrodillándose a su lado —¡perdóname por haber querido saber tu secreto!

Ya él no advertía su presencia. Tenía una mano colgante, junto al brazo del sillón, mano huesuda y fría, y ella con infinita piedad la besó.

Luego bajó, y fué a rezar su oración frente al retrato de su madre: «Señor, perdónala porque no supo lo que hizo». Y agregó la súplica pidiendo luz para el entendimiento de su padre.

Entretanto, Jaime la esperaba a cien pasos de allí, en la plaza solitaria, donde ardía el verano luminoso, enrojeciendo los rosales y dorando ya una que otra hoja en la copa de los plátanos.

Pero ella no acudió a la cita.

Una explosión de amargo despecho estuvo a punto de impulsar a Jaime hasta la puerta cerrada, para aclarar el enigma de aquella mujer que le amaba y le huía.

Esa mañana había llegado Cristina de Mar del Plata,

y en su casa hallaría a Indiana a la hora del te. Necesitando confiar a alguien la derrota de aquella ilusión, fué en su busca.

Y ella con sólo verle comprendió que deseaba hablarle de Valentina.

—¿La ha visto?

—La ví ayer, y hoy también debimos encontrarnos, y faltó a la cita.

Jaime aguardaba que Indiana lo interrogase más, pero ella lo miraba en silencio, escudriñando en todos los pliegues de su rostro el estado de su espíritu, hasta que él, impacientado, le dijo:

—No ha ido hoy adonde yo la aguardaba porque no ha querido llevarme una respuesta.

—¿Era un sí o un no?—preguntó ella sonriendo.

—¡No era eso! Debía hablar con doña Andrea Echarri, para que yo pudiera ir un día a pedir visita en su casa.

Indiana se mordió imperceptiblemente los labios.

—¿La quiere siempre como antes?

—¡Más que nunca!

—Y si entre los dos hubiese una barrera infranqueable, ¿la olvidaría?

Todos los que se acercaban a aquel misterio, todos, eran asaltados por idénticos pensamientos y usaban el mismo lenguaje.

—¿Por qué es eso?—preguntó Jaime con vehemencia; —¡ella y usted hablan con el mismo tono!

—¿Qué le ha dicho ella?

—Lo que usted acaba de decir. ¿Sabe algo usted de eso que puede apartarnos para siempre?

Indiana lo miró tan intensamente, que a él le pareció que toda ella se esfumaba, y sólo veía sus ojos admirables, reconcentrados y ardientes, que buscaban su alma.

—Sí, sé; todo lo sé.

—¡Usted!

—Yo, Jaime. Si va a creerme, escúcheme.

—Voy a creerle...—respondió él anonadado por el gesto de ella que lo aplastaba sin matarlo.

—¡Va a sufrir, Jaime!

Fué un grito de amante que se prepara a apuñalear el corazón que ama; pero él no entendió, atento sólo al relato en que iba a oír el nombre de Valentina.

Y ella le contó cuanto sabía, por haberlo averiguado en largo tiempo, y cuanto le había referido Cristina esa mañana, Cristina, que era en su mundo la única mujer que tenía sus nervios.

Jaime se dejó sumergir sin una queja en aquel horror de horrores, y cuando ella terminó mojó en llanto amarguísimo sus manos de amiga.

—¡Indiana! ¿y usted pudo saberlo y no decírmelo?

—No era tiempo—le contestó ella retirando las manos, en las que él hallaba un consuelo.

—Tengo que salir,—dijo luego la muchacha, levantándose.

—¿Adónde va?—le interrogó él con desesperación, temeroso de su soledad.

—Vamos con misia Remedios a casa de Luis Zara, a ver a Pipina, que está mal.

—¡Vaya!

En sus oídos volvió a resonar la voz de Valentina: «¿me olvidaría?»; y oyó su propia voz que contestaba: «¡La quiero por encima de todo!» ¡Cómo había de olvidarla, aunque un mar de sangrienta ignominia los separase!

Días crueles eran aquellos para Luis Zara, cuya ciencia había dado la vida a tantos. ¿Mas de qué le servía su ciencia si no salvaba a su hija?

Toda otra preocupación, todo otro sentimiento, estaban abolidos en él y sólo respiraba con alivio en los momentos en que la naturaleza reaccionaba, triunfante sobre la muerte, en aquel campo de batalla, reducido ante los ojos, pero infinito para su corazón.

Y, sin embargo, sabiéndolo encadenado al lecho de su hijita, dos o tres veces lo arrancaron de allí para llevarle por una hora a la Clínica, donde algún caso extraordinario requería su presencia. Enfrente de otro enfermo

transfigurábase, no quedando, durante esos minutos que vivía para otros, ni en su rostro ni en su alma, nada del padre ansioso que tiembla por la vida de su hija.

Volvía a ser el hombre del tranco seguro, que cruzaba las salas del hospital con un ritmo conocido de sus enfermos, en cuyo espíritu ya ese rumor infundía la paz.

Indudablemente la preocupación le había ajado y empalidecido, pero su mano era tan certera, su mirada tan clara, su voluntad tan firme, que todos, aun los sabios profesores de la Facultad, estando a su lado descansaban en él.

En aquellas dos o tres veces que se le vió llegar a la Clínica, los practicantes, los enfermos, los sirvientes, todo aquel mundo que adivinaba su dolor, porque lo amaba, dejábalo pasar sin interpelarlo, como de costumbre, para pedirle un consejo, darle un dato, solicitar una hora. Nada era sin interés para Zara, y aunque en el torbellino de sus ocupaciones estuviera obligado a proceder con vertiginosa rapidez, no era hombre de resoluciones febriles o espasmódicas, y toda opinión que emitía era concienzuda y no faltaba jamás a ninguna de las citas.

Pero en esos días solamente se le aproximaban los que habían de intervenir en la operación que lo alejaba momentáneamente de su hija.

—Dicen que la chiquita se le muere—cuchicheaban al verle; y los enfermos, sintiendo su paso, incorporábanse, hincando un codo sobre la almohada, para mirarlo de lejos, y recibir el consuelo de saber que estaba allí, y que si era necesario llamarle, vendría también para ellos.

Casi a la misma hora que doña Remedios, llegó Guillermo Sánchez a lo de Zara.

Todos los amigos del médico desfilaban por su casa, a informarse del estado de la niña, y en los salones sentíase un rumor de conversaciones apagadas.

En las facciones crispadas de Guillermo Sánchez podía leerse una preocupación distinta de la que agitaba a los demás. Se le hizo pasar al despacho de Zara, y éste acudió al punto.

—La Pipina está mejor; no es gran cosa, pero hay un

alivio. Anoche amagaba un ataque de apendicitis. Se ha conjurado. Habría sido terrible tener que afrontar una complicación de ese carácter.

Hablaba secamente, pero con lucidez y frialdad absoluta; y al oirle, Sánchez se turbaba.

—¿Considera extraordinariamente grave un ataque así, en el estado en que ella se encuentra?

—¡Sumamente!

—Bueno; es el caso que vengo a someterle.

—Diga.

—Se trata de la hijita de don Patricio Peña.

—Hija única como la mía,—murmuró Zara con pena.

—Así es. Hasta hoy era el caso de la suya. Hoy es más grave, pues se le ha declarado ya el ataque de apendicitis, terrible.

—¡Ah!

—Los médicos que la atendemos, dada su gravedad, conceptuamos inútil intentar una operación.

—¿Por qué?

La pregunta era hecha en un tono tan seguro, que Sánchez vió abrirse una inmensa perspectiva optimista.

—He venido a consultarle. Ninguno de los médicos se atreve a proceder. Habrían pedido su consulta con usted, pero he preferido venir yo mismo, para no molestarlo inútilmente.

—Expóngame la situación.

Con la precisión a que Zara habituaba a sus discípulos Guillermo Sánchez hizo la historia de la enfermedad de la hija de Peña, punto por punto la de Pipina. A medida que comprobaba esa semejanza, recordaba un principio que un maestro le inculcó en la Facultad en el tiempo en que era estudiante: «Cuando vacile en operar, porque las probabilidades favorables pesen tanto como las contrarias, piense que el enfermo es su hijo, y proceda como entonces procedería».

Era una regla sentimental que a él, que sólo computaba las razones científicas, le había parecido siempre falaz. Pero esa vez le vino a la memoria, evocada por los sucesos.

Titubeó un momento. Sánchez, que lo observaba, se asustó de esa vacilación nada habitual en el maestro, siempre lúcido y resuelto, pero se tranquilizó al oirle:

—Yo... operaría.

—Bueno; los padres de la niña, y los médicos se la entregamos. He venido a rogarle que acepte el intervenir.

Zara pensó durante unos segundos.

—Espérese—dijo; y entró a ver a Pipina, a quien cuidaban unas tías y mimaba en todo momento Aurelia Condesa. Luego salió.

—¿Está todo listo allá?

Guillermo Sánchez hizo señal de que sí, y le explicó que habían preparado una sala para operar en la casa misma de la enferma, previendo que en la consulta pudiera resolverse la operación.

Zara fué, examinó a la niña, y de nuevo reconoció la identidad del caso con el de su hija, y volvió a recordar aquella regla, que nunca aceptó. ¿Si hubiera sido su hija se habría atrevido a contrariar la opinión de todos los médicos?

Nadie advirtió que su mano temblaba ligeramente al coger el bisturí, porque procedió con tremenda rapidez, adivinando el éxito en adelantarse a la muerte que corría con él.

Pero no bien empezó a operar, sus nervios se templaron en su omnipotente voluntad de hacerlo todo bien; y aunque a su alrededor, los corazones se helaban de terror, el suyo medía admirablemente el ritmo de su sangre equilibrada.

Dos horas después, le habló Guillermo Sánchez por teléfono, a su casa, para decirle que la enferma había despertado.

—Nuestra opinión es ahora que se ha ganado la partida.

—¡Gracias a Dios!—respondió Zara, que corrió a la cabecera de su hija, con una embriagadora sensación de triunfo, como si fuera ella la salvada. Y, sin embargo,

dudaba de lo que hubiera hecho en su caso. ¿Habría operado? Creía que no.

¡Ay! dos días después fué el turno de Pipina Los médicos llamados en consulta dieron una opinión desfavorable a la intervención quirúrgica. Y él, Zara, que había salvado una vida en circunstancias idénticas, sintió que su corazón agonizaba.

No podía mentirse a sí mismo. Su conciencia gritábale que si en tal ocasión no operaba, sería «sólo por tratarse de su hija».

Este pensamiento rebeló su fiera lealtad. No era justo que tuviese criterios distintos en casos iguales.

Y se resolvió a operar, con la desolación en el alma. Nadie pensaba como él, pero esa debía ser la verdad, al menos «su verdad».

Habían trasladado a Pipina a una pieza de la Clínica Modelo, y en su sala de operaciones, bajo aquel gran espejo colocado encima de la mesa, para que sobre el cristal pudieran los practicantes y los médicos seguir el curso de las intervenciones, tendieron a la niña, que sonreía al dormirse bajo el cloroformo.

En toda la casa pesaba una tremenda ansiedad. Aquel hombre que había salvado a tantos ¿no podría salvar lo suyo, lo que era la flor de su vida?

Más que a la niña dormida, cuya sangre iba a saltar bajo el acero, los médicos miraban al padre, conteniendo la respiración, espiando en sus gestos la inevitable traición de sus nervios. Estaba pálido y un pliegue de dolor parecía partirle la frente; pero nada más. Sus manos enguantadas elegían con la cautela habitual los instrumentos desparramados sobre una gasa tostada por el autoclave; y sus pocas palabras eran dichas con la voz de siempre, rica y llena. Y cuando, en el pequeño cuadro de piel que dejaban desnudo las gasas que cubrían el cuerpo de la criatura, dió el primer tajo profundo, sólo temblaron los que miraban. El no; y como en la cátedra, expuso con calma:

—Ahora haremos la incisión en forma estrellada.

Una ligera sonrisa dolorosa le plegó los labios, porque

era un procedimiento preconizado por él, que ya se difundía en Europa, donde algunos tratados lo mencionaban con su nombre.

Y dió el segundo tajo más hondo. Los que miraban empezaron a respirar con holgura; tal sensación de alivio causaba al ver la seguridad de su mano y de su vista.

Volvió a hablar, después del tercer tajo, al llegar al apéndice.

—¡Hay mucho pus!—observó brevemente; y no pudo evitar un ademán de contrariedad.

Guillermo Sánchez daba el cloroformo; estaba pálido mortal, y no quitaba los ojos de la pupila adormecida de la niña.

Zara seguía explicando, mientras operaba con extremada rapidez y limpieza. De pronto dijo:—¡Una perforación! ¡Nunca se llega demasiado pronto!—Parecía abatido.

Zara se detuvo al oir un ronquido de Pipina, y más que todo al notar que Sánchez llamaba a otro médico para que observara la pupila de la niña.

—¿Qué hay?—preguntó con ansiedad, percibiendo las palpitaciones de aquella carne idolatrada.

Y entonces tembló la mano.

—¡Oxígeno!—gritó Guillermo Sánchez, y el ayudante dió una vuelta a una aguja de la máquina del cloroformo, mientras él, con una pinza, abría rudamente la boca de la chicuela, que se asfixiaba, con espantoso ronquido, para sacarle la lengua que se estaba tragando.

Arremolinearon los que presenciaban. Todas las frentes se pusieron lívidas, pero la de él enrojeció.

No se movió; miró no más lo que hacían los otros. Cada uno debía quedar en su puesto, para que la obra salvadora pudiera cumplirse. Pero fué tan horrible su congoja, que tuvo tentación de suplicar que le arrancaran el delantal blanco, porque lo ahogaba como una lápida más pesada que el mundo.

Y cuando los ronquidos de la niña cesaron de pronto, sintió que el corazón se le hacía de hielo, y su frente sudó sangre, positivamente sangre.

—¡Dios mío!—dijo; y se agachó a escrutar la pupila de su hijita.

¡Silencio de tumba! Y aquel gran espejo que había presenciado tantos triunfos del maestro, vió por primera vez su espantosa derrota, reflejando el cuerpo lívido de la niña muerta bajo el cloroformo.

Ya nadie miraba aquel cuerpo, que Guillermo Sánchez cubrió con inmensa piedad. Todos contemplaban al hombre fuerte, como un héroe antiguo, que después de besar a la niña, en la frente, en los ojos turbios, en la boca cerrada para siempre, se había afirmado contra la pared, y estaba allí mudo, con la mirada al suelo y el puño sobre los labios.

Le preguntaron si debían llevarse el cadáver, y él asintió con un movimiento de la cabeza, y vió sin moverse, cómo desprendían las horribles correas que amarraban a su hijita a la mesa de operaciones, y cómo todos, con lágrimas en los ojos, ayudaban a depositarla con infinito cuidado, cual si sólo estuviera dormida, sobre una camilla de ruedas.

Y él siguió detrás de los que se la llevaban.

Toda vida parecía haberse detenido en la Clínica. Una mortal pesadumbre envolvió la casa, y cuando la doliente caravana de aquellos hombres, con largos delantales blancos, cruzó por las galerías empujando la camilla sobre sus siniestras ruedas de goma, cuantos se agolpaban a verla se sobrecogían de dolor, y los ojos espantados lo buscaban a «él», que seguía el convoy.

Aurelia Condesa, que aguardaba en el fondo de la galería donde estaba la pieza de Pipina, comprendió lo ocurrido, y se avalanzó con un grito sobre el cuerpo de la chicuela, y levantó el lienzo que la cubría.

Zara se estremeció al oir ese grito; despertó de su alucinación, miró de nuevo el rostro de su hija sellado por la muerte, y se abatió al pie de la cama, en que iban a depositarla, llorando como un niño.

XXIV

¡Desgraciada provincia!

Un mediodía, almorzando una perdiz, el doctor Vieytes mordió una munición. Hubo un crac de su mandíbula y se le saltó una muela.

Para los comensales que se dieron cuenta del suceso, la cosa carecía de toda trascendencia política; pero el espíritu de águila de aquel hombre consideraba los acontecimientos desde un plano superior, y al momento comprendió que el partido equidistante iba a ser derrotado en la elección de Buenos Aires.

Ni siquiera se le alteró el pulso, al presentir el fracaso de su candidatura a gobernador.

—¡Desgraciada provincia!—pensó.

Por fortuna ese día almorzaba casi solo, y pudo retirarse a su biblioteca, en cuyo sereno refugio, paseándose de punta a punta, con las manos a la espalda, nació en él la resolución de adelantarse al hado, renunciando a su candidatura ante el cónclave del partido equidistante. Ese mismo día podría reunirlo, pues salvo el señor Almirez, que seguía fundando comités en el sur de la provincia, los demás dirigentes estaban en la capital.

Como había sesiones extraordinarias, mandó un mensaje a la cámara, a citar al doctor Jairo y a don Octaviano. El doctor Trejo, el señor Valverde y el señor Alconada lo visitaban todas las tardes; y en cuanto al coronel Rodríguez se le daría por presente, aun cuando no estuviera, según lo convenido.

En aquella época las sesiones extraordinarias del Con-

greso realizábanse con el Jesús en la boca, porque los suspicaces atribuían al nuevo presidente el propósito de disolver ambas cámaras para rehacerlas bajo nuevas elecciones, con representantes «plebiscitados», como se decía entonces.

El doctor Gutiérrez, que era presidente de la comisión de agricultura, llegó esa tarde mucho antes de la sesión, porque deseaba acreditar su laboriosidad firmando cada día algún despacho de su comisión o presentando algún proyecto, copiosa y campanudamente fundado.

Dios sabía que el doctor Gutiérrez hubiera preferido ser presidente de la comisión de negocios extranjeros, pues seguía sonando como candidato al ministerio de relaciones exteriores, en caso de vacar. Había dado de mano a los asuntos financieros, y se dedicaba ahora a los temas diplomáticos. Cada semana presentaba un proyecto que abonaba su madurez para tal cargo, y ese día llevaba una minuta muy relumbrosa, conforme a la cual la cámara declaraba que vería con agrado que el presidente tomara la iniciativa de la formación de un congreso de neutrales, que apresurara el advenimiento de la paz. «La paz, señores diputados, mágica palabra... etc.»

No bien franqueó el umbral de la gran puerta, por la calle Rivadavia, y entró en el palacio del Congreso, saludando a uno y otro lado, le cortó el paso una viejecita que llevaba a remolque a una muchacha muy peripuesta.

—¿No es usted el diputado del Barco?

—No señora... desgraciadamente, — contestó muy afable el doctor Gutiérrez, echando una ojeada por los alrededores de la viejecita.

—Porque yo soy nieta de un guerrero de la independencia, y esta niña es sobrina de un expedicionario del desierto, y nos han dicho que ahora se van a tratar las pensiones, y como sólo el diputado del Barco sabe hacerlas pasar...

La buena señora habría proseguido toda la tarde; pero la entrada de otro caballero, libertó al doctor Gutiérrez, porque ella se arrojó sobre él.

—¿Es usted el diputado del Barco?

—No, señora; ni ganas que tengo; soy el diputado Justo.

El doctor Gutiérrez huyó hacia el ascensor que lo remontó hasta el segundo piso.

Al llegar a la galería de las Comisiones, saludó profundamente, sombrero en mano, a dos niños que aguardaban a su papá, un postulante.

Más allá, frente a la puerta de su oficina, encontró, como todos los días, haciendo la guardia para que lo tuvieran presente, a un pobre criador de ovejas de la Tierra del Fuego. Hacía veinte años que liquidó sus ovejas, compró un buque y solicitó una concesión del Congreso para cazar lobos marinos en las costas del sur. Como se demorase algo el trámite de la ley, amarró su barco, dejó su familia y se trasladó a Buenos Aires, a gestionar personalmente el pronto despacho de una ley en que todo el mundo estaba conforme.

Había pasado diez y nueve años persiguiendo a los legisladores uno por uno, cuando en el período anterior el senado le aprobó su ley; era la mitad de la jornada hecha; no le faltaba más que la sanción de la cámara, y la tenía segura.

El doctor Gutiérrez le estrechó la mano silenciosamente, cubriéndolo de sonrisas y de saludos, y empujó la puerta de su despacho, donde lo aguardaban dos negros de librea para preguntarle qué quería servirse. El candidato a ministro estaba impresionado con la frialdad de la mano que acababa de estrechar y la lividez del rostro del eterno postulante. El, que había sido diputado por diversos partidos y bajo otros gobiernos, lo conocía desde tiempo inmemorial.

—¡Pobre hombre!—pensó;—se ha comido sus ovejas paseándose por esta galería, y esperando su ley. Hoy mismo despacharé el proyecto; felizmente lo ha incluído el ejecutivo en los asuntos a tratarse en estas sesiones.

Con ese propósito hizo averiguar si estaban en la casa otros miembros de su comisión, y mandó llamar a algunos que se hallaban en la presidencia. El primero en acudir

fué el diputado Pacheco, radical de estirpe, que admiraba la madurez ministerial del doctor Gutiérrez.

Frente espesa, con gruesas arrugas; cabellos negrísimos y cortos, y tan pegados al cuero que el cráneo parecía embetunado. Andaba siempre con retacitos de papel en el bolsillo, en que apuntaba lo que tenía ganas de decir en la sesión, aunque después no lo dijera; y consultaba sus borradores con algunos amigos discretos.

—Mire lo que tengo aquí—dijo confidencialmente al doctor Gutiérrez.—La Revista Popular está haciendo una encuesta entre los intelectuales argentinos, sobre la oportunidad de las casas baratas para obreros.

—He visto—murmuró Gutiérrez, contemplando la punta de su pie.

—Y me ha pedido una opinión. Si le interesa se la voy a leer.

—¡Encantado!

—«El problema de las casas baratas—leyó enfáticamente Pacheco—es uno de los problemas trascendentales de la sociología moderna... etc.» ¿Qué le parece?

—Muy bien, ¿cuándo va a salir?

—El domingo próximo.

—Haré que me manden un número y lo guardaré.

Pacheco se había quedado corrigiendo la puntuación de su obra. De pronto dijo:

—¿Está usted seguro, doctor Gutiérrez que «barata» se escribe con be larga?

—¡Hombre! — exclamó el interpelado, titubeando deliberadamente para infundir en su admirador la ilusión de que su duda era fundada—barato se ha escrito generalmente con be larga; en algunos manuscritos del tiempo de la colonia, lo he visto con ve corta; pero la gente de esa época no era muy fuerte en ortografía. Escriba, sin miedo, con be larga.

Dos miembros más de la comisión llegaron luego, y el presidente les informó de la urgencia que había en despachar la concesión de los lobos marinos. Durante un breve momento cambiaron ideas acerca de esos animales; y resolvieron despachar el proyecto, pero modificando ligera-

mente la sanción del senado, para que no se creyera que iban a su zaga, e imponiendo al concesionario la obligación de regalar una pareja de lobos cada año al jardín zoológico.

Firmado el despacho, lo enviaron a toda prisa a la secretaría para que tuviese entrada en esa misma sesión; y se desbandaron los miembros de la comisión de agricultura.

El doctor Gutiérrez se quedó solo, y empezó a comunicarse por teléfono con los internacionalistas de nota, para preguntarles su opinión sobre el proyecto de conferencia de neutrales.

A Drago no le entendió bien; debía de estar con uno de sus ataques de asma, por lo velado de la voz.

Zeballos le asestó algunos puazos y se refirió al tomo segundo de su tratado de derecho internacional; y Becú, al saber quién pedía la comunicación, le hizo decir que no estaba.

—¡Los corroe la envidia!—pensó el doctor Gutiérrez frotándose las manos; y mandó llamar, con un ordenanza, al postulante de los lobos marinos, para darle la buena noticia.

El negro volvió al poco rato, con la cara larga.

—¡No puede venir, señor diputado!

—¿Por qué?

—¡Se ha muerto!

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En la sala de espera, señor diputado. El diputado Agote lo está examinando y dice que ha muerto de hambre.

—¡Qué inoportunidad! ¡Un despacho perdido!

El doctor Gutiérrez cogió su galera, su bastón y sus guantes, se miró los botines, y se encaminó al recinto. Ya era tarde para retirar de la secretaría el proyecto, porque acababa de darse cuenta de él a la cámara reunida; lo cual no desagradó del todo al presidente de la comisión de agricultura, porque le daba ocasión de pedir la palabra y salir ese día también en el diario de sesiones.

Su divisa era: «nulla díes sine línea... en el diario de

sesiones». Pero no lo hacía como otros, que quedaban satisfechos con interrumpir a un orador para pedir al presidente noticias sobre el quórum, o preguntarle cuántos diputados había en la casa. El procuraba ser trascendental.

—«Una de las figuras más familiares a los señores diputados, un futuro «pioneer» de la industria pesquera—dijo esa tarde—ha desaparecido repentina y trágicamente en la sala de espera de la honorable cámara...»

Refirió entonces circunstancialmente y con tono patético la historia del hombre de los lobos, para declarar que, habiendo fallecido el concesionario, la comisión retiraba el despacho.

Don Octaviano Piña escuchó con intensa emoción el doloroso relato, y como era amigo de la «figura familiar» que había desaparecido, en un rapto de fervor pidió la palabra.

Nunca la pedía, y por eso todos se volvieron a él, anhelosos de saber qué tenía en la lengua esa tarde. Pero Marco Aurelio Avellaneda, que estaba en la banca del lado, y que solía protegerlo, le tiró de la manga:

—¿Qué está por decir, don Octaviano? — le interrogó en voz baja.

—Voy a hacer moción para que la cámara se ponga de pie en homenaje al muerto... ¿no le parece? — respondió encantado Piña.

—¡Cállese, hombre! ¡no sea zonzo!

—Tiene la palabra el diputado Piña — dijo el presidente, que en ese momento era el doctor Saguier, a cuyo lado el mismo Paul Deschanel, de clásica distinción, habría aparecido vulgar como un mozo de hotel.

Don Octaviano tuvo que explicar, volviéndose a uno y otro lado:

—¡No, no! ¡ya no la quiero!

Se pasó entonces a la orden del día, y empezó a hablar el miembro informante de una comisión, sobre un asunto en que nadie disentía. Pero como en el anterior período no había hablado, el orador se desquitaba cumplidamente. Durante un par de horas desgranó sus frases, desde las

últimas filas del hemiciclo, forzando la voz, sobre la cámara aburrida.

Cuando se abría una puerta de la rotonda, llegaban al recinto retazos de conversaciones y de risas de los diputados que habían disparado de aquel discurso, y se estaban allí tomando mate y contando cuentos.

De cuando en cuando alguno asomaba la cabeza para ver si el informante había acabado. Pero seguía lloviznando sin prisa su oratoria brumosa. De pronto chisporroteó en sus labios un período rotundo y hueco, y se difundió entre los circunstantes una grata expectativa, creyendo que allí terminaría.

Pero después de una leve pausa y dos tragos de te frío, el orador declaró que entraría en la segunda parte de su exposición.

Tres o cuatro diputados más huyeron despavoridos. Los que quedaban orientaron sus butacas en otra dirección y se pusieron a conversar entre sí. Algunos fumaban, escandalizando al presidente. Arriba, en las tres filas de galerías que formaban la barra, la concurrencia se iba clareando, aburrida. Sólo quedaban los desocupados, que se pasaban la tarde con los codos clavados sobre el balcón, mirando los cráneos desguarnecidos y relucientes de algunos padres de la patria.

Contra la tribuna de la presidencia, aparatosa y solemne, estaban tres o cuatro negros de librea. No se distinguía sino el azul del uniforme, porque la cara se perdía sobre el fondo obscuro de la caoba. Cuando alguno bostezaba, sus dientes blancos denunciaban que había allí un ordenanza para alcanzar agua o pasar caramelos a los señores diputados.

Sólo el doctor Jairo atendía, inaccesible al aburrimiento, desde su banca del centro, que jamás desertaba, como no fuera en los cuartos intermedios para ir al «buffet» a tomar una copa de Oporto con bizcochitos. Por soporífero y vacío que fuera su discurso, el orador podía dirigirse siempre a la banca de Jairo, seguro de hallarlo atento, con una suave sonrisa que ahondaba los rasgos de su rostro carnoso y pálido. Fruncía el ceño en los pasajes

más pedregosos, en señal de mayor atención, y no dejaba nunca de consultar después en antesalas al orador, sobre el alcance de tal o cual concepto.

Cuando terminó aquel discurso, desde una banca de la derecha alguien pidió la palabra. La voz clarísima y penetrante produjo en todos un ligero sacudimiento, mezcla de curiosidad, de interés, de temor. En un instante se repoblaron los sillones desiertos, y se orientaron hacia el que iba a hablar.

—¡Rodolfo Moreno con la palabra! — exclamó aterrado don Octaviano Piña, que llegó al «buffet» masculllando alguna cosa — ¡qué irá a decir este mozo!

El leader conservador, con dos o tres frases mordientes, fundó una interpelación a uno de los ministros; y como se suscitara una cuestión y se desviase el debate hacia el terreno político, en medio de una intensa espectativa pronunció un valiente apóstrofe contra el presidente de la república.

Don Octaviano quedó horrorizado.

—¡Qué imprudencia! — exclamaba apretándose el cráneo — ¡esto es provocarlo a que nos disuelva! ¡nos va a disolver! ¡segurito!

Pero estaba allí el doctor Jairo, para colocar las cosas en su punto, sin pasión política, como equidistante que era. Hilvanó en el acto una improvisación armoniosa y florida, llamando a todos los espíritus a la reflexión y a la concordia, porque los tiempos eran difíciles, y exigían del patriotismo de todos el sacrificio de las divergencias políticas en aras del bien común.

Aquel discurso quedó en la memoria de los hombres por su audacia metafórica.

«Pongamos, honorables colegas, — decía — un freno a nuestra inercia. ¡Nada de política! En esta materia es urgente aguardar los acontecimientos. Enderecemos nuestra desorientación hacia la legislación social, en la que reina un vacío cuyas lagunas debemos colmar. Desgraciadamente nuestra sociología es una selva virgen, en la cual la mano del hombre todavía no ha puesto el pie...», etc.

—Esto si que es «chic» — gruñía Piña refregándose las manos.

En ese momento un ordenanza le alcanzó la tarjeta en que el doctor Vieytes lo invitaba a la reunión de los dirigentes del partido equidistante.

Lo inusitado de la invitación lo llenó de zozobra, y en cuanto se acallaron los aplausos que provocara en las bancas oficialistas la ecuanimidad de Jairo, se corrió hasta su sitio. También él había recibido una invitación y se aprestaba a acudir al reclamo.

Salieron juntos, dejando a la cámara sin quórum, y se encaminaron a la casa del candidato, con la imaginación encendida, presintiendo alguna catástrofe. Ya habían llegado los otros dirigentes, a quienes el doctor Vieytes trataba de convencer de lo necesario que era en esos momentos supremos para la patria hacer el sacrificio de su candidatura en aras de la concordia general.

—Se han puesto en juego influencias clericales—afirmó el doctor Trejo al oído del señor Valverde, que no expresó su opinión. El señor Alconada asentía, como siempre que hablaba «él».

Ni por un momento se le ocurrió al doctor Vieytes confesar a sus amigos el accidente odontológico, que lo resolvía a eliminarse, a lo menos para no perder los dientes que le quedaban.

La cuestión se planteó en un plano absolutamente superior,—los intereses permanentes del país, la unión de las fuerzas conservadoras, el enemigo común;—y como de costumbre, todos concordaron con la opinión del eminente ciudadano, que tan a deshora sentía las nostalgias de su voluntario retiro.

Y resolvieron publicar un manifiesto explicando al electorado de la provincia la abstención del partido equidistante en las próximas elecciones.

—El que lo va a sentir más es el señor Almirez, — dijo el coronel Rodríguez, que tuvo la deferencia de asistir a la reunión.

Pero no explicó las razones de tal pena. El señor Alconada se ruborizó, haciendo el cómputo mental de que entre

Jairo, Almirez y aquella sagacísima Minerva, que escribía los discursos de su padre y aconsejaba al eminente ciudadano, le habían comido a éste más de ciento veinte mil pesos. Y todavía esa mañana lo había sableado cruelmente el director de una revista que iba a publicar su retrato, de una plana entera, el domingo próximo.

Un silencio de muerte flotaba sobre la reunión. Uno a uno fueron levantándose, con el alma contristada, como si en aquel salón quedara el cadáver de un amigo.

Ya el señor Valverde, que no había desplegado sus labios, pronunció el santo y seña que los haría conocer en medio de las mayores tinieblas:

—¡Qué lástima! ¡Si él hubiera querido!

El doctor Trejo arrió sus anteojos de leer, se caló los de hablar, y echando una mirada sobre el grupo que iba a disolverse, dijo la frase que convenía:

—Augusto: ¡procedes como los antiguos romanos!

Lo abrazó y salió hecho un torbellino, abanicándose con la galera cuadrada. Y don Octaviano, que se había quedado pensativo al oir aquel magnífico epitafio, dió dos saltitos y se llegó al coronel Rodríguez.

—¿Qué hombre, no? Es la estatua del desinterés.

—¡Como los antiguos romanos! — le contestó enfáticamente el coronel.

—Diga mi coronel, ¿qué es lo que hacían los antiguos romanos?

Y el coronel, desbordando complacencia, contestó sin vacilar:

—Los antiguos romanos, hacían... lo que podían.

XXV

La voz en el desierto

¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruída! Así clamaba Jonás recorriendo las calles de aquella gran ciudad, donde moraban, según el texto bíblico, «hasta 120.000 personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda».

Y como él, don Dimas cruzaba los rumbos de la poderosa capital argentina profetizando contra sus pastores. «Ciudad turbulenta, ciudad alegre, por las culpas de los grandes perecerás».

La malquerencia que en las altas clases suscitaba aquella voz, era un mar que se hinchaba y batía ya su refugio.

Doña Remedios empezaba a esquivarse a sus visitas, que la dejaban aturdida, como si con cada palabra ese hombre le asestara un martillazo; y una red de influencias se cruzaba ante la curia para lograr que se le alejara, ya que no era posible obtener que se redujeran sus propagandas a términos oportunos.

«Que prediques la palabra en tiempo y fuera de tiempo», era su implacable divisa.

Influencias del mismo origen que las otras, se encargaron de volatilizar en el corazón de la gran dama el sedimento que le dejaban las fogosas homilías de Carrizo.

Concluída la temporada veraniega, doña Remedios había cerrado su quinta del Tigre, y había abierto sus salones en Buenos Aires, dispuesta a gastarse en flores y luz un río de oro.

Hacíase el cálculo de que centenares de obreros vivían

de los salarios que indirectamente pagaba ella, para llenar su mansión de las costosas naderías que imponía la moda. Alejada como había estado del torbellino, las primeras fiestas que dió costáronle semanas de preparativos y de febril excitación. Experimentaba un placer refinado en demostrar que conservaba su buen gusto, especie de sentido de la orientación, en el laberinto del gran mundo. Ahora no estaba sola nunca, ni tenía tiempo de pensar, ni tenía ganas tampoco de caer de nuevo en las tentaciones que la hicieron dudar de su salvación, si moría cargada con su millón de rentas. Por de pronto, se había lavado su espíritu de toda idea fúnebre, y en su vida sin sacrificios, desbordante de consuelos, el espíritu evangélico era una sal que había perdido su sabor.

Era preciso ser de su tiempo, y aliar las virtudes fundamentales y fáciles, con las exigencias de su rango; porque la mayor locura habría sido pretender una perfección imposible, de la cual la alejaba su absoluta falta de aflicciones.

Así fué enredándose en livianas ligaduras, redes de telarañas, que en pocos meses aprisionaron su alma como una cadena infrangible de vanidades cultivadas y satisfechas. Mas no podía decir, en verdad que fuese más feliz. Sus fiestas preparadas con tan enorme esfuerzo, y cuyas crónicas leían los humildes entreviendo el paraíso a través dle relato de sus suntuosidades, sus fiestas la dejaban mortalmente fatigada y triste, con una tristeza que sólo se aliviaba entregándose a la fiebre de nuevos preparativos para nuevas fiestas.

Ni siquiera tenía la certidumbre de que hacía la felicidad de aquella gente turbulenta y alegre que llenaba su casa. Veíala correr detrás de toda novedad, que le proporcionara un cambio de impresiones; y si en ella la educación y la edad imponían un límite que la alejaba infinitamente de la extravagancia, no sucedía lo mismo con los demás, muchos de los cuales, hombres y mujeres, arriesgaban la salud, la fortuna, la vida, por lograr un placer nuevo, o más simplemente, una sensación inédita.

—¿Conocen el placer de una limosna hecha en la som-

bra, ignorando la mano izquierda lo que hizo la derecha? —preguntóle un día Carrizo, en una de las últimas veces que fué a la casa de doña Remedios.

—Don Dimas, usted, con su intemperancia, se está labrando su ruina. Ya no es miedo lo que se le tiene, sino rencor.

Don Dimas alzó los hombros con un indescriptible desdén.

—Yo soy el trigo de Cristo — dijo repitiendo las palabras de un mártir. — Es necesario que ya sea molido bajo los dientes de estas fieras.

—Pero su palabra, por exceso de celo, resulta ineficaz.

—Peor para los que no quieran oirla; porque mi palabra no es mía, sino de Aquél que ha dicho: «Todas las cosas pasarán, pero mi palabra permanecerá».

—No sólo usted ha leído el Evangelio. Otros lo han leído, son sacerdotes, y no lo interpretan como usted, con una intransigencia que lo hace odioso.

—¡Ay de vosotros, doctores de la ley,—contestaba el intratable clérigo repitiendo un texto de San Lucas — que habéis tomado la llave de la ciencia; vosotros no entráis, ni dejáis entrar a los otros!

—Desengáñese, don Dimas; nuevos tiempos exigen nuevos modos de propagar la doctrina. Hay que hacer amable el cristianismo.

—¡El reino padece violencia!

—Usted predica contra el lujo y no sabría decir dónde comienza la necesidad verdadera y dónde concluye. Lo que es lujoso en unos, puede ser muy modesto en otros.

—Un collar de perlas — replicó don Dimas sin mirar a doña Remedios, que volvía a usar sus joyas — en una muchacha puede ser un lujo; en una anciana es un pecado; aquélla trataría con eso de realzar su belleza; ésta no pretende sino hacer ostentación. Una vieja cubierta de brillantes, es un camello que marcha al sepulcro para dejar allí su carga.

Tal hombre no podía seguir entrando en tales casas, ni viviendo en aquella ciudad. Su lugar estaba entre los atorrantes de Palermo o los anarquistas de la Boca.

Como llegara la Semana Santa, en la curia recomendáronle que preparase los doce pobres, a los que, el Jueves Santo, el Arzobispo lavaría los pies, en la catedral, rememorando lo hecho por Cristo en la última cena.

—Sobre todo, tráigalos bien «limpitos», — le dijo alguien confidencialmente.

—¡Limpitos! — rugió en sus entrañas el terrible don Dimas; y en seguida tuvo en la punta de la lengua un texto del Apocalipsis, que blandió como un chicote: —«Os vomitaré porque sois tibios».

No lo oyeron, a Dios gracias; y pudo escoger sus doce pobres a sus anchas, mas no cuidó de aderezarlos previamente, y el Jueves Santo, a la hora precisa, los llevó tales cuales los recogiera en sus pocilgas del río.

Entre los doce pobres que representarían a los doce apóstoles, concurrió el que un día, a la puerta de la casa de doña Remedios, dijo llamarse Judas.

¿Cómo aquel mendigo orgulloso, que huía de él, lo buscó esa vez? Don Dimas lo vió acercársele, cuando explicaba bajo un tramo del puente la ceremonia del lavatorio. Llegó resuelto, su rudo bastón empuñado, como para agredir a alguien, su bolsa a la espalda, y el sombrero encajado hasta las cejas.

—Yo seré uno de los doce, — dijo con voz profunda y triste, que conmovió el corazón del sacerdote.

—Bueno, — respondióle éste — ven conmigo y te enseñaré lo que has de hacer.

Quería adoctrinarlo a solas, y sondear su corazón, que parecía más enfermo que el de ningún otro.

Pero el atorrante contestó lleno de soberbia:

—Yo sé mi papel. Yo seré aquel que metió la mano en el plato del Maestro, y comió el pan mojado que El le diera.

—¡Jesús te ayude! — exclamó don Dimas espantado, pareciéndole adivinar el secreto de aquella alma, cargada con el pecado que no se perdona.

Volvió a encontrarlo el Jueves Santo, cuando pasó él arreando su recua pestilente. En la catedral lo aguardaban para la ceremonia, y entró encabezando la fila.

Algunos cumplidos y pulcros canónigos se hicieron cruces de horror. Los familiares llevaron el caso al Arzobispo, quien inclinó la cabeza humildemente.

—¡Déjenlo hacer!

Y aquellos doce pobres de verdad, que iban a ser también lavados de verdad, por un Príncipe de la Iglesia que representaba a Jesús, sentáronse en las sillas dispuestas en el prebisterio.

Y llegó el Arzobispo, suave y plácido, como pastor de un rebaño escogido, y junto a él dos familiares, altos dignatarios del clero, que llevaban el uno la palangana de plata, el otro la jarra y la toalla.

El Arzobispo se arrodilló trabajosamente delante del primero de los pobres que ya se había descalzado, y le lavó un pie, y hubo que cambiar agua para lavarle el otro; entonces el prelado se agachó y se los besó sin repugnancia, y pasó al segundo pobre, entre el estupor de los pocos fieles que pudieron ver de cerca lo que ocurría.

La ceremonia se prolongaba considerablemente por culpa de don Dimas. Uno solo de sus atorrantes, para quedarse con los pies pasablemente limpios, demandaba tanto tiempo como la docena entera de dulces viejitos bien jabonados, con trajes domingueros, que otros años habían traído. Pero el santo Arzobispo, sacando fuerzas de su flaqueza, lo soportó humildemente.

Sólo cuando llegó el último de los pobres,—aquel a quien Jesús diera el pan mojado,—sintió de improviso una inexplicable vacilación.

Alzó los ojos, y lo vió lívido, con la mirada fulgurante y hosca, y con la blanquísima frente marcada por la misteriosa cruz negra. No lo conocía, no podía conocerlo, pero una voz interna repetía los versículos del salmo de David: «Siéntate a mi diestra en tanto que pongo tus enemigos por estrados de tus pies».

Una luz de lo alto inspiró al pastor, y al besar los pies del pobre le dijo en latín las palabras del salmo con que se consagra al sacerdote:

—«Etiam tu es sacerdos...?»

La voz del Arzobispo, velada de emoción, no fué enten-

dida sino por aquel a quien habló, el cual le respondió tristemente:

—«¡In aeternum!»

Entonces todos vieron al prelado que cogía la mano de aquel atorrante y besaba su palma consagrada. Algo más le dijo, que solamente él oyó:

—¡Vente conmigo a la sacristía!

Terminada la ceremonia, cuando todos salieron, el Arzobispo pidió que lo dejaran solo en la sacristía; y aguardó a aquel hombre largas horas.

Pero no vino, porque debían por él cumplirse las palabras del que dijo: «¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!»

Al día siguiente, Viernes Santo, bajo el puente escogido por don Dimas para su cátedra, se halló ahorcado al atorrante que tenía una cruz en la frente.

Nadie supo nunca su nombre. Sólo el Arzobispo y don Dimas pudieron decir lo que una extraña intuición les había revelado, acerca de aquel hombre que había pecado contra el Espíritu Santo, y que hasta en el infierno tendría las manos consagradas.

Mas no lo dijeron.

XXVI

La culpable

La suave penumbra que habitualmente llenaba el «boudoir» de Cristina, se iba espesando con infinita languidez en la tarde de otoño.

Ella amaba la luz melancólica de esa hora que la enternecía; y cuando se hallaba sola, aprovechaba sus minutos suaves y fugitivos para mirarse al espejo. La vida, con la acritud de las pasiones había endurecido algunos rasgos de su hermosura.

Aquella luz discreta del día muriente dulcificaba sus cejas, sombreaba la llama cruda de sus ojos, purificaba su frente cargada de pensamientos, y esfumaba, siquiera por una hora, las implacables, finísimas arrugas que iban mordiendo como un ácido su tenaz belleza.

En la línea de sus labios se notaba, más que en ningún otro detalle de su rostro, su decadencia, su hastío de tantas cosas que había perseguido con fiebre, y que le dejaban el corazón lleno sólo de impura ceniza.

¿Era ya la derrota?

Ni siquiera sabía, con certeza, si era su alma, o si era su vanidad o su soberbia, la que libraba aquellas ásperas batallas, de las que, aun triunfante, salía insaciada y triste.

Tal le ocurría ahora; y en esa tarde sentía más que nunca la desventura de no poder leer ni en su propio espíritu enturbiado por la vida, como una fuente en que han bebido las fieras.

¿Qué la llevaba a disputar con su hija el corazón de

un hombre? ¿Era amor? ¿Era capricho? ¿Era la exasperación de la resistencia?

¡No sabía, no sabía! A veces le entraban tentaciones de golpearse la cabeza contra un muro, para que se abriera y derramara por fin su secreto. ¿Qué pensaba ella misma que haría si alguna vez aquel hombre abandonaba a su hija y la buscaba a ella?

¡Pero no era posible! ¡Tal vez se empeñaba en su conquista, porque comprendía que no era posible! El día antes, él, que empezaba a desdeñar ciertas invitaciones suyas, le dejó sin respuesta una carta, que leyó con gesto impaciente, según le contó el mensajero.

Su pasión era todavía un secreto, que sólo Indiana parecía haber penetrado, como penetró, antes que se la confiara en sus detalles, la historia del viejo crimen. Habían pasado meses desde esa mañana, y aun no podía Cristina mirar a la joven sin turbarse. Estaba en su poder, como un prisionero, y cada vez sentía agrandarse el abismo que la apartaba de Jaime, a quien ella habló. Lo había perdido: ¿perdería también a su hija?

Se miraba al espejo cuando sintió en el hall la voz del coronel Rodríguez. Con las manos nerviosas se compuso una fisonomía más animada y jovial, y salió a recibirlo.

El venía solo, habiendo dejado a Vieytes en la biblioteca del Jockey Club, y acercósele con la mano tendida, y ella lo recibió con humilde alegría, como un consuelo en su soledad.

—Vengo aterrado—le dijo Rodríguez riendo—por lo que le pasa a nuestro amigo Jorge.

—¿Qué le pasa?—interrogó ella, guiándolo a su escritorio, refugio apacible y seguro.

—Que va a perder todo su prestigio. Ya su melena enloquecedora conserva su fama sólo a fuerza de retratarse con sombrero. Demasiado galopado el cojinillo. Y ahora se anuncia como inminente la aparición de «La Epopeya del Cóndor».

—¿Pero cómo puede desprestigiarlo ese libro en que ha trabajado tantos años?

—Es seguro que será la partida de defunción de su ce-

lebridad. Recuerde, Cristina, la historia de este pobre amigo nuestro. Hace años escribía unos artículos muy sesudos y muy largos sobre asuntos financieros. Nadie los leía, por su longitud; y él iba formándose un nombre de financista envidiable, tanto que un gran diario le confió esa sección con mil pesos de sueldo.

—Ha salido ya del diario—observó Cristina.

—¡Es claro! Ha salido porque se puso a escribir artículos cortos, que todos leían. Y en cuanto lo leyeron se acabó su fama. Ahora había empezado a tratar asuntos educacionales, parece que muy bien, y muy largamente. Pero ya he visto hoy un artículo corto, con su firma; y eso me ha dado miedo. Y para completar... «¡La Epopeya del Cóndor!»

Cristina se sonrió, y él la miró con inmenso interés.

—¡Está triste, Cristina!, ¿por qué está triste?

Ella se pasó la mano por la frente y se alisó las cejas. En la sombra creciente, sentíase más animada a las confidencias.

—Yo misma no sé; pero estoy triste... estoy aplastada, como si mil años hubieran caído sobre mí en un día.

Rodríguez la miró callado, con ferviente amistad; y ella se estremeció al recuerdo de las palabras de él, una noche lejana, en que interpretó su amargura.

—Estoy desencantada de lo que hasta hoy me atraía. He caminado mucho; estoy fatigada, y me he sentado en una piedra del camino... ¿debo seguir?

—Usted de cuando en cuando me pide consejos.

—Sí, porque es leal y no me engañará.

—Y yo se los doy; pero usted nunca los sigue.

—¡Así es!

—¿Por qué pedírmelos, entonces?

—Porque yo necesito hablar de las cosas que desbordan en mí, y hablo con usted como conmigo misma; y usted me aconseja, como me aconsejo yo, sin que por eso proceda después conforme a lo que me ha dicho, ni conforme a lo que yo misma he pensado.

El hizo un ademán de impaciencia y ella, para con-

solarlo de su perpetua rebeldía, lo habló con mayor dulzura:

—¿Eso le duele? ¿Preferiría que yo no hablara con usted, sino cuando estuviera cierta de seguir su parecer? ¿Cuándo sería eso?

—¡Hábleme, Cristina! Hábleme siempre de lo que desborda en usted, sea alegría, sea dolor.

—Más dolor que alegría.

—Ya lo sé; hace años que lo sé; no da usted un paso dentro de su pensamiento que no lo advierta yo.

Cristina lo miró, y sus manos se crisparon en los brazos del silloncito. Ya era grande la obscuridad de la pieza, y afuera estaban todas las luces encendidas.

—¡Es verdad! usted me lee el pensamiento; y a veces me resulta dura su tiranía... ¿por qué me persigue?

—¡Cristina! ¿Le he reprochado nada nunca, si usted misma no me exigió que hablara?

Ella agachó la cabeza. De pronto se irguió, agitada por sus visiones. Corrió a la puerta, la cerró, encendió la araña y volvió a sentarse al lado de él, para decirle sin levantar la mirada de la alfombra:

—¡Sálveme de una gran vergüenza!

—¡Cómo!

—Dentro de cinco días se casa María Helena.

—Ya lo sé.

—Y él...

Rodríguez asintió con la cabeza; no había para qué nombrarlo, pues sentían ambos la misma aversión por aquel hombre.

—¡Siga, Cristina!

—¡No, no, no!—exclamó ella parándose de nuevo.—No me haga hablar, puesto que usted sabe lo que pienso.

—¿Iba a decir que él... le huye?

—¡Peor!

—¿Que la odia?

—¡Peor!

—¿Que la desprecia?

La hermosa frente se enrojeció con aquella dura verdad expresada por los labios de un hombre que la amaba.

Cristina se alejó unos cuantos pasos, hacia un rincón, y allí, oculta la cara en una cortina, sollozó un rato, no de pena, sino de soberbia exasperada y de intolerable vergüenza.

No se engañaba. Lo que Guillermo Sánchez sentía por ella, desde que penetró su secreto, era, más que horror, un infamante desprecio, como si hubiera visto los pies de barro del ídolo de oro.

—Yo lo sabía ya,—dijo pausadamente el coronel Rodríguez—y quizás alguna vez se lo anuncié.

Cristina se le aproximó, y él sintió como un rebencazo la mirada de ella: ¿Cómo—parecía decirle—si lo sabía, lo ha sufrido? ¿No me ama, entonces?

Pero no le dijo una sola palabra, y se retiró de nuevo a su rincón; y él quedó tranquilo en su silla, sin mostrar la dolorosa emoción que le produjo el mudo e injusto reproche, y con el pliegue de las cejas tan ahondado, que allí parecía caber un crimen.

Se levantó luego, oyendo que alguien andaba afuera.

—Adiós, Cristina.

—¿No se queda a comer?

—No; esta noche no.

—Estaré sola; acompáñeme.

—¡No, no, no!—exclamó él reconcentrado; y salió.

Cuando se apagó el rumor de su paso, Cristina se encerró desesperada.

¿Qué había hecho, Santo Dios? ¿Por ventura podía él, que la conocía de tantos años, dejar de leer su horrible pensamiento no bien lo engendró? ¿Por qué no se tapó los ojos y la frente para que él no la viera pensar? Y todavía tuvo el valor de arrimársele, con aquel desafío en la mirada, que era como un guante que le tirase al rostro.

María Helena llegó con dos amigas, rebosantes las tres de entusiasmo.

—¡Mamá! Hay un partido de tennis, en Belgrano, para mañana. ¿Me das permiso? Piensa que con él me despido de la vida de soltera.

El casamiento de María Helena con Guillermo Sán-

chez se había resuelto de pronto, a pedido de él, que logró vencer la resistencia de la muchacha, encantada de prolongar su «flirt». Pero a ella también de repente le nació una impaciencia por entrar de una vez en el rango de las señoras jóvenes.

A toda máquina se hicieron los preparativos, y como Cristina tenía su casa dispuesta siempre para grandes saraos no se gastó mucho tiempo en dar los últimos toques, que refrescarían su lujo para aquel casamiento destinado a hacer época en la crónica social.

La partida de tennis quedó fijada para el día siguiente; pero la lluvia la impidió, con gran disgusto de María Helena.

Tres días después, la víspera de la boda, la mañana abrió tan esplendorosamente, que la joven sintió renacer su tentación, y por teléfono invitó a los que habían de acompañarla a jugar.

Lo que más la alegraba en su casamiento es que eludía con él la fatídica predicción de la gitana.

Poseía suficiente buen sentido para no crer en agüerías, pero estaban de moda las supersticiones, y cada chica anhelaba tener algo que contar en esa materia. Unas relataban los milagros de su Billiken; otras las desventuras de una *jetta*, y María Helena se sugestionaba y se estremecía cavilando en el episodio de su gitana, más «chic» y diabólico que las incongruentes tonterías de sus amigas.

La plaza de tennis, festoneada de jardines y dividida en diversas canchas con alambre tejido, parecía arder esa mañana bajo el sol. Contra el rojo del ladrillo hecho polvo, lucía el césped como un terciopelo.

Cuando llegaron las acompañantes de María Helena, otros jugadores les habían ganado el turno, y ellos tuvieron que esperar a que se desocupase una cancha.

Estaba situado el club en los terrenos baldíos de Belgrano, al aire libre, de modo que los que pasaban por la calle podían aproximarse al enrejado de alambre, si les interesaba seguir las incidencias del juego, o mirar a los

jugadores, y más que todo a las jugadoras, casi siempre jóvenes y esbeltas.

Guillermo Sánchez, que ignoraba todo género de deporte, se quedó esa mañana arrinconado y pensativo, viendo cómo los compañeros de María Helena se distribuían en la cancha, y ella iniciaba la partida con un morboso entusiasmo.

Formaban cuatro parejas tan elegantes, que los jugadores de otras canchas, por un momento, suspendieron el juego para contemplarlas. Y fuera, junto al alambre, se agruparon curiosos, amigos de María Helena, o de las otras muchachas. Estaban allí Cristina, con dos o tres damas; Jaime, el señor Valverde, el doctor Trejo, el coronel Rodríguez y el doctor Zara, que había ido por ver a Aurelia Condesa. Faltaba don Octaviano, preso en las redes de Palmirita, que no le dejaba aproximarse a los sitios de peligro, pero a punto de recobrar su libertad, harto de melindres y de literatura.

Guillermo Sánchez, ensimismado y nervioso, saludó brevemente a Cristina, y se alejó de su grupo. ¿Cuándo acabarían aquellas torturas? ¿Veinte horas más? ¿Cuarenta horas? Tenía fiebre porque todo pasara de una vez, y quedara él solo dueño de su novia, gentilísima y enamorada sin duda, pero ligera y frívola como una mariposa. Dos días más y la arrebataría para siempre a aquel mundo que ajaba su inocencia y llenaba su espíritu de falsedades.

Esa mañana, al salir él de su casa, besó a su madre, que se quedó triste como nunca.

—Dios te bendiga, mi Guillermo — le dijo apretándole la cabeza contra el pecho.—Hoy es tu último día de soltero; quisiera tenerte a mi lado; pero ella te reclama, y te entrego. Que pronto pase esto y terminen tus penas.

Lo besó con una inmensa pasión, como si fuera a perderlo, y cuando lo vió partir, el corazón de la pobre vieja se llenó de angustia.

—¡Dios mío! ¡Líbralo de todo mal!

Guillermo Sánchez no podía alejar de su mente esa

imagen entristecida, aun cuando, a dos pasos de él, irradiaba en todo su esplendor la gracia de su novia.

Tenía la cara radiante, y sus ojos encendían en los corazones la alegría de vivir.

En el grupo del coronel Rodríguez se la aplaudía y se la comentaba; y ella, que lo había notado, aprovechaba toda ocasión de acercarse, para oirlo. Bajo la batista de la blusa palpitábale el pecho, cuya línea se dibujaba con admirable pureza.

—¡Qué hermosos tobillos tienen las argentinas! — dijo el coronel Rodríguez.

El doctor Trejo se acomodó los «anteojos de hablar», y contestó después de un certero examen sobre toda la concurrencia.

—¡Insuperables! ¡Cuestión de raza! Observe, si no, aquella alemanita; y esta inglesita de sombrero azul... ¿Pueden compararse con María Helena ni con Indiana?

—¡María Helena «for ever»! — exclamó el coronel.

María Helena se volvió a mirarlo, y le pagó con una sonrisa; y el comentario de su inquietante hermosura se acentuó con mayor crudeza, cuando ella se alejó con su raqueta en alto.

Todo lo había oído Sánchez, temblando de indignación y de dolor, porque ella no lo miró a él, sino a los otros, como para estimular sus lenguas audaces. Cuando ellos callaron, experimentó un gran alivio; pero como volvieran a insistir, pálido de cólera se les acercó, y con forzada calma les pidió que le ahorraran semejantes elogios a su novia.

—¿Qué es lo que dice? — preguntó el coronel, encartuchándose la oreja con la mano, fingiendo no haber oído. —¿De quién habla?

—¡De ella! ¡De María Helena!

Al nombrarla, su cólera se deshizo y su voz se tornó suplicante. Pero sólo un instante soportó aquella horrible humillación. El coronel lo miraba con desprecio, conteniendo una risita mordaz, que al fin estalló entre su poblado bigote.

—¡Vaya! ¿Está celoso, joven? Cuando se tiene la

piel tan sensible, no hay que enamorarse de las niñas que a todos nos gustan.

—¡Truhán! ¡Cuartelero! — le contestó con rabia Guillermo; y muy sorprendido vió que el coronel no se molestaba en lo más mínimo; por el contrario, parecía encantado, y se volvió a sus acompañantes riéndose y recitando los versos del Romancero del Cid.

—Si tienes el corazón
Zaide como la arrogancia...

Todos callaban inquietos, esperando la réplica de Sánchez, como se espera el trueno cuando se ha visto brillar el rayo. Guillermo Sánchez comprendió la alusión a sus costumbres mesuradas. ¿Lo creían cobarde, acaso? ¿Cobarde a él, que en los hospitales y en el laboratorio arriesgaba la vida cien veces en un año, por aliviar un dolor ajeno?

Midió de arriba abajo al coronel, que lo seguía mirando con soberano desdén, y le escupió en las barbas un brutal epíteto, que al otro lo crispó como un trallazo en el rostro.

Para que las niñas no se alarmaran, siguieron allí hasta el final de la partida.

Sánchez no volvió a su casa; se quedó en la Clínica, a donde sabía que irían a buscarle los padrinos de Rodríguez. A las tres de la tarde llegaron; eran Valverde y Trejo; y como él se negara a dar explicaciones, nombró sus representantes, y se concertó el duelo a pistola, para esa misma tarde, en el bosque de Palermo.

No había peligro de que la policía se enterase del incidente, pues se guardó la más estricta reserva, interesados como estaban todos en que nada se divulgase, porque esa noche daba María Helena un «dinner blanc» a sus íntimas amigas.

Guillermo Sánchez fué tranquilo, pero infinitamente triste, al lugar de la cita. No había vuelto a su casa, y si moría se iría del mundo sin besar la frente de su madre.

Atardecía ya, y en el bosque la sombra era grande, por lo que buscaron un terreno abierto, hacia el río, donde había luz, una luz dorada y fría de otoño.

Zara, que era uno de los padrinos, plantó su bastón en la tierra y midió los veinte pasos que separarían a los duelistas. Aquel hombre fuerte, apenas podía disimular su emoción. Parecíale tan injusto, tan abominable el sacrificio que Rodríguez, gran tirador, intentaba hacer de su discípulo predilecto, que llenaba sus funciones de padrino con verdadera náusea, como si asistiera a un crimen.

Cargadas las pistolas relucientes como joyas, Sánchez y Rodríguez se colocaron en su sitio, con el arma en alto, frente a frente; y el doctor Trejo, después de dar la voz de «¿atentos?», dijo «¡fuego!» y dió tres palmadas.

A la segunda palmada, el coronel Rodríguez disparó; pero Guillermo Sánchez, cuyo tiro no había salido, bajó el arma y explicó tranquilamente:

—Se ha caído la ceba.

Los padrinos se interrogaron con la mirada. ¿Qué habían de hacer? Apartáronse de los adversarios, para deliberar, y resolvieron que Guillermo Sánchez tiraría solo, primeramente, y después ambos duelistas harían su segundo disparo.

El cielo estaba profundamente azul, y la luz huía del mundo. A pocos pasos de allí, el río se adormía roncando en la playa. Guillermo Sánchez pensaba en su madre, para quien era lo que el sol sobre la tierra, aletargada y fúnebre sin él.

Le comunicaron que debía tirar solo; y él, indiferente y apenado, cuando llegó el instante, no apuntó a su enemigo, tiró al aire.

Rodríguez sonrió con despectiva lástima; y se cuadró nuevamente, con el arma lista en alto.

Ahora tirarían los dos a un tiempo.

Zara dió las señales: ¡Atentos! ¡Fuego! ¡Una, dos, tres! Se oyó primero el tiro de Sánchez, y a la tercera

palmada el de Rodríguez, que había apuntado cuidadosamente, y se vió caer fulminado a su joven adversario.

Zara cerró los puños y se mordió los labios para no aullar de dolor y de rabia, y corrió con su compañero y los médicos a auxiliar a su desgraciado amigo, que había recibido el balazo en el cuello.

—¡Muerto!

Rodríguez y sus dos padrinos, saludaron fríamente, subieron a su auto y partieron.

Ya era casi de noche, y en casa de Vieytes se hallaban reunidas todas las amigas, para el «dinner blanc». Tenían que apresurarse, si no querían perder el estreno de esa noche en el Colón; y por eso habían sido puntuales, y se sentaron a la mesa antes que de costumbre.

Eran veinte jovencitas que concentraban alrededor de la mesa, cargada de flores y llameante de cristalería y de luz, las ilusiones de raza de la «crême» porteña, y todo el «esprit» de su edad, que florecía como los almendros, aun antes de la hoja.

Entre todas y sobre todas reinaba María Helena, cuyas pupilas claras, esa noche, parecían negras, tanta era la sombra de sus cejas y el fulgor de sus labios más rojos que nunca. Desde el primer plato se había hecho servir champaña, y lo bebía a grandes sorbos, nerviosa y audaz, sintiendo raros estremecimientos en la piel, cada vez que alguna de sus amigas la miraba con malicia.

Mucho antes de la mitad del ágape, los vinos dorados y ligeros habían incendiado los espíritus y aligerado las lenguas, que empezaban a volcar el fondo de los corazones «Ex abundantia cordis os loquitur!»

Y María Helena, sintiendo subir la deliciosa marea de su frenética alegría, se paró, la copa en la mano, para contar un sueño cuyo recuerdo ponía su alma tendida y vibrante como las cuerdas de un arpa, que el viento hace gemir.

En ese momento entró aquel hombre negro, que caía siempre atravesado en todas las corrientes del mundo.

Don Dimas se abrió paso, sin anunciarse, y llegó al

comedor, guiado por la algazara de las niñas, y parpadeó un instante encandilado por la luz de la fiesta, y buscó entre los comensales, que enmudecieron de golpe, a la novía, ceñida de rosas como una belleza antigua.

La vió de pie, dispuesta al brindis; y antes de que ella hablara, habló él, con el brazo en alto, aquel brazo seco y nudoso como una rama quemada por el rayo, y su voz llenó de tal modo el salón, que a los oídos aterrados parecióles que el techo se abría, y el violento apóstrofe se volcaba sobre la ciudad turbulenta.

—¡Allá, en el bosque de Palermo, Rodríguez acaba de matar a tu novio!

María Helena asentó su copa en el mantel, que se tiñó de vino; y se encorvó sobrecogida de espanto, cuando él la apostrofó, retirándose:

—¡Reza por él, porque tú lo has muerto!

XXVII

¡Jerusalem, Jerusalem!

—En tocante a eso — dijo Gatín irguiéndose, como si se le viniera encima la morisma y se afrontara a librar combate — yo, que soy fiel como un perro de pastor, me vuelvo más malo que Guzmán el Bueno.

Y el hombrecillo se contoneaba en el despacho del director de «El Porvenir», ocupado desde esa hora por el señor Alconada.

—Mire usted: — agregó plantándose en jarras delante del humilde procurador, que se quedó un tanto confuso — un día el finado Canalejas me tendió este puentecillo de plata: «¡Qué hermosa mujer tienes, Gatín! ¿Es para ti solo?» Y yo metí la mano al bolsillo, donde había echado una credencial que acababa de darme:—«Tenga usted, don José, — le dije tirándosela sobre la mesa — que a mí nadie me pone albarda». Pues esa noche me fuí con los socialistas...

¡Las proezas que habría seguido contando el mísero, de no llegar el regente en busca de original para el diario!

De un brinco el eléctrico Gatín corrió a la secretaría de redacción, a buscar lo que hubiera, y a plumear un galopante editorial contra el ministerio.

Cuando el señor Alconada le notificó que a partir de ese día, y hasta nueva orden, «El Porvenir» defendería al presidente y atacaría a los ministros, el dócil redactor se hizo repetir la indicación, creyendo haber oído mal. Precisamente en la semana anterior el doctor Jairo le

había explicado netamente cuál debía ser la política del diario: ¡palos al presidente! ¡flores a los ministros!

Echó al canasto un suelto muy bien guisado conforme a la indicación de Jairo, y arregló otros que con una coma aquí, y un adjetivo allá, podían utilizarse; hizo una leve modificación en una palabra: «Nadie duda de la capacidad del señor ministro de hacienda»; en vez de «capacidad», puso «rapacidad», y el artículo quedó de acuerdo con los nuevos rumbos de la dirección.

—¡Bravo, Gatín! — se dijo satisfecho; y se puso a escribir su editorial, sin el más leve resquemor contra el señor Alconada, que le había pedido noticias muy indiscretas con respecto a su mujer.

Ante la explosión de heroísmo del periodista, el señor Alconada se quedó aturullado.

—Esto se llama meter la pata; — murmuró cuando Gatín se fué a su trabajo — pero ya lo arreglaremos; este tío sólo tiene cosquillas en la lengua.

Y era que el brazo derecho del doctor Vieytes había querido forzar el tiempo, preparando en esa oportunidad una entrevista del eminente ciudadano con la bravía matrona. El doctor Vieytes, en efecto, libertado de sus preocupaciones de estadista, empezaba a echar canas al aire, y el fidelísimo Alconada lo servía en sus propósitos.

Gracias a su escrupulosa administración, «El Porvenir» empezaba a equilibrarse, después de haberse engullido prodigiosas cantidades durante los tres meses que duró aquella carnavalesca candidatura de Vieytes a gobernador de Buenos Aires.

Pasada la aventura, el doctor Trejo quiso sintetizar con precisión geométrica la política del grupo:

—Ahora el partido equidistante debe acortar la distancia con la oposición y alargarla con el presidente.

Pero el doctor Vieytes había abierto la boca en esa ocasión, lo que impuso silencio al cónclave:

—El presidente de la república es el depositario de la soberanía nacional; y como tal, no es tachable de culpa. Los errores son imputables a su ministerio, que es inferior. Si yo fuera ministro...

No dijo más, ni era preciso; todos agacharon la cabeza convencidos de que otro gallo le habría cantado al presidente si él hubiera sido ministro...

—¡Qué hombre erudito!—suspiró don Octaviano.

Quedó, pues, resuelto que el partido equidistante procurase estar más cerca del gobierno que de la oposición.

—¡Es nuestra historia, es nuestra tradición! — afirmaba el doctor Vieytes.

Mas por aquella época hablóse de un cisma en el ministerio. Unos ministros respondían dócilmente a la influencia presidencial; otros, arriesgando su cartera, se orientaban hacia el vicepresidente, que empezaba a concentrar las voluntades de muchos gobiernos de provincia.

El doctor Jairo, cuya segunda diputación agonizaba irremediablemente, puso toda su esperanza de una reelección, por cualquier provincia o partido, en lograr el favor del vicepresidente. De ahí nació la consigna transmitida a Gatín: ¡Palos al presidente!

Pero ya el diario figuraba a nombre del señor Alconada, quien le observó el error de su política; por lo cual Jairo no tuvo otro remedio que abandonar «El Porvenir», con lágrimas en los ojos, y alejarse del partido equidistante.

—¡Mis convicciones ante todo! Mi conciencia y la patria.

Pero en el asilo del vicepresidente no cabían más huérfanos.

Empezó entonces a rondar por todos los campamentos políticos, haciendo práctica de su doctrina: «colmemos los abismos que otros han cavado». Llegó hasta meter la cabeza en alguna carpa, buscando sitio alrededor de las mesas tendidas; pero no lo hallaba. Habían cambiado los tiempos, y su dulce y melancólica ecuanimidad no servía para nada en la ardorosa propaganda de los comités.

Aun quiso luchar. ¿Qué iba a ser él, sin su banca, en el maremágnum de la metrópoli? ¿Qué habilidad tenía que pudiera explotar en los tiempos nuevos?

Su familia seguía pesando sobre él como una loma, sus hijas continuaban quemando cartuchos, y nunca perdían

la esperanza, porque un incidente cualquiera, un piropo de don Octaviano, una mirada con el rabo del ojo de un solterón, hacía chisporrotear sus corazones.

Hasta entonces la existencia de Jairo, con alternativas de prosperidad y de miseria, tenía sus escenas alegres y cómicas. Ahora podía caer en la tragedia deslucida y vergonzante, final de muchos otros naufragios por el estilo.

Aprovechando los últimos fulgores de su estrella, buscó otros caminos, intentó un reingreso al magisterio, del que desertara para hacerse «doctor», volvió a llorar sobre el porvenir de los niños y a citar a Pestalozzi y a llenarse la boca con aquellos versos de Víctor Hugo:

«Chaque enfant qu'on enseigne est un homme qu'on gagne,
Quatre vingts dix voleurs sur cent qui sont au bagne
Ne sont jamais allés á l'école une fois,
Et ne savent pas lire, et signent d'une croix».

Pero ya pocos le creían; y los espíritus simples que se embriagaban con la horchata de su dulce oratoria, no se habrían atrevido a servir a un hombre malquisto del presidente.

De Santa Fe nada podía esperar, anuladas como estaban las influencias que lo encumbraron.

En Jujuy había una vacante de inspector de escuelas nacionales; y se acordó de su provincia, y resolvió ir después de veinticinco años de ausencia a mendigar del gobernador una recomendación que le permitiera atrapar aquella tabla salvadora.

Había ejercido durante tantos años la mistificación, que ahora le costaba horriblemente decir una simple verdad. El día que terminara su diputación entraría el hambre verdadera en su casa, si antes no le disponía la fortuna otro comedero.

¿De qué manera explicar ese rudo prosaísmo, él que no tenía léxico sino para las cosas abstractas, y de cuya boca solemne salían empenachadas de metáforas descomunales las ideas más sencillas?

Llegó a su provincia conociendo su mal, pero sintiendo su impotencia para remediarlo. No sólo su lengua mentía; todo lo que emanaba de él era incapaz de expresar una verdad; su fama en el terruño lejano era de hombre poderoso y rico, y allí estaban dispuestos a creer cualquier cosa de él, menos que pudiera ir a mendigar un puesto.

Aun vivía su madre, en la escondida ciudad de Humahuaca, donde él había nacido; y quiso ir a visitarla para ponerse en contacto con la única verdad que le quedaba en el mundo, si no era la de su derrumbe irreparable.

Pero la anciana, que había clamado durante años por verle, estaba ciega, y sus manos le tantearon sin reconocerlo.

—Hasta tu voz ha cambiado, hijo.

—Hace veinticinco años, mamá, que no me oyes — contestó él con sincero dolor.

—Y no te veré más, sino en el cielo... ¿Nos encontraremos allí?

—Sí, mamá.

—¿Crees en Dios? Practicas siempre lo que yo te enseñé?

Y él tuvo que mentir por no afligirla.

—Sí, mamá.

—¿Tus hijas son mozas, son lindas, tienen novios?

La primera mentira trajo todas las demás, y él no volvió a decir una sola verdad a su pobre madre, que lo oía moviendo la cabeza y repitiendo:

—¡Hasta tu voz ha cambiado! De veras, nunca te hubiera conocido.

Con el corazón lleno de amarga tristeza dejó a la viejita, en un sillón, que no abandonaba nunca, y se echó a la calle ansioso de refrescar sus recuerdos de juventud.

¡Ay! también esos mentían en él. Vibraba en el fondo de su alma la impresión saludable de las cosas vistas en la niñez, y corría a buscarlas para suscitar sensaciones que creía inmortales. Nada había cambiado en la viejísima y pequeña ciudad, aparte de la estación del ferrocarril, que la afeaba.

Cada una de las piedras que él conoció estaba en su quicio; pero no tenían para él las voces de antes. En todas las cosas había un reproche; y cada detalle en vez de enternecerlo con evocaciones de los años en que era humilde y puro, se le cruzaba como una verdad inmutable, clara y simple, haciéndole más patente la dolorosa vaciedad de su vida turbia y fatua.

Era en la tarde de un día de fiesta. Sonaba en la torre de la iglesia aquella campana de 1641 con el tañido lento y melancólico, tan conocido de él, que le hundía en el corazón un dulce dolor.

El viento frío de la altiplanicie zamarreaba el humo de las casitas de barro, diseminadas en el valle, y rizaba la copa de los sauces, único árbol de la región.

En la calle de la iglesia,—la «Calle Buenos Aires», donde estaba su casa paterna—sobre las piedras bolas de la calzada, en cuclillas a lo largo de las paredes, o de pie en grupos silenciosos, se amontonaban los indios, venidos a la fiesta desde los pueblos vecinos.

Los hombres con sus ponchos de lana de listas rojas o amarillas, se quedaban así, horas enteras, rumiando su coca, apenas distraídos por el paso de aquel señor a quien no conocían, y aguardando quién sabe qué, con su imponderable paciencia.

Los trajes de las mujeres, de colores exasperados,—rojos y azules—flameaban con alegría, pero sus semblantes eran tristes, bajo los aludos sombreros blancos, adornados con una flor o con una cinta.

Jairo las miraba pensando qué de parrafadas sentimentales podría hilvanar él ante la cámara absorta, si fuera elegido por Jujuy, sobre aquella raza decadente y prevenida, en cuya fisonomía hermética sólo se adivinaba la sensación de la derrota y de la muerte inevitable.

¡Los subsidios que habría podido obtener bordando esa tela!

Llegó al cementerio, que está como colgado sobre una loma empinada, a espaldas de la iglesia. El pueblo, en el fondo de la quebrada de Humahuaca, camino de tránsito al Alto Perú y al Cuzco de los Virreyes, parecía cris-

talizado, dentro del fanal refulgente de sus montañas herrumbradas, que van escalonándose hasta las cumbres de Aparso o de Aguilar, cubiertas de nieve aun en verano.

En las callejas cortadas; en los faroles arcaicos; en los caños de las azoteas, estirados como víboras sobre las veredas; en las casas chatas, en las ventanas diminutas; en su silencio agrandado por el tañido de la campana y las quejas del viento, se respiraba un ambiente colonial y emocionante.

Con el corazón apretado por la sensación de que todo le era hostil en su pueblo, descendió Jairo la cuesta y tomó hacia cualquier rumbo, encorvado, las manos a la espalda, taciturno. Iba por ahí una «cholita»; en las piedras labradas por el pasaje de los ejércitos de la Independencia, se oía el tableteo nítido de sus ojotas.

La muchacha se cruzó con Jairo, y éste se volvió a mirarla, impresionado. Era bonita y cavilosa, como una hija de Huáscar; y cuando su pollera azul y su manto punzó con flores verdes se perdió al final de la calle solitaria, parecióle que con ella se esfumaba la poesía de su raza.

En el linde del pueblo pasaba el río, de aguas amarillas, turbio de greda, hinchado por lluvias recientes, arrastrando y puliendo con eterno rumor sus guijas de colores, y haciendo desbordar la acequia con que los indios riegan sus parcelas divididas por pilcas o por tapias.

Sobre un umbral de piedra rosada un indio ciego mascaba tortitas de maíz, que escupía luego en una olla de barro. «Muqueaba», según la frase regional para hacer la chicha.

Algunos muchachos le rodeaban, y Jairo se detuvo en el círculo, porque conocía de niño a aquel hombre.

—Cecilio: ¿cómo hace el burro?—preguntaban al ciego; y él, levantando su cara inocente, lanzaba un prolongado rebuzno. Los chicos se reían.

Jairo se aproximó:

—¿No me conoces, Cecilio?

El ciego se estremeció al oir aquella voz, que revolvía algunas heces en el fondo obscuro de su memoria. Pensó, y dijo:

—No, señor.

—¿Te acuerdas de Narciso?

—¡Ah, sí!

—¡Soy yo!—y le tendió la mano.

—¡Quién lo hubiera dicho!—replicó Cecilio incrédulo.

Aquel hombre que conocía todos los senderos de la región, no conocía ya la mano de Jairo que había sido su amigo. Este sintió más punzante su soledad; hizo al ciego una limosna, y se apartó de allí.

El recordaba a todos, y nadie lo recordaba a él. Ni los hombres, ni las cosas; y caminaba por la calle, masticando ese olvido, como los indios rumiaban su coca.

—Mamá, me voy—dijo al día siguiente.—Aquí nadie me conoce. Todos me han olvidado.

—Así es—dijo la anciana tendiéndole las manos, que él besó.—Antes nos habías olvidado tú. Yo creía, sin embargo, acordarme de mi hijo; pero si no me hubieses dicho tu nombre, no habría adivinado quién eras.

Salió de Humahuaca bendecido por su madre, pero decepcionado y con la boca amarga.

El tren descendía hacia Jujuy, por el fondo de la maravillosa quebrada, siguiendo la margen del río. Pasaban los pueblos acurrucados en los repliegues de la serranía, y cada nombre golpeaba en la memoria de Jairo arrancando una chispa dolorosa. ¡Tumbaya, Tilcara, Purmamarca! ¡Qué lejos de su oído sonaban aquellas palabras!

Y desfilaba el paisaje ante los ojos embriagados de luz.

Montañas tornasoladas, sin una mata de pasto, erizadas de cardones gigantescos y sembradas de guijarros que refulgen al sol.

Valles ocultos, donde cabe una vertiente crece algún sauce, y un indio cultiva un trigal poco mayor que su poncho.

Ranchos de grandes adobes y gruesas paredes, techados de tierra, sin ventanas a veces, para resistir el frío, que en invierno alcanza a 18 grados bajo cero.

Majaditas de cabras y ovejas obscuras, guardadas por una pastorcilla de diez años, que aprieta entre sus ma-

nitas cobrizas la «chuspa» de mote con que se alimenta todo el día.

Viento, desolación, cerros de colores, recuerdos coloniales, quebrada de Humahuaca, emocionante como un sueño de la niñez, todo pasaba ante los ojos mortecinos de Jairo.

—¡Los hombres y las cosas me han olvidado!—pensaba.—¡Qué hermoso discurso podría hacer todavía ahora, para revelar al mundo moderno esta belleza secular! ¡Pero ya no me creen!

Fué la última verdad que se dijo a sí mismo.

En el tumulto de las gentes volvió a ser el Jairo que todos conocían, y cuando en su casa su hija Salomé le participó que iba a fijar fecha para su casamiento con Paz Morera, él la apretó contra su pecho, y le susurró al oído:

—¿Qué quieres que te regale?... He hecho buenos negocios en Jujuy, y puedo darte la luna si me la pides.

Durante la ausencia de Jairo, la «smart set» de Buenos Aires fué agitada por una tremenda noticia: ¡habían asesinado a don Dimas!

Luego se supo que no era del todo verdad, pero que poco faltó; y algunos pensaron que así su castigo resultaba leve.

Volvía el viejo sacerdote a su buhardilla de bohemio en una tarde tormentosa que anticipaba la noche sobre la ciudad. Había andado por los extramuros, y todavía no llegaba a las calles concurridas; de manera que iba solo, en la sombra, propicia para todos los crímenes. Se le ofreció al pensamiento aquel texto de San Juan: «Os echarán de las sinagogas, y aun vendrá la hora en que cualquiera que os matare creerá que sirve a Dios».

Se le ocurría eso, porque esa tarde enviáronle de la curia una nota muy conceptuosa en que le comunicaban su nombramiento de cura párroco en un pueblito de la Pampa Central. Tiempo atrás había él solicitado una parroquia en tierras lejanas, buscando la ocasión de evangeli-

zar, porque no sabía que en Buenos Aires mismo tenía un campo vastísimo su afán de misionero.

Tal designación, cuando hacía años no la deseaba, no podía sino obedecer a influencias puestas en juego para alejarle de la ciudad, donde era asaz molesta su presencia.

¿Pero por qué y a quiénes molestaba? Enardecíase pensando cómo se había logrado convencer a la autoridad de que él era un elemento perturbador en una sociedad tan católica. Evidentemente no eran los tiempos para las crudas verdades que él hacía estallar como obuses en medio de un salón: «Veritas liberavit vos!» ¿Quién había dicho eso: la verdad os hará libres? ¡Oh, Maestro olvidado, que no sólo predicasteis de palabra vuestra verdad, sino que mostrasteis como se debe enseñar a veces, látigo en mano, en el pórtico del templo!...

Ahí llegaba en sus consideraciones el execrado clérigo, cuando se le cruzó en la vereda una sombra.

—¡Buenas noches, fraile!

Alcanzó a ver un sombrero aludo, una cara afeitada, un pañuelo obscuro al cuello, y al oir el ruido de los tacones conoció la silueta característica de un malevo, que lo detuvo, poniéndole la mano al pecho.

—¿Qué te pasa, hijo?

—¡Hijo!—exclamó el otro soltando una grosería; y le asestó en la frente un cachiporrazo. Don Dimas tambaleó, pero no tuvo tiempo de apercibirse a la defensa, porque otro sujeto de la misma calaña lo asaltó por la espalda.

Hicieron, o creyeron hacer su obra, en absoluto silencio. Era completa la soledad de la calle. Largas paredes, sin ninguna abertura, cercaban sitios baldíos; y con el tiempo amenazante, ni un alma andaba por allí.

Luego empezó a llover, y aquel cuerpo tendido en la vereda permaneció largas horas bajo un verdadero diluvio; y solamente al amanecer llamó la atención de un agente de policía que pasó por la esquina.

Al recogerlo, insensible y frío, para transportarlo a su domicilio, todos creyeron que el cura había muerto bajo

los cachiporrazos dados con saña. Al anochecer recobró el conocimiento, y al día siguiente alcanzó ya a leer la divisa que su mano escribiera, copiando a San Pablo, y que tenía pegada en la pared, junto a la cama: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe»

El mismo creyó morir; pero no debía ser esa la voluntad de Dios, porque ocho días después estaba el hombre embalando sus enseres para marcharse a evangelizar en la Pampa Central, donde sus formas literarias quizás no escandalizarían.

Muchos sacerdotes amigos lo habían visitado durante su enfermedad, y él se dejó convencer de que ése era el temperamento que a todos convenía, aun a la causa de Dios.

La marejada de la indignación de la alta sociedad contra don Dimas, desde que se hizo público su brutal apóstrofe contra María Helena en el «dinner blanc», apenas se había calmado por la noticia del crimen; y las olas volverían a hincharse no bien apareciera su odiada figura en la calle o en el templo. ¡Salir de Buenos Aires! ¡Eso debía!

Y eso fué lo que hizo, en una mañana tibia, hacia fines del invierno, cuando ya los puestos de flores anunciaban la nueva primavera llenándose de violetas y de ramas doradas de «aromito».

Don Dimas asomó su cabeza vendada por la ventanilla del tren, que lo desterraba de la ciudad turbulenta y alegre.

Marchaban sobre una colina, en los suburbios, y como en un pozo divisábase ya el infinito caserío de la gran capital.

Don Dimas tendió hacia ella el brazo fuerte, con la mano implacable abierta y crispada:

«Jerusalem, Jerusalem que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a tí. ¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!»

XXVIII

Las manos vacías

Ya en agosto se impregnaba el ambiente con el perfume sutil y picante de los aromos—*la acacia dealbata*—cuyas copas doraba el presentimiento de la primavera; y se advertían los primeros brotes, apiñados como abejas en las ramas pulidas de los plátanos.

Valentina amaba aquella estación que llenaba de rosas las cornisas de su casa, la balaustrada de su balcón, la ventana misma de la torre de su padre.

La nueva primavera no había de traerle más alegría; pero sí más fortaleza y conformidad para aceptar su obscuro destino, más amor y más luz para educar a su hermano, y más dulzura para ganar del todo el corazón ulcerado y rencoroso de su abuela.

Parecíale que el día en que las dos se arrodillaran frente al retrato de su madre y rezaran juntas aquella oración que ella sabía, su padre recobraría la razón, aun cuando fuera para morir, y llegaría al alma de su madre un inefable consuelo.

Toda otra ilusión carecía de sentido a su mente, y sólo vivía para eso.

No volvió a ver a Jaime desde la tarde que faltó a la cita, pues no tuvo ánimo de hacerle el relato que a ella le hicieran; ni quiso dejarse ver. Se había dulcificado la espantosa amargura de los primeros momentos, y hallaba una dicha secreta y suave en recordar ese breve tiempo de su historia, y en asegurarse a sí misma que así como ella no lo había olvidado, él tampoco la olvidaría, y la seguiría amando.

Un día llamó a la puerta un mensajero, que llevaba una carta. Reconoció la letra de Cristina, idéntica a través de los años, y se heló la sangre en su pecho.

Era una esquela, que sólo decía: «María Helena se muere, y quiere verla, Valentina. ¿Puede venir?» Y firmaba aquella mujer.

Consultó a su abuela, que volvió a ver con horror la letra de la esposa de Vieytes.

—¿Vas a ir?

—¿Cómo podría negarme? ¡Dice que se muere!

—Así lo he oído. Hace un mes que los diarios la dan como grave. Pero de esa familia no hemos recibido sino dolores; ¿qué pueden querer contigo?

—Yo no sé; quiere verme y se muere...—repitió Valentina, con los ojos llenos de ensueño, mientras la mirada sagaz de su abuela le escrutaba el pensamiento.

Así había puesto Cristina: «¡se muere!», y no era posible pensar que mintiera, porque esa mentira no la acepta nunca el corazón de una madre.

Esa mañana la hija única de Vieytes, gravemente enferma de pleuresía, desde una noche de mayo, preguntó a Cristina, la cual no se movía de la cabecera:

—Mamá, ¿vendría Valentina si la llamasen de mi parte?

Y aquella mujer, abrevada de horror, que con entereza aguardaba la muerte en su casa, como una expiación para ella, se estremeció hasta en las raíces de su ser.

La voz de María Helena suscitó la visión de los días en que ella y su marido a quien todavía amaba, pasaban horas y horas frente a frente, mirándose a hurtadillas, taciturnos, callados, como dos prisioneros amarrados al mismo crimen.

Desde esa época no vió más a Valentina. Habían corrido años, pero apenas palideció la espantosa memoria de que vivía huyendo. Y ahora su hija le pedía que hiciera venir a aquella muchacha cuyo solo nombre la turbaba. Era como si le dijese: «Recíbela, bésala y aviva en tu boca el sabor de tu infamia».

María Helena ignoraba las razones que alejaron de su casa a la amiga del colegio, a quien de grande sólo vió dos

o tres veces; y apenas podría explicar qué era lo que despertaba en ella el capricho de verla a su lado, en tal hora, cuando todo el Buenos Aires elegante desfilaba por los salones de Cristina a inquirir noticias.

En los primeros días, la niña preguntaba: «¿Quiénes vienen?»; y en los momentos lúcidos de la fiebre recordaba los nombres de los que cumplían así, y se envanecía porque eran muchos. Algunas amigas, las más íntimas y las más alegres, llegaron hasta su cuarto; mas como no fueran capaces de disimular la impresión que les produjo la enfermedad, no quiso recibirlas más. Observó que ya no se animaban a besarla, y que apenas estrechaban la mano ardiente que ella les tendía, y que su conversación era desesperante de vaciedad. Todo se limitaba a contarle qué mujeres estaban en la sala de Cristina, con qué vestidos y qué aspecto; y qué hombres aguardaban su turno en la biblioteca del doctor Vieytes, para saludarlo.

¡Con qué despego consideraba esas cosas! Desde aquella noche en que una figura negra y trágica surgió delante de sus ojos turbados por la alegría de su fiesta, para enrostrarle la muerte de un hombre, empezó a madurar su alma.

No era ella, no, la culpable de su muerte, que durante un mes tuvo el nombre de los suyos en todas las bocas despiadadas de Buenos Aires. Bastábale mirar a su madre, transformada desde esa hora, para adivinar qué influencias sutiles y obscuras prepararon el crimen.

No sentía rencor, sino una infinita piedad, viéndola clavada a su cabecera, como en una cruz, espiándola, ansiosa de asegurarse que la hija «no había comprendido».

María Helena conservaba la impresión de la suave figura de Valentina, entristecida antes de la hora de las tristezas; de su mirada soñadora, de su frente cándida; y sintió un inexplicable y ardoroso anhelo de atraerla, como si pensara en la muerte, y fuera ella, entre todas las personas que conocía, la única capaz de consolarla de morir.

Durante toda la mañana revolvió esa idea, y por fin se animó a confiarla a su madre.

—¿Vendrá si la llamo?

Apenas abría los ojos, cansados de la luz, y no vió el temblor de las manos de Cristina ni el miedo que ensombreció su rostro, bello siempre, pero marcado ahora por el remordimiento.

—Ha de venir,—contestó la madre, luego que oyó bien lo que se le pedía, y resuelta a ir ella misma, si era necesario, a llamar a Valentina, arrodillada en el umbral de aquella puerta que nunca se abría.

El doctor Vieytes no salía aún de su estupor. Los médicos le habían declarado la extrema gravedad de su hija, y después de tres días no hallaba manera de compaginar el golpe traidor y horrible que le amenazaba, con los respetos que la suerte le debía a él.

¿Cómo era posible que se muriese su María Helena, la niña más brillante y querida en Buenos Aires? ¿Y cómo era posible que él, solamente en presencia de la espantosa verdad sintiera cómo llenaba ella su corazón y su casa?

Acabó por creer que los médicos se engañaban. No podía ser de otro modo.

—Si yo fuera médico...—dijo a sus amigos reunidos en el despacho...

Alguien entró en ese momento, cortándole la palabra; y no se supo qué habría hecho él si hubiera sido médico.

Llenaba la casa un murmullo de conversaciones apagadas, de cuchicheos maliciosos, que se cortaban cuando en los salones o en el hall aparecía la distinguida y apuesta figura del doctor Vieytes. A cada momento acercábase al cuarto de su hija, para averiguar las novedades que hubiese. No entraba por no turbar su reposo; pero de lejos interrogaba el rostro encapotado de Cristina, y se volvía tranquilo, seguro de que allí todos se engañaban.

Detrás de él reanimábanse las conversaciones, que zumbaban como las rompientes de un mar lejano.

En una salita obscura se había refugiado doña Remedios, atontada por la inmensa desgracia que veía venir. ¡Cuántas veces había considerado que lo que la alejaba de la perfección, que a ratos aspiraba, era la falta de

aflicciones en su vida. Esa blandura de la suerte para con ella, la desvió una vez más del sendero estrecho por el que un día se encaminó.

Y bien, ya tenía la aflicción suficiente para hacerla perfecta; la que resumía todas las aflicciones, como que de un golpe anonadaba su dicha.

De sólo pensar que iba a perder a su María Helena, sentíase vieja y miserable, olvidada de las gentes y abandonada de Dios. Y resonaba en su oído la palabra airada del clérigo que arrojó de su casa un día que le dijo: «Todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego».

La sangre de ese hombre santo había caído sobre ellos. ¿Quién pagó el brazo de los que una noche intentaron asesinarle y lo dejaron por muerto? Nunca la justicia logró aclarar nada, pero un chisme anónimo comenzó a circular inculpando a Vieytes.

Doña Remedios, oculta en un rincón, sin ánimo tampoco de acercarse al dormitorio de su nieta, consideraba que había comenzado la expiación de los suyos.

No lejos de allí, en los salones, llenos de mujeres, se hablaba de ella.

—¿Le pasa algo?

—Parece que le está volviendo el tema, y que de nuevo anda con ganas de repartir su fortuna entre los pobres.

—¡Qué locura! Pero, hija, lo que es del agua, el agua se lo lleva.

—Es que lo de ella no es del agua. Es fortuna sólida y muy bien habida.

—¡Vaya a saber!, por lo pronto, la parte que tienen de más, la tienen como robada.

Dos o tres damas que tenían mucho «de más» miraron sorprendidas a la que tal decía y sonrieron con piedad, pensando que hablaba así porque no tenía nada de más y sí mucho de menos, según lo pregonaban los edictos judiciales publicados en los diarios contra su marido.

—Esas son las teorías de don Dimas; — replicó suavemente una de ellas — a Dios gracias que no tienen atadero.

En otra sala doña Belén daba noticias de su sobrina, que andaba por Europa con el flamante esposo.

—Parece que son muy felices. Ya ven ustedes cómo es verdad que el casamiento y la mortaja del cielo bajan.

Estaban en la rueda doña Belén, Palmirita y Gertrudis y ambas pensaron que podía ocurrirles a ellas que no les bajara del cielo más que la mortaja, por lo que convenía que hicieran sus gestiones aquí en la tierra.

Una señora, vecina de Palmirita, le susurró al oído:

—Esta cotorra anda loquita porque venga su Julieta Abismo. La recibirá en su casa con chofer y todo, y alternará con él como con nosotras, las de la «crême».

Palmirita se contoneó halagada, y asintió amablemente.

—Todas acabaremos por recibirlo, — replicó otra señora que había oído.

—¡Jamás! Por mi parte no podría olvidar que ha sido mi chofer antes que el de ella.

—¡Bah! Al marido de doña Belén le perdonaron cosas peores. Cuando se tiene tanta plata, los jueces son muy misericordiosos...

Era la que hablaba una viejecita de nariz picuda y barbilla temblorosa y velluda. Decía sus opiniones con un tono zumbón, en que vibraban la ironía y la experiencia.

Pared de por medio quedaba la biblioteca de Vieytes, de donde llegaban retazos de conversación.

Se oyó la voz bronca del coronel Rodríguez, y hubo un estremecimiento en el corro femenino.

—¿Todavía anda por aquí ese hombre? — preguntó una de las damas.

—¡Si querrá ésta que lo lleven a la cárcel! — murmuró otra dándole con el codo a una compañera.

Se vió pasar a Zara, ajado por el dolor, pero causando la misma impresión de fuerza mental y física Entró en la biblioteca, donde una voz tenue y fervorosa acababa de plantear la más indiscreta de las cuestiones:

—¿Es verdad que ha venido don Dimas a confesarla? —preguntaba el inocente don Octaviano.

Se oyó una confusa protesta del doctor Trejo.

—¡Pero hombre! ¡cómo puede creer!

Y luego la voz timbrada y majestuosa del doctor Vieytes, que afirmaba:

—Sí, señores; ha venido por pedido de ella.

—¿Han visto? — exclamó alborozado Piña, que enmudeció luego, viendo que el doctor Vieytes abría la boca:

—Si yo fuera sacerdote...

Pero la palabra se heló en sus labios, y quedó inmóvil, como ante un fantasma, mirando hacia el hall, y todos se precipitaron a ver qué había.

Entraba una joven vestida con un traje obscuro, acompañada de un niño.

—¡Valentina Ocampo! — dijo el coronel, frunciendo las cejas.—¿Qué viene a hacer ésa aquí?

Vieytes no respondía. Estaba más blanco que sus bigotes; y vió pasar a Valentina con el mismo horror con que habría visto pasar a la madre muerta, a la cual se parecía extraordinariamente.

Las conversaciones cesaban al paso de ella, que llegó, en pos de un criado, hasta el cuarto de la enferma.

No necesitó anunciarse; Cristina vislumbró su silueta y la conoció sin haberla visto nunca de grande; y lo mismo que a Vieytes, le pareció ver andar a una muerta.

Se dominó, sin embargo, y habló a su hija, que tenía los ojos cerrados.

—Ahí está Valentina.

—¡Oh, Valentina!

Los brazos enflaquecidos de María Helena rodearon la obscura cabeza que se agachaba sin miedo a besarla.

—No creía que vinieras; hace diez años que no te veo; perdóname... ¡qué bonita estás!

Valentina, sin poder disimular su pena, se tapaba el rostro y lloraba en silencio. María Helena hablaba, ignorando las cosas terribles que la otra sabía. Cristina había salido del cuarto, y atisbaba desde lejos.

Dejáronlas un largo rato.

Sólo Valentina, que sabía medir la vanidad de los consuelos mundanos, podía decir la palabra santa que llenase el corazón de la enferma.

Por eso María Helena, al despedirse de ella, le arrancó la promesa de que volvería.

Salió Valentina acompañada de Carlitos, cruzando los salones que se tornaban silenciosos a su paso. Todos los de la casa parecían huirle; pero al enfrentar la puerta de una salita que daba al hall, vió a Jaime con Indiana, y el alma se le entristeció, porque debían de ser palabras de amor las que ella oía de labios de él.

Parecieron no verla, y eso calmó su agitación. No tenía ni podía tener esperanza ninguna cuando fué a aquella casa para una obra de misericordia; ni siquiera quería verlo, por no turbar su resignación; pero le habría sido tan dulce saber que Jaime no la olvidaba, como no lo olvidaría ella...

Como la enferma empeorase, volvió un día y otro día; y la última vez estuvo toda la tarde.

Cristina había salido de la pieza. María Helena dormitaba, sintiendo a su lado a Valentina, que recorría distraídamente las páginas de un libro dejado allí por alguien

De pronto parecióle que los ojos de la enferma estaban puestos sobre ella. En efecto, María Helena, tenía los ojos muy abiertos, alucinados, y ora la miraba a ella, ora miraba en sus manos demacradas cosas que sólo ella advertía.

—¿Qué tienes? — le preguntó dulcemente Valentina.

—¡Mira mis manos! — exclamó la enferma llena de horror, acercándoselas hasta tocarle la cara.

Valentina comprendió que llegaba una crisis. y corrió afuera y llamó a gritos a Cristina, y aun pudo llegar antes que nadie a la cabecera de la cama, donde María Helena, con la locura y la desesperación pintadas en la faz, seguía mostrando sus manos:

—¡Mira mis manos Valentina!

—¿Qué tienen tus manos?

—¡Mira mis manos, mamá!

—¿Están pálidas...?

—¡No, no! ¡Mira mis manos!

—¿Están flacas? ¡Es la enfermedad!

—¡No, no! ¡Mamá, mamá! ¡Mira mis manos! ¡Están vacías! Me voy del mundo con las manos vacías...

Entraron en ese instante la abuela, Vieytes, Indiana y Jaime, atropelladamente. Pero la enferma no habló más. Entornó los dulces ojos azules, y dejó caer las manos sobre la colcha, las manos blancas, suaves como una camelia, que no había trabajado ni para sí ni para el prójimo.

Y sus manos se enfriaron lentamente...

Valentina lloraba con dulzura. Los demás miraban aterrados, hasta que por fin comprendieron, y un mar inmenso de dolor borró con su ola amarga los viejos odios, y descubrió la piedad que yace en el fondo de todos los corazones humanos.

Y cuando todos salieron, la madre vistió de blanco a la muerta; y sólo quiso ser ayudada de Valentina; en forma que se cumplió allí la sentencia: «la piedra desechada por los arquitectos, vino a ser la clave del ángulo».

Flor de Durazno (Córdoba) 1919.

F I N

74.6

347

INDICE

Cap.	I.—La casa que siempre está cerrada ...	pág.	5
„	II.—Salomé	„	19
„	III.—Un periodista	„	32
„	IV.—El velo en la cara	„	41
„	V.—Aquella primavera	„	53
„	VI.—La sal de la tierra	„	65
„	VII.—La única verdad de su vida	„	75
„	VIII.—"Porque estaba ciego cuando te ofendió"	„	89
„	IX.—La misteriosa novia	„	100
„	X.—¡Si él fuera ministro!	„	112
„	XI.—El anillo de la gitana	„	134
„	XII.—Los celos nacientes	„	150
„	XIII.—Ceniza en los labios	„	164
„	XIV.—Por qué sufren los niños	„	174
„	XV.—La bolsa de gatos	„	185
„	XVI.—¡Por encima de todo!	„	199
„	XVII.—Otra muela en peligro	„	215
„	XVIII.—El óbolo de la viuda	„	226
„	XIX.—La sal ha perdido su sabor	„	239
„	XX.—Una partida de "bridge"	„	251
„	XXI.—"La señorita Julia"	„	263
„	XXII.—La segur en la raíz	„	273
„	XXIII.—La derrota	„	289
„	XXIV.—¡Desgraciada provincia!	„	298
„	XXV.—La voz en el desierto	„	308
„	XXVI.—La culpable	„	314
„	XXVII.—¡Jerusalem, Jerusalem!	„	326
„	XXVIII.—Las manos vacías	„	337

398

349

IMPRENTA MERCATALI
ACOYTE 271 — BUENOS AIRES

6

350

LS.
W3237ci
203309
Author Wast, Hugo
Title Ciudad turbulenta, Ciudad alegre.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU